



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO

LA ESCRITURA DE LA MEMORIA COMO RÉGIMEN HISTORIOGRÁFICO: EL
HISTORIADOR “AFECTADO POR EL PASADO”

Tesis para optar al grado de Doctor en Historia,
mención Historia de Chile

por
Daniel Ovalle Pastén

Profesora guía: PhD. María Elisa Fernández
Santiago de Chile, año 2018

LA ESCRITURA DE LA MEMORIA COMO RÉGIMEN HISTORIOGRÁFICO: EL
HISTORIADOR "AFECTADO POR EL PASADO"

Autor: Daniel Ovalle Pastén

Profesora guía: María Elisa Fernández

Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia, mención Historia de Chile.

Título: La escritura de la memoria como régimen historiográfico. El historiador “afectado por el pasado” (239 páginas), diciembre 2018.

Resumen

Esta investigación doctoral desarrolla una teoría de la historia que da cuenta de la llamada Historia del Tiempo Presente como un régimen historiográfico, el cual debe ser comprendido como un fenómeno intelectual que responde a una historicidad específica, el denominado presentismo. La historicidad es desarrollada como la orientación cultural que hacen los sujetos en sociedad de las tres categorías de la conciencia: pasado, presente y futuro. Bajo esta problemática, se argumenta una relación entre sujeto historiador e historicidad bajo la hipótesis de que la “relación con el pasado” que establece el historiador o historiadora del tiempo presente es bajo la noción ricoeuriana de estar “afectado por el pasado”. Como corolario, esta teoría no puede sino establecer la problemática de la conciencia histórica y, por tanto, de la orientación en el tiempo histórico del estudio de la memoria.

A Daniela, *amor de mi vida*.

Daniel, Trinidad, Emiliana, Gastón y Estéfano.

A ustedes, mi vida entera.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, las gracias a Dios por la bendición de poder dedicarme al trabajo que llena mi alma. Gracias a Daniela, la mujer que amo. Compañera infatigable, gracias por tu amor y paciencia en todo este recorrido. Esta tesis no hubiese llegado a puerto sin tu presencia, *a ti está dedicado todo este trabajo*. Esta investigación no es sólo un esfuerzo personal, es también fruto de tu ayuda emocional y práctica. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, no dejo de repetirlo una y otra vez en mi corazón.

Doy las gracias a todos aquellos que significativamente he conocido desde mi llegada al programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Chile. A mi profesora guía María Elisa Fernández, por su lectura aguda, consejos y libertad en el desarrollo de las ideas. A los profesores que van marcando el caminar, en especial al profesor Eduardo Cavieres, por sus consejos y escucha. A Cristina Moyano, por su lectura crítica y siempre buena disposición para ayudarme. Mención especial a dos maestros: al historiador François Dosse, quien me invitó a pasar unas semanas inolvidables de trabajo en el Fondo Ricoeur de París y a Fernando Betancourt quien, desde su siempre disponibilidad, ha sabido aconsejar a este iniciado en la teoría de la historia. Nunca podré olvidar que el primero me acogió una tarde en su casa, me escuchó y aconsejó, y que el segundo me mostró la belleza de Coyoacán junto a un buen Mezcal. También a la profesora María Eugenia Horvitz, por su confianza y estima. Ha sido un honor colaborar en su curso Historia de Europa siglo XIX.

Gracias también a los que de manera indirecta ayudaron en este proceso: a mi madre y hermanos que me facilitaron un lugar en su casa para trabajar, a mis suegros, quienes han sido una gran ayuda con los niños. Y a los buenos amigos que hice en este paso por la Universidad de Chile: Alex y Francisco. Que sea una amistad que crezca con el tiempo conforme sigamos transitando por este camino pedregoso de la academia.

Por último, gracias a la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT), organismo que financió mis estudios doctorales y el trabajo de tesis mediante la beca Doctorado Nacional convocatoria 2013.

*En la historia, la memoria y el olvido.
En la memoria y el olvido, la vida.
Pero escribir la vida es otra historia.*
Paul Ricoeur

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
a. Problemática, hipótesis y fundamentación	1
b. Marco teórico-conceptual: temporalidad, sujeto, conciencia histórica y sentido	26
c. Estructura	37
Capítulo I	
Una Teoría de la historia desde la obra de Paul Ricoeur	
1. La teoría de la historia en el siglo XXI: del <i>qué</i> al <i>cómo</i> se escribe la historia	38
2. Sujeto, temporalidad y memoria	46
3. Distancia y crítica a las tesis narrativistas de la historiografía: Chartier y Ricoeur frente al postmodernismo	77
4. El historiador del tiempo presente entre individuo (sujeto) y estructura (historicidad)	109
Capítulo II	
Regímenes de historicidad y escritura de la historia del tiempo presente	118
1. La temporalidad como marco general	120
2. Presentismo	136
3. Historia del Tiempo Presente en un contexto presentista	157
4. El historiador del tiempo presente: un sujeto <i>afectado</i> por el pasado	186
5. La condición histórica: historicidad y conciencia histórica	211
EPÍLOGO	219
BIBLIOGRAFÍA	226

INTRODUCCIÓN

El presentismo es ajeno a la conciencia y a la historia
Eduardo Cavieres

a. Problemática, hipótesis y fundamentación.

Lo que el lector tiene en sus manos es una investigación sobre teoría de la historia, problema de investigación poco común en la historiografía chilena –reacia a las preguntas reflexivas de su quehacer operativo – pero de gran expansión en el mundo académico internacional. Desde una mirada reflexiva acerca de la escritura de la historia, que pone especial atención a los marcos sociales que permiten su articulación, esta investigación se propone escrutar el problema de la conciencia histórica contemporánea – el llamado presentismo – asociado directamente a una forma de escritura histórica específica: la Historia del Tiempo Presente (en adelante HTP).

A continuación, se demostrará argumentativamente que el trabajo teórico es constitutivo para la escritura de la historia, especialmente, y en lo que a nosotros nos convoca, a partir de los cambios sucedidos en nuestra disciplina que han introducido la mirada del observador (historiador/a) en parte inherente de la construcción del conocimiento del pasado. Junto con ello, otro cambio en la disciplina desde las últimas décadas del siglo XX terminó por posicionar una renovada forma de representación histórica conocida como HTP. Ambos fenómenos conforman los cimientos de esta investigación. Sus conexiones, que evidenciaremos, nos permitirán establecer un acercamiento al problema de las “relaciones con el pasado”¹ que el historiador del tiempo presente establece, así como el sustrato ontológico que lo permite.

¹ La existencia de “relaciones con el pasado” la hemos tomado de Herman Paul. A lo largo de la investigación nos detendremos en ello, así como en las diferencias que establecemos con el autor,

La teoría de la historia, alertamos al lector, no está para “probar” sus postulados, pues no trabaja desde una lógica de la falseabilidad, cómo sí lo hace la metodología de la historia en la llamada operación historiográfica. Inscrita en otro registro de los procesos cognitivos del conocimiento histórico, ésta debe comprenderse como el área reflexiva del pensamiento histórico (de la sociedad completa, incluido el historiador). En otras palabras, lo hace desde su autorreferencialidad, ya que se vale de los cambios en las escuelas historiográficas para dar respuesta al estatus de ciencia social, que tiene como principal objetivo entregar narraciones verídicas del pasado. Si la escritura de la historia es siempre – sea bajo el formato que se ocupe: libro, artículo, serie de televisión, película, obra de teatro, etc. – una estructurada narrativa, “la forma teórica potencial de los horizontes dominantes debe explicarse como construcciones narrativas”² a posteriori, pues los mismos intereses del conocimiento social – como ha explicado Habermas – se alzan desde intereses y motivaciones prácticas, situadas históricamente³.

Como se verá, ya superadas – por lo menos en lo que respecta a la teoría de la historia – las desavenencias académicas entre el binomio historia/memoria y la consolidación de la historiografía de lo contemporáneo en todo el mundo, transcurren tiempos en que se alzan nuevas problemáticas como la postmemoria o la mnemohistoria, donde la teoría de la historia debe estar preparada para abrir camino a las discusiones disciplinares, entregando marcos de comprensión que sustenten trabajos empíricos, siempre a posteriori de la propia historicidad de la disciplina y desde una mirada reflexiva de la “matriz disciplinar” (Jon Rüsen⁴),

ver *Key Issues in Historical Theory*. Routledge, New York, 2015. Una síntesis en Herman Paul, “Relations to the past: a research agenda for historical theorists”, *Rethinking History*, 19, 2005, pp. 457-458.

² Jörn Rüsen, *Tiempo en ruptura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, 2013, p. 98.

³ Jürgen Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1990, p. 33.

⁴ Rüsen pertenece, vale explicarlo, a una generación de historiadores alemanes (junto con H. Mommsen y J. Kocka, entre los más destacados) que ha insistido en la aplicación positiva de la historiografía para la sociedad (la *Historik*), alejada de la decimonónica idea de “progreso”. Tampoco debemos posicionar su reflexión teórica como producto del llamado postmodernismo que borra los límites entre el lenguaje poético-ficcional y el historiográfico, nada más alejado de su

nunca desde la normatividad tan propia de la teoría de la historia decimonónica que llegó hasta entrado el siglo XX.

Nuestra hipótesis de trabajo sugiere que la HTP es el resultado de un tipo de operación historiográfica que presenta una distinción no trabajada por la bibliografía especializada: es llevada a cabo por sujetos (historiadoras e historiadores) que, al relacionarse con su objeto de estudio, se muestran "afectados por ese pasado", llevan una marca de ese pasado adherida a su trabajo, su escritura. Junto con ello, la HTP la entenderemos como el resultado una nueva conciencia histórica contemporánea, llamada "presentista"⁵. La confluencia de ambas miradas presenta una característica no menor: la HTP sería producto del presentismo, pero transgresora del mismo al dar orientación y sentido al tiempo histórico, por tanto, vector de conciencia histórica gracias al "pacto de verdad entre historiador y lector" (según la frase de Paul Ricoeur). El presentismo no entrega orientación de las prácticas en el tiempo, acude al presente en detrimento del pasado y del futuro, es por ello que el marco general de esta investigación es la conciencia histórica.

Desde una hermenéutica histórica, donde los aportes filosóficos de Paul Ricoeur para la historiografía se muestran centrales para esta tesis⁶,

producción. Para una visión completa ver José Millán "Presentación: El contexto de la historia social crítica en la Alemania contemporánea", en J. Kocka *Historia Social y Conciencia Histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 11-42.

⁵ François Hartog *Régimes d'historicité. Présentisme et expérience du temps*, París, Seuil, 2003. La relación presentismo e HTP ha sido trabajada desde una posición complementaria a la nuestra por la filósofa argentina María Inés Mudrovic (además de Hartog en escritos posteriores al libro citado) en su artículo "Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado reciente" *Historiografías*, N° 5, 2013, pp. 11-31. A ella, Hartog y Koselleck debemos la apertura a esta compleja relación entre escritura de la historia y temporalidad, problema de investigación que hasta hace poco no existía.

⁶ Una advertencia al lector. Existe un respetado trabajo acerca de la teoría de la historia en Ricoeur, nos referimos al proyecto del historiador mexicano Luis Vergara Anderson *La producción textual del pasado* (IV tomos). Esta tesis doctoral no comulga con ese proyecto, toda vez que la lectura que hace Vergara de la obra del filósofo galo intenta desarrollar una teoría de la historia distinta a la propuesta por Ricoeur. Para éste último, el mundo de la vida acontece fuera del lenguaje, la narración es la herramienta para comprender el mundo, pero no es la última referencia; al contrario, Vergara – a partir de la propuesta Ricoeuriana – intenta demostrar lo contrario, que el mundo de la vida acontece en el mundo entendido como un texto. Esta investigación se posiciona en la mirada de Ricoeur y no intenta desarrollar una teoría distinta ni complementaria.

comprenderemos al historiador del tiempo presente desde su propia historicidad estructural (régimenes del tiempo, órdenes del tiempo), problematizando de esta manera su “condición histórica” como sujeto de acción, donde sus actos están mediados por el lenguaje simbólico depositado en la memoria, sea personal y/o colectiva. Cuando se haga mención al “trabajo historiador”, se estará apuntando a esta relación entre estructura y agencia, lo que está en directa relación con los planteamientos en De Certeau y su operación historiográfica, entendida como una producción de conocimiento que no puede comprenderse sin el marco social e histórico que la configura.

Esta investigación ha trazado un objetivo general, el de presentar la HTP como un fenómeno social propio de la conciencia histórica presentista y, como objetivos específicos, esbozar una teoría de la historia para la Historia del Tiempo Presente –en particular desde la idea del historiador/a “afectado por el pasado” –; fundamentar la filosofía de la historia en Paul Ricoeur como herramienta operativa para la teoría de la historia; y relevar la HTP como un tipo de acción social generadora de sentido histórico (en un mundo que ha dejado de buscarlo).

El problema de la historicidad – la comprensión social del tiempo – se muestra entonces como fundamental para esta investigación, la cual se enmarca epistemológicamente desde una posición hermenéutica, toda vez que entendemos las relaciones sociales (incluidas, por cierto, las del historiador) como expresiones de las categorías pasado, presente y futuro. Siguiendo a Jean-Marie Schaeffer, entenderemos por hermenéutica la “tentativa de captar la íntima relación entre el mundo, nuestras maneras de comprenderlo y nuestra forma de comprendernos a nosotros mismos *en* ese mundo en el que nos situamos según las dimensiones del pasado, presente y futuro”⁷. En esta misma línea, validando la posición filosófica de Heidegger en el *Dasein*, Ricoeur es categórico: “adopto la directriz de *El ser y el tiempo* según la cual la temporalidad constituye no sólo una característica

⁷ Jean-Marie Schaeffer, “Historia y Hermenéutica”, *Oficio. Revista de Historia e Interdisciplina*, N° 6, 2018, p. 78. La cursiva es del autor.

importante del ser que somos, sino la que, más que ninguna otra, señala la relación de este ser con el ser en cuento ser”⁸.

Como se observa, el diálogo entre teoría de la historia y filosofía se nos presenta obligatorio por dos razones fundamentales: primero, porque son los filósofos los que han desarrollado el problema del tiempo con detenimiento, obligando a la teoría de la historia a su estudio, siendo Ricoeur uno de sus mayores referentes con la publicación entre 1983 y 1985 de los tres tomos de *Temps et récit* (Tiempo y narración), obra de filosofía del lenguaje que intenta dar respuesta a cómo se articula el tiempo humano; segundo, porque los historiadores hemos llegado tarde, muy tarde, a la historización del tiempo como constructo social y como sustento fenomenológico de nuestro objeto de estudio principal, a saber, como expresara Marc Bloch en esa frase que no nos cansamos de repetir a nuestros estudiantes que comienzan su travesía por la Historia: “Ciencia de los hombres”, hemos dicho. La frase es demasiado vaga todavía. Hay que agregar: “de los hombres en el tiempo”⁹.

Chris Lorenz, uno de los teóricos de la historia más respetados en la actualidad, ha detenido en esta especie de contra-sentido o paradoja, traducido en que los historiadores han hecho del tiempo una especie de estructura invariable, cronológica, pero sin articulación social, muy de la mano de las nociones de tiempo histórico decimonónico e historicista que viera nacer la disciplina allá por el siglo XIX europeo. Sólo a partir de la última década de los noventa, Lorenz observa un cambio, pero mostrándose sorprendido de que el interés de los historiadores por el problema del tiempo y las periodizaciones sea tan reciente, el

⁸ Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000, p. 452. A continuación, todas las traducciones del francés a la obra de Ricoeur, y de otros autores, son nuestras. Pese a esto, se acudirán a textos del filósofo ya traducidos por un asunto circunstancial de no haber podido acceder al texto original. Esta tesis se ha beneficiado además de una estancia de investigación en el Fondo Ricoeur de París (noviembre 2014), gracias a la invitación de François Dosse.

⁹ Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, Armand Colin, 1952, p. 18.

cual coincide con los resultados que indican que las sociedades no siempre han articulado de igual forma las categorías pasado, presente y futuro¹⁰.

De la mano de Reinhart Koselleck y la antropología, los trabajos del historiador francés François Hartog, autor de la tesis acerca del uso heurístico de lo que llamó “regímenes de historicidad” (órdenes del tiempo), están siendo hoy validados prácticamente por todos los que están bajo esta línea de estudio, de allí que para esta tesis el diálogo entre Ricoeur, Hartog y la teoría de la historia de Jörn Rüsen –a nuestro entender, el gran referente de una teoría sistemática de la historia – sea de vital importancia.

Así mismo, si bien nos posicionamos desde una vereda distinta al narrativismo historiográfico impulsado desde los años setenta por Hayden White y sus continuadores, en especial Frank Ankersmit (o postmodernismo historiográfico como desarrollaremos), tampoco damos crédito a lo que Peter Novick llamó “el noble sueño de la objetividad”, toda vez que desde una posición cercana a los aportes en Michel de Certeau, esta tesis entiende la escritura de la historia como un proceso social siempre contingente. En palabras del jesuita e historiador francés:

“Desde el acopio de los documentos hasta la redacción del libro, la práctica histórica depende siempre de la estructura de la sociedad (...). Si es verdad que la organización de la historia se refiere a un lugar y a un tiempo, esto se debe a sus técnicas de reproducción. Hablando en general, cada sociedad se piensa “históricamente” con los instrumentos que le son propios”¹¹

Si bien la escritura de la historia ya no se puede comprender sin el marco social que la alberga, esperamos de ella – desde una objetividad “débil” – representaciones *verdaderas* del pasado, siempre fragmentarias y desde un

¹⁰ Chris Lorenz, “The Times They Are a-Changin”, En Mario Carretero, Stefan Berger and María Grever (eds.), *Time, Space and Periodization in History* Palgrave Handbook of Research in Historical Culture and Education, Houndmills, Palgrave 2017, pp. 109-110. Al respecto, ver también la introducción del libro de Berber Bevernage y Chris Lorenz, *Breaking up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013, pp. 7-37.

¹¹ Michel De Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2010, pp. 78-82.

trabajo indicial, como expresara Carlo Ginzburg, pero que en última instancia apela a un discurso verosímil. Apuntamos a una mezcla de ideal de objetividad que nunca es total y de profesionalismo metodológico por el esclarecimiento de sucesos ya pasados. Como se verá, el problema de la verdad del pasado nos permitirá articular esta investigación en el compromiso del historiador del tiempo presente con lo realmente acontecido, problema que lo empuja hacia la acción social de su trabajo (justicia) y con ello, hacia la orientación del tiempo histórico, rompiendo así con los presupuestos del presentismo como articulación social de la temporalidad actual y global, la nueva “condición histórica” según el mismo Hartog¹².

Ya lo había expresado Edward Carr, la escritura de la historia es “un proceso continuo de interacción entre el historiador y los hechos, un diálogo sin fin entre presente y pasado”¹³. En esta línea y más en profundidad apunta Javier Fernández Sebastián cuando le preguntan el por qué se ha referido reiteradamente en sus últimas conferencias a la necesidad imperiosa de volver a pensar la teoría de la historia en la actualidad, su respuesta es clara y apunta en la dirección de esta investigación:

A mi modo de ver, su pregunta tiene que ver con lo que podríamos llamar el giro *histórico* (...) La crisis del historicismo que estalló en el período de entreguerras puso de manifiesto que, paradójicamente, ni la escuela histórica alemana ni tampoco la hermenéutica de Dilthey eran suficientemente *históricas*. Los adeptos de ambas escuelas estaban convencidos de que, si el historiador/intérprete desarrollaba sus tareas con las técnicas y cautelas adecuadas, podía llegar a una interpretación definitiva de los textos históricos y a una clarificación de los sucesos a través de las fuentes de una vez y para siempre. Esa irrazonable presunción evidenciaba que el intérprete no se consideraba preocupado por la propia historicidad, como si pudiera sustraerse a ella: la historia venía a ser una suerte de punto ciego para el historiador, que estaba dispuesto a historizarlo todo salvo la propia historia (...) Cuando el historiador cae en la cuenta de que no es el ojo de Dios, cuando toma conciencia de que tampoco él puede

¹² François Hartog, “Vers une nouvelle condition historique”, *Le Débat*: N° 118, 2016, pp. 169-180.

¹³ Edward Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1979, pp. 35.

sustraerse a la corriente de la historia, empieza a verse a sí mismo como sujeto histórico (incluso como posible objeto de estudio en el futuro). Y, al constatar que tú también ocupas un lugar particular en el tiempo, y sobre todo que ese lugar no es necesariamente el momento supremo, el Aleph de todos los tiempos, eso te lleva a contemplar con humildad tu propio oficio desde una mirada histórico-teórica, y esa reflexión incluye la historización de tus categorías de análisis¹⁴

En esta línea, Paul Ricoeur pensó el trabajo historiador desde lo que llamó “realismo crítico”¹⁵, concepto ligado a la idea de que la producción historiográfica es una re-construcción¹⁶ intersubjetiva desde sujetos que escrutan un pasado delimitado, operación que guarda correspondencia indirecta con la realidad estudiada, y que por tanto, evidencia representaciones verdaderas gracias a los mecanismos de validación y refutación de resultados de investigación. Para hacernos una idea, sirva imaginar un rompecabezas al cual le faltan varias piezas pero que al observarlo nos permite apreciar (narrativamente) e imaginar lo que hay en él.

Desde una posición como ésta, el problema de la *verdad* ya no se entiende como fenómeno metafísico ni hacia la búsqueda de una comprensión total del pasado desde un ideal de verdad absoluta. Al respecto seguimos la huella planteada por Arthur Danto, acerca de que no accedemos al pasado más que por vía del lenguaje, donde los “hechos históricos” no pueden coincidir con el pasado real, toda vez que están mediados por la intersubjetividad del lenguaje no solo del observador contemporáneo que dejó algún tipo de huella, también por el segundo observador: el historiador. En sus palabras: “todo nuestro modo de organizar el

¹⁴ Daniel Ovalle, “Teoría de la Historia, Conciencia Histórica e Historia Conceptual: una conversación con Javier Fernández Sebastián”. Inédita para publicación. Entrevista realizada en septiembre del 2017 en el marco del simposio número 61 “Lo marginal en el centro: nuevos caminos de la historiografía actual”, donde el profesor Fernández dictó una clase magistral y el entrevistador y autor de esta tesis fue parte de los conferencistas del encuentro.

¹⁵ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 369.

¹⁶ Construccinistas y reconstruccinistas son los dos conceptos con que Munslow y Jenkins se refieren para indicar las posiciones “modernas” de la historiografía, en contraposición están las llamadas postmodernas y/o deconstructivas, ver Alun Munslow y Keith Jenkins, *The Nature of History Reader*. Londres, Routledge, 2004, p. 4.

pasado está causalmente involucrado con nuestros propios intereses locales, sean éstos los que sean”¹⁷. La confianza de esta investigación en la epistemología de la historia en Ricoeur y Rüsen camina por esta vía, donde la explicación y comprensión del pasado son objetivos plausibles si las condiciones documentales están dadas.

El “pacto de verdad”¹⁸ entre historiador y lector al que acudiremos refiere a que el discurso historiador está cimentado sobre hechos fácticos que, si bien incompletos por la imposibilidad absoluta de representar el pasado “tal y como fue” – según la famosa frase rankeana – sustentan un trabajo metodológico en base a una epistemología débil, si la comparamos con aquellas que sustentan las ciencias experimentales. La idea de un “pacto implícito” entre historiador y lector de historia es desarrollada por Ricoeur al tratar la problemática de la representación historiadora, nos dice:

La pareja narrativa historia/ficción, tal como aparece constituida desde los géneros literarios, es claramente un binomio antinómico. Una cosa es una novela, por muy realista que sea, y otra es un libro de historia. Se distinguen por la naturaleza de un pacto implícito entre el escritor y su lector (...) Al abrir un libro de historia, el lector espera entrar, guiado por la solidez de los archivos, en un mundo de acontecimientos que realmente sucedieron (...) y exige, si no un discurso verdadero comparable al de un tratado de física, al menos un discurso plausible, admisible, probable y, en todo caso, honesto y verídico; educado para la persecución de la falsedad, no quiere tener que tratar con un mentiroso¹⁹.

Con todo, y siguiendo a Jörn Rüsen, despejaremos el problema desde la funcionalidad de la verdad como fin último de la representación historiadora y aduciremos que, bajo esa lógica, el trabajo historiográfico busca verdades acerca

¹⁷ Arthur Danto, *Narración y conocimiento*, Buenos Aires, Prometeo, 2014, p. 72. La cita está sacada del clásico *Filosofía analítica de la historia*, texto que forma parte del libro en conjunto con textos posteriores de Danto.

¹⁸ Una primera aproximación a la problemática la hemos formulado en Daniel Ovalle, “Paul Ricoeur y el pacto de verdad entre historiador y lector: epistemología y condición histórica” en Paola Corti José Luis Widow y Rodrigo Moreno, *La verdad en la historia. Inventio, creatio, imaginatio*. Santiago, RiL editores - Universidad Adolfo Ibáñez, 2017, pp. 75-90

¹⁹ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 339-340.

del pasado cimentadas en los documentos y en la llamada operación historiográfica, lo cual está lejos de posicionarse desde un ideal de objetividad decimonónico. Pacto de verdad e historicidad del sujeto historiador conforman así el marco ineludible para el estudio de la escritura de la historia según esta investigación. Este fue el ánimo que inspiró a Tony Judt, al final de su interrumpida carrera, a escribir:

la historia como disciplina narrativa sólida volverá: de hecho, desde el punto de vista del público lector, nunca se ha ido. Es extraordinariamente difícil imaginar una sociedad que pueda pasar sin una narrativa coherente y consensuada de su pasado. De modo que es responsabilidad nuestra producir esa narrativa, justificarla y luego enseñarla²⁰

Esta tesis se posiciona desde la convicción del trabajo historiador como ciencia social. En contrapunto, la posición postmoderna desde el constructivismo narrativo representada en los trabajos de Hayden White, Frank Ankersmit y Keith Jenkins – de la cual nos interesa diferenciarnos – desacredita la epistemología de la historia y la racionalización de sus bases operacionales en el proceso de consecución del conocimiento histórico. Este último, si bien indiciario, funciona apegado a reglas en vías de explicar y comprender los acontecimientos pasados. Para los postmodernos, las representaciones del pasado no apelan a la verdad ni a la falsedad, sino que se enmarcan dentro del “pensamiento histórico”, aquello que se dice del pasado. Rüsen expresa al respecto:

La crítica decisiva a la racionalidad metodológica teórica en las ciencias de la historia confluye con corrientes de la teoría de la historia en el ámbito del pensamiento postmoderno, que pone en tela de juicio precisamente aquellas concepciones que fundamentan las ciencias de la historia como disciplina especializada: la concepción de la historia definible como ámbito de experiencia con un procedimiento cognitivo particular que establece una calidad temporal y la cientificidad del pensamiento histórico. La “historia” se critica como producto de una formación de sentido narrativa acerca de la experiencia del tiempo cuyos aspectos decisivos son de índoles

²⁰ Tony Judt, *Pensar el siglo XX*, p 270. Citado por José Ruiz-Domènec, “Pensar la verdad de la Historia en el siglo XXI”, en Paola Corti, *La verdad en la historia*, p. 24.

poética o retórica, es decir, se trata de aspectos que precisamente no requieren una racionalidad metodológica²¹

En palabras de Rüsen, el pensamiento postmoderno conduce a una “irracionalización” peligrosa que dificulta la “orientación histórica en las prácticas vivenciales humanas”, obligando al teórico de la historia a pensar el problema del sentido del pasado estudiando, tanto para el presente como el futuro. Esto es de suma importancia para esta investigación. Si damos por cierto que la escritura de la historia, la HTP para nuestro caso, tiene un impacto social – por muy menor que pueda ser – éste debe ser pensado desde la orientación de las prácticas a las cuales podría conducir, asunto que le pertenece a la teoría de la historia. El historiador alemán argumenta que desde una postura postmoderna: “La verdad del conocimiento se reduciría a la belleza de la forma, y el efecto práctico el conocimiento histórico ya no obedecería al criterio de justificación racional, sino a la fuerza sugestiva de medios desenfrenados de la inmediatez estética”²². Tomamos distancia entonces de los efectos del narrativismo. Argumentaremos que el uso de la filosofía del lenguaje en Ricoeur y el *giro lingüístico* son problemas colindantes con el narrativismo, pero que es necesario comprenderlos como fenómenos intelectuales diferentes.

Por otro lado, la teoría de la historia se encuentra en un momento disciplinar alentador, pero todavía relegada a una especie de “invitado de piedra” en las discusiones disciplinares. Una razón de aquello es la desconfianza (y mala lectura, por cierto) generada desde los postmodernistas, en especial Hayden White (recientemente fallecido) y sus continuadores, en especial Ankersmit²³, pero no es la única. Desconfianza de muchos historiadores de ver confinadas sus investigaciones a meros relatos imposibilitados de representar el pasado. A esto debemos sumar el legado de la Escuela de los Annales al desmerecer el trabajo teórico, fruto de otra desconfianza anterior, la generada por las filosofías

²¹ Rüsen, *Tiempo en ruptura*, p.121.

²² *Ibid.*, 133.

²³ Según nuestro parecer, la mejor síntesis entre historiografía y postmodernismo en Nancy Partner y Sarah Foot, *The SAGE Handbook of Historical Theory*. Los Ángeles, Sage, 2013. pp. 105-220.

especulativas de la historia de fines del siglo XIX y comienzos del XX. La impresión que tenemos para el caso de Chile es que esta última, de gran influencia en la historiografía chilena, generó el desprecio teórico por parte de historiadores coterráneos, lo que sumado a la moda postmoderna terminó por dilapidar la reflexión teórica. Pero es una impresión que tendría que ser probada y no es el momento de aquello. Lo cierto es que, si bien la teoría de la historia debe estar agradecida de la irrupción de White en 1973 con su obra *Metahistoria*, libro que debiese ser una lectura obligada para todo historiador en formación al abrir la discusión de los límites de la representación historiadora, la situación actual ha seguido cursos que nos permiten posicionarnos en una vereda distinta.

Ya entrado el siglo XXI la situación de la teoría de la historia ha cambiado en términos globales. A Reinhart Koselleck, Jörn Rüsen, Chris Lorenz, Aviezer Tucker, White, Ankersmit y el mismo Hartog, se suman hoy jóvenes académicos como Herman Paul, Jouni-Matti Kuukkanen, Marek Tamm, Peter Seixas, Berber Bevernage, Zoltán Boldizsár Simon, Kalle Pihlainen y Ethan Kleinberg desde el mundo anglófono; sumado a los aportes de los clásicos en nuestra lengua como José Elías Palti, Fernando Betancourt, Jaume Aurell y Alfonso Mendiola, a los cuales se suma otra generación de historiadores teóricos más jóvenes como Valdei Lopes de Araujo y Fernando Nicolazzi, por nombrar a los más citados. Para el caso de nuestro país, es justo mencionar los trabajos de Pablo Aravena, Rodrigo Ahumada, Ignacio Muñoz Delaunoy, Luis de Mussy y Miguel Valderrama. Estos dos últimos posicionados desde una historiografía más cercana al postmodernismo.

El diálogo fructífero entre filosofía de la historia e historiadores incluso ha llevado a plantear recientemente la poca funcionalidad que tiene separar las nociones teoría de la historia y filosofía de la historia. Es el caso de Berber Bevernage que aspira a superar las diferencias entre filosofía especulativa de la historia v/s filosofía crítica de la historia, para confluir en una teoría de la historia que al incorporar el problema de la historicidad en la construcción del

conocimiento histórico, asuma el problema filosófico como algo obligatorio²⁴. Esta investigación aplaude la iniciativa y se suma al desafío.

Junto con la enorme cantidad de publicaciones en la temática desde revistas especializadas que se han sumado a la clásica *History and Theory*²⁵, así como a la apertura a los problemas teóricos desde revistas no especializadas, importantes redes de trabajo se están articulando para dar difusión de los resultados de investigación, así como para la generación de instancias para el debate y el diálogo académico. Destacan entre ellas la International Network for Theory of History²⁶ (nacida en Bélgica), la reciente Red Latinoamericana Historia Pensada²⁷ y la Red de Investigadores de Teoría y Metodología de la Historia²⁸, ésta última impulsada desde México.

Podemos deslizar de forma tentativa, que las discusiones actuales desde la teoría de la historia están centradas en torno a tres ejes:

- a) Aquellos que defienden una teoría de la historia científica desde el conocimiento probable (inferencias y modelos causales), los cuales se han desprendido del “sueño objetivista” pero que separan aguas absolutas del pensamiento narrativista y/o postmoderno de White, Ankersmit y seguidores, dentro de los cuales su mayor exponente es Aviezer Tucker²⁹ (Branko Mitrovic, entre otros). Podría denominárseles neo-objetivistas.
- b) Aquellos que dialogan con el pensamiento postmoderno, encontrando dos subgrupos: los que validan los aportes del narrativismo, como es el

²⁴ Berber Bevernage, “From Philosophy of History to Philosophy of Historicities”, *Low Countries Historical Review*, Vol. 127, N°4, 2012, pp. 113-114; también ver Berber Bevernage, Broos Delanote y Anton Froeyman, “Introduction: the future of the Theory and Philosophy of History”, *Journal of The Philosophy of History*, N°8, 2014, 141-148.

²⁵ *História da Historiografia, Historiografias, revista de historia y teoría, y Rethinking history*, por nombrar las más destacadas.

²⁶ <http://www.inth.ugent.be/>

²⁷ <http://hpensada.wixsite.com/historiapensada>

²⁸ <http://www.historiografia.enesmorelia.unam.mx/index.php/red-new>

²⁹ Aviezer Tucker, “Historical Truth” en Vittorio Hösle, *Forms of Truth and the Unity of Knowledge*. Indiana, University of Notre Dame Press, 2014, pp. 232-259, y su obra mayor: *Our Knowledge of the Past: A Philosophy of Historiography*. Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

caso de Herman Paul³⁰ y Kalle Pihlainen³¹, y otros que desde el mismo diálogo critican la excesiva importancia dada por éstos al escrito histórico por sobre el pasado mismo, relegando los procesos cognitivos de creación de conocimiento histórico. En estos últimos, autores como Jouni-Matti Kuukkanen³² y Marek Tamm³³, muy en diálogo con Rösen, defienden una teoría de la historia racional y argumentativa. Son los llamados postnarrativistas, se trata de trabajos integradores donde debemos posicionar la última etapa de Ricoeur en lo referente a su filosofía de la historia. Esta investigación se posiciona en esta vereda.

- c) Por último, aquellos que, desde una vuelta al problema ontológico y esperando superar la visión narrativista (compartiendo su ímpetu fundacional), se han detenido desde las “experiencia del pasado” bajo el alero de las filosofías de la presencia. Autores como el mismo Ankersmit (argumentaremos más adelante que este es un “segundo momento” de su obra)³⁴, Eelco Runia³⁵, Ethan Kleinberg³⁶ y Ranjan Ghosh³⁷ han puesto de relieve problemas estéticos y no lingüísticos del pasado en el presente, compartiendo con White el descrédito hacia la epistemología de la historia.

³⁰ Paul, “Relations to the past: a research agenda for historical theorists”.

³¹ Kalle Pihlainen, “The eternal return of reality: On constructivism and current historical desires”. *Storia della Storiografia*, vol. 65, N° 1, 2014, pp. 103-115.

³² Jouni-Matti Kuukkanen, *Postnarrativist. Philosophy of Historiography*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire, New York, Palgrave Macmillan, 2015.

³³ Marek Tamm, “Truth, Objectivity and Evidence in History Writing”. *Journal of the Philosophy of History*. Vol. 8. 2014, pp. 265-290.

³⁴ Frank Ankersmit, *Sublime Historical Experience*, Stanford, Stanford University Press, 2005. Solo adelantar que este segundo momento de la obra del pensador holandés corresponde a una salida de lo que él denomina “la prisión del lenguaje”, buscando una vía alternativa que encuentra en la producción historiográfica desde la problemática de la experiencia.

³⁵ Eelco Runia, “Presence”, *History and Theory*, Vol. 45, 2006, pp. 1-2. Del mismo autor destaca un libro recopilatorio de una serie de escritos, incluido el citado “Presence”, ver *Moved by the past: discontinuity and historical mutation*, New York, Columbia University Press, 2014.

³⁶ Ethan Kleinberg, *Haunting History. For a Deconstructive Approach to the Past*, Stanford, Stanford University Press, 2017.

³⁷ Ranjan Ghosh y Ethan Kleinberg, *Presence. Philosophy, History, and Cultural Theory for the Twenty-First Century*, Ithaca, Cornell University Press, 2013.

Con respecto a este último grupo cabe hacer una aclaración. Si bien con el uso de la expresión “afectado por el pasado” hacemos eco de una noción ontológica del Ricoeur de *Tiempo y narración*, no compartimos los presupuestos (que creemos) en extremos subjetivistas y especulativos de las llamadas “presencias” del pasado. Cuando acudimos a dicha noción es para subrayar un problema de la experiencia histórica del sujeto historiador, una marca que lleva desde su propia historicidad en un marco social mayor. Esta investigación asume que todo pasado se ha ido, no vuelve. Lo que se re-significa en el lenguaje son experiencias que siempre están atadas a otros presentes, por lo tanto, no pueden existir “llamadas del pasado” o “experiencias sublimes” con el pasado. Cualquier experiencia siempre es presente, podrá tener una génesis desde un “campo de experiencia” donde el pasado vuelva una y otra vez, pero bajo una lógica distinta cual es la del presente que alberga esa experiencia. Si bien compartimos con este grupo de teóricos la preocupación por ciertas presencias del pasado en el presente, no podemos dialogar con una posición que establece su posición desde la vereda de lo estético en detrimento de la generación del conocimiento.

No está demás expresar que ésta es una tipología tentativa para efectos explicativos de un movimiento intelectual que se acelera y expande, complejo de observar desde un punto de vista holístico. Herman Paul, uno de los jóvenes teóricos de la historia de alto impacto por estos años, podría ser mal encasillado en este tercer grupo, su trabajo merece un punto a parte. Paul trabaja, siguiendo a Mark Day y Rüsen, lo que denomina “relaciones con el pasado”³⁸ dentro del pensamiento histórico. El aporte de Paul radica en un marco teórico global para la teoría de la historia donde no se descarta el trabajo epistémico, como sí lo hace Ankersmit desde su “experiencia sublime”. Podría decirse que uno de los objetivos de Paul es llegar a conformar un sistema teórico general para la teoría de la

³⁸ Paul, *Key Issues in Historical Theory*, pp. 30-42. Existe versión en castellano que lamentablemente ha sido traducida bajo el título *La llamada del pasado. Claves en teoría de la historia*. Decimos lamentable, por lo que explicábamos más arriba: el pasado no llama, es el presente el que acude a él.

historia, tal como lo intenta Rüsen, pero desde un diálogo más fructífero con los narrativistas.

Ahora bien, a diferencia del pensamiento de Rüsen, Paul entrega mayor énfasis a las “relaciones” estéticas y narrativas con el pasado, en detrimento de las epistémicas, evidenciando su cercanía con el legado de White, como expresa: “Los relatos históricos tienen pretensiones epistémicas e implicaciones morales o políticas, como veremos en los capítulos siguientes. Pero ante todo, esos relatos tienen un aspecto estético: tienen una forma literaria que determina, al menos en parte, lo que el autor puede decir sobre el pasado”³⁹.

Rescatamos del trabajo de Paul la operatividad que para esta investigación representa su tipología de “relaciones con el pasado”, pero otra cosa es compartir con él la valoración que hace de las mismas, al expresar que le resulta problemático hablar de ciertas “correspondencias con la realidad histórica”, esperando de las discusiones historiográficas nada más que hipótesis consensuadas⁴⁰, lo cual está muy cerca de la posición narrativista, donde no se espera una correspondencia entre presente y pasado de la investigación.

El mismo Herman Paul, en un texto programático, distingue dos grandes marcos de trabajo en que hoy se mueve la teoría de la historia, y donde esta investigación doctoral se refleja: aquellos que estudian el discurso historiográfico desde la filosofía de la ciencia, aquí el objeto de estudio son los historiadores, donde cabrían posiciones como las de Tucker y Kuukkanen, y otra donde la mira está puesta sobre expresiones no académicas del pensamiento histórico, de allí las citadas relaciones con el pasado, que Paul sintetiza en epistémica, moral, política, estética y material.

Es lo que Peter Seixas trabaja para la historia de la educación desde la conciencia histórica y lo que Rüsen viene trabajando desde la “cultura histórica”. El objetivo de la teoría de la historia hoy, sería para el Paul, la capacidad de relacionar y hacer dialogar ambas posturas desde la idea de las “relaciones con el

³⁹ *Ibid.*, p. 68.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 114.

pasado” en la “cultura histórica”, fenómeno que no le es propio sólo a los historiadores profesionales⁴¹. Visto así este punto, es difícil no estar de acuerdo con él, aunque esta tesis se posiciona mucho más cerca del primer grupo que propone por razones de delimitación del objeto de estudio.

En esta línea, siguiendo los aportes de Rüsen a la teoría de la historia y los regímenes de historicidad en Hartog como marcos teóricos de comprensión de la escritura de la historia (regímenes historiográficos en Mudrovic), en diálogo con la filosofía de la historia en Paul Ricoeur, esta investigación, como se ha dicho, se refleja en la agenda propuesta por Paul, ya que al entender al historiador como un agente social que imprime historicidad desde el presente donde observa el pasado, y en particular al historiador del tiempo presente como un sujeto “afectado por el pasado”, por tanto marcado por la memoria social contemporánea, abordaremos la problemática de la “condición histórica” como proceso social donde el sujeto historiador se mueve, actúa e interpreta el pasado, imprimiendo sentido y posible orientación a prácticas sociales.

En síntesis, sostenemos comprender la teoría de la historia como la auto-reflexión disciplinar que tiene como objetivo principal entregar inteligibilidad a la escritura de la historia y a las formas del pensamiento histórico o “cultura histórica”, ya no desde una posición del sujeto-objeto donde se posicionaba de manera normativa. Propia del siglo XIX y parte del siguiente, esa teoría de la historia quitó de su análisis al observador, al historiador. Quien mejor ha desarrollado esta idea, según lo que conocemos, es el historiador mexicano Alfonso Mendiola, en sus palabras:

nosotros no explicamos el pasado; explicamos observaciones sobre el pasado – o, más bien, explicamos el pasado sólo en la medida en que lo hemos considerado a la luz de algún tipo de descripción o especificación verbal. Como se puede ver, este nuevo enfoque de la escritura de la historia sólo es comprensible desde una postura *reflexiva*, pues exige que el investigador se pregunte por qué dice lo

⁴¹ Herman Paul, “Relations to the past...”, pp. 459.

que dice el pasado, y deje de creer que el pasado se expresa sin su intervención⁴².

El círculo hermenéutico se alza como herramienta indiscutible. El pasado se nos ha cerrado, los documentos no son la verbalización total del pasado, están mediados a lo menos por dos tipos de observadores: el contemporáneo al proceso social, y el historiador como observador que imprime su propia historicidad a la observación.

Esto ha llevado incluso a planteamientos sistémicos para la comprensión de la historiografía: “La operación historiográfica funciona y es funcional por sí misma; de lo que se trata en el asunto teórico es de describir esa funcionalidad (...) la disciplina histórica es su lógica de investigación supone, necesariamente, una conformación como sistema operante⁴³. Expresando la condición social de todo conocimiento historiográfico, Fernando Betancourt plantea: “La ciencia de la historia presenta una singular estructura circular, pues aquello que pareciera conformar sus objetos de estudio articula al mismo tiempo sus condiciones de posibilidad”⁴⁴. Si bien seguimos de cerca los aportes de Betancourt a la teoría de la historia, esta tesis no entra en diálogo con sus últimos trabajos. Allí Betancourt intenta dar una explicación de la escritura de la historia desde su funcionalidad. Asumir esta posición es epistémicamente válida, pero dificulta el diálogo con una posición hermenéutica como la nuestra, donde la visión del sujeto historiador es central. Desde la teoría de sistemas consagrada por Niklas Luhmann, el hombre no es quien hace la historia propiamente tal, es la operación sistémica la que le entrega a los sujetos las acciones que ejecutan.

Ahora bien, podríamos explicar esto como un estar de acuerdo en el fondo pero no en la forma, pues lo que esta tesis debe al trabajo de Betancourt es la imperiosa necesidad de establecer la importancia de la teoría de la historia, una

⁴² Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*, 15, 2000, p. 182.

⁴³ Fernando Betancourt, *Historia y Cognición. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas*, México, Universidad Autónoma de México, 2015, p. 11.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 13-14.

teoría que se alejó de sus vertientes normativas desde un trabajo *a priori* del escrito histórico (heterorreferencial), para posicionarse desde una reflexión disciplinar *a posteriori* (autorreferencial), donde la pregunta fundamental que atraviesa todo el trabajo del historiador mexicano – con dedicación sistemática al pensamiento de Michel Foucault, Michel De Certeau y Sigmund Freud, entre otros – es responder ¿qué significa explicar históricamente la disciplina histórica? Esta investigación es un aporte a esta problemática.

Siguiendo a Rüsen, aspiramos a introducirnos en la interpretación del *sentido histórico* que han buscado historiadores al respecto del pasado reciente, toda vez que al hablar de esa escritura lo haremos desde una búsqueda de “estratificaciones de sentido de acontecimientos”⁴⁵ que, como explica Ricoeur, son convertidos en acontecimientos “sobre-significados”⁴⁶. De esta manera, proponemos estudiar este fenómeno intelectual desde un análisis cualitativo de la comprensión del tiempo histórico, considerando que la historicidad del sujeto historiador es fundamental para comprender su relación con el pasado (su campo de experiencia) y con los intereses que lo mueven al escribir historia (horizonte de expectativas). Se considera de primer orden para esta investigación la especial condición histórica que establece todo historiador o historiadora en su relación con el pasado que espera representar, de allí que sea operativa la idea de “relaciones con el pasado” en Paul.

Desde los últimos años se ha venido posicionando el estudio del tiempo como problema social, en particular como expresión cultural, asociados –en lo que respecta a la HTP – al denominado “boom de la memoria”⁴⁷. Los aportes de Koselleck (fuertemente influenciado por la filosofía de Gadamer) y luego los de Hartog (influenciado por Koselleck y también por la filosofía de Ricoeur) han

⁴⁵ François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, PUV, 2006, p. 284

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Jay Winter evoca el llamado “boom de la memoria”, ver “The generation of memory: Reflections on the “Memory boom” in contemporary historical studies”, *Canadian Military History*, Vol. 10, 3, 2001, pp. 57-66.

establecido la existencia de órdenes temporales o *regímenes de historicidad* a lo largo de la historia de occidente, donde las nociones temporales de pasado, presente y futuro no han sido interpretadas socialmente de forma homogénea. Expresiones como historia magistra vitae, historia de salvación, historia positivista, historia/memoria, historia postmoderna, etc., tienen un correlativo en los llamados regímenes de historicidad (nos detendremos en ello), y donde hoy en día predominaría el llamado *presentismo*, fenómeno que guarda directa relación el establecimiento de la memoria social como problema y objeto de estudio. Esto ha permitido establecer patrones sociales de función heurística que hacen pensar que tales presupuestos tienen un correlato en la escritura de la historia: los llamados *regímenes historiográficos*, según la propuesta del mismo Hartog y también de la filósofa argentina María Inés Mudrovic. Esta investigación asume la problemática y la complejiza, intentado dar un paso más para comprender la historicidad contemporánea y con ella, la escritura de la HTP, dejando lugar además, para pensar el rol social del historiador en el siglo XXI bajo la pregunta ¿qué “sentido” tiene volver a los testigos, a la memoria, al acontecimiento, haciendo HTP?, pregunta que desarrollaremos al final de este estudio, y que guarda relación con la construcción de conciencia histórica en tiempos en que hemos abandonado el *sentido* (si es que alguna vez lo ha tenido) del pasado.

Al respecto, este estudio hace eco del diagnóstico que han venido realizando tanto Hartog, como el filósofo catalán Manuel Cruz, quien da total crédito a la tesis de éste último, argumentando que nuestra fascinación por el pasado – y acá nos atrevemos a pensar en el fenómeno Baradit en Chile, o bien a los canales y programas televisivos dedicados a la Historia, también la fuerza de las conmemoraciones y los museos – pareciera responder más desde el consumo que desde una búsqueda de sentido. En palabras de Cruz, vivimos

un presente incomprensible, una realidad inconcebible, un mundo naturalizado (que), solo aceptan viajar al pasado de *visita*. La vieja expectativa de que pudiéramos extraer de éste lecciones que nos fueran de utilidad para entender lo que hay y para impulsarnos hacia el porvenir ha hecho aguas por todas partes (...). El pasado, lejos de iluminar, proyecta su oscuridad sobre el presente. Entre otras cosas,

porque el presente no tiene el menor interés en dejarse iluminar, convertido como está en un lugar vacío, en un agujero negro que todo lo devora.⁴⁸

En su último libro, el filósofo catalán vuelve a reflexionar acerca de las relaciones que observa entre este presente globalizador y sus imaginarios con respecto al pasado y al futuro, en especial a lo que desarrolla largamente: el futuro como posibilidad de cambio (en el presente) parece cada vez más difícil, poco imaginable. Cruz parte desde una base que dice compartir con una serie de autores que va citando: el “estupor constituyente” que pareciera definir a hombres y mujeres contemporáneos, el rumbo de la historia que nos viene desde el siglo XVIII (modernidad), ese entramado de relaciones entre pasado, presente y futuro que de alguna manera nos permitía entender lo que nos iba pasando (campo de experiencia) y lo que el futuro nos deparaba (horizonte de expectativas) – eso que Cruz denomina de Koselleck su “teoría de los vasos comunicantes” entre pasado y futuro⁴⁹ – ya no es tal, ha mutado, ha cambiado y se ha transformado en una idea del tiempo histórico eminentemente contingente, atrapado siempre en un presente asfixiante.

Resulta muy interesante esta última reflexión de Cruz con respecto a la filosofía de la historia, en particular por dos razones atinentes a nuestra investigación: por una parte Cruz parte su ensayo advirtiendo algo sobre la postmodernidad, esa idea “que pretendía convertir (...) la historia en cualquiera de sus variantes en pura charlatanería metafísica (...), se diría que hemos desembocado en un espacio teórico a todas luces diferente”⁵⁰. Este primer punto nos ayuda y da créditos, creemos, a desmarcarnos de lo que en un capítulo posterior desarrollaremos como la postmodernidad historiográfica, para lo cual las figuras de Roger Chartier y Paul Ricoeur nos servirán de apoyo. Por otro lado, arguye Cruz, quizás uno de los signos más destacados de este nuevo momento

⁴⁸ Manuel Cruz, *Adiós, historia, adiós. El abandono del pasado en el mundo actual*, España, Ediciones Novel, 2012, p. 241.

⁴⁹ Manuel Cruz, *La flecha (sin blanco) de la historia*, Barcelona, Anagrama, 2017, p. 93

⁵⁰ *Ibid*, p. 15

(que nada tiene que ver con la postmodernidad, nos dice) es la apelación al “retorno del pasado”⁵¹ en manos de las infinitas discusiones con respecto al problema de la memoria. Esto está directamente relacionado con la teoría de la historia que hemos venido desarrollando de la mano de Rüsen y Paul, toda vez que las apelaciones al pasado desde la memoria son tipos de “relaciones” que nuestro presente establece, de alguna u otra manera, con lo ya sido. Sin entrar en esta discusión (Cruz no cita los trabajos de Rüsen ni los de Paul), el filósofo catalán desarrolla una “tipología de la memoria” para dar un cuadro de inteligibilidad al momento que observa. Para ello da cuenta de cinco formas en que nuestro presente se relaciona con la memoria:

- a) la memoria que enseña
- b) la memoria que legitima
- c) la memoria que repara
- d) la memoria que cura y
- e) la memoria que libera⁵².

¿Acaso no son éstas relaciones con el pasado? ¿No está el historiador del tiempo presente sumergido si bien en todas, en alguna de estas tipologías? Como veremos, este orden que nos entrega el filósofo coincide en parte con las “relaciones con el pasado” que estableceremos para el historiador del tiempo presente desde el estar *afectado* por ese “pasado que no pasa”⁵³, según la ya clásica frase de Henry Rousso.

Esta tesis se verá beneficiada además, por la última tesis de Rousso con respecto a la HTP, cuando argumenta su génesis bajo lo que llama la “última catástrofe”⁵⁴. Junto con ello, Rousso también ha detenido en la reflexión acerca de qué entender por “nuestro tiempo presente” global y contemporáneo. Su mirada, proveniente de un investigador de fuentes y en terreno, dialoga con la

⁵¹ *Ibid*, p. 16

⁵² *Ibid*. p. 18-40.

⁵³ Eric Conan y Henry Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Paris, Fayard, 1994.

⁵⁴ Henry Rousso, *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo*, Santiago, Editorial Universitaria, 2018.

tesis de Hartog acerca del presentismo y sus relaciones con el pasado y el futuro, propiciando una óptica que no podemos pasar por alto, nos detendremos en ello en la última parte de esta tesis, sirva nada más un adelanto:

Comparto en gran medida esta observación (tesis de los regímenes de historicidad en Hartog), no obstante, con algunas diferencias y divergencias que explicaré más adelante. Estas tienen que ver con el vínculo entre presentismo y el surgimiento de una nueva historia del tiempo presente que considero más como una relación que como un síntoma⁵⁵.

Un último punto para finalizar esta fundamentación. Eduardo Cavieres, destacado historiador nacional, ha notado en algunas de sus últimas publicaciones "los peligros del presentismo actual"⁵⁶. Argumentando la necesidad de pensar la historia siempre en presente, Cavieres expone el desafío de escribir historia en esta "nueva época":

Quizás esta nueva época, para algunos la de la post-modernidad, pueda definirse como la de una especie de meta-ciencia, especialmente en sus expresiones referidas a la física y a la biología. Quizás, allí se estén dando las fuerzas actuales de la historia. Ello ha llevado, nuevamente, a que la historia se restrinja a las descripciones del pasado y olvide el papel de auto-revelación asignado por el propio Heródoto. Me parece que con respecto a la historia y la historiografía, se han venido produciendo algunos fenómenos de mucha importancia en lo que viene siendo una especie de des-conciencia o de alienación generalizada que impide el poder distinguir efectivamente lo verdaderamente trascendente que está sucediendo⁵⁷.

Al párrafo citado sólo habría que agregar el papel de la tecnología en esta nueva realidad mundial, verdadero motor del mundo hoy por hoy. Con todo, Cavieres parece apuntar en la misma dirección que Cruz y Hartog: vivimos tiempos en que la historiografía – aunque vive sin lugar a dudas el mejor momento disciplinar por

⁵⁵ *Ibid.*, p. 22-23.

⁵⁶ Juan Cáceres, Jaime Vito (Editores), *Pensar la Historia. Teoría, análisis y prácticas: homenaje a Eduardo Cavieres Figueroa*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2016, p. 22

⁵⁷ Eduardo Cavieres, *La Historia en controversia. Reflexiones, análisis, propuestas*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2009, p. 19.

los innumerables departamentos de historia que hacen investigación por todo el orbe, lo cual se traduce en miles de publicaciones cada año – parece no ser una voz autorizada para dar explicaciones del presente, no tanto por su debilidad de trabajo siempre indirecto respecto de sus objetos, sino que por la pérdida de confianza social en el pasado, eso que Hartog llama la “pérdida de evidencia”⁵⁸.

Hacia esta problemática apuntan muy acertadamente, creemos, los historiadores David Armitage y Jo Guldi en un “manifiesto de historiadores” publicado en acceso abierto por la Universidad de Cambridge el año 2014. Su publicación ha convocado un Dossier de la revista *Annales* (2/2015, “La larga duración en debate”, donde hay una ácida crítica al libro por parte de Lynn Hunt y una respuesta por parte de los autores, entre otros artículos a fines) dedicado a lo que los autores del manifiesto llaman la necesidad por una vuelta a la “larga duración” braudeliana, ahora con nuevos métodos y funciones. Expresan la poca participación de los historiadores en las discusiones actuales que promueven el cambio social, más preocupados por dar cuenta del pasado que del presente, lugar que ha sido ocupado de manera paradigmática por los economistas⁵⁹.

Cavieres, a quien no podríamos encasillar en este tipo de intelectual, ha reflexionado respecto este nuevo presentismo que tiende a borrar tanto el pasado como el futuro⁶⁰, incluso lo ha hecho cuando ha sido solicitada su voz para medios de comunicación: “Los sistemas educacionales están en crisis y las economías de mercado, positiva y negativamente, han restado a la historia sus miradas largas. Interesa fundamentalmente el presente, y el presentismo es ajeno a la conciencia y a la historia”⁶¹. Al respecto, una de las ideas que se repite en sus análisis es la transformación de la idea de *futuro*. La pérdida en la confianza en el progreso y la

⁵⁸ François Hartog, *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*, París, Ed. EHESS, 2005.

⁵⁹ Jo Guldi y David Armitage, *The History Manifesto*, U.K, Cambridge University Press, 2014. Publicación en acceso abierto en <http://historymanifesto.cambridge.org/>

⁶⁰ Eduardo Cavieres, “Reflexiones sobre la historia y la sociedad. Entre la conciencia del presente y el simple presentismo”. Prólogo a *Raíces de Expresión, Revista de los Estudiantes de Historia*, Universidad Católica de Valparaíso, Año 2, N°2, noviembre 2003, pp. 5-10.

⁶¹ La Tercera, 30 noviembre 2013. <http://www.latercera.com/noticia/eduardo-cavieres-premio-nacional-de-historia-2008-los-pesos-del-pasado-siguen-frenando-nuestra-entrada-al-futuro/> (revisado con fecha 25-05-2017)

vida del consumo acelerado son alguno de los argumentos que esgrime, lo cuales terminan por re-direccionar la conciencia histórica hacia el presente. Cavieres ha dado cuenta de ello: “cuando el tiempo se acelera, sus espacios se diluyen, el pasado deja de existir y el futuro ya es siempre el presente mismo. No sólo se debilita la memoria histórica, sino también se pierde la capacidad de distinguir hacia dónde está dirigida la historia”⁶². Con alegría hemos leído una de sus últimas publicaciones donde ha desarrollado ciertas ideas que confirman nuestro proyecto.

El profesor Cavieres nos habla de las “incertidumbres del tiempo presente” en la misma línea que los anteriores trabajos citados. Temporalidad, conciencia, memoria histórica, tiempo histórico han sido conceptos a los cuales ha dedicado trabajo. En esta última reflexión, denota una confianza – aunque vedada para muchos – en la historiografía: la de dar cierto equilibrio a las categorías temporales pasado, presente y futuro en el contexto de la responsabilidad del historiador⁶³. Esto ante los embates del presentismo y la crisis del futuro.

En el desarrollo de esta investigación nos hemos sentido interpretados por los trabajos del profesor Cavieres, nos sumamos a sus preocupaciones y esperamos que esta tesis pueda contribuir, por qué no, a combatir con ideas el mal que nos aqueja: el de estar llenos del pasado, pero sin mayor sentido para el porvenir. Allí radica en esencia la motivación de esta investigación, si vivimos en un mundo presentista y la HTP se afianza y modela según sus parámetros como esperamos argumentar, al mismo tiempo escapa de la red del presente creando conciencia histórica o a lo menos posibilitando su construcción. El historiador del tiempo presente –entendido en esta investigación desde la idea ricoeuriana de *afectado por el pasado* – construye a la vez, desde su operación historiográfica, un tiempo histórico que permite pensar la temporalidad más allá del presente perpetuo en el que vivimos. Esta teoría historiográfica que toma herramientas de la filosofía, en especial del trabajo de Ricoeur, puede y debe ser de interés historiográfico. Si con Marc Bloch aprendimos que trabajamos desde el pasado

⁶² Eduardo Cavieres, *La Historia en controversia*, p. 20.

⁶³ Eduardo Cavieres, “Las incertidumbres del tiempo en presente y la recuperación de la conciencia de ser”, *Historia* 396, Vol. 6, N°1, 2016, pp. 61-74.

por el presente, esta investigación espera evidenciar que también lo hacemos para el futuro.

b. Marco teórico-conceptual: temporalidad, sujeto, conciencia histórica y *sentido*.

La escritura de la historia debe ser hoy un objeto de investigación que se nutra de los avances y discusiones que se han generado en las Ciencias Sociales de los últimos años⁶⁴. Entenderemos por Ciencias Sociales todas las disciplinas que se dediquen al estudio de las relaciones humanas (vínculos sociales) en el tiempo. No somos parte de la división Humanidades/Arte y Ciencias Sociales en la medida que creemos que debe ser una distinción que tienda a desaparecer.

Es por esto que no podríamos sustentar lo que sigue si no es en un diálogo con otras disciplinas, en especial la filosofía. La historiografía, entendida como disciplina ocupada de la interpretación del pasado (en cada presente), aunque ocupa su propio lugar disciplinar, no puede sino escuchar los aportes al análisis social que nos dan otros colegas, en especial para este trabajo, junto con filósofos, sociólogos y antropólogos.

Como se verá, el problema de la comprensión y representación histórica, de la mano de los aportes de Paul Ricoeur, nos abrirá camino hacia el fenómeno que ocupa hoy a buena parte de los intelectuales que están pensando la teoría historiográfica del siglo XXI: el problema de la temporalidad en la representación historiadora, entendida desde dos posiciones centrales: la historicidad o las articulaciones de pasado-presente-futuro de grupos humanos en el pasado (para nuestro caso, la propia historicidad de los historiadores); por otra, de la conciencia histórica que genera el trabajo historiador (desde el sujeto) o el *sentido* del pasado

⁶⁴ En esto seguimos a Julio Aróstegui y su visión de la historiografía – concepto entendido como el trabajo y resultado de todo historiador, a diferencia del concepto de *historia*, entendido como devenir – como parte del amplio campo de las Ciencias Sociales. En Julio Aróstegui *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995.

y su proyección al ciudadano lector y la comunidad. Estas dos esferas del pensamiento histórico están imbricadas desde el problema de la temporalidad, o como mejor sería expresar evocando a Koselleck: desde los distintos “estratos temporales”. Lo cual nos sirve para argumentar que, cuando hablemos del tiempo y la temporalidad nos estaremos refiriendo a constructos que no pueden ser unívocos ni singulares.

¿A qué nos referimos al asumir la temporalidad? Se nos presentan dos variables a considerar: primero, que la conciencia de todo sujeto está conformada temporalmente, esto es que se posiciona siempre en un devenir temporal pasado-presente-futuro⁶⁵, asunto que no sólo queda para la psicología individual, también para efectos sociales; segundo, queremos decir con análisis temporal de la historiografía, la posibilidad analítica de la historicidad de tales escrituras. Al considerar la escritura de la historia como un problema semántico, lo dotamos – así lo hace la filosofía del lenguaje – de una carga de temporalidad dentro del significado social que muestra ese lenguaje escrito.

Como lenguaje, la historiografía comunica sentido, por tanto, nos embarcamos en la difícil tarea de intentar desentrañar el *sentido histórico* de ciertas escrituras del pasado. Como se verá, de la mano de los aportes filosóficos de Ricoeur, si existe la posibilidad de acceder sistemáticamente a la temporalidad como expresión social (distinto del tiempo cosmológico, pero también del fenomenológico) es por el acto narrativo, el cual se nos presenta siempre en dos formas: verídico y de ficción. Ambos, nos aconseja el filósofo francés, son la posibilidad de comprender el tiempo, según la tesis que comentaremos, expuesta largamente en los tres tomos de *Tiempo y narración*.

Hemos dicho la conciencia de todo sujeto. Esto es relevante en la medida que nuestro marco teórico asume la confluencia entre estructura social y sujeto de acción. Si bien el uso de los marcos sociales del tiempo o regímenes de historicidad apunta a un análisis estructural, seguimos en todo momento la

⁶⁵ Hans Ulrich Gumbrecht, “Sobre la desintegración de la “Historia” y la vida del pasado”, *Historia y Grafía*, N° 21, 2003, p. 58.

filosofía del sujeto en Ricoeur, la cual dialoga con las estructuras y en modo alguno las rechaza. Algunos han vaticinado la “muerte del sujeto”, para nosotros está claro que esa visión romántica del sujeto que se puede comprender en su totalidad ha quedado relegada. Pero esta investigación retoma la problemática del sujeto, porque finalmente el acto de escritura de la historia suele ser un problema del individuo historiador que, dentro de un marco social (región, país, universidad, etc.) representa el pasado e interpreta el tiempo.

Esto es un problema epistemológico complejo, el de tratar de conciliar estructura e individuo. Ante esto Ricoeur sostuvo un constante diálogo – en los años en que el estructuralismo parecía indiscutible – con la obra de Lévi-Strauss, mostrando la funcionalidad y reparos a los tres pilares fundamentales de su teoría antropológica: la noción de sistema para los fenómenos sociales como el parentesco, el mito, el arte, etc.; la primacía de lo sincrónico a lo diacrónico; y el descubrimiento de las lógicas inconscientes que preceden a los actos sociales. Como explica Michaël Foessel:

Si el tercer grupo es el más claramente anti-fenomenológico (porque efectúa una disociación entre sentido y conciencia), el segundo se opone al proceder hermenéutico como apropiación de un sentido depositado en la tradición. Al privilegiar el eje de coexistencia sobre el eje de sucesión, el análisis estructural se basa en una concepción de la temporalidad incompatible con la definición hermenéutica del sentido como resultado de una tradición interpretativa⁶⁶.

Al contrario de esta visión en extremo estructuralista, la mirada hermenéutica del oficio historiador intenta, sin oponer estructura y sujeto, pensarlos mutuamente. Para ello no dejaremos nunca de posicionar la escritura de la historia desde el sujeto historiador, la clave para tal empresa será en todo momento no olvidar el alcance propiamente hermenéutico: la apropiación del sentido, bajo la certeza de que la lectura de la historiografía del tiempo presente

⁶⁶ Michaël Foessel, “Pensar lo social: entre fenomenología y hermenéutica”, en C. Delacroix, F. Dosse y P. García, *Paul Ricoeur y las ciencias humanas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008, p. 32

podría ser perfectamente generadora de conciencia histórica al orientar el tiempo histórico y salir del relato presentista, propio de nuestros tiempos.

De esta manera, sujeto y estructura se comprenden en esta investigación desde el problema de la conciencia histórica, en particular desde el presentismo. Por conciencia histórica esta investigación entenderá el tipo de relaciones que los sujetos y las sociedades establecen con el pasado y con el futuro. La relación entre conciencia histórica y “regímenes de historicidad” (como el presentismo) no la observamos en ninguna de las obras fundamentales que los estudios de memoria y del tiempo presente están realizando, por lo que consideramos que es un campo abierto para la teoría de la historia.

Reflexionar e investigar acerca del sentido histórico es también un desafío poco explorado en la historiografía chilena, los referentes intelectuales para el caso son por cierto extranjeros. Desde una teoría de creación de sentido histórico, el historiador alemán Jörn Rüsen aboga por comprender el rol de la memoria en la conciencia histórica, lo que llama *cultura histórica*. Para el autor alemán “El sentido histórico es tiempo interpretado, integrado en la orientación y la motivación de las acciones humanas, y puesto de relieve en la manera y la medida del sufrimiento humano”⁶⁷. Existen dentro de la propuesta tres dimensiones desde donde podemos observar este sentido del pasado: una dimensión cognitiva, concerniente al conocimiento del pasado que genera significados, tanto para el campo de experiencia (el pasado en el presente) y el horizonte de expectativas (presente y futuro enlazados); otra estética, las formas textuales y simbólicas donde las distintas interpretaciones del pasado disputan y comparten posición; y otra política, donde el poder intenta legitimar una posición frente al pasado, ya sea de forma ética o ideológica⁶⁸. Esta es la base desde donde Paul establece otras relaciones con el pasado.

⁶⁷ Rüsen, *Tiempo en ruptura*, p. 44.

⁶⁸ Jörn Rüsen “¿Qué es la cultura histórica?: Reflexiones sobre una nueva manera de abordar la historia”. Versión inédita en castellano, texto original en K. Füssmann, H.T. Grütter y J. Rüsen

En este mismo punto, los alcances y desarrollo de la historiografía francesa no podrían ser ajenas, en especial el paso (y uso) del concepto *mentalidad* al de *representación* en lo que respecta al citado “pacto de verdad”. La lectura, por nuestra parte, de la filosofía hermenéutica de Paul Ricoeur en conjunto con los aportes de Roger Chartier serán claves para la argumentación de un cambio que va más allá de lo semántico. El desuso de la idea de *mentalidad* por el de *representación* es signo, por cierto, de la entrada al juego historiográfico de herramientas teórico-conceptuales provenientes del llamado *giro lingüístico* (o para algunos del llamado posestructuralismo) y la mesura de los historiadores ante el boom del estructuralismo (lingüístico y etnológico) de los años cincuenta y sesenta. La figura de Roger Chartier es clave, por dos razones: una ya conocida y bastante comentada desde su publicación en 1989 del artículo “El mundo como representación” (revista *Annales*), texto que después ahondara en el libro del mismo nombre; otra, menos conocida, la valoración asignada por Chartier a los aportes de Ricoeur para el trabajo historiador, asunto que va más allá del mero reconocimiento, pues existe una puesta en acción de los aportes ricoeurianos en su labor historiográfica. Nos detendremos con detenimiento en aquello.

Sirva para nuestra argumentación la reflexión que ha vuelto a escribir Chartier, más de veinte años después de publicado el célebre artículo, como fruto de una conferencia dictada en noviembre del 2012 en el seminario “La representación política: historia, teoría, mutaciones contemporáneas” en la Asociación francesa de Ciencia Política. Allí establece, bajo la idea de “representación”, la identificación de ciertas “identidades” sociales. Dice el historiador francés:

el concepto de representación ha cambiado la comprensión del mundo social, ya que nos obliga a pensar la construcción de identidades, las jerarquías y las clasificaciones como resultado de “luchas de representaciones” donde lo importante es la potencia,

(eds.) *Historische Faszination. Geschichtskultur heute*, Keulen, Weimar y Wenen: Böhlau, 1994, pp. 3-26, disponible en www.culturahistorica.es (Consultado el 11-07-2017).

reconocida o negada, de los signos que deben hacer reconocer como legítimos una dominación o una soberanía⁶⁹.

Relacionar historicidad y escritura de la historia es empujar a los historiadores y sus investigaciones para que nos muestren cuáles son sus propias formas de relacionarse con el pasado. Creemos que el nuevo lugar que ocupa el “presente” en los trabajos historiográficos es precisamente prueba del cambio en la historicidad de los sujetos observadores (historiadores), siempre y cuando entendamos por *historicidad* “el nivel en el cual cada sistema cultural se relaciona con el pasado de manera propia”⁷⁰ (y el futuro, como ya hemos dicho); y por *escritura de la historia*, el resultado de la tensión de la “operación historiográfica”, nacida de la combinación entre lugar social-práctica científica-escritura (De Certeau). Allí radica el trabajo historiador que esta investigación enmarca para la HTP.

En este sentido, siguiendo a François Dosse, en el estudio de la historicidad en relación con la escritura de la historia, “el historiador debe pensar, más que nunca, la historicidad misma de su trabajo y la historicidad de toda categorización de las realidades sociales del pasado (... lo que) que conduce al historiador a una interrogación epistemológica e historiográfica más ambiciosa y más cargada de desafíos que antes”⁷¹.

Según Rösen se pueden observar los siguientes parámetros para comprender nuestra matriz disciplinar:

- a) la necesidad de orientación de las prácticas vivenciales humanas y que es la determinante en la elección de distintos intereses de conocimiento,
- b) los horizontes dominantes sobre el pasado humano desde donde aparece como significativo entre el presente y el futuro (conciencia histórica)

⁶⁹ Roger Chartier, “Le sens de la représentation”, *La Vie des idées* <http://www.laviedesidees.fr/Le-sens-de-la-representation.html> (Consultado en fecha 7-09-2017).

⁷⁰ Gumbrecht, “Sobre la desintegración de la historia y la vida del pasado”, p. 60.

⁷¹ François Dosse, *El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2012, p. 14

- c) el método histórico como prenda de cientificidad (narrativa y no nomológica),
- d) las distintas formas historiográficas desde donde el conocimiento histórico espera potenciales receptores, y
- e) la función de la historiografía en cada presente⁷².

La historiografía es una práctica cultural que elabora simbólicamente el tiempo, la que sumada a otras prácticas sociales, termina por formar las distintas conciencias históricas que los grupos humanos representan de forma colectiva⁷³. Visto así, nuestro trabajo no termina en el análisis textual. Pretende ir más allá para dar cuenta del sentido histórico del tiempo que los propios historiadores llevaron al papel, por eso no podemos sino problematizar la conciencia histórica como fenómeno inherente a la escritura de la historia, validando la impronta de nuestra “matriz disciplinar” donde la teoría de la historia debe dar cuenta de cada uno de los tópicos enunciados por Rüsen.

Si decimos con él que la historiografía elabora de forma simbólica el tiempo, debemos establecer qué vamos a entender por tiempo histórico. Y es aquí donde la filosofía de la historia en Paul Ricoeur nos sirve de “caja de herramientas”. En este sentido, esta investigación se nutre de dos aportes sistemáticos para la comprensión de la escritura de la historia y sus implicancias en la teoría historiográfica:

- a) Rüsen, con su aparato teórico en defensa de una ciencia narrativa que apela a la representación del pasado lo más apegada a la realidad social que la cobijó; y
- b) Ricoeur, filósofo que desde su filosofía del lenguaje asume el “pacto de verdad” entre historiador y lector en vías de una disciplina científica y siempre hermenéutica.

Esta hermenéutica del tiempo hace que tomen fuerza las nociones de presente y futuro dentro del análisis social, a la vez que puedan utilizarse como

⁷² Rüsen, *Tiempo en ruptura*, p. 96-97.

⁷³ *Ibid*, p. 47-84.

herramientas heurísticas para comprender el cambio histórico y la fenomenología de la aceleración que está detrás, constructos sociales que coexisten simultáneamente de modo no excluyente en el tiempo histórico⁷⁴. Esta es la gran razón para considerar la validez heurística y teórica de los regímenes de historicidad propuestos por Hartog. Ahora bien, los constructos pasado, presente y futuro no pueden pasar como simples obviedades para el historiador. Para esto el aporte de Norbert Elias es aclaratorio:

Los conceptos de pasado, de presente y de futuro expresan la relación que se establece entre una serie de cambios y la experiencia que de ellos vive una persona o un grupo. Un instante determinado dentro de un flujo continuo sólo cobra el aspecto de un presente en relación con un ser humano que lo vive, mientras que otros instantes cobran el aspecto de un pasado o de un futuro. En su calidad de simbolizaciones de períodos vividos, estas tres expresiones no sólo representan una sucesión, como el año o el binomio causa-efecto, sino también la presencia simultánea de estas tres dimensiones del tiempo en la experiencia humana. Podríamos decir que *pasado*, *presente* y *futuro*, constituyen, aun cuando se trata de tres palabras distintas, un solo y único concepto⁷⁵.

Dentro de las formas en que los grupos y personas se expresan narrativamente (por tanto, ya sabemos con Ricoeur, temporalmente) encontramos la narración histórica, entendida como el conjunto de operaciones mentales (metodología/epistemología) y prácticas culturales (historicidad de la disciplina) “en las que el sentido se conforma como elixir de la vida humana (... que) asimila las experiencias relacionadas con el tiempo; y que con una intensión orientadora y motivadora interpreta el sí mismo y el mundo”⁷⁶. A ello, Rösen suma otra problemática, la del sentido histórico:

Por medio de la narración, el tiempo adquiere la calidad de sentido subjetivo que los seres humanos necesitan para poder vivir en él. En un sentido amplio, se trata de una transformación mental del tiempo

⁷⁴ Javier Fernández Sebastián, “Tradiciones electivas. Cambio, continuidad y ruptura en la historia intelectual”, *Almanack*, Guarulhos N° 7, 2014, p. 22.

⁷⁵ Norbert Elias, *Sobre el tiempo*, citado por François Hartog “Órdenes del tiempo, regímenes de historicidad”, *Historia y Grafía*, 21, México, Universidad Iberoamericana, 2003, p. 99.

⁷⁶ Jörn Rösen *Tiempo en ruptura*, p. 73.

en sentido de carácter histórico, si acontece en el medio de la memoria. Esta transformación ocurre en el material de experiencia del pasado que se recuerda como significativo para fines de la orientación de las prácticas vivenciales en el presente⁷⁷.

Siguiendo a Weber, Rösen establece que el sentido puede entenderse como el conjunto de cuatro operaciones cognoscitivas de la percepción del mundo y del sí mismo: la “percepción”, que implica la interiorización del mundo por medio de los sentidos; la “interpretación” de tales percepciones que hace posible la comunicación del sí mismo con otros; la “orientación”, entendida como el uso de las percepciones interpretadas en un horizonte de acción; y la “motivación”, correspondientes a orientaciones interpretadas en intereses direccionados⁷⁸. De esta manera, el autor alemán nos interpela a entender todas estas acciones desde la “apropiación simbólica del tiempo”⁷⁹.

Por otro lado, nos introducimos en la atención científica de las lógicas de investigación de la llamada operación historiográfica, en donde la escritura de la historia—entendida con De Certeau como la relación entre una práctica (disciplina) y sus resultados de investigación dentro de un cuerpo social (discurso/lugar social)⁸⁰— requiere de la autorreflexión, como resultado de los cambios producidos en los últimos cincuenta años en la filosofía de la ciencia, en especial la nueva relación sujeto-objeto y el horizonte de objetividad propio de la disciplina. En esta dirección apunta Dosse al expresar:

El historiador de hoy (...) busca observar a *Clio* del otro lado del espejo, desde una perspectiva esencialmente reflexiva. De esto surge un nuevo imperativo categórico que se expresa por medio de una doble exigencia: por un lado, de una epistemología de la historia como interrogación de conceptos y nociones utilizados por los

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ *Ibid.*, p. 64-65.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 66.

⁸⁰ Michel De Certeau, “L’opération historique”, en Jaques Le Goff y Pierre Nora, *Faire de l’histoire*, Paris, Gallimard, 1974, pp. 17-66. Como se observa, en un primer momento nuestro autor usó la expresión “operación histórica”, luego la cambiará por el de “operación historiográfica”. Este texto es la tesis centra desarrollada luego por De Certeau en su libro *La escritura de la historia*.

historiadores de oficio, y por otro, la de una atención historiográfica a los análisis historiográficos realizados por los historiadores de ayer⁸¹

Somos parte de una renovada forma de asumir la teoría de la historia, entendida como un campo reflexivo y epistemológico que, en palabras de Fernando Betancourt

describe reflexivamente los niveles que conforman su base disciplinaria y sus complejas interacciones sistemáticas (...) intenta mostrar las diversas formas operativas que conforman la lógica de investigación, los espacios sociales que posibilitan la operación historiográfica y, finalmente, los criterios que posibilitan su expansión discursiva⁸².

De esta manera, la historiografía adquiere una función teórica de ordenar y establecer patrones disciplinares acorde el conjunto de viejas y nuevas tendencias en la escritura del pasado. Una posición análoga a la presentada por Dosse y que ratifica la posibilidad de este proyecto, la ha planteado recientemente François Hartog, apuntando a la reflexión disciplinar desde una epistemología de la disciplina y desde la investigación de las distintas formas historiográficas, problema que no se cierra sólo en Historia y que ha tomado mayor fuerza desde finales de los años ochenta para el caso francés⁸³.

Historiografía entendida como escritura, por tanto en atención a las reglas de enunciación: el enunciado implica dos caminos a seguir; el del hecho histórico descrito (pasado), y la del acontecimiento en función del cual es descrito (presente); sin por eso encerrarnos solamente en la dimensión del escrito

⁸¹ François Dosse, *L'histoire ou le temps réfléchi*, París, Poche, 1999, p. 3.

⁸² Fernando Betancourt Martínez, "¿Por qué es necesaria la investigación en teoría de la historia?", *Históricas*, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, N° 90, enero-abril 2011, p. 17. La reflexión de Betancourt no es menor. Apunta a una serie de cambios en la disciplina que se vienen sucediendo desde mitad del siglo pasado y que siguiendo a Aurell podemos resumir en los quiebres o incertidumbres que han tenido ciertos paradigmas antes posicionados como "ciencia": marxismo, estructuralismo y cuantitativismo. Ver Jaume Aurell *La escritura de la memoria. De los positivismo a los postmodernismos*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2005, p. 110.

⁸³ Hartog, *Évidence de l'histoire*, p. 291-292.

histórico⁸⁴. Es un hecho que nos debemos a muchos de los postulados del *giro lingüístico* y por ello a la historia cultural, pero en ningún caso a renunciar a la búsqueda del enunciado veritativo que compromete un problema ético entre historiador y lector. En este sentido, el proyecto y su ejecución siempre acudirá a Ricoeur como el representante de un posestructuralismo que se aleja del pantextualismo y de sujetos invisibilizados por estructuras, que reconoce en el discurso historiográfico el valor ético de interpretar y representar el pasado, siempre desde un presente en juego dialéctico con la memoria y en base a lo que realmente ocurrió⁸⁵.

Somos parte de una episteme del conocimiento distinta, la que a lo menos aspira al entendimiento mutuo, a la aceptación común de las condiciones intersubjetivas de las experiencias. En eso seguimos a Ricoeur: todo sujeto de la historia responde al *homme capable*, el hombre capaz. Esta idea antropológica direcciona la filosofía hacia el problema de la *responsabilidad* en un contexto filosófico donde Ricoeur intenta conciliar la visión del sujeto responsable de sus actos, problema que tuvo su correlativo en *La memoria, la historia, el olvido* al establecer la posibilidad del “yo puedo”: “poder acordarse”, “poder olvidar”, “poder perdonar”. Fenomenología de la memoria complementaria a la epistemología del saber historiográfico que presenta en esa obra. Para efectos de esta investigación, la historización del saber histórico debe estar en diálogo con la hermenéutica del sujeto (historiador) y su marco social mayor: la conciencia histórica. La HTP es la realidad social e intelectual que nos sirve para sostener una teoría de la historia que se hace cargo de los parámetros constitutivos de su matriz disciplinar.

⁸⁴ François Dosse, *L'histoire*, Armand Colin, París, 2000, p. 196. Aquí nuestra distancia de la visión de Luis Vergara con respecto a la teoría de la historia en Ricoeur.

⁸⁵ Paul Ricoeur, “L'écriture d'histoire et la représentation du passé”, *Annales*, 55, N°4, 2000, p. 734. Aquí es imposible no mencionar a Foucault, de quien tomamos cierta distancia. Ricoeur si bien reconoce en él una fuente de inspiración y un intelectual obligado, en eso no queda nada más que sumarnos, no podríamos compartir su visión epistémica del discurso del pasado, a saber, que Foucault observa en la historiografía una imposibilidad, la de cumplir cierta función social. Para ser más específicos, Foucault entiende el saber desde una distancia insalvable entre sujeto-objeto a raíz de la distancia y la dominación, lo que genera en su interpretación un “sistema precario de poder, ver Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1984, p. 21-30.

c. Estructura de la tesis

Dicho todo lo anterior, se presenta en una primera parte, un marco general de los cambios en la teoría de la historia con respecto a las ciencias sociales, posicionando los aportes de Paul Ricoeur como eje central para los objetivos de esta investigación. Las directrices que sirven de orientación para los siguientes apartados son las ideas de sujeto, temporalidad y memoria. En un segundo momento, desarrollaremos las relaciones del historiador del tiempo presente con la conciencia histórica, en particular con el presentismo y su condición histórica como sujeto “afectados por el pasado”, para finalizar con la orientación del tiempo histórico que efectúa la HTP desde su operación historiográfica, problema que nos sumerge en el sentido de su representación.

CAPÍTULO I

Una Teoría de la Historia desde la obra de Paul Ricoeur

Sin embargo lo real representado no corresponde con lo real que determina su producción. Oculta, detrás de la figuración de un pasado, el presente que lo organiza (...) la puesta en escena de una realidad (pasada) construida, es decir el discurso historiográfico mismo, oculta el aparato social y técnico que lo produce, es decir, la institución profesional
Michel De Certeau

Hacemos la historia y hacemos historia porque somos históricos
Paul Ricoeur

1. La teoría de la historia en el siglo XXI: del qué al cómo se escribe la historia.

La modernidad y todo su aparataje en búsqueda del supuesto *logos* perdido produjo que desde el siglo XVIII todo el conocimiento, incluido aquel que miraba al pasado, quisiera asegurar el pretendido *status científico*. En palabras de Richard Rorty, la cuestión fundamental fue la búsqueda de los principios cognitivos que clarificaran la realidad en tanto conocimientos científicos: por tanto, verdaderos⁸⁶. Más que comentadas son las implicancias en el desarrollo de la historiografía que se posiciona como ciencia desde su institucionalización en el siglo XIX. Lo que concierne a este trabajo, resulta de vital importancia destacar lo que Koselleck denominó la nueva conceptualización de la palabra historia como “singular colectivo” desde la segunda mitad del siglo XVIII. Esta nueva noción respondió a una mutación lingüística que daba cuenta de ciertas experiencias que el historiador alemán asocia a cambios en la percepción del tiempo: el futuro se abre como expectativa y el pasado deja de dar respuestas al presente (se abandona

⁸⁶ Richard Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 2001, p.127.

poco a poco la idea de historia *magistra vitae*). La modernidad presenta esta aceleración del tiempo histórico en la medida que se abre un espacio entre “campo de experiencias” y “horizontes de expectativas” donde el futuro en las fuerzas del *progreso* cobra nuevo sentido. La sensación de experimentar sucesivos cambios novedosos explica la aceleración en concomitancia con las expectativas, como expresa Koselleck:

el singular colectivo (...) permitió que la historia adjudicara a aquellos sucesos y sufrimientos humanos una fuerza inmanente que lo interconectaba todo y lo impulsaba un según un plan oculto o patente, una fuerza frente a la que uno se podía saber responsable o en cuyo nombre se creía poder actuar (...) Era el gran momento de las singularizaciones, de las simplificaciones que se dirigían social y políticamente contra la sociedad estamental⁸⁷.

Koselleck explica en su libro *Futuro pasado* – que a estas alturas ya es un clásico – cómo es que este cambio conceptual en la comprensión social, ahora *moderna* de la historia, cultivó una nueva diferenciación cualitativa entre pasado, presente y futuro, lo cual tuvo directa injerencia en la metodología de la historia: el conocimiento objetivo del pasado sería posible gracias a la distancia temporal y el despojo de cualquier juicio del observador sobre su objeto de estudio. Como explican Lorenz y Bevernage, “la idea progresista de que el tiempo no trae cambios aleatorios o sin dirección, sino un cambio acumulativo dirigido a un futuro más avanzado (reforzó las) reivindicaciones relacionadas de superioridad epistemológica sobre las perspectivas de los testigos oculares contemporáneos”⁸⁸. En esta misma dirección, la filósofa chilena Carla Cordua explica el desarrollo moderno desde Bacon a Hegel en la problemática de cómo tratar con las *tradiciones*. Para el primero, el pasado, entendido desde la tradición religiosa, no permite a los seres humanos el verdadero conocimiento buscado en los avances científicos. Luego, sus postulados son absorbidos por racionalistas y empiristas quienes entran en pugna con románticos y adeptos al naciente historicismo

⁸⁷ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 55-56.

⁸⁸ Bevernage y Lorenz, *Breaking up Time*, p. 14.

alemán, en quienes existió una defensa del legado tradicional del devenir humano, llegando a una visión matizada donde no se rechaza el pasado, pero desde la selección y la investigación racional. En este punto es que la autora posiciona la figura de Hegel. En su filosofía de la historia universal, el filósofo alemán muestra cómo el pasado, presente y futuro están interrelacionados: “es el pasado el que nos ha traído hasta donde estamos y él ahora nos conduce a la meta futura en que se cumple el sentido de toda historia”⁸⁹.

Esta concepción del tiempo histórico – ya no cíclica ni maestra para la vida, ni tampoco escatológica desde la visión escolástica cristiana de la época feudal – es fundamental para comprender los cambios en la historiografía a nivel mundial en comparación con la actualidad. Como se verá más adelante, también de la mano de Koselleck, François Hartog nos propone otra realidad temporal con repercusiones para la historiografía más contemporáneas que esta primera modernidad.

En este contexto, y para el siglo XIX, la noción *teoría de la historia* pasó a tomar posición privilegiada, asumiendo el rol de mostrar la posición científica de la misma por medio de la fundamentación que no dejara dudas a los principios generales de la producción de su saber, independientes de la disciplina misma. De esta manera se accedía al centro del problema científico: dar cuenta de representaciones verdaderas al modo de las ciencias naturales o también llamadas empíricas. Así, intentó fundar el conocimiento del pasado en dos grandes tipos de problemas que guardaban relación con la *episteme* en tanto pensamiento filosófico: la justificación del historiador frente a su campo empírico (su campo objetual) y la validación de los juicios historiográficos emitidos. Su tarea, por tanto, fue mostrar las condiciones que permitían establecer relaciones sujeto-objeto, al tiempo que acreditaba de manera formal la naturaleza objetiva de las representaciones historiadoras. Con todo, su trabajo se enmarcaba dentro del núcleo de afirmaciones “invariables” que justificaban el marco del conocimiento

⁸⁹ Carla Cordua, “Tratando con el pasado”, en Manuel Cruz y Daniel Brauer, *La comprensión del pasado. Escritos sobre filosofía de la historia*, Barcelona, Herder, 2005, p. 87.

científico. De esta manera encontró cabida – por lo menos hasta los tres primeros decenios del siglo XX – la idea de que todo conocimiento posible remite a un estrato universal, necesario y a priori⁹⁰.

También existieron posturas que intentaron romper con la tradición. En especial el llamado neopositivismo lógico al estilo del Círculo de Viena o bien la hermenéutica idealista de Dilthey y su correlativo en Collingwood, formas de pensamiento que no terminaron por romper con la forma dominante⁹¹.

Fue así como se hizo evidente que la fundamentación del saber histórico no podía realizarse desde el interior de la disciplina, sino desde su exterioridad. Es lo que Rorty recuerda para la tradición contemporánea de la filosofía, al plantear que el pensamiento desde Descartes, Locke y Kant introdujo la *verdad* ineludible para todo científico, en dónde la búsqueda del conocimiento se produce dentro de un marco que se puede aislar antes de toda conclusión de investigación⁹².

Dilthey resulta un caso paradigmático, pues en su *Introducción a las ciencias del espíritu*, funda la crítica de la razón histórica, que no fue otra cosa que la crítica de la razón pura kantiana, aquella en razón de las ciencias naturales, pero ahora para las ciencias humanas. Para su hermenéutica, el trabajo de fundamentación del conocimiento era independiente de la realidad a la que respondía, pues aislaba toda idea de orden trascendental. Con todo, la base fundacional de la ciencia histórica del siglo XX se proyectaba en una serie de procedimientos a partir de los cuales se delimitaban los objetos de investigación, las hipótesis, el método y los resultados puestos en un nivel de sustentación teórica previa. El panorama mostraba la disputa entre las ciencias nomológicas y las hermenéuticas, o bien sintéticas versus analíticas, sin dar todavía espacio a la

⁹⁰ Fernando Betancourt, “La fundamentación del saber histórico en el siglo XX: investigación social, metodológica y racionalidad operativa”, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, N° 40 julio-diciembre, 2010, pp. 91-120.

⁹¹ Frank Ankersmit, *Historia y Tropología. Caída y ascenso de la metáfora*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 115. Para tal efecto ver en especial el cap. II titulado “El dilema de la filosofía de la historia anglosajona contemporánea”.

⁹² Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, 17-18.

relación que tiene hoy la fundación del conocimiento y la disciplina que ordena y produce ese discurso.

Para la segunda mitad del siglo pasado, la disputa parecía no tener sustento gracias a los avances fructíferos de las ciencias humanas que cada vez más tomaban una posición diferenciada frente a las de la naturaleza. Habermas muestra esta dualidad de las dos ciencias en las figuras relevantes a la filosofía de la ciencia de K. R. Popper del lado analítico, y H. G. Gadamer de la hermenéutica filosófica, en donde el poco entendimiento entre ambas – nos dice – no parecía molestar a ninguna de las partes, recordándonos también que bajo el techo de las ciencias sociales es menester siempre dirimir entre las dos tensiones: la analítica y la hermenéutica⁹³.

El cambio sucedido para la segunda mitad del siglo XX (y desde donde se enmarca esta proposición) está dado, para nuestro objeto, en un nuevo planteamiento epistemológico para la historia. Ahora la reflexión consiste en describir los niveles que conforman su propia base disciplinaria, así como las complejas interacciones sistemáticas. Intenta mostrar las distintas funciones operativas que sustentan su lógica de investigación, así como los espacios sociales que permiten su retórica discursiva. En esta misma línea, Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño argumentan que el cambio paradigmático que vivió la historiografía en el cambio de siglo (del XIX al XX) se puede entender desde el establecimiento de verdades analíticas (ahistóricas) a otras de tipo sintéticas (históricas). Para los historiadores mexicanos citados, la fundamentación de la historiografía decimonónica positivista se expandió al siglo XX desde cinco grandes características:

- a) El conocimiento del pasado es objetivo. Para tal efecto el historiador debe desaparecer del análisis pues la subjetividad que lo atrapa le impide establecer la pretendida objetividad.
- b) Para lograr el punto anterior la metodología de la historia suprimió la historicidad del sujeto historiador.

⁹³ Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, pp. 82-86.

- c) Esta metodología tiene como resultado la representación del pasado como sucesión de hechos, cronológicamente: cosificación del pasado.
- d) La naturalización del pasado como *cosa* permite la referencia a los hechos desde la facticidad
- e) El historiador “observa el pasado” desde una teoría de la correspondencia⁹⁴.

Podríamos decir entonces, que son tres las premisas que se deducen de lo anterior: por un lado, al historiado no le corresponde hacer ningún juicio del pasado; por otro, la inexistencia de algún tipo de correspondencia entre sujeto (historiador) y su objeto de estudio (el pasado) y, por último, que la historia entendida como *res gestae* existe por sí misma, es objetivamente accesible. Así, uno de los puntos citados por Mendiola y Zermeño es que la historiografía positivista alejó la posibilidad comprensiva del *pasado por el presente* y el *presente por el pasado*, evocando la fórmula de Marc Bloch en su *Apología por la Historia*. Para esta investigación, la filosofía crítica de la historia esgrimida en el largo recorrido de Paul Ricoeur nos ofrece la posibilidad de salir de esa camisa de fuerza hacia la comprensión de un pasado que *afecta* al presente, lugar donde el historiador del tiempo presente se nos muestra como una problemática mayor al ser parte generacional de los acontecimientos que espera comprender desde su operación historiográfica.

Para entrar de lleno en esta nueva teoría historiográfica es necesario alejarse de las posiciones normativas y situarse en una posición reflexiva, en cuanto tal la historiografía – entendida como escritura de la historia –, juega también un rol diferente. Aporta desde su paradigma (o matriz disciplinar al estilo de Jörn Rüsen) la autocomprensión respecto de la escritura de la historia y de los procesos metódicos desde los cuales se produce. Como explica Betancourt, se entiende como la revisión de los vocabularios factuales generados y utilizados por

⁹⁴ Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, “De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica”, *Historia y Grafía*, N° 4, 1995, pp. 252-253.

los historiadores, problema que imperiosamente se muestra desde la interdisciplinariedad de las ciencias sociales.

El aporte de Ricœur a la reflexión historiográfica está dado por centrar la mirada fundacional del escribir la historia no tanto en un discurso por sobre otro discurso, como lo entendió Foucault, sino más bien en una operación escrituraria desde el presente hacia el pasado en el rescate de la memoria. Es más, Ricœur insta en el debate reflexivo a escuchar el llamado de atención de Foucault, pero ir más allá, entendiendo que el quehacer historiográfico observa su propio discurso en los vínculos sociales que lo rodean, y que a la vez tiene como regla de pertinencia considerar la relación entre representación y las mismas prácticas sociales. El llamado es a salir de la neutralidad de los puros enunciados para alcanzar las relaciones entre las formaciones discursivas y las no discursivas⁹⁵.

En este contexto cobra relevancia la idea de una producción histórica siempre supeditada al espacio tiempo del historiador que mira el pasado en rescate de la memoria. La *operación historiográfica* entonces nos remite a tres fases no temporales sino entre mezcladas:

a) la fase documental, aquella referida desde la declaración de los testigos de la época estudiada, es la constitución del archivo como parte del programa epistemológico

b) la fase explicativa/comprendida, que según Ricœur responde a la pregunta ¿por qué las cosas ocurrieron así y no de otro modo?, y

c) la fase representativa del pasado o escrituraria. Momentos entendidos como procesos metodológicos imbricados entre sí, y bajo ningún punto de vista de manera secuencial⁹⁶.

⁹⁵ Ricœur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p.232.

⁹⁶ A este respecto son tres los textos esenciales. Dos de Ricœur, capítulo II: Ricœur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli* y "Histoire et Mémoire. L'écriture de l'histoire et la représentation du passé" y el artículo de François Dosse "Le momento Ricœur de l'opération historiographique" *Vingtième siècle*. Revue d'histoire, N° 69, 2001, pp. 137-152, este último disponible en: http://www.ihtp.cnrs.fr/historiographie/sites/historiographie/IMG/pdf/Dosse_Le_moment_Ricoeur.pdf (consulta efectuada el 24/11/2017).

Lo que hemos querido mostrar en este rápido andar de la ciencia histórica y sus postulados, es que hoy se asume la producción científica de representaciones del pasado como construida desde su aparato social y más específicamente desde su institucionalidad profesional. Este cambio en la mirada de la teoría de la historia y su método (no como verdades a priori) nos ofrece la oportunidad de estudiar el discurso historiográfico en conjunto con los procesos intersubjetivos de su misma producción. Es acá donde el diálogo de historiadores asume una importancia empírica pues se encuentran determinados por paradigmas que vuelven operativas las distintas investigaciones. No se trata de un diálogo dentro de marcos difusos como se asume un diálogo en la práctica cotidiana, sino que se especifican siempre desde convenciones adquiridas que se comparten por el grupo de investigadores.

Es así como en términos generales podemos decir que la transformación que tuvo lugar en la filosofía del siglo XX apuntó hacia el despojo paulatino del papel que desde Descartes se le había asignado, cual era darle la tarea que, desde el plano teórico, dilucidara todo fundamento del conocimiento, de la moral y de la vida. Betancourt es preciso al detallar que, al referirse a fundamentos, se hace pensando a los procedimientos reflexivos que tienen por objeto desvelar la unidad del mundo de la conciencia. La nueva mirada enfoca ahora no la conciencia o el *cogito* cartesiano, sino el uso de lenguaje. “Lo que está en juego ahora es el contexto del diálogo y de los intercambios lingüísticos, esto es, la naturaleza hermenéutica del lenguaje”⁹⁷, lo cual en nada significa borrar de un plumazo la tradición de la historia de la Ciencia.

La referencia al lenguaje denomina por cierto el llamado *giro lingüístico*, del cual nos hacemos parte en la medida que da cuenta del cambio filosófico del que hemos estado hablando. Nos quedamos con la idea de que tal *giro* anula toda idea de una conciencia total, lo que permite llegar a una hermenéutica de condición histórica, tal como lo plantea el Ricoeur anciano de *La memoria, la historia, el olvido*. A partir del lenguaje depositado en memoria social (desde pugnas y

⁹⁷ Betancourt, *El retorno de la metáfora*, p. 67.

continuidades), todo pensamiento sólo podrá existir objetivado para el análisis social en la medida que se base en emisiones lingüísticamente construidas. De esta manera fue que el *a priori* de la conciencia vino a ser reemplazado por el *a priori* del lenguaje.

2. Sujeto, temporalidad y memoria

Si la propuesta espera demostrar que la teoría de la historia referida a la HTP no puede evadir la problemática del tiempo, tanto como constructo social (régimenes de historicidad) y como parte constituyente del sujeto observador de acontecimientos recientes (la proyección del tiempo histórico), se hace necesario tomar posición de qué vamos a entender por tiempo. La respuesta a esa pregunta nos viene de una lectura sistemática de la obra de Paul Ricoeur, que a continuación se presenta desde dos obras fundamentales: *Temps et récit* y *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Luego de casi veinte años de circulación intelectual, la gran obra del filósofo referida a la memoria como matriz de la historia y ésta a la vez como guardiana o vigía de la primera desde su concepto *representancia*, debe ser confrontada en una suerte de continuidad con sus indagaciones acerca del problema temporal y su idea de sujeto. Como hemos dicho, se hace obligatorio el diálogo con la filosofía de Ricoeur, toda vez que representa un marco de comprensión reflexiva de incalculable valor para los historiadores preocupados de pensar el tiempo como registro constituyente de la escritura de la historia.

En relación al diálogo entre historiadores y filósofos, una voz autorizada como la de Roger Chartier pregonaba en 1987 la tarea de: “Construir históricamente los problemas filosóficos y elaborar filosóficamente las dificultades de la práctica historiadora”⁹⁸. Años después François Dosse daba cuenta de este

⁹⁸Christian Delacroix, “Les historiens français: une réception en trompe-l'œil?” En François Dosse y Catherine Goldesntein, *Paul Ricoeur: penser la mémoire*, Paris, Seuil. 2013, p. 63.

problema (para el caso de Francia) como un “diálogo de sordos”⁹⁹. Tanto para Chartier (nos detendremos en ello) como para Dosse – dos de los historiadores contemporáneos más destacados del país galo – la obra de Ricoeur representa una enorme gama de posibilidades para la comprensión histórica. La situación entre filosofía e historia ha cambiado. El diálogo entre historiadores y filósofos se hace cada vez más fructífero desde la teoría de la historia, eso ya hemos detenido.

En lo que sigue, nos ocuparemos en desarrollar los recursos analíticos que en relación al problema del sujeto histórico y la temporalidad hasta la publicación en 1985 del tercer tomo de *Temps et récit*, para luego entrar en el problema de la memoria y sus relaciones y diferencias con la historia como disciplina. Interrogamos la visión del tiempo y el sujeto en Ricoeur para hacer del oficio del historiador un problema que impulse preguntas de investigación tales como ¿Qué es el tiempo y qué relación juega en la misma escritura de la historia?, ¿Qué impronta guarda el sujeto en Ricoeur que atañe también al problema de la temporalidad? ¿Tiene la historia – entendida como escritura – su propia temporalidad? Nos ocuparemos en defender la hipótesis que dice no ser posible, para la epistemología de la historia, comprender los aportes a las aporías del tiempo propuestos en Ricoeur, si no es proyectando su propia visión del sujeto histórico dentro de su *injerito* de la hermenéutica en la fenomenología.

Ricoeur, llamado por muchos como el filósofo de la escucha, tuvo una larga y vasta trayectoria que no solo dialogó con la historia como disciplina, también con la literatura lingüística, antropología entre otras. Definía su filosofía como un proyecto reflexivo, con influencia de la fenomenología, y que pretendió ser una variante hermenéutica de esta última¹⁰⁰. En lo que respecta a la disciplina histórica podemos conceptualizar su aporte al campo de la investigación del pasado desde tres líneas de pensamiento: fenomenológica, epistemológica y ontológica¹⁰¹.

⁹⁹ François Dosse, “Le moment Ricoeur de l’opération historiographique”, *Vingtième Siècle*, N° 69, 2001.

¹⁰⁰ Paul Ricoeur, “Narratividad, fenomenología y hermenéutica”, *Anàlisi*, vol. 25, 2000, p. 200.

¹⁰¹ Dosse y Goldesntein, *Paul Ricoeur: penser la mémoire*, p. 9. Roger Chartier al hablar del recorrido filosófico de Ricoeur en tanto reflexión histórica concuerda con los autores citados, pero

El marco mayor desde donde Ricoeur hace su labor intelectual es por cierto una *filosofía crítica de la historia* (también llamada analítica) – estudio de conceptos, métodos y teorías de la investigación del pasado – y no “especulativa”, como aquella idea iluminista de Voltaire en adelante, y que Löwith describía como la que “quiere significar una interpretación sistemática de la historia universal, de acuerdo con un principio según el cual los acontecimientos históricos se unifican en una sucesión y se dirigen hacia un significado fundamental”¹⁰².

No es ese el propósito de Ricoeur. Entendemos su aporte a la disciplina que estudia el pasado como un diálogo fructífero desde la filosofía para la propia inteligibilidad del pasado en el presente, asumiendo a la vez sus limitaciones en la representación del pasado como ciencia social (epistemología *débil*). Una visión del sujeto que, a diferencia del estructuralismo – que pensaba lo humano desde la configuración de estructuras: lingüísticas, económicas, etc. – asume la debilidad del sujeto reivindicando la auto reflexión. En definitiva, con Ricoeur ya no podemos aceptar la tesis estructuralista en que el lenguaje del sujeto está ya dicho, ya pensado y por lo tanto no corresponde desde él la comprensión. Esa visión está superada, pues ahora apunta hacia las estructuras en conjunción con el sujeto reflexivo.

Ya a partir de 1952 Ricoeur reconoce en la historia una mixtura entre objetividad y subjetividad entendiendo su base epistemológica desde esta doble cuestión. Una dialéctica de lo mismo del presente y lo ajeno del pasado entretejidos en el tiempo¹⁰³. En este sentido, Ricoeur rechaza la posición que ofrece al historiador un horizonte de objetivación. Aboga por una visión de tensión de la práctica historiadora entre “una objetividad siempre incompleta y la subjetividad de una mirada metódica que debe desprenderse de una parte de sí

prefiere hablar en vez de una ontología, de una *hermenéutica de la condición humana*. Ver Chartier, *El presente del pasado*, 70.

¹⁰² Karl Löwith, *El sentido de la historia*, Madrid, Aguilar, 1968, p. 9.

¹⁰³ El texto titulado “objetividad y subjetividad en la historia” que data de 1952 fue presentado en unas jornadas pedagógicas de la enseñanza de la historia y la filosofía. Tres años después será publicado en francés en un texto mayor hecho libro: *Historia y Verdad*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1990 pp. 23-40. En Dosse, “Le moment Ricoeur de l’opération historiographique”, p. 137. El libro en cuestión ha sido re-editado hace muy poco por el Fondo de Cultura Económica.

mismo, dividiéndose en una buena subjetividad, el *yo de búsqueda*”, y una mala, el *yo patético*”¹⁰⁴. Tres son los niveles de esa subjetividad: los juicios de importancia en la elección de objetos de estudio, los vínculos de causalidad que se eligen en el relato, y la distancia temporal que opone lo mismo a lo otro¹⁰⁵. Es el problema de la representación del pasado que muchos años después, ya en un Ricoeur maduro y anciano, mostrará (lo hemos dicho) como un “pacto de verdad” entre el historiador y el lector, pues este último espera que se le entregue un relato “verdadero” y no una ficción¹⁰⁶.

Desde que Ricoeur inicia sus reflexiones acerca de la filosofía de la historia, nuestro autor intentó poner en juego dialéctico la constitución histórica del sujeto y su necesaria adscripción al pasado en vías del entendimiento humano de todo presente. *La filosofía de la voluntad* editada en los años sesenta, fue su intento fenomenológico por comprender el actuar humano desde la comprensión del *mal*, lo *voluntario* y lo *involuntario*, como explica:

Se trataba ante todo de demostrar que el mal no era una de las situaciones-límite implicadas por la finitud de un ser condenado a la dialéctica del actuar y del padecer, sino a una estructura contingente, “histórica” (...) En este sentido la constitución de una voluntad finita sólo daba cuenta de la fragilidad humana, es decir, en el sentido del mal ya presente, un simple principio de falibilidad. La fenomenología de lo voluntario y de lo involuntario no me parecía susceptible de dar cuenta sino de la debilidad de un ser expuesto al mal y susceptible de actuar mal, pero no efectivamente malo¹⁰⁷.

En este sentido, el sujeto en Ricoeur se entiende desde tres ópticas: pensante, actuante y sintiente¹⁰⁸, hacia esta mirada apunta la idea de un sujeto de acción

¹⁰⁴ Por esos años, Louis Althusser alababa la distinción ricoeuriana de mala y buena subjetividad en una carta remitida al filósofo francés como crítica a su texto de la objetividad y subjetividad en la historia. Ver “Ensayo y propósito sobre la subjetividad en la historia (carta a Paul Ricoeur)” https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/159/22238_Ensayo%20y%20prop%3%b3sito.pdf?sequence=1&isAllowed=y.

[revisado 20-03-2018].

¹⁰⁵ Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, pp. 244-245.

¹⁰⁶ Ricoeur, “Narratividad, fenomenología y hermenéutica”, p. 1.

¹⁰⁷ Paul Ricoeur, *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1997, p. 30.

¹⁰⁸ *Ibid.* p. 36.

que esta tesis posiciona en la figura del historiador del tiempo presente, un sujeto *afectado por el pasado* que actúa y siente al establecer su problema de estudio.

La experiencia humana podrá ser develada, desde un plano personal o colectivo, desde los signos depositados por vía del lenguaje en la memoria. Hacia acá apunta la versión del cogito cartesiano que Ricoeur ya tenía en mente hacia mediados del siglo XX: “el sujeto, afirmé, no se conoce a sí mismo directamente, sino sólo a través de los signos depositados en su memoria y su imaginario por las grandes culturas. Esta opacidad del cogito no concernía en principio únicamente a la experiencia de la mala voluntad, sino a toda la vida intencional del sujeto¹⁰⁹. Entre el *Cogito* “exaltado” de tipo cartesiano y el “humillado” de Nietzsche (Derrida y posteriores, muchos de ellos llamados posestructuralistas), Ricoeur ofrece el que llama *cogito herido*, y que logra el entendimiento de sí a través de un rodeo (*détour*) con lo *otro*. Se trata de una operación de “distanciación”: “contrariamente a la tradición del *cogito* y a la pretensión del sujeto de conocerse a sí mismo por una intuición inmediata, sostengo que no nos comprendemos más que por el gran rodeo de los signos de la humanidad depositados en las obras de la cultura”¹¹⁰. ¿No tenemos los historiadores algo que tomar y decir a partir de la apertura ricoeuriana? ¿No hay un llamado al *reflexionar* histórico que como historiadores debemos hacer?

A nuestro entender, una de las claves en la comprensión ricoeuriana del *ser histórico* (sujeto) y el *pensar histórico* (del historiador¹¹¹) está dada por el papel de la hermenéutica en la medida que pone en juego el comprender humano, sea presente o pasado. Vemos en las lecturas de Ricoeur una relación fundacional entre el discurso historiador y el pasado como tal configurados en la interpretación

¹⁰⁹ *Ibid*, p. 32.

¹¹⁰ Paul Ricoeur, “La función hermenéutica de la distanciación”. En *Del Texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 95-108.

¹¹¹ Cabe hacer dos aclaraciones: por un lado, siguiendo Julio Aróstegui, diferenciar conceptualmente que nuestro trabajo sobre el pasado siempre es *historiográfico*, pues no “hacemos historia” sino que la pensamos, la sistematizamos y la interpretamos. Así, cuando hablemos del pensar histórico o del trabajo del historiador nos estaremos refiriendo siempre a lo que De Certeau llamó la operación historiográfica; por otro, siguiendo a Jörn Rüsen, decir que el pensar histórico remite también a una ética del historiador donde el conjunto de valores y normas de todo su trabajo es parte a la vez del pasado que interpreta.

significante del lenguaje. Para tal efecto es preciso comprender su “injerto de la hermenéutica en la fenomenología” como proyecto filosófico, y sus repercusiones en la interpretación del sujeto, en la medida que nos irá conduciendo a la resignificación del lenguaje, esta última herramienta esencial para adentrarnos en la relación temporal y de la representación historiográfica en su trayecto filosófico. De lo contrario, creemos, comenzar una lectura de Ricoeur desde *Temps et récit* sería incompleta y sin posibilidades comprensivas desde la epistemología de la historia, menos aún desde su última obra.

Como se ha dicho, la comprensión del obrar humano en Ricoeur no termina en la exacerbada confianza moderna de la conciencia en Descartes ni tampoco en el derrotismo nietzscheano o la deconstrucción derridiana. Ricoeur ofrece un pasaje intermedio como vía de salida. Este es su famoso proyecto del *injerto de la hermenéutica en la fenomenología* que trataremos de explicar brevemente, a razón de que tal problema filosófico nos permite mostrar un pensar que ofrece a la disciplina herramientas necesarias para el comprender lo humano en el pasado, y que no sólo se responde desde la impronta del lenguaje ni del pasado como texto (postura de Roland Barthes y de ciertos pasajes en Michael Foucault).

Un análisis fenomenológico supone una carga de subjetividad de la cual Ricoeur nunca quiso renunciar. “La fenomenología ofrece una imprescindible remisión última a la subjetividad”¹¹². En el camino de la comprensión ontológica del *ser*, heredero del *Dasein* heideggeriano, pero del cual Ricoeur toma distancia (lo llama la “vía corta”), nuestro filósofo ofrece un proyecto nuevo, más largo que incluye la discusión metodológica de la comprensión desechada por el gran filósofo alemán. Es la llamada *vía larga*, también con hambre de comprensión, pero que redirige la pregunta por la misma hacia su episteme:

¿qué le sucede a una epistemología de la interpretación, surgida de una reflexión sobre la exégesis, sobre el método de la historia, sobre el psicoanálisis y la fenomenología de la religión, etcétera cuando es

¹¹² Eduardo Silva, “Paul Ricoeur y los desplazamientos de la hermenéutica”, *Teología y vida*, vol. XLVI, 2005, p.180.

alcanzada, animada y, si se me permite decir, aspirada por una ontología de la comprensión?¹¹³

Pregunta fundacional: la herramienta metódica por la cual Ricoeur entra en la comprensión del accionar humano será el *lenguaje*, sin que por esto renuncie a las condiciones de posibilidad de la construcción de ese saber. El injerto hermenéutico en la fenomenología es precisamente hacer del lenguaje un vehículo para aprender las múltiples subjetividades del ser humano. Ricoeur está escribiendo en los años sesenta en donde el estructuralismo parece ser la llave que abre la posibilidad de erigir la comprensión social en ciencia positiva. Dialogando, pero a la vez confrontándose con autores como Wittgenstein y Levi-Strauss, Ricoeur ofrece salir de la pura ontología heideggeriana para darle al sujeto precisamente una comprensión histórica, saliendo también de la excesiva confianza en el lenguaje sincrónico, encontrando en la lingüística de Benaviste una salida que lo beneficia. François Dosse lo explica así:

La superación de la antinomia fundamental en Saussure entre lengua y habla le brinda la posibilidad a Ricoeur de tratar lo que constituye el ángulo muerto del paradigma estructuralista: el referente, la frase, el sujeto y, por lo tanto, encontrar material para su demostración en la teoría de los enunciados de Benaviste¹¹⁴

En aquellos años dorados de la etnología francesa con Levi-Strauss a la cabeza, la historia como ciencia social quedó a la retaguardia del corpus de ciencias sociales que buscaban desentrañar las claves simbólicas del inconsciente social, claves profundas que desde el lenguaje y el trabajo de campo la antropología podía entregar y así posicionar tal disciplina como la madre de las ciencias sociales. Para la historia, desde la mirada estructuralista, quedaba mostrarnos los avatares mostrados por los documentos; más para la antropología estructural quedaba la función más compleja y difícil por desentrañar, aquello a lo

¹¹³ Paul Ricoeur, *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 2008, p.12.

¹¹⁴ François Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida (1913-2005)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 344.

que el historiador – según aquellos – no tenía acceso: las estructuras inconscientes de los grupos humanos.

En esta línea, resulta muy representativa una de las frases que Levi-Strauss lanzó en su lección inaugural del College de France el 5 de enero de 1960: “La antropología no pierde la esperanza de despertarse, a la hora del juicio final, entre las ciencias naturales”¹¹⁵. El sentido de la historia con Levi-Strauss quedaba, de alguna manera, anulado. Esta nueva tendencia en el análisis social apocó el sentido de la transformación histórica llevándolo al plano de la lógica de las relaciones cuasi matemáticas, como lo muestran las relaciones de parentesco tan conocidas en el análisis antropológico de Levi-Strauss. Para esta nueva fuerza intelectual, el tiempo histórico no tiene cabida más que para hablar de tradiciones¹¹⁶.

Esta tendencia hacia las sociedades – calientes o frías –cuasi inmóviles tuvo eco y respuesta en la disciplina histórica en la voz de Fernand Braudel. Braudel es sin lugar a dudas el historiador francés que jugó un papel activo y preponderante en la relación historia/estructuralismo. Braudel comprendió el estudio del pasado al modo durkheimiano, esto quiere decir, en el desciframiento de patrones culturales –integración, reproducción y socialización –desde una visión estructural de las identidades sociales en el tiempo. Su gran aporte no pasa solamente por lo metodológico, lo cual de por sí es ya un clásico para la historiografía, sino por romper definitivamente con la mirada estática de la temporalidad. A Braudel debemos los historiadores la importancia de pensar el tiempo desde un modo epistemológico, por tanto, como posibilidad de

¹¹⁵ Dosse, *El giro reflexivo de la historia*, p. 240.

¹¹⁶ Para ser justos cabe decir que ciertos historiadores asumieron esta antropología estructuralista dotándola de historia en sus análisis, tal es el caso de Jean-Pierre Vernant, Pierre Vidal-Naquet y Marcel Detienne.

conocimiento, pero cierto es también que las conocidas articulaciones entre larga duración y acontecimiento siguen ancladas en la idea del tiempo cronológico.¹¹⁷

Son los años en que Ricoeur se pregunta ¿cómo fundar las ciencias históricas frente a las ciencias de la naturaleza?¹¹⁸ Es el camino por símbolos y signos culturales, por lo oculto del lenguaje en el discurso, volamos a Dosse:

Esta dialectización del explicar y el comprender conduce a Ricoeur a no rechazar la pertinencia del sujeto, que en el estructuralismo es reducido ya sea a un sujeto interceptado, inaccesible a sí mismo, ya sea al simplemente no lugar de un proceso sin sujeto (...) El sujeto según Ricoeur es el punto de llegada, un sujeto reencontrado luego del largo recorrido-desvío de apropiación de la enseñanza de la lingüística, del análisis literario, de la sociología, de la antropología y de la historia¹¹⁹.

De esta manera Ricoeur ofrece un camino intermedio para el problema de las múltiples interpretaciones, que “evita tanto las tentaciones de un sentido único

¹¹⁷ Braudel asume comandar la defensa de la disciplina histórica ante las arremetidas del estructuralismo de Levi-Strauss. Hay en él cierta ambivalencia, de alguna u otra manera Braudel comulgó pero a la vez rechazó el estructuralismo: lo rechaza trabajando el problema de las temporalidades; lo comparte al menospreciar el acontecimiento y entregando a la larga duración histórica la llave de la explicación del pasado. Sabido es la preferencia en sus estudios por lo que él llamo la *longue durée*, asunto que tiene explicación en la epistemología de la historia que hay detrás de su trabajo: el pasado se esclarece al alejarse del acontecimiento y de los hechos históricos. Es lo que denomina como tiempo corto, lo ligado al acontecimiento (*histoire événementiel*). Propuso otras dos temporalidades que sumergen al historiador a una visión irremediamente estructuralista: por un lado el tiempo de las coyunturas históricas, tiempo medio, que transita entre los acontecimientos y los factores políticos, económicos, culturales, etc., (en una escala temporal ligada a las conexiones de generaciones humanas) ;por otro, la larga duración, aquella temporalidad en largos períodos de tiempo que incluso se confunde con una especie de historia inmóvil (Le Roy Ladurie), recorrido de siglos asociados también al tiempo geológico de la naturaleza. Geografía y economía serán problemáticas que Braudel trabajará como pocos han logrado desarrollar. Cabría notar dos frases del autor reveladoras para estos efectos y que enfatizan la argumentación: primero, en 1966, se publica una nueva edición de su obra sobre le mediterráneo y Felipe II, en donde Braudel adjunta una nueva conclusión que resulta muy esclarecedora para nuestro objeto: “soy estructuralista de temperamento, poco solicitado para el acontecimiento y a medias por la coyuntura”; segundo: “El tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones”, citado por Dosse, *El giro reflexivo*, p. 243.

¹¹⁸ Ricoeur, *El conflicto de las interpretaciones*, p.15.

¹¹⁹ Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p.342.

(original, objetivo, perenne) como las de un sentido infinito (abierto, subjetivo, indeterminado)”¹²⁰.

Se ha nombrado un sujeto de la *acción*, esto es de vital importancia para nuestra investigación, toda vez que al asumir una posición ontológica de la noción “estar afectado por el pasado” para pensar la tarea del historiador del tiempo presente, la noción de *acción* nos traslada a la proyección de la conciencia del sujeto en cuestión. Ser afectado por el pasado remite efectivamente al pasado, pero, al no dejar de ser sujeto de acción, el futuro no queda invisibilizado en su labor.

La filosofía ricoeuriana no se queda sólo en un análisis ontológico del *ser*. Intenta ir más allá, pues observa – como se ha dicho – en el lenguaje, la llave de entrada a la condición humana por esencia. No meramente desde un punto de vista semiótico. Para Ricoeur el lenguaje es efectuado bajo texto u oralidad por un sujeto en tiempo y espacio determinado. No acaba el análisis en el signo, sino que en la significación: “en el discurso (para Ricoeur) hay un ser hablante que se enseña a un ser oyente y le muestra, a la vez, algo de lo que habla, algo que significa en una situación que trata de un sitio acción, una acción situada en un tiempo y espacio determinado”¹²¹. Ricoeur pone en juego el pensar humano y su reconocimiento bajo la categorías de una mediación *imperfecta del ser*¹²² (por eso su famosa renuncia a Hegel: renuncia a la búsqueda de la totalidad) en la dimensión de obrar humano, de la acción en la historia (y del padecer que viene a ser para el autor su corolario).

Acá entramos de lleno en nuestra segunda problemática: el tiempo. Pasado, presente y futuro se entrecruzan en una reflexión mayor, que en nuestro segundo capítulo será problema de la conciencia histórica. El sujeto del pasado implica una ética con la muerte, con aquellos que han partido pero que sus actos quedan en la memoria, y con ello en la crítica histórica. Como historiadores

¹²⁰ Silva, “Paul Ricoeur y los desplazamientos de la hermenéutica”, p. 185.

¹²¹ Marilene Valerio, *Estructuralismo y subjetividad en la obra de Paul Ricoeur: ¿un diálogo posible?*, Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 2005, p. 51.

¹²² Paul Ricoeur, *Temps et récit III. Le temps raconté*, Paris, Seuil, 1985, p. 375.

somos, en palabras de Ricoeur, “un servidor de la deuda para con los muertos”¹²³, hacia esa dirección apunta su concepto de “representancia” (*représentance*, acuñado ya en el tercer tomo de *Temps et récit* y vuelto a problematizar en la MHO) como el trabajo historiador desde una especie de vigía, de lugarteniente del pasado. Esta tesis es la que da sentido a la idea de la memoria justa como matriz de la historiografía.

Por otro lado, la idea de un sujeto de la acción, falible, que puede ser comprendido en la medida que sus actos remiten a acciones voluntarias e involuntarias¹²⁴, tiene eco si nos adentramos en la lógica ricoeuriana de la *temporalidad*. El sujeto propuesto por Ricoeur, ese cogito *herido*, queda mal entendido, sino se entra en el plano de la temporalidad y el juego de las relaciones entre presente, pasado y futuro. Esta es la razón central de que esta investigación asuma una lectura dialógica entre la teoría de la temporalidad en Ricoeur, y los aportes de Hartog desde sus “regímenes de historicidad”. Cabe notar que Hartog es lector conocedor de la obra de Ricoeur, pero en su obra, si bien existe diálogo con la obra del filósofo, no ahonda en la relación que esta investigación sistematiza. Eso no quita, y esto es importante resaltar, que no esté implícita en la obra del historiador francés la relación que desarrollamos con detenimiento.

Bajo esta línea, el filósofo francés tomó de R. Koselleck su propuesta conceptual y meta-histórica de la articulación del los “espacios de experiencia” y “horizontes de expectativas”¹²⁵ (u horizonte de espera según la traducción). Ambas herramientas teóricas nos servirán para pensar tanto la historicidad en la idea de “relaciones con el pasado”, toda vez que remite a la interpretación del pasado en el presente, como en la necesidad de pensar la conciencia histórica, la cual viene a ser la historicidad (pasado-presente) y su proyección al futuro, la orientación de las prácticas.

¹²³ Citado por François Hartog, *Croire en l'histoire*, París, Flammarion, 2013, p. 119.

¹²⁴ Paul Ricoeur, *Freud: una interpretación de la cultura*, México, Silgo XXI, 1990. En este punto cabe citar el trabajo que Ricoeur le dedicó a la teoría psicoanalítica propuesta por Freud y que le valió el ataque de los lacanianos por no considerar a Lacan en su análisis.

¹²⁵ Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 289-333.

Recordemos que en Koselleck no sólo encontramos una teoría de la temporalidad, también una revisión a la importancia del lenguaje como campo central de depósito y configuración de la experiencia. Para él, los conceptos no tienen historia y por ello se puede, metodológicamente, entrar a las múltiples formas en que hemos construido la historia. De todo ello nace la historia conceptual y los elementos referidos a la “contemporaneidad de lo no contemporáneo” y la teoría de los “estratos semánticos”, asuntos que de alguna manera colindan con esta investigación sin ser ésta una tesis de historia conceptual.

Para que exista la posibilidad de representar un pasado, sea de la memoria social (pasado vivo¹²⁶) o de un pasado remoto, es necesario como explica Koselleck, establecer las pautas de múltiples posibilidades de *historias*. Con él hemos aprendido la necesidad de una teoría de la historia previa a toda crítica documental y a la explicación/compresión del pasado (asunto que no siempre encontramos en nuestra disciplina), así como a la necesidad, como historiadores que somos, de hacernos preguntas acerca del tiempo y en especial del tiempo histórico. Cualquiera que lo haya leído se ha dado cuenta que no sólo existen una multiplicidad de tiempos, sino también, que el tiempo de la historia como disciplina es uno, y el de la naturaleza (cosmológico) es otro¹²⁷.

Ahora bien. Antes de adentrarnos en la temporalidad narrativa propuesta por Ricoeur, debemos explicar un fenómeno temporal. Entre lo que le pedimos al pasado y lo que esperamos del futuro hay una serie de significaciones que todo sujeto construye. Para dar una explicación del tiempo debemos, a petición de Ricoeur¹²⁸, adoptar las categorías de Koselleck más arriba expresadas, a modo de puente comprensivo entre las tres temporalidades: pasado, presente y futuro; asunto tratado en su ya clásico proyecto de *semántica conceptual* aplicada a la

¹²⁶ Para esclarecer la idea de un *pasado vivo* ver Anne Pérotin-Dumon, “Liminar: Verdad y memoria. Escribir la historia de nuestro tiempo” En www.historizarelpasadovivo.cl [revisado 24-10-2017].

¹²⁷ Al que Ricoeur suma el *tiempo íntimo*.

¹²⁸ Ricoeur, *Temps et récit III*, p. 375.

historia, en una combinación de historia conceptual e historia social, que sería luego la base teórica de la propuesta de los “regímenes de historicidad” en Hartog (2003).

El espacio de experiencia nos remite a una suma de significaciones transmitidas por generaciones en la interacción con el presente (espacio comunicacional en términos de intersubjetividad nos diría Habermas), mientras que en el *horizonte de expectativas* apela a la “espera, la esperanza el temor, el deseo y el querer, la preocupación, el cálculo racional, la curiosidad (...) todas las manifestaciones privadas o comunes que miran al futuro”¹²⁹. Fenómeno, este último, entendido como el futuro hecho presente.

Lo que Ricoeur intentó en base a esta meta-teoría fue dar cierta unidad a las tres categorías del tiempo. El fin último para el autor es que la ambición universal de las categorías metahistóricas – siempre dentro del entendido de una única humanidad – son justificadas por sus implicancias éticas y políticas¹³⁰.

Los historiadores tenemos el deber de explicar y dar a comprender lo que pasó en el pasado estudiado, pero siempre lo hacemos desde un presente que nos condiciona, desde una experiencia que nos remite y desde una espera que nos configura. La no tan vieja idea de una historia como producción, me refiero a Michel de Certeau, vuelve hacernos eco una y otra vez¹³¹.

Con esto claro, y antes de preguntarnos acerca del tiempo de la historia, debemos explicar con Ricoeur la posibilidad de comprensión que nos entregan las aporías del tiempo. Ahora bien, en la medida que la condición humana nos remite al lenguaje y a los rodeos interpretativos de lo visible y oculto de toda narración, hay que hacer con nuestro autor la tarea compleja de pensar el tiempo, a fin de poder comprender de mejor manera cómo es posible plantear el problema de la condición histórica.

¹²⁹ Ricoeur, *Temps et récit III*, p. 376

¹³⁰ *Ibid*, p. 387.

¹³¹ François Dosse, *Paul Ricoeur y Michel de Certeau. La historia entre el decir y el hacer*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2009, p. 26.

Ya hemos dicho con Ricoeur que nos significamos –de manera personal y grupal – siempre desde un presente bajo los signos culturales que hemos depositado en la memoria. Ciertamente es también, que vivimos bajo la premisa del tiempo, pues acostumbramos de manera consciente e inconsciente, a dar cierta durabilidad a las cosas. Si reflexionamos, nada de nuestras creaciones son eternas, pues lo eterno, no es parte de nuestra temporalidad social. Esto, creemos, nace irreductiblemente por la existencia de la conciencia de la muerte. No podemos pensar el tiempo si no es ligándolo a la idea de que la condición humana tiene en lo más profundo de su ser la idea de muerte. Es lo que en otra literatura podemos encontrar con el nombre de “escatología personal”, asunto del cual ya nos hemos pronunciado en otro momento:

Nuestra conciencia del tiempo está determinada por la muerte (...) El aporte de Heidegger es fundamental, pues – como explica Gadamer – apunta a la comprensión en el accionar humano, acto que se explica en la realización del estar ahí-humano, en tanto que ser-en-el-mundo. Somos seres en tanto existimos en el tiempo. Esto se corrobora en la medida que la escatología personal se termina con la muerte: esa verticalidad a la que hacíamos referencia al recordar las palabras de Chaunu. Existe una duración: la vida, la cual termina de ser posibilidad cierta para el *ser* en el momento que la muerte llama al *ser*¹³².

La existencia de un tiempo de la naturaleza o cosmológico – tan en boga en el mundo científico actual por la confirmación de la teoría del *bosón de Higgs* gracias a los trabajos llevados en el imponente colisionador de hadrones entre Francia y Suiza – nos la entrega el tiempo del calendario. Objeto milenar que guía proyectos humanos desde el accionar del sol y su posición equidistante de la tierra, y que nos da cuenta a la vez de que ese tiempo no puede ser el mismo que el tiempo humano, precisamente por la falta de comunicación humana en esos hechos cosmológicos. La teoría del *big bang* nos habla de acontecimientos físicos y químicos ajenos a nuestra voluntad. El tiempo al que Ricoeur intentó dar

¹³² Daniel Ovalle, “Narración, tiempo humano y muerte. Reflexión teórica para una historia hermenéutica de la muerte”, *Historia Autónoma*, vol. 2, 2013, pp.164.

explicación es al configurado por el *accionar* humano: el lenguaje desde sus variantes diacrónicas y sincrónicas. Si bien es cierto que el calendario, sea en las variantes que sea, es una construcción humana, cuando hablemos de tiempo humano nos estaremos refiriendo, con Ricoeur, a otra cosa.

De la mano de buena parte del pensamiento occidental desde Aristóteles, Ricoeur se propuso una vía de comprensión a un fenómeno, que por cierto y como admite, tiene más incertidumbres que certezas. La tesis central que guía los tres tomos de *Temps et récit* nos da cuenta del tiempo como una aporía transcultural, en la medida de que no puede haber tiempo sin relato, sin narración. Dicho de otro modo, todo tiempo que se entienda como tiempo humano es porque ha sido narrado, a la vez que el relato, sólo puede ser significado a través del tiempo¹³³. “No existe tiempo narrado si no ha sido pensado”¹³⁴. El único lugar desde donde poder explicar o intentar comprender el fenómeno del tiempo es el relato (el relato como *guardián del tiempo*, dice Ricoeur). La propuesta es completada por el filósofo francés explicando que ese relato configurador de temporalidad se articula siempre desde dos vertientes: el relato de ficción y el relato histórico.

La propuesta en tanto teórica podría parecer poco atingente al trabajo historiador. Nada más engañoso. La teoría de la narratividad en Ricoeur – que no es ni con mucho estar discutiendo de historia “narrativa” – tiene su asidero en el sujeto histórico al que hemos hecho mención. Sujeto de acción, procurador por esencia de cambio social. Tal cuestión no siempre es notada en la literatura especializada que de alguna u otra manera se enfoca más en la teoría (o filosofía del lenguaje) que en su lectura epistemológica para la disciplina histórica. Allí nuestro aporte a la lectura del filósofo francés para la disciplina.

¿Qué significa esta temporalidad del accionar humano visto en la narración? Dos puntos importantes para la epistemología de la historia: primero, la propuesta de *Temps et récit* ofrece una salida al estructuralismo (ese *afuera* de texto) en la impronta de un *sujeto* que se narra y que por tanto construye

¹³³ Paul Ricoeur, *Temps et récit I. L'intrigue et le récit historique*, Paris. Seuil, 1983, p. 105.

¹³⁴ Ricoeur, *Temps et récit III*, p. 435.

temporalidad en la medida que se comunica. Como lo explica su biógrafo intelectual: “Con *Tiempo y narración*, Ricoeur opone a las lógicas puramente sincrónicas del tiempo inmóvil, de la temporalidad fría, de los análisis estructurales la consustancialidad de todo relato con sus lógicas temporales, diacrónicas”¹³⁵; y segundo, que la temporalidad, sea histórica o de ficción, siempre está en constante cambio. En un círculo hermenéutico. El tiempo humano no es cíclico como el cosmológico, sino que obedece al cambio.

De esta manera, y una vez que Ricoeur se adentre en las configuraciones del relato histórico y del relato de ficción (tomos uno y dos), dedicará el último momento de su tríptico (cuarta parte en adelante) a explicar la *refiguración* de la experiencia temporal: “el trabajo de pensamiento *que opera* en toda configuración del relato termina por una refiguración de la experiencia temporal”¹³⁶.

La idea de refiguración es explicada desde una filosofía del lenguaje que toma el concepto de *mímesis*. En la propuesta ricoeuriana de la triple mimesis, que Ricoeur toma de Aristóteles, la mimesis es expuesta como interlocutora entre el accionar y la narración. Son tres momentos: la prefiguración, mimesis I; la configuración, mimesis II; y la refiguración, mimesis III¹³⁷. Relato, tiempo y acción son el trípode desde donde Ricoeur ofrece una salida a las aporías del tiempo desde el filósofo griego hasta San Agustín. Es en el actuar y el padecer donde se sitúa la experiencia temporal, la misma que sólo puede aprehenderse bajo la forma del relato.

La explicación de la teoría de la triple mimesis conviene hacerla bajo la lupa del acto creativo del relato visto como *poíesis*, en un círculo formado por el relato y la temporalidad. Ricoeur llama *poética*, siguiendo a Aristóteles, a la disciplina que se ocupa de las formas discursivas que termina en un texto: relatos, poemas o ensayos. El centro del problema es cuando entendemos la *poíesis* como elaboración de la trama¹³⁸. La construcción de la trama remite a una operación (no

¹³⁵ Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 512.

¹³⁶ Ricoeur, *Temps et récit III*, 9.

¹³⁷ Ricoeur, *Temps et récit I*, 105-162.

¹³⁸ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 191.

a la sucesión de hechos) sino a la configuración¹³⁹, ¿acaso el relato histórico no opera siempre bajo la articulación de una trama?

La construcción de la trama (*mise en intrigue*) entrega para el autor, la posibilidad de inteligibilidad al problema de la mimesis (siempre como actividad creadora) entendida con Aristóteles, como “representación de la acción”¹⁴⁰. Para Ricoeur, tal idea remite a un acto de configuración en la oposición entre mimesis I y III: el antes y el después de mimesis II: “me propongo mostrar que mimesis II consigue darse a entender desde su facultad de mediación, que consiste en conducir de antes al después del texto, transfigurar el antes en después por su poder de configuración”¹⁴¹. La *reciprocidad* entre tiempo y relato, tema central en *Temps et récit*¹⁴², nos permite dar algunas luces acerca del problema central de la historia: el tiempo. Asunto que debemos ligar en todo momento a la idea de *texto* y de un sujeto de la *acción*. Con todo, y entendiendo la poética como acción y creación, la poética del relato es la salida que ofrece Ricoeur a las aporías del tiempo que centran la discusión en la apertura referencial, en el sentido que el y los sujetos dan al mundo de la vida mediante lo que van narrando. Es preciso comprender tal propuesta en los tres momentos miméticos: la estructura pre-narrativa de la experiencia (mimesis I), la configuración del relato (mimesis II) y la refiguración del sentido de todo texto en el acto de lectura (mimesis III).

Para comprender la propuesta, debemos decir que para el Ricoeur de los años ochenta, la semiótica positivista que intentaba dar cuentas objetivas (al modo de las ciencias naturales) de la realidad del lenguaje ya no podía prevalecer. Dentro de la inserción hermenéutica en la fenomenología, Ricoeur toma la idea de *texto* en vías de una dialéctica explicación/compresión de un sujeto que actúa y padece. Toma vuelo ya para esos años la fórmula ricoeuriana que da sentido

¹³⁹ Ricoeur, *Temps et récit I*, p. 127.

¹⁴⁰ *Ibid*, p. 71.

¹⁴¹ *Ibid*, p. 107.

¹⁴² Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 190.

hasta el día de hoy a su propuesta hermenéutica: “explicar para comprender mejor”¹⁴³.

¿Qué entiende Ricoeur por texto? Lejos del sentido material, el texto es en Ricoeur la “fijación del habla”. Es el discurso “fijado por la escritura”¹⁴⁴. La acción del habla bajo el acto escriturario representa para Ricoeur un fenómeno que no sólo remite a la creación, sino que nos remite a la re-descripción del mundo. Para el caso de la historia viene a abrirnos una ventana enorme al análisis historiográfico de cómo estamos narrando –siempre bajo una nueva temporalidad –ese pasado ausente. Esta investigación apunta a la fijación del habla del sujeto historiador.

Ahora bien: ¿debemos entender tales presupuestos de orden epistémicos con la idea de que la historia se reconstruye tanto desde la ficción como de lo real? Algo de esto ya hemos adelantado. En Ricoeur, el hecho de considerar la temporalidad de la mano de los relatos históricos y de ficción, no significan que haya revestido una epistemología de la historia desde el relato imaginado. Si bien es cierto que el orden imaginativo ocupa lugar importante en la mente de todo historiador, que al leer e interpretar documentos del pasado *imagina* esas realidades “no observables”, somos parte de la idea con nuestro autor de que la disciplina histórica como tal apela a la verdad de lo que ocurrió. No desde un historicismo del pasado por el pasado (como bien previno Marc Bloch), sino que desde una historicidad koselleckiana que tiene siempre en cuenta el futuro pasado o el pasado hecho presente. En este sentido, y al enriquecer la idea de los tres presentes en San Agustín –el presente del pasado, el presente del presente y el presente del futuro son explicados desde una concepción dilatada del tiempo en el libro XI de las *Confesiones*, que para Ricoeur representa la mejor fenomenología jamás escrita sobre el tiempo¹⁴⁵ –, Ricoeur y la impronta del relato en la

¹⁴³ Ricoeur, *Autobiografía intelectual*, p. 53.

¹⁴⁴ Ricoeur, “La función hermenéutica de la distanciación”, pp. 127-147.

¹⁴⁵ “Hay que decir que en Agustín no hay fenomenología pura del tiempo. Quizás no la habrá nunca después de él”. En Ricoeur, *Temps et récit I*, p. 23.

configuración temporal, nos entrega la llave maestra entre la acción humana, la espera y el recuerdo de la memoria.

Debemos recordar que el uso de la mimesis aristotélica por parte de Ricoeur cobra sentido desde su proyecto de la teoría de la metáfora (en 1975 publica *La metáfora viva*). Como se ha dicho, el acto mimético refigurador de la realidad y del tiempo, no guarda relación con el acto de imitar. En Ricoeur toda metáfora tendrá algo de mimesis, y toda mimesis tendrá algo de metáfora. Si en la *Metáfora viva* el objeto de estudio era la capacidad lingüística de la metáfora de dar *significancia*, en la trilogía posterior, será el *accionar humano del relato* (referido sobre todo a la refiguración desde mimesis II a mimesis III) el aspecto esencial desde donde la ficción y la historia se transforman en “réplicas” a las aporías del tiempo. En este sentido, la ficción narrativa “imita la acción humana en la medida que contribuye a remodelar esas estructuras y esas dimensiones según la configuración imaginaria de la trama. La ficción tiene esa capacidad de *rehacer* la realidad”¹⁴⁶. Como explica Ricoeur al comenzar el segundo momento de su trilogía: “lo que las opone [a los relatos históricos y de ficción] no guarda relación con la actividad estructuradora que se ven en las estructuras narrativas, sino en la pretensión de verdad por la que se define la tercera relación mimética”¹⁴⁷. ¿No es el problema de la verdad un asunto de la teoría de la historia?

Volvamos a la relación relato/temporalidad y sus repercusiones para el trabajo histórico y dejemos atrás la función ficcional, en la medida que esta última representa más un aporte a la teoría literaria que a la disciplina histórica. Adentrarnos en ella sería desbordar nuestro propósito investigativo.

Todo relato está siempre significado en un presente. Si bien el pasado y el futuro le son necesarios para configurar una teoría del tiempo, lo que Ricoeur intenta es dar sentido al presente. El *ser-ahí*, ese sujeto que se relata (que se narra) en el presente es abordable hermenéuticamente por su carácter práctico: el lenguaje remite a múltiples acciones que ya sabemos pueden resultar voluntarias

¹⁴⁶ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 199.

¹⁴⁷ Paul Ricoeur, *Temps et récit II. La configuration dans le récit de fiction*, París, Seuil, 1984, p. 12.

o involuntarias. Acá están los dos objetivos que Ricoeur se plantea en las investigaciones de los años ochenta: “contribuir a una reflexión filosófica sobre el lugar y la significación del presente – presente personal y presente histórico – en la arquitectura del tiempo (...) y subrayar y desarrollar el lado práctico, a saber la relación con la acción, con sus prolongaciones éticas y políticas”¹⁴⁸. ¿El historiador del tiempo presente, al relacionarse con su pasado, no está sujeto a problemas éticos y políticos? Como veremos, la respuesta es un sí contundente.

Ricoeur, en su intento por dar indicios explicativos de las aporías del tiempo, haya en el *presente histórico* y la idea de *instante* (el pestañear de ojos) – sin abandonar nunca su teoría de la narratividad bajo las tres mímisis y la configuración de la trama – dos vertientes problemáticas que deben ser conjugadas de manera no especulativa. Ricoeur encuentra la forma al plantear que, tanto en el presente histórico como en el instante se tornan inteligibles bajo la idea de la *iniciativa*. Otro fundamento conducente al sujeto de acción.

La problemática del presente vivido y el instante es abordada en *Temps et récit III* confrontando las ideas de Aristóteles y San Agustín: “el tiempo del alma y el tiempo del mundo”. Acá el problema es para el autor la disociación entre el tiempo fenomenológico (Agustín y Husserl) y el tiempo cosmológico (Aristóteles). La respuesta a la problemática nos la entrega con la existencia de un *tiempo histórico*, que habita entre el tiempo vivido y el tiempo universal¹⁴⁹. Una serie de conectores entre el tiempo fenomenológico e íntimo se entrecruzarán con el tiempo universal para dar forma al tiempo histórico. Estos conectores resultan una herramienta esencial para la teoría de la historia, son la sucesión de generaciones, el uso del calendario y las huellas documentales del pasado, la concatenación de estas tres herramientas, conforman el tiempo histórico según Ricoeur. Al no encontrarlos en la bibliografía especializada, nos referimos a los conectores que ahora desarrollaremos, se visualiza la poca lectura del Ricoeur de los años ochenta por parte de la teoría de la historia.

¹⁴⁸ Alfredo Martínez, “Tiempo, historia y acción. Condiciones prácticas de la réplica de Paul Ricoeur a las aporías de la temporalidad” *Daimon*, vol. 18, 1999, p. 128.

¹⁴⁹ Ricoeur, *Temps et récit III*, pp. 189-228.

Vuelven a tomar posición de privilegio las nociones koselleckianas de espacio de experiencia y horizonte de expectativa. No es posible comprender el presente si no es pensándolas al unísono. Como explica Dosse “el espacio de experiencia remite a un tejido del pasado y del presente en función de múltiples trayectorias. De la misma manera, el horizonte de expectativa remite a un futuro también hecho presente”¹⁵⁰.

Como brillantemente expone Ricoeur, tales conceptos le sirven además para plantear un asunto central para esta investigación:

el hecho de que somos *afectados* y que nos afectamos a nosotros mismos por la historia que hacemos. Es precisamente este vínculo entre la acción histórica y un pasado recibido y no hecho el que preserva la relación dialéctica entre el horizonte de espera y el espacio de experiencia¹⁵¹.

Hayamos en estas líneas la síntesis de la relación entre estructura temporal y sujeto, toda vez que las maneras de “relacionarnos” con el pasado al orientar el tiempo histórico (conciencia histórica) en algún tipo de acción, nos permite posicionar ese fenómeno en la escritura de la historia del tiempo presente y en su hacedor: el historiador *afectado* por ese pasado. El pasado con sus múltiples variantes y significaciones deposita en la memoria hechos y actos que *afectan*, que *marcan* otros presentes. El problema del trauma se transforma en un fenómeno que los historiadores no podemos eludir, que para esta investigación tendrá relación desde la tesis de Henry Rousso más arriba citada: la HTP nace siempre desde una última catástrofe, problema que trataremos en otro apartado.

Otra manera que encuentra Ricoeur de poner en tensión las dos ideas metahistóricas del historiador alemán, es usando la idea de *fuerza del presente*, tomada de las *Consideraciones intempestivas* de Nietzsche. Recordemos que al filósofo alemán le interesaba lo que llamó el exceso de historia, la “enfermedad

¹⁵⁰ François Dosse, “Reinhart Koselleck entre semántica histórica y hermenéutica crítica”. En C. Delacroix, Dosse y García (Dir.) *Historicidades*, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2010, p. 127.

¹⁵¹ Ricoeur, *Temps et récit III*, p. 385. En la traducción al castellano hecha por Agustín Neira se traduce la frase como *marcados por la historia*, nosotros hemos preferido al adjetivo más cercano al francés, cual es “afectado”.

histórica”. Ricoeur lo cita para fundamentar que tal fuerza permite llegar al olvido como fenómeno positivo: “quiero decir la facultad de creer por sí mismo, de transformar e incorporar las cosas del pasado y lo heterogéneo, de cicatrizar sus heridas, de reparar lo perdido, de reconstruir las formas rotas”¹⁵². La segunda intempestiva de F. Nietzsche, del año 1874, es un llamado a la reflexión en torno al valor y al no-valor de la historia para la vida. Es precisamente el no-valor que Nietzsche ataca en una historia superflua o como “artículo de lujo” que no ayuda en la conformación de una vida plena. Lo que el autor critica de la sociedad que observa es que el hombre se fue convirtiendo en una suerte de gran libro del saber, pero al que le falta sentido histórico, como explica: “manual de formación interior para bárbaros exteriores”. Nietzsche observa un gran problema entre forma y contenido de la sociedad moderna, problema del cual responsabiliza al *historicismo*, responsable este último de una verdadera enfermedad de la que hay que buscar antídoto.

La saturación de la historia que observa Nietzsche tiene efectos nocivos sobre la existencia humana. El autor los enumera: 1) el debilitamiento de la personalidad, 2) el exceso de confianza en la *justicia*, producto de una sobreabundancia de sentido histórico, 3) imposibilita a los pueblos a llegar a la madurez, 4) impone la creencia, nociva, de la vejez de la humanidad y 5) conduce al cinismo, propio de una cultura irónica de sí misma.

Siguiendo el camino por una inteligibilidad del tiempo histórico, tales conectores a los que hacíamos mención más arriba son los que Ricoeur llama, en *Tiempo y narración* III, procedimientos de conexión. Son tres: calendario, sucesión de generaciones y huellas (documentos, archivos), todos los cuales intentan explicar la pregunta de ¿cómo se *refigura* el tiempo histórico? Tal pregunta es lanzada desde una hipótesis secundaria a la ya mencionada relación entre tiempo y relato como configuradores del tiempo humano, a saber que en Ricoeur “la única manera de cómo la historia responde a las aporías de la fenomenología del tiempo

¹⁵² Ricoeur, *Temps et récit III*, p. 425.

es en la elaboración de un tercer tiempo –el tiempo propiamente histórico – que media entre el tiempo vivido y el tiempo cósmico”¹⁵³.

El calendario representa para el autor la posibilidad de objetivación del tiempo universal o cósmico. Los días, las semanas, los meses y los años vienen a ser medidas del pensamiento para finalmente “presentar” la vida en sociedad¹⁵⁴. Es un llamado al orden. Siguiendo al lingüista Émile Benveniste en su idea de “tiempo crónico”, Ricoeur ofrece tres rasgos comunes a todo calendario: a) el acontecimiento fundador (como la ascensión de un Rey o el nacimiento de Cristo); b) la relación fijada en un acontecimiento o hecho y los juegos temporales desde el pasado hacia el presente y desde el presente hacia el pasado; y c) las unidades de medida referidas a fenómenos cósmicos (días, meses, etc.)¹⁵⁵.

La sucesión de generaciones nos remite a otro conector de temporalidad algo más complejo que el anterior, pues asume la conexión entre contemporáneos, predecesores y sucesores. No sólo desde un ámbito meramente biológico (nacimiento, vida y muerte en constante renovación) sino que también desde un plano social, cultural. Ricoeur lo entiende desde un plano cualitativo siguiendo a Schütz, Dilthey y Mannheim¹⁵⁶, autores que intentaron dar batalla al positivismo que solo veía en el aspecto biológico el centro de atención.

Por ejemplo, resulta constructivo el alcance que hace Mannheim al retomar el concepto, tomando del historiador del arte Pinder, de “no-simultaneidad de lo simultáneo”¹⁵⁷. La idea es llamar la atención de la imposibilidad de homogeneizar la idea de lo *contemporáneo*, pues para Ricoeur, Mannheim y Dilthey, si bien existen aspectos en común entre muchos sujetos que viven en los mismos años, no necesariamente responden a *temporalidades* comunes. En este sentido Pilar Gilardi acierta al explicar que en historia el problema de las generaciones no

¹⁵³ *Ibid*, p. 181.

¹⁵⁴ *Ibid*, p. 193.

¹⁵⁵ *Ibid*, p. 194.

¹⁵⁶ Una buena actualización de la temática generacional para fines historiográficos en Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del tiempo presente*, Madrid, Alianza, 2004.

¹⁵⁷ Karl Mannheim, “El problema de las generaciones” *Revista española de investigaciones sociológicas*, vol. 62, 1993, pp. 147-192.

remite solamente a compartir una generación, sino un “modo de estar en el mundo”¹⁵⁸. Como veremos más adelante, Ricoeur y Mannheim, nos servirán de sustento para plantear el problema de las generaciones dentro de nuestra teoría de la historia del tiempo presente.

Hay que decir que para Mannheim la sola coincidencia de nacimientos, ni si quiera en un mismo lugar, no da pie para hacer muchas relaciones sociológicas válidas. A lo que sí nos remite es a la “posición generacional” la cual implica fechas de nacimiento, pero más aún, espacios y formas socio históricas compartidas. La participación de los individuos en un proyecto o meta común es parte de lo que Mannheim denomina “conexión generacional”. Evoca a la vez una concretización de la teoría. Hay acá una correlación del ser-con-otro en plural. Puede haber así una posición en común pero no necesariamente una conexión. Tal es el ejemplo que usa para las juventudes prusianas del 1800, en donde campesinos no comparte la misma sociabilidad que los que habitan en la ciudad. Así, en cada conexión siempre habrá grupos afines y otros no, con lo cual se hace necesario para el autor una nueva distinción conceptual, la de “unidad generacional”. Es el caso de, por ejemplo, liberales y conservadores de una misma conexión generacional. Asumen posiciones distintas ante la vida social que no podrían ser puestas bajo la misma unión generacional.

Un último concepto queda por citar. Mannheim asume la idea de generación mucho más cercana a la idea romántica alemana que al positivismo francés, asunto que queda de manifiesto en la idea de una “estratificación de la vivencia”. En la dinámica puede haber distintos tiempos o una polifonía temporal en diversos grupos generacionales ante un mismo hecho histórico: no todos los sujetos contemporáneos tienen la misma interpretación o vivencia de un acontecimiento. El significado que le dan va de la mano con la experiencia íntima: subjetiva, y su elaboración e interpretación en sociedad: intersubjetiva. Esta última cuestión guarda relación con el problema de la temporalidad. No hay una misma

¹⁵⁸ Pilar Gilardi, “La configuración del tiempo en la narración historiográfica según Paul Ricoeur”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 41, 2011, p. 108.

temporalidad lineal ni si quiera para los contemporáneos que se suponen vive un mismo tiempo. Tal asunto es un aporte valioso en el estudio social, asunto que a la vez ratifica lo que decíamos al principio: para Mannheim, más que el problema de las generaciones, lo que importa es el análisis social en base a su historicidad, lo cual nos permitirá conectarlo con los regímenes de historicidad y su relación para la escritura del tiempo presente, así como en la orientación que el historiador en cuestión hace.

No se puede pasar por alto, no lo hace Ricoeur, el sumar como argumento para el caso generacional la conciencia de la muerte en historia, no como problema de representación histórica al estilo historia de las mentalidades (Vovelle, Ariès y otros), sino como problema historiográfico y epistémico¹⁵⁹. Para el filósofo francés, así como para De Certeau, la historia representa una suerte de sepultura del ausente, del que está muerto hoy, pero estuvo vivo ayer, y que viene a ser incluso un corte epistémico entre la historia tradicional y la historia del tiempo presente. Con todo, creemos que es válido el argumento de Ricoeur de proponer la sucesión generacional como vector del tiempo histórico en la medida que da cuenta del traspaso cultural de experiencias, algunas en tensión, otras que no dialogan y muchas que se comunican y generan cambio social.

Junto al calendario y la idea de generación Ricoeur suma el de los archivos y documentos como testimonios del pasado: como *huellas*. La idea indica una ciencia histórica tomada por indicios, por trazos de un todo del cual no podemos hacernos. Tal problema parece básico para la disciplina, pero esconde un problema fundamental: la idea de huella nos remite a la “presencia de lo ausente”. El documento, como problema material, Ricoeur lo proyecta como “garante de una historia, de un relato, de un debate”¹⁶⁰.

¹⁵⁹ Hay que decir que el tema es tocado por Ricoeur someramente en *Temps et récit III* (pp. 209-210). El problema será retomado culminando su vida. Para el lector interesado ver su discurso pronunciado en el centésimo aniversario de Gadamer el año 2000, titulado “La distancia temporal y la muerte en historia”, en Delacroix, Dosse y García, P, *Historicidades*, pp. 15-30.

¹⁶⁰ Ricoeur, *Temps et récit III*, p. 212.

La idea de huella – como por ejemplo el surco que deja el agua en un torrente que antes fue pero que “ahora” en el presente está seco – nos remite a un círculo hermenéutico que acoge las ideas de calendario y generación, bajo la linealidad de la temporalidad cósmica en donde marcamos nuestro devenir, tanto personal como social; y en la cadena –a ratos rota y otras no – de la sucesión de generaciones. Las huellas hechas documentos y archivos nos remiten a la duplicidad de sentido del pasado, que no solamente pasó, también el que se hace presente. Por tanto, la idea de huella (muy presente también en Norá y sus lugares de la memoria) es no solamente un llamado al marco metodológico de la historia, también al plano reflexivo de nuestra disciplina, en la medida que nos apela en pensar un pasado que, si bien *fue*, también actúa vivamente –desde la interpretación de sus huellas – en el presente. Tal cuestión guarda relación con lo que Gadamer llamó la “historia de la eficiencia”, y que Ricoeur comprende desde el “habiendo sido”, y no sólo desde un pasado que *fue*¹⁶¹, problema central, como se podrá intuir, para la HTP.

De esta manera Ricoeur asume en su propio relato filosófico la impronta del tiempo refigurado desde la ficción, donde el novelista revela otro tiempo en su relato, que en la lectura ricoeuriana nos muestra una temporalidad que no tiene la necesidad de dar cuenta del tiempo cósmico. No así el relato histórico, el cual refigura desde el relato de la verdad, lo que pasó. Lo que importa a nuestro trabajo es que el historiador intenta reconstruir “lo que un día fue. Tiene una *deuda* con el pasado, una deuda de reconocimiento con los muertos, que hace de él un deudor insolvente”¹⁶².

Para finalizar nuestro argumento del pensamiento ricoeuriano en relación al sujeto y la temporalidad, debemos hacer a lo menos un par de menciones a la relación de ese sujeto que se narra desde relatos verídicos y de ficción –relación que ya sabemos nos entrega luces ante las aporías del tiempo –, con el concepto de *identidad narrativa* (concepto que será completado en su posterior obra de

¹⁶¹ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 16.

¹⁶² Ricoeur, *Temps et récit III*, p. 253.

1990 *Sí mismo como otro*, problema en el cual no entraremos) propuesto en las conclusiones de su trilogía.

Y lo primero es hacer, con Ricoeur, una síntesis: el *tercer tiempo* con su propia dialéctica nace a partir del entrecruzamiento del relato histórico y de ficción a modo de referencia cruzada o de *refiguración* –no olvidemos que esto no quiere decir que en la operación historiográfica el relato de ficción tenga un lugar epistémico –, problema que el autor intenta solucionar con la idea de la *identidad narrativa*: “el frágil retoño, fruto de la unión de la historia y la ficción, es la asignación a un individuo o una comunidad de una identidad específica que podemos llamar su *identidad narrativa*. Identidad es tomado acá como una categoría de la práctica”¹⁶³.

Como hemos visto, el mundo de la acción del sujeto histórico toma medida. Sus relatos no solo quedan suspendidos en el tiempo, sino que también permiten identificarlos – desde el plano personal y comunitario – en grupos o sujetos afines provistos de identidad. El acto mimético termina por comprenderse en la medida que el círculo hermenéutico desde mimesis I a mimesis III da cuenta de la relación de acción y relato como acto de creación. La *identidad narrativa*, concepto nuevo en la filosofía del lenguaje creado¹⁶⁴ por Ricoeur – nos permite cerrar la problemática del relato y el tiempo en una categoría o herramienta analítica que explica, en cierta medida, la refiguración infinita de la realidad del ser-en-el-mundo. ¿No tenemos los historiadores acá una herramienta útil para develar posibles identidades historiográficas?, ¿de qué maneras podrá influir una supuesta identidad historiográfica en la construcción social de una sociedad o de un grupo en particular?

Temps et récit ofrece un “salvavidas” al vacío epistémico entre querer pensar un tiempo histórico – llámese larga duración, tiempo presente, tiempo corto

¹⁶³ *Ibid*, p. 442.

¹⁶⁴ Entendemos con Deleuze y Guattari que finalmente el “verdadero” filósofo es aquel que tienen la capacidad de “crear” conceptos para dar cuenta de la realidad siempre cambiante, en Gilles Deleuze y Félix Guattari *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 1991. Ricoeur es uno de ellos, como veremos más adelante bajo su idea de “representancia”.

del acontecimiento, etc. – y el hecho de que ese tiempo está ineludiblemente construido por sujetos con conciencia inter-subjetiva. Por una memoria social. Ese pasadizo entre la temporalidad y el sujeto en Ricoeur es lo hemos querido unir bajo el sello del relato y su problemática. Como herramientas de análisis.

Las discusiones de la práctica historiadora no necesariamente nos tienen que conducir a una ontología histórica, pero sí a un problema epistémico del conocimiento del pasado. En este sentido, cobra relevancia la obra de Ricoeur pues anima a pensar una historia en búsqueda de la veracidad – en el pacto de verdad con el lector – vinculada al infinito depósito de signos culturales que las sociedades guardan en la memoria colectiva. Así, las nuevas problemáticas de cómo construimos historia no pueden restarse de cuestiones referentes al tiempo, al sujeto y la narración. Ricoeur, en ese aspecto ligado a la disciplina histórica, está aún por descubrirse en estas partes del mundo.

Por otro lado, el largo recorrido filosófico desde las aporías de la temporalidad hasta el problema memorial en Ricoeur (desde 1980-2000) se comprende desde un “trabajo de la memoria” en vías de una “memoria justa”. Desde los años ochenta Ricoeur presencia el “boom por la memoria”. Como recuerda Hartog, la segunda mitad de la década de los ochenta ve publicar algunos títulos que se multiplicarán citados en innumerables textos posteriores: los (manoseados) *Lugares de la memoria* de Nora (desde 1984 a 1992), *Shoa* de Lanzmann (1985) y *Los asesinos de la memoria* de Vidal-Naquet (1987)¹⁶⁵.

En Francia el gremio historiador vive por esos años vientos de cambios. La revista *Annales* en el año 1980 publicó un dossier titulado “*Archives orales: une autre histoire?*” Años antes el desaparecido historiador Jacques Le Goff escribía textos reflexivos acerca de la memoria publicados en italiano (1977) y luego en francés bajo el título *Histoire et mémoire* (después lo haría en español en 1991 con su libro *El orden de la memoria*). Luego de unos diez años de cuestionamientos y reflexiones *Annales* publica a partir de 1988 algunos números que van a dar la pauta para el cambio (en donde la figura de Bernard Lepetit jugó

¹⁶⁵ Hartog, *Croire en l’histoire*, p. 123-124.

un papel destacado). En abril de ese año publican un dossier titulado “*Historia y Ciencias Sociales: ¿un giro crítico?*”, planteando algo bastante novedoso para una revista que llevaba la marca del estructuralismo y que venía dando buena parte de la pauta internacional de las investigaciones historiográficas: “No nos hemos cuestionado suficiente sobre la noción de interpretación, sobre la noción de agentes o actores (...) La sociedad no es una cosa”¹⁶⁶. Acto seguido, Roger Chartier publicó en la misma revista su célebre monografía que después se transformará en el libro del mismo título: “El mundo como representación”. Son los años en que los historiadores franceses se preguntan acerca de la hermenéutica, del tiempo (fenomenológico y no cronológico), de la epistemología de la historia: todos asuntos que tenían a la mano en la trilogía *Tiempo y narración*¹⁶⁷.

Con la publicación de MHO, quince años después, Ricoeur planteaba así un trípode esencial para toda discusión de conocimiento histórico: una fenomenología de la memoria, una la epistemología de la historia y una hermenéutica de la condición humana (que incluye el olvido), desde donde nos posiciona en la difícil discusión de la representación del pasado. Ricoeur agrega a la discusión del sujeto narrado en *Tiempo y Narración* la suma de las personas gramaticales desde el recuerdo memorial. Ensancha así la discusión, ya no solamente desde la filosofía del lenguaje, sino que desde una pragmática de la memoria en vías de un trabajo de la memoria desde lo justo como matriz del discurso historiográfico, que sea capaz de combatir las manipulaciones del pasado: memoria impedida, memoria manipulada, memoria forzada. Intenta desdibujar cierta subordinación entre memoria e historia en post de una dialéctica constructiva para que cualquier juicio respecto del pasado quede al arbitrio de todo ciudadano, pero en donde la epistemología de la historia traza los modos explicativos que hacen separar

¹⁶⁶ Ver *Annales, Histoire, Sciences Sociales*, N° 43:2, 1988. Una reflexión interesante acerca de todo esto en Bernard Lepetit, “Los Annales, hoy”, en *Iztapalapa*, enero-junio 1995, pp. 103-122.

¹⁶⁷ Quizás la mejor publicación para un seguimiento en detalle del proceso de renovación historiográfica francesa (hasta fines de la década de los ochenta) en François Dosse, *La historia en Migajas. De Anales a la “nueva historia”*, México, Universidad Iberoamericana, 2006.

memoria e historia. Matriz de la historia: la memoria; e historia como disciplina que toma distancia de la memoria por su carácter crítico.

Ahora bien, como matriz de la historia, la memoria – explica Ricoeur – no puede por sí sola hacerse cargo de la representación del pasado. Con Aristóteles, Ricoeur asume el *phatos* de la afección del pasado en la memoria, ese estar *afectado* por el pasado al que nos hemos remitido. Por la misma razón el pasado afecta el presente, lo toca, lo invita a pensarse en una hermenéutica sin fin pues siempre hay un presente que necesita responder preguntas del pasado. Así, el problema de cómo representar la *presencia de la cosa ausente* debe quedar del lado del relato verídico, no el de ficción. Ciertamente es que todo historiador debe imaginar y hasta pensar una historia contra-factual en su ir y venir mientras desarrolla sus pesquisas. Pero el desarrollo de la operación historiográfica asume una búsqueda por la verdad desde las huellas memoriales. El título lo evoca claramente: la historia se posiciona entre la memoria y el olvido.

La representación del pasado abre paso, al igual que la segunda sección de la MHO, a la epistemología de la historia. Esto, a razón de que el acto escriturario del pasado responde a lo que M. De Certeau denominó *la operación historiográfica*: tres fases a nivel del lenguaje, no sucesivas, y que Ricoeur explica como la etapa documental del archivo; la explicación/compresión; y la de escritura (literaria). En este punto debemos reiterar que la explicación/compresión no es meramente un uso de palabras comunes, apunta hacia la convergencia de las miradas estructuralistas y hermenéuticas en el análisis del sujeto de acción. Ricoeur ya lo planteaba así en 1963 un número especial de la revista *Esprit* dedicado a las repercusiones que tuvo el texto de Levi-Strauss *Pensamiento salvaje*:

si se considera el análisis estructural como una etapa – una etapa necesaria – entre una interpretación de superficie y otra profunda, entonces es posible situar la explicación y la interpretación en un único *arco hermenéutico* e integrar las visiones opuestas de la

explicación y la comprensión en una concepción global de la lectura como recuperación de sentido¹⁶⁸.

De esta manera Ricoeur defiende, incluso en desmedro de la idea de *mentalidad*, la escritura de la historia como representación del pasado. Expresión que remite al momento de expresión literaria en donde “el discurso historiador declara su ambición, su reivindicación, su pretensión, la de representar *de verdad* el pasado”¹⁶⁹. Termina Ricoeur proponiendo más allá de la representación historiadora y del problema epistemológico, el concepto de *representancia* (*représentance*, acuñado ya en el tercer tomo de *Tiempo y narración*) como el trabajo historiador desde una especie de vigía, de lugarteniente.

¿Qué es entonces la memoria para nuestro autor? Concretamente dos cosas: por un lado, la matriz de la historia, pues cuenta con la presencia del recuerdo, esa imagen evocada en el *eikon* griego; por otro, es búsqueda, es *reminiscencia*. Este es el marco general del problema de la memoria en Ricoeur, asunto que no puede ser comprendido sino es dentro del contexto de la representación del pasado, asunto epistemológico para la escritura de la historia desde la condición histórica del sujeto y su historicidad.

La memoria y la historia presentan así naturalezas distintas, la memoria en Ricoeur espera la *fidelidad* del recuerdo; mientras que de la historia se espera un discurso veritativo, tal como se pregunta el filósofo ¿qué sería una verdad sin fidelidad, o incluso una fidelidad sin verdad?, o como explica F. Dosse en su biografía intelectual:

La memoria es ese lugar a medias individual, a medias colectivo, cuya distinción con la noción de historia hace indispensable la existencia de una mediación, de un conector que será representado por el relato. Ricoeur lleva a cabo un nuevo avance de su espiral hermenéutico, que con el objeto memorial, ahonda esta vez más profundo en el interior de los fenómenos, abriéndose siempre a un actuar, a un destinatario.¹⁷⁰

¹⁶⁸ Paul Ricoeur, “Structure et herméneutique”, *Esprit*, 598, París, 1963. pp. 174-175.

¹⁶⁹ Ricoeur, *La mémoire, l’histoire, l’oubli*, 305.

¹⁷⁰ Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 698.

Ese conector evocado por Dosse, ese relato es y debe ser el estudio crítico del pasado, trabajo historiador que tiene en la filosofía de Ricoeur una fuente inagotable de herramientas como la visión del sujeto, la hermenéutica, la conciencia histórica y la ontología del ser histórico. En particular, el problema de la representación del pasado –largamente desarrollado por Ricoeur en MHO – será central en el apartado que sigue, pues nos servirá de marco diferenciador con la historiografía postmoderna, no como un afán intelectual, sino como base para pensar el discurso del historiador del tiempo presente desde lo verídico. Todas estas herramientas teóricas de las cuales esta investigación no sólo se sirve, también hemos querido desarrollarlas de forma holística a modo que el lector pueda acercarse a una lectura compleja como la es la que obliga Ricoeur.

3. Distancia y crítica a las tesis narrativistas de la historiografía: Chartier y Ricoeur frente al postmodernismo.

A continuación, argumentaremos que el construccionismo historiográfico del que somos parte no puede ser comprendido desde posiciones cercanas al narrativismo historiográfico. Hemos elegido las figuras de Roger Chartier y Ricoeur – cabe destacar que hasta la fecha no encontramos trabajos que sistematicen ambas posiciones para la teoría de la historia – como una especie de puente dialógico entre filosofía e historiografía para dar cuenta de que existe la posibilidad de hacer frente a estas ideas muchas veces llamadas postmodernas. Posicionarse epistemológicamente desde esa vereda es, a todas luces, negar la posibilidad real del conocimiento histórico. Este trabajo no hace eco de esa visión y, responsablemente, dialoga con ellos para su fundamentación.

Las continuas reflexiones acerca del trabajo historiador elaboradas por Roger Chartier desde los años ochenta resultan de un alto valor, a lo menos, por dos razones: en primer lugar, por el privilegiado lugar que ocupa su figura dentro del campo historiográfico mundial (quizás el más connotado historiador de la

llamada 4º generación de historiadores de Annales), y que han sido formuladas con respecto a sus aportes desde la llamada Nueva Historia Cultural¹⁷¹; en segundo lugar –punto que nos interesa sobre manera –, por su dedicación a rescatar y posicionar la filosofía crítica de la historia en la obra de Paul Ricoeur, como un conjunto de herramientas obligadas para pensar nuestra labor¹⁷². Sirva de ejemplo el lugar que ocupa Ricoeur en varios de sus cursos dictados en el College de France, en especial el que lleva por título “Histoires sans frontières. Le passé au présent” (“Historias sin fronteras. El pasado en el presente”) dictado en los años 2011-2012¹⁷³, así como la serie de conferencias que ha venido dando en los últimos años en distintas partes del mundo donde la figura de Ricoeur es central para el desarrollo que hace Chartier en la relación historia/memoria y la distinción realidad/ficción¹⁷⁴.

Como es bien sabido, desde los años ochenta comenzó a darse en la historiografía francesa, y en particular en la revista Annales, lo que se llamó el

¹⁷¹ Peter Burke es, por cierto, una autoridad para comprender los desarrollos y desafíos de la Historia Cultural. Como desarrolla en su libro *¿Qué es la historia cultural?*, la relación de éste tipo de historiografía con la teoría es fundamental. De la mano de Michael Foucault, Mijail Bajtin, Norbert Elias y Pierre Bourdieu, aclara que es Chartier (“que tilda como “uno de sus “líderes”) quien ha establecido con mayor énfasis los dos rasgos característicos de la Nueva Historia Cultural: las representaciones y las prácticas. Ver *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona, Paidós, 2006, p. 78.

¹⁷² Los siguientes textos son de Chartier y en ellos, la dedicación a la obra de Ricoeur es directa: “L’histoire entre récit et connaissance”, *MLN*. Vol. 109, N° 4, 1994, pp. 583-600 (texto incluido años después en su libro *L’histoire entre certitudes et inquietudes*. París, Albin Michel, 1998); “Philosophie et histoire: un dialogue” en François Bédarida, *L’histoire et le métier d’historien en France 1945-1995*, París, Maison des Sciences de l’homme, 1995; “La historia entre representación y construcción”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 2, 1998, pp. 197-207; “Le passé au présent”, *Le Débat*, N° 122, 2002, pp. 4-11 (número dedicado en exclusiva a la recepción, por parte de los historiadores, de la obra *La memoria, la historia, el olvido* de Ricoeur, donde se le entrega a Chartier, no es coincidencia, la apertura y presentación), texto que además sería incluido en Roger Chartier, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, 2005; y “Memoria y olvido. Leer con Ricoeur” en Delacroix, C., Dosse, F., García, P., *Paul Ricoeur y las ciencias humanas*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2008.

¹⁷³ <http://www.college-de-france.fr> Todas las clases están disponibles en audio y video. El subtítulo “el pasado en el presente”, como se verá, será ocupado reiteradamente por parte de Chartier.

¹⁷⁴ Sirva citar algunas, septiembre 2007: II Seminario Internacional Sociedad, Política e Historias Conectadas: Cultura Impresa y Espacio Público (siglos XVI-XXI), Universidad EAFIT, Colombia; Julio 2009: VII Congreso de Historia Local de Aragón, Universidad de Zaragoza; mayo 2010: coloquio Les mots de l’histoire: Historiens allemands et Français, París; noviembre 2016: “El pasado presente. Historia, memoria, literatura”, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.

“giro crítico”¹⁷⁵. Hacia finales de esa década, en *Annales* toman partido de la llamada “crisis de la historia” –“crisis de identidad de las prácticas”, “tiempo de incertidumbres”, “anarquía epistemológica”, “crisis de la inteligibilidad historiadora”, “observación memorial”¹⁷⁶ – en el número marzo-abril de 1988 bajo el título “Historia y Ciencias Sociales, ¿Un giro crítico?”. Una vez comenzada la presentación de ese número, los editores evidencian la “crisis de las ciencias sociales” y la llegada de un “tiempo de incertidumbres”, asociado a la pérdida de evidencia en el marxismo y estructuralismo y, a la necesidad por parte de los historiadores de “repartir nuevamente las cartas”, de hacer nuevas alianzas y de acudir a nuevos métodos¹⁷⁷.

Como explica Chartier, ese diagnóstico de crisis también hay que entenderlo como respuesta a las posturas narrativistas del discurso historiador asociadas al impacto del trabajo de Hayden White y al fenómeno de incertidumbre ante la posibilidad de un conocimiento científico del pasado, asunto ligado por cierto al pensamiento postmoderno:

De ahí deriva la cuestión principal en que se basó el diagnóstico de una posible crisis de la historia en los años 1980 y 1990 del siglo pasado. Si la historia como disciplina del saber comparte sus fórmulas con la escritura de la imaginación, ¿es posible seguir asignándole un régimen específico de conocimiento? ¿La verdad que produce es diferente de la que producen el mito y la literatura?¹⁷⁸.

Al año siguiente, en el número seis de *Annales*, se presenta una crítica contundente a la llamada historia de las mentalidades y con ello, a esa larga duración estructuralista, nos referimos por cierto al célebre artículo “El mundo como representación” que luego Chartier transformaría en uno de los libros

¹⁷⁵ Christian Delacroix, F. Dosse y P. García, *Les courants historiques en France, XIX-XX siècle*. París, Gallimard, 2007; Dosse, *La historia en migajas*; François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia, Universidad de Valencia, 2007. Con respecto a un análisis detallado del momento intelectual de la revista por aquellos años ver Christian Delacroix, “La falaise et le rivage. Histoire du tournant critique” *Espaces temps*. Vol. 59. N° 1. 1995. pp. 86-111.

¹⁷⁶ Delacroix, *Les courants historiques en France*, p. 483.

¹⁷⁷ Editorial, *Annales*, mar-abr. 1988, p. 291.

¹⁷⁸ Chartier, *La historia o la lectura del tiempo*. p. 22.

centrales para la llamada Nueva Historia Cultural, texto que, a la vez, puso en el centro la noción de *representación*, la misma que años después Ricoeur validaría, volveremos sobre aquello. Años después, en la revista francesa toman forma los cambios que, como explica Gérard Noiriel, se tradujeron en la apertura del consejo de redacción a los no-historiadores y en el abandono del subtítulo “Economía, Sociedad, Civilizaciones”, sustituido por el mismo que diera nombre al número marzo-abril de 1988. Ahora la revista pasaba a llamarse, desde 1994, *Annales. Histoire-Sciences Sociales*, aduciendo en la editorial de ese número que la división tripartita arriba citada no reflejaba los nuevos tiempos disciplinares y que, Historia-Ciencias Sociales, apunta a la pluralidad de enfoques y niveles de análisis que esperan para el quehacer historiador.¹⁷⁹

El contexto disciplinar es para Chartier, el descrédito que ciertos paradigmas de las Ciencias Sociales habían presentado para la inteligibilidad del vínculo social e histórico desde los años sesenta y setenta, lo hemos dicho: marxismo y estructuralismo. Un historiador británico que sería traducido al francés para la revista *Le Débat* – nos referimos a Lawrence Stone – publicaba en 1979 en la revista *Past and Present* “The revival of Narrative: Reflections on a New Old History”. Publicado al año siguiente en Francia – cabe mencionar que los franceses nunca han sido proclives a las traducciones anglófonas, asunto que dota al texto de Stone un calificativo distinto – Stone demandó el agotamiento del paradigma eco-demográfico-cuantitativista, ya lo sea para el marxismo, *Annales* o la cliometría estadounidense¹⁸⁰. El mismo Stone es citado por Chartier –en un texto sobre filosofía e historia – para argumentar el clima con respecto al problema de la narración en la historiografía de los años ochenta¹⁸¹ ¿Qué importa rescatar del texto de Stone?, a nuestro juicio, lo siguiente:

Existen indicios de un cambio en el problema histórico central, con un énfasis sobre el hombre en medio de ciertas circunstancias, más bien que sobre las circunstancias que lo rodean; en los problemas

¹⁷⁹ Gérard Noiriel, *Sur la crise de l'histoire*. París, Gallimard, 2005, p. 48.

¹⁸⁰ Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, pp. 108-109.

¹⁸¹ Chartier, “Philosophie et histoire: un dialogue”. p. 160.

estudiados, sustituyéndose lo económico y lo demográfico por lo cultural y lo emocional; en las fuentes primarias de influencia, recurriéndose a la antropología y a la psicología en lugar de la sociología, la economía y la demografía; en la temática, insistiéndose sobre el individuo más que sobre el grupo; en los modelos explicativos sobre las transformaciones históricas, destacándose lo interrelacionado y lo multicausal sobre lo estratificado y monocausal (...) Estos cambios multifacéticos en cuanto a su contenido, lo objetivo de su método y el estilo de su discurso histórico, los cuales están dándose todos a la vez, presentan claras afinidades electivas entre sí: todos se ajustan perfectamente. No existe ningún adecuado que los abarque, y por ello la palabra *narrativa* nos servirá, por el momento, como una especie de símbolo taquigráfico para todo lo que está sucediendo¹⁸².

Es necesario resaltar que el texto de Stone se publica en Francia. *Le Débat* es animada por esos años por dos figuras importantes dentro del giro crítico de la historiografía francesa: Pierre Nora y Marcel Gauchet, dos nombres que caben dentro del viraje hacia una historiografía del sujeto, de la acción, del dialogo con la filosofía y los modelos interpretativos alejados del estructuralismo.

Junto con el impacto causado por el texto de Stone, Delacroix, Dosse y García – en un libro obligado para el análisis del desarrollo de la historiografía francesa del siglo XX – destacan el eco causado por la lectura del famoso texto de Carlo Ginzburg “Signos, trazos, pistas. Raíces de un paradigma indiciario” publicado en el año 1980 (aparecido en italiano un año antes) también por *Le Débat*. En contra del modelo “galileano” (modelo cuantitativo), Ginzburg opone un conocimiento histórico indirecto, conjetural, basado en huellas, eminentemente cualitativo y comprendido como una narración¹⁸³. No es menor que, pasados varios años de estas disputas intelectuales, Paul Ricoeur acudiera a Stone (también a Ginzburg y Chartier) para elevar la “pertinencia explicativa del relato como acto configurador” en la empresa de constituir juntos estos dos tipos de

¹⁸² Lawrence Stone, “The revival of Narrative: Reflections on a New Old History”, *Past and present*, N°85, 1979, pp. 3-24.

¹⁸³ Delacroix, *Les courants historiques en France*, p. 489.

inteligibilidad: la narrativa y la explicativa¹⁸⁴ y que, por otro lado, el historiador más calificado a la hora de análisis de escritura de la historia en occidente, nos referimos a François Hartog, ponga a Ginzburg y Ricoeur como las dos figuras defensoras de un verdadero conocimiento histórico frente a los escépticos postmodernos en una de sus últimas publicaciones¹⁸⁵.

Ahora bien, apoyándose en Marcel Gauchet¹⁸⁶, Chartier apela al retorno de la filosofía del sujeto y de la acción, donde la impronta del lenguaje simbólico será especialmente gravitante. Tres son los desplazamientos que el autor esgrime como motores de un cambio en el trabajo historiador en Francia por aquellos años. En primer lugar, la renuncia a la llamada historia total, abriéndose paso a nuevas escalas de análisis como lo estaba siendo la llamada “vuelta al acontecimiento” – donde figuras como Pierre Nora y sus “lugares de memoria” son ya un clásico – o al nivel individual como lo son las biografías o relatos de vida; en segundo lugar otra renuncia, la negación de las singularidades territoriales como únicas divisiones de análisis (país, ciudad, región), no por coincidencia hemos llegado al momento de la historia global; y por último, el alejamiento de las clasificaciones sociológicas que pretenden dar cuenta de las diferencias culturales, donde las *prácticas* (la alusión a Michel De Certeau es evidente) no pueden ser diferenciadas solamente desde un punto de vista material¹⁸⁷.

El concepto de mentalidad ya no podía, según esta visión, dar cuenta de las múltiples relaciones sociales de grupos humanos, pues desde su “ambigüedad” (según la famosa frase de Le Goff), apelaba más bien a las regularidades y a la larga duración braudeliana, dejando de lado la singularidad de la acción humana, desplazaba peyorativamente el acontecimiento y establecía primacía a la temporalidad uniforme, no así a las discontinuidades y a la multiplicidad temporal. Los grandes sistemas de pensamiento ya no son el objeto predilecto de una

¹⁸⁴ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 312

¹⁸⁵ Hartog, *Croire en l'histoire*, pp. 109-152.

¹⁸⁶ “En el corazón del vuelco del paradigma en esta disciplina, tal y como lo analiza Marcel Gauchet, se impone la necesidad, para el historiador, de entender cómo actúa el simbolismo en la sociedad”, en Dosse, *La marcha de las ideas*, p. 135.

¹⁸⁷ Roger Chartier, “Le monde comme représentation”, *Annales*, N°6, 1989, pp. 1505-1509.

renovada Historia Cultural que tomaba cada vez más adeptos, ahora las prácticas – objeto último del trabajo historiador de Chartier – remiten a sujetos y a grupos culturales desde un punto de vista más transversal (diacrónico y sincrónico), donde la interpretación del mundo simbólico da forma a individuos y contextos complejos que se plasman en documentos o textos que dan cuenta de la realidad, de los cuales se toman las investigaciones para representar, siempre de manera fragmentaria, el *pasado en el presente*.

De la mano de una revalorización del sujeto, de las prácticas y con ello de la misma acción, este giro crítico –apoyado en la interdisciplinariedad, Ricoeur es uno de los intelectuales que le sirven a Chartier, también Pierre Bourdieu, Louis Marin y Michel Foucault – comenzaba a poner en dudas el sentido de lo colectivo, que sabemos, era entendido desde esa historia social y económica más cercana a la sociología de principios del siglo XX. La historia social de la cultura quedaba, para Chartier, a medio camino, no entregaba la clarividencia necesaria, era necesario invertir los conceptos y ampliar el problema hacia una historia cultural de lo social¹⁸⁸. Una historia social de usos e interpretaciones simbólicas en sus propios contextos de reproducción, y no desde esquemas económicos-sociales previamente establecidos.

Como explica Philippe Poirriers, no podemos entender la idea de representación en Chartier si no observamos la impronta que causó en su posición intelectual la obra de Michel De Certeau, en particular *La invención de lo cotidiano* (1980). En este sentido, resulta reveladora una cita al libro de *La invención de lo cotidiano* por parte de Chartier, en el contexto de qué entender por las “creencias”, noción certaliana retomada por Chartier que está en directa relación con el giro efectuado por la historia cultural de las representaciones, alejadas cada vez más de las mentalidades: “Entiendo por creencia no el objeto del creer (un dogma, un programa, etcétera), sino la adhesión de los sujetos a una proposición, el acto de

¹⁸⁸ Justo Serna, y Anacleto Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Madrid, Akal, 2005, p. 165-168.

enunciarla teniéndola por cierta; dicho de otra manera, una modalidad de la afirmación y no su contenido”¹⁸⁹.

Partir de objetos, de códigos, de usos y no desde grupos es centrar la mirada desde principios de diferenciación mucho más diversos. Los fundamentos de esta historia cultural pone atención a luchas de representaciones: “estrategias simbólicas”¹⁹⁰, o en palabras del mismo Chartier:

La apropiación tal como la entendemos nosotros apunta a una historia social de usos e interpretaciones, relacionados con sus determinaciones fundamentales e inscritos en las prácticas específicas que los producen. Prestar así atención a las condiciones y a los procesos que, muy concretamente, llevan las operaciones de construcción del sentido (en la relación de lectura pero también en muchas otras) es reconocer, en contra de la antigua historia intelectual, que ni las inteligencias ni las ideas son desencarnadas y, contra los pensamientos de lo universal, que las categorías dadas como invariables, ya sean filosóficas o fenomenológicas, deben construirse en la discontinuidad de las trayectorias históricas¹⁹¹.

La huella de las propuestas de Michel De Certeau con lo referente a las prácticas es indudable, de ellas hacia lo social, no de modo contrario como proponía el estructuralismo, así también el guiño al trabajo histórico de Michel Foucault también resulta evidente, sobre todo al Foucault de la *Arqueología del saber* y su llamado a los historiadores a poner el ojo en las discontinuidades históricas más que en las regularidades, crítica directa a las mentalidades, por cierto. Lo que nos interesa, sobre todo, es el llamado de Chartier a historizar condiciones y procesos que conducen a la “construcción de sentido”. Hay acá una buena razón para pensar que la lectura de Ricoeur le hizo eco al historiador del College de France. La experiencia del mundo es, en Ricoeur, la experiencia temporal que, mediante la narración de hechos y ficciones, genera sentido a la

¹⁸⁹ Roger Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996, p. 89.

¹⁹⁰ Philippe Poirrier, Préface, “L’histoire culturelle en France. Retour sur trois itinéraires: Alain Corbin, Roger Chartier y Jean-François Sirinelli”. *Cahiers d’Histoire*. Vol. XXVI. N° 2. 2007. pp. 49-59.

¹⁹¹ Roger Chartier, *El mundo como representación: estudios de historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1992, p. 53.

experiencia humana y con ella, construye temporalidad, que es, a fin de cuentas, la problemática de la práctica historiadora que esta investigación pone en el tapete de la discusión. ¿Qué sentido tiene, desde la práctica, hacer historia ya entrado el siglo XXI?, en particular, ¿qué sentido histórico tiene hacer historiografía del tiempo presente? Dudas que dejaremos por el momento, pero a las cuales volveremos.

Pero había un problema epistemológico mayor relacionado con el carácter narrativo del lenguaje historiador y la capacidad de objetividad en su trabajo. Para muchos, la narración hacía perder el carácter científico del trabajo historiador. Al respecto, en 1995 Chartier publicó el artículo “Philosophie et histoire: un dialogue”, parte de un libro colectivo (dirigido por el historiador François Bédarida) donde expone de manera contundente: “Considerar, con razón, que la escritura de la historia pertenece a la clase de los relatos no es, por tanto, tomar por ilusoria su intensión de verdad, una verdad entendida como representación adecuada de lo que fue”¹⁹². La cita importa, y bastante, pues es ocupada por Ricoeur en el desarrollo de su obra culmine y más importante para nosotros los historiadores (HMO)¹⁹³ para sustentar que es en el trabajo de la escritura de la historia, basado en la dialéctica del explicar/comprender y el énfasis en el estatuto del documento y del testigo sometidos a crítica, donde encontramos el motor de una disciplina que debe defender su “pacto de verdad” entre historiador y lector¹⁹⁴.

Visto así, debemos posicionar ambos intelectuales desde lo que el mismo Ricoeur llamó “realismo crítico”, idea asociada a la crítica del testimonio y el documento como fundamento de la metodología histórica que acredita la representación científica del pasado¹⁹⁵. Dejemos para la última parte de apartado la relación entre ambos pensadores a partir de la publicación mayor de Ricoeur. Retrocedamos varios años a un contexto que no podemos pasar por alto, asunto

¹⁹² Chartier, “Philosophie et histoire: un dialogue”, p.163.

¹⁹³ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 363.

¹⁹⁴ Ricoeur, “L'écriture d'histoire et la représentation du passé”, p. 734.

¹⁹⁵ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 363.

que nos servirá, para posicionar esta investigación desde un marco distinto a la llamada historiografía postmoderna.

Para esto, bien podría servirnos el contexto acusaciones y respuestas alrededor de la obra de Hayden White. Conocidas son las críticas de Chartier al historiador norteamericano en el marco de la llamada “crisis de la historia” allá por los años ochenta y noventa, incluidas en un libro de ensayos y artículos publicados en 1998, nos referimos al texto *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et incertitudes*. Doce ensayos que, como su autor explica, proponían una “lectura de la inteligibilidad historiadora”, y donde en uno de sus artículos discute directamente las tesis de White quien recordemos, consideraba que no podemos ir más allá del lenguaje para cuestionar la fiabilidad del documento histórico, lo que lo llevó, como explica Ricoeur, a “desdeñar” la objetividad del texto historiográfico¹⁹⁶. Chartier replicó que son los historiadores desde su metodología los que donan esa honestidad que White entrega a la relatividad¹⁹⁷.

¿Cuál es el puente que debemos trazar entre historiador y filósofo? El mismo que nos hace alejar la posición de Ricoeur –y por extensión de Chartier – de los postulados de Hayden White, Frank Ankersmit (este un duro crítico de las tesis de Ricoeur¹⁹⁸) y Keith Jenkins, tres referentes mundiales del pensamiento postmoderno en historiografía, nos referimos al problema de la *verdad* y su corolario como filosofía crítica de la historia. Como se verá, uno desde la filosofía y el otro desde la historia cultural de los textos, se han preocupado de las consecuencias que han tenido las teorías narrativistas postmodernas en la noción de representación historiadora y con ello, en la distinción efectiva entre historia y ficción, en otras palabras, la representación verídica del pasado, ya no asociada a

¹⁹⁶ *Ibid.*, nota 71.

¹⁹⁷ Chartier, *Au borde de la falaise*, p. 123.

¹⁹⁸ Ankersmit, *Historia y tropología*, pp. 136-150. El autor, quien recordemos publica su texto en 1994, se toma un momento para alabar el libro de Ricoeur *Tiempo y narración*, aduciendo que se trata de la mejor reflexión acerca de la filosofía de la historia hasta ese momento escrita, pero una vez dicho esto, lanza sus dardos contra una postura que se mantiene, a su parecer, dentro del paradigma epistemológico del conocimiento histórico (lugar del cual Ricoeur no saldrá y que incluso reafirmará cuando publique el año 2000 *La memoria, la historia el olvido*).

esa mirada decimonónica y rankeana del pasado “tal y como fue”, pero lejos también del pragmatismo estético postmoderno.

Ahora bien, este sería un trabajo de poco valor si no reconociéramos en la obra de White – en especial el impulso que dio su obra *Metahistoria* al desarrollo de la historia intelectual y las discusiones epistemológicas del trabajo historiador dentro del llamado *giro lingüístico* – a uno de los intelectuales que más ha empujado a la disciplina a preocuparse por los sustentos teóricos que posibilitan su desarrollo, ese fue uno de sus objetivos mayores cuando publicó *Metahistoria* en 1973 , así lo expresaba en la introducción de la obra, especificando que esperaba hacer una contribución a la discusión acerca del “problema del conocimiento histórico”¹⁹⁹.

No dar crédito del impulso a la crítica de la mirada objetivista de la representación historiadora sería a lo menos una irresponsabilidad, dicho esto, tanto las posturas de Ricoeur como de Chartier las debemos ubicar en un universo distinto de las de White, por la razón que sigue: este último (junto con Ankersmit) no dan créditos al ideal de objetividad en el estudio del pasado dado que entienden que las representaciones historiadoras son inherentes al proceso de investigación, que por cierto es narrativo, y no a los hechos del pasado mismo. Una de las razones esgrimidas es la carga del presente de cada historiador lo cual le impide estructurar representaciones únicamente conforme al pasado, sino que significa y organiza con una carga temporal de la cual nunca podrá escapar, su presente y experiencias. Son las preconcepciones del presente del historiador las que le permiten, según White, organizar y representar el pasado. Como explica Miguel Ángel Cabrera, existe para White un patrón intermedio que permite explicaciones e interpretaciones del pasado: “White identifica ese patrón con los dispositivos lingüísticos del que se sirve el historiador para llevar a cabo su investigación y presentar los resultados de ésta”²⁰⁰. Esto es fundamental en la

¹⁹⁹ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 13-14.

²⁰⁰ Miguel Ángel Cabrera, “Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica”, *Pasado y memoria. Revista de historia contemporánea*, N°4, 2005, p. 119.

medida que nos ayudará, sin entrar de lleno en la obra de White (pues eso supondría alejarnos del objetivo planteado) que la filosofía de la historia que está detrás de él, es bastante distinta de la que acompaña los trabajos de Chartier y de Ricoeur.

Lo que se ha llamado filosofía de la historia anglosajona o en otros textos *New Philosophy of History*, es aquella visión del pasado desde el plano filosófico que rechaza todo sustento epistemológico, donde la obra del holandés Frank Ankersmit es la continuación natural (y mayor) de la obra de White. ¿Cuál es la fuerza que da sentido a la propuesta? De conformidad con lo ya dicho, White configura una nueva filosofía de la historia pues centra la narración historiadora asociándola a los problemas de figuración del lenguaje y las estrategias literarias que arman toda representación del pasado. Con ello muestra que “las estrategias figurativas empleadas para imaginar el pasado histórico son las mismas que se utilizan en la literatura y en la ficción”²⁰¹. Como sabemos, para ello postula una mirada formalita del discurso historiográfico, lo que llamó una *poética* de la obra histórica.

Sabida es la devoción de Ankersmit por el trabajo de White, lo que incluso lo ha llevado a plantear recientemente que “la filosofía de la historia contemporánea es principalmente lo que White ha hecho de ella”²⁰². Hay que clarificar que lo que Ankersmit expresa por filosofía de la historia es más bien una rama de aquella, para la cual en otros textos sí se ha referido de manera más adecuada: la “filosofía narrativista de la historia”²⁰³. La narración historiográfica adquiere desde este marco conceptual un estatuto distinto a la visión moderna de la historiografía, es por ello que no pocos han asociado, tanto a White como Ankersmit, como los padres del postmodernismo historiográfico. En resumidas

²⁰¹ María Inés La Greca, *Historia, figuración y performatividad. Crítica y persistencia de la narración en la nueva Filosofía de la Historia*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2013, p. 11

²⁰² Frank Ankersmit, *Narrativismo y teoría historiográfica*. Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2013, p. 143.

²⁰³ Ankersmit, *Historia y tropología*, pp. 71-90. Como expresa el autor, las seis tesis que desliza sobre la “filosofía narrativista de la historia” corresponden a una síntesis del libro con que Ankersmit se da a conocer en el ámbito de la filosofía de la historia: *Narrative Logic: A semantic Analysis of the Historian's Language* (1983).

cuentas, esta visión poética y estética del escrito histórico se aleja de la mirada referencialista. A decir de Ankersmit, White marca un antes y un después: “Pero llegó Hayden White y nos dijo cómo eran realmente las cosas –es decir, que no miramos *a través* de los textos, sino que *a ellos*, y que hay que reconocer que el texto histórico es un instrumento de lo más complejo, destinado a generar significado histórico”²⁰⁴. Esta posición corresponde a una teoría de la representación historiadora por *sustitución*, no por *correspondencia*, donde no existen hechos históricos en sí mismos, sino interpretaciones múltiples que deben ser comprendidas contextualmente.

Desde otra vereda, desde el núcleo de la disciplina francesa como lo es la figura de Chartier, y desde la mayor filosofía crítica de la historia, como lo es la obra de Ricoeur, ambos se posicionan, aunque compartiendo la condición narrativa de la historiografía, desde la representación del pasado como “efecto de realidad”. La tarea historiadora vista así, es la de dar presencia al pasado mediante imágenes, documentos, citas, testimonios (la inclusión de estos últimos es comentario obligado más adelante), y donde la posición de la víctima y el testigo, establecerá una nueva relación entre historia y memoria. En este contexto, la figura de Michel De Certeau se nos presenta como un puente entre Chartier y Ricoeur.

En 1975 De Certeau publica una obra que con los años se posicionará como un clásico en la forma de comprender la escritura de la historia hacia fines del siglo XX, visión historizada del historiar momentos, lugares e instituciones, donde la historiografía no puede ser entendida como un reflejo pasivo de realidad, sino como una verdadera tensión entre el presente del historiador (sus cuestionamientos son siempre un presente) y el interés por dar cuenta de lo que pasó²⁰⁵. En palabras de Chartier: “De ahí, la estructura desdoblada, o escindida y

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 69. La cursiva es del autor.

²⁰⁵ Dosse, *El giro reflexivo de la historia*, p. 15

laminada, como dice De Certeau, del discurso de la historia, que incluye en el análisis del pasado las huellas históricas cuya comprensión propone”²⁰⁶.

La expresión de Zagorin, uno de los mayores críticos de Ankersmit, refiriéndose al postmodernismo, es lapidaria: “...cuyos cuestionamientos escépticos y cuya redefinición de la historia implican una forma de relativismo mucho más radical”²⁰⁷. Relativismo, concepto que sirve para establecer la relación de la representación historiadora desde los llamados historiadores postmodernos. Esta visión pragmática, creemos, hace daño a la disciplina histórica no tanto porque cuestiona sus modelos de validación – creemos que es positivo que las escuelas, paradigmas y tendencias científicas se vean en la obligación de repensar sus modalidades, esa es una de las razones que hacen de la ciencia, y de la historiografía, un fenómeno siempre histórico – sino porque ensombrece su funcional social: la de ser portadora de *sentido histórico*.

Siguiendo a Rüsen, una de las dimensiones del *sentido histórico*, junto con las de contenido y formalidad, es la funcional. Ella remite al “uso del tiempo interpretado de modo histórico para la orientación de su acción y pasividad”²⁰⁸. Cabe preguntarse si una visión de la historia pragmática como la promueven White, Ankersmit y otros –donde las fronteras entre ficción y realidad no son claras, y donde no existe necesariamente correspondencia lógica entre pasado e investigación – si la orientación del presente y del futuro que debiéramos hacer, como portavoces del pasado que somos los historiadores, no quedaría debilitada por no decir borrada. La función social del historiador no puede quedar en la academia y el mero conocimiento, debe familiarizarse con la educación y las políticas públicas en una visión de futuro para el cambio social²⁰⁹.

Llegados a este punto, es necesario hacer una distinción importante, como se ha dicho esta tesis doctoral rechaza la visión narrativista de la historiografía

²⁰⁶ Roger Chartier, “Le sens de la représentation”, *La vie des idées*, 22 mars 2013, <http://www.laviedesidees.fr/Le-sens-de-la-representation.html#nb1> (revisado con fecha 11-11-2017)

²⁰⁷ Perez Zagorin, “Historia, referente y narración: reflexiones sobre el postmodernismo hoy”, *Historia Social*, N° 50, 2004, p. 100.

²⁰⁸ Rüsen, *Tiempo en ruptura*, p. 56.

²⁰⁹ Guldi y Armitage, *The History Manifesto* (revisado con fecha 17-01-2017).

impulsada por White y Ankersmit por prescindir del trabajo epistemológico, toda vez que en sus teorías la representación del pasado es un acto del lenguaje que no remite al pasado tanto como (y preponderantemente) al presente, por esta razón se acude a Ricoeur en diálogo con Chartier, y a Rösen como marco teórico imprescindible para una teoría de la historia que se piensa científica-social. Ahora bien, es necesario notar un segundo momento de White y Ankersmit, sobre todo del segundo. En ambos, la filósofa argentina María Inés La Greca muestra un intento de superación del problema de la narratividad que denomina un *rechazo romántico*:

está dado por la búsqueda de superar obstáculos o límites que identifican en el modo de indagación que fueron responsables de consolidar. En White, esta pretensión de trascendencia es parcial y toma la forma de la necesidad de una nueva escritura demandada por el tipo de sucesos históricos característicos del siglo XX. En Ankersmit, el carácter de rechazo de su impulso romántico será inequívoco cuando en 2005 afirme que el giro lingüístico nos habría arrojado a una prisión del lenguaje y que es hora de “romantizar la teoría histórica”²¹⁰

El caso del filósofo y teórico de la historia holandés es especialmente atinente a nuestra tesis por desarrollar ideas en torno a la conciencia histórica. En su esfuerzo por superar su propia teoría narrativista, Ankersmit tiene un vuelco importante en su trayectoria intelectual, la cual ha sido detalladamente descrita por Peter Icke²¹¹, dando un paso más allá del entramado del lenguaje y su función pragmática y estética para la escritura de la historia. En este sentido, parece existir una especie de auto-diferenciación en comparación con su teoría de la narratividad, expresando –como hace Ankersmit – que el “giro lingüístico terminó por arrojar a la teoría de la historia a una “prisión del lenguaje”²¹².

²¹⁰ María Inés La Greca, “Entre la ironía y el romance: Pasado, presente y futuro de la filosofía de la historia narrativista”, *Páginas de filosofía*, Año XIV, N°17, 2013, p. 39.

²¹¹ Peter Icke, *Frank Ankersmit's Lost Historical Cause. A journey From Language to Experience*, New York, Routledge, 2012.

²¹² Frank Ankersmit, *Sublime Historical Experience*, Stanford, Stanford University Press, 2005, p. 191.

En *Sublime Historical Experience* (publicado primeramente en inglés el año 2005) nuestro autor dirige la mirada al cómo nos relacionamos con el pasado desde el problema de la conciencia histórica, intentando de esta manera salir de esta camisa de fuerza de la narratividad. Ankersmit se propuso mostrar cómo la experiencia del pasado llega a ser un problema para el historiador que espera al final del camino representar parte de ese pasado, la pregunta que guía su obra es:

cómo y por qué hemos llegado a fascinarnos por nuestro pasado colectivo en términos de la noción “experiencia histórica sublime”. Para una nación, una colectividad, una cultura o civilización que ha tenido tal experiencia histórica sublime, el pasado y la conciencia de ese pasado devienen realidades ineluctables. El pasado será constituyente de lo que son en la actualidad en la misma medida que nuestras extremidades son parte constituyente de nuestros cuerpos, y olvidar el pasado entonces sería una amputación intelectual²¹³.

Ahora bien, es destacable el intento de Ankersmit de posicionar la conciencia histórica como un problema central para la teoría de la historia, pero carece de fundamentos sólidos, creemos, al hacerlo desde una posición en extremo subjetivista. Para ello, no acude a nociones como verdad o representación (desde la epistemología de la historia), como explica:

En las últimas décadas, la noción de representación (histórica) se ha discutido intensamente (...) La polémica ha sido intensamente útil para aclarar que la representación no es reductible a la verdad y que, en consecuencia, cuando el filósofo usa la verdad como único instrumento para explorar la relación semántica entre representación y el mundo, fracasa por necesidad (...) El principal resultado de mi análisis sobre la presencia ha sido que ella debe movernos *más allá* de la epistemología y, en consecuencia, ir más lejos del marco lógico dentro del cual todavía se mueven las teorías sobre la representación²¹⁴

Como revelará más detalladamente en otro texto, Ankersmit prefiere hablar de “verdad representacional”²¹⁵, la cual no revela una verdad por correspondencia,

²¹³ *Ibid.*, p. XV

²¹⁴ Frank Ankersmit, “Representación, “presencia” y experiencia sublime”, *Historia y Grafía*, Nº 27, 2006, p. 171-172.

²¹⁵ Frank Ankersmit, “Truth”, *Meaning, Truth and Reference in Historical Representation*, Leuven, Cornell University Press / Leuven University Press, 2012, pp. 102-125.

sino una verdad intrinca al pasado que se hace “presencia”, el problema es que son “sublimes”, no mediadas por el lenguaje ni por el sentido²¹⁶. Este es un punto importante para hacer distinción de esta investigación y su uso de las relaciones con el pasado en la idea del sujeto “marcado por el pasado” de Ricoeur. El cómo nos relacionamos con el pasado, para Ankersmit, “escapa a la matriz intelectual de la verdad y la representación histórica”²¹⁷, por ello es un fenómeno “sublime”. En esa línea, reitera constantemente el carácter impráctico y especulativo de su propuesta. No existe en ella ningún atisbo de responder, siquiera discutir, el *sentido histórico* de escribir la historia, por tanto, es una propuesta desvinculada de la matriz disciplinar, y en ello, lejana a nuestra propuesta de encontrar huellas del sentido histórico.

Como acertadamente expresa La Greca, Ankersmit nos ofrece una visión de la escritura de la historia “des-agenciada”, que, según nuestra visión, si bien puede ser un aporte importante a la filosofía de la historia post-narrativista (post giro lingüístico), no lo es para la teoría historiográfica que esta tesis doctoral expone de la mano de teóricos como Rüsen, Betancourt, Hartog o la filosofía de Ricoeur.

Esta distinción nos obliga, no obstante, a dar cuenta de que estamos al tanto de las tesis que se enmarcan en lo que se ha llamado “el retorno de la experiencia” en la filosofía²¹⁸ y teoría de la historia²¹⁹, un cuerpo teórico reciente donde figuran nombres como el mismo Ankersmit, Eelco Runia²²⁰, Hans U.

²¹⁶ Luis Vergara Anderson, “Nuevo Historicismo para el siglo XXI”, *Historia y Grafía*, N° 40, 2013, p. 239-249.

²¹⁷ Ankersmit, *Sublime Historical Experience* p. XIV

²¹⁸ Nicolás Lavagnino, “El retorno de la experiencia en la filosofía de la historia pos-giro lingüístico”, *Cuadernos de Filosofía*, N° 51, noviembre-diciembre de 2008, pp. 23-48.

²¹⁹ Ranjan Ghosh y Ethan Kleinberg, *Presence: Philosophy, History, and Cultural Theory for the Twenty-First Century*, Ithaca, Cornell University Press, 2013.

²²⁰ Eelco Runia, “Presence”, *History and Theory*, Vol. 45, 2006, pp. 1-2. Del mismo autor destaca un libro recopilatorio de una serie de escritos, incluido el citado “Presence”, ver *Moved by the past : discontinuity and historical mutation*, New York, Columbia University Press, 2014.

Gumbrecht²²¹, Zoltán Simon²²², Berber Bevernage²²³ y otros. La tesis central radica para estos teóricos en la “presencia” del pasado en el presente²²⁴.

La noción de “presencia” está obligando a nuevas teorizaciones del tipo de relaciones que los historiadores sostienen con el pasado estudiado. En este sentido, esta tesis doctoral se enmarca en un cuadro analógico de este paso al problema de la experiencia en la teoría de la historia, pero se diferencia sustancialmente en un punto que no puede pasarse por alto: tanto la visión de Ankersmit, como de otros, autores apunta en una dirección que podríamos llamar “sustancialista”. La “presencia” del pasado en el presente para esta investigación, así como el tipo de relaciones que el historiador establece con el pasado –para nuestro caso aquel de la HTP –, no puede ser comprendida desde una especie de realismo gnoseológico que desplaza la mirada desde las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico (epistemología) hacia la pura ontología (que como se verá, tampoco podemos desecharla del todo si seguimos a Ricoeur). Si lo hacemos, debiéramos renunciar a la tesis según la cual, el conocimiento histórico siempre es una construcción que nace desde la tensión entre lo que narramos y la ambición de verdad (Ricoeur), por más que esta última sea en base a indicios y no a la observación natural. En otras palabras, esta investigación no elude la problemática sujeto-mundo-experiencia, como sí lo hace Ankersmit al cortar los lazos entre experiencia y verdad, problema que es explicado con detalles por

²²¹ Hans U. Gumbrecht, *Producción de presencia*, México, Universidad Iberoamericana, 2005.

²²² Zoltán Boldizsár Simon, “History manifested: making sense of unprecedented change”, *European Review of History* 22:5, 2015, pp. 819-834. Del mismo autor, “The expression of historical experience”, *History and Theory*, N° 54, 2015, pp. 178-194

²²³ Berber Bevernage, Time, Presence, and Historical Injustice, *History and Theory* Vol. 47, 2008, pp. 149-167.

²²⁴ La prestigiosa revista *History and Theory* dedicó un número especial a la problemática (N° 45, año 2006), destacan los siguientes artículos: Eelco Runia, “Spots of Time”, pp. 305-316 y “Presence” pp.1-29; Ewa Domanska, “The Material Presence of the Past”, pp.337-348; H. U Gumbrecht, “Presence Achieved in Language (With Special Attention Given to the Presence of the Past)”, pp. 317-327.

Verónica Tozzi al presentar algunos textos de Ankersmit en un libro recopilatorio²²⁵.

Para esta investigación, y esto es de suma importancia recalcar, cualquier relación con el pasado que los sujetos (historiadores/historiadoras o no) establezcan con un pasado cualquiera, debe ser rastreada lingüísticamente, por tanto, sujeto a la epistemología de la historia, donde las nociones de verdad y representación son centrales. Para la teoría de la historia que ha salido de la normatividad decimonónica y que ha bajado del olimpo cientificista para reconocer que la escritura de la historia es historizable (tanto como cualquier experiencia humana), una visión como la que plantea Ankersmit no permite ser fuente de conocimiento, toda vez que el autor holandés aplaude un tipo de imposibilidad para la experiencia que no podría ser rastreada por el texto histórico, por eso la apelación a la sublimidad de la que no podemos hacernos parte.

Aclarado este punto no menor, volvamos al problema de la *representación* del pasado sin dejar de lado lo ya dicho. Chartier en una reciente conferencia dictada en la Universidad de Chile el año 2016, expresaba al respecto:

En los últimos años la obra del filósofo francés Paul Ricoeur (...) es sin duda alguna la que se dedicó con más atención a los diferentes modos de representación: de presencia del pasado. La ficción narrativa, el conocimiento histórico, las operaciones de la memoria. Su último libro, *La memoria, la historia, el olvido* (...) establece una serie de distinciones fundamentales entre las dos formas de presencia del pasado en el presente, que aseguran por un lado el trabajo de la memoria –el trabajo de la anamnesis cuando el individuo descende a su memoria, como escribió Borges – y por otro, la operación historiográfica (...). La distinción analítica entre modelos de explicación y la construcción del relato histórico permite subrayar los parentescos narrativos o retóricos entre la ficción y la historia, lo que mostraba Ricoeur en un libro previo *Tiempo y narración*, sin correr el riesgo de disolver la capacidad del conocimiento de la historia en la narratividad que gobierna su escritura, haciendo hincapié en las operaciones específicas que fundamentan, tanto la

²²⁵ Verónica Tozzi, "Introducción", en Frank Ankersmit, *Giro lingüístico, teoría literaria y teoría histórica*, Buenos Aires, Prometeo, 2011, pp. 1-14.

intención de verdad como la práctica crítica de la historia. Ricoeur rechaza todas las perspectivas que consideran que el régimen de verdad de la historia y de la novela son idénticos (...) así, retoma Ricoeur la afirmación de Michel De Certeau en cuanto la capacidad de la historia de producir enunciados científicos (...). Son estas operaciones específicas, estas reglas aceptadas universalmente, las que permiten acreditar la representación histórica del pasado y rehusar la sospecha de relativismo, de escepticismo...²²⁶.

La cita, aunque extensa, obliga varios comentarios. En primer lugar, Chartier da cuenta de Ricoeur como figura central en el desarrollo de la larga discusión ante la representación del pasado y sus problemáticas, asunto que viene haciendo reiteradamente. Como hemos dicho, Ricoeur ocupa un lugar importante en sus conferencias del College de France, así como en varias publicaciones ya citadas, llegando incluso a plantear que la obra del filósofo puede ser utilizada por los historiadores como herramienta heurística más allá de las reflexiones o comentarios acerca de la disciplina, asunto para nada menor, que da cuenta del diálogo y conocimiento de la obra del filósofo en particular²²⁷, pero también de las discusiones filosóficas concernientes al trabajo con el pasado y a la filosofía de la ciencia en general²²⁸. Recordemos que la segunda mitad del siglo XX presenta una serie de inseguridades gremiales no solamente en la historiografía, también al conjunto de las ciencias, toda vez que se posiciona (en buena hora) la historización de las ciencias y se pone en duda, esa visión teleológica del devenir y por extensión, de los avances intelectuales y científicos. Junto con ello, un movimiento intelectual asecha el proyecto Ilustrado de la primera modernidad, la

²²⁶ Roger Chartier (conferencia), "El pasado presente. Historia, memoria, literatura", 24 octubre 2016, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, salón Rolando Mellafe. Documento en audio, archivo personal.

²²⁷ "Querría mostrar que algunos de los análisis de Ricoeur pueden proporcionar instrumentos de inteligibilidad a un trabajo de historiador, y de tal modo, sustituir el comentario por la puesta a prueba y la interpretación de la obra por la utilización heurística", en Chartier, "Memoria y olvido. Leer con Ricoeur", p. 171.

²²⁸ Chartier, "Philosophie et histoire: un dialogue". En este texto nuestro autor hace gala de su conocimiento y hace dialogar a filósofos como Hegel, Nietzsche, Foucault, y Ricoeur; con historiadores como Paul Veyne, Michel De Certeau, Braudel y otros.

confianza en el progreso está más que en dudas, fenómeno social que afecta por cierto a las ciencias.

La decadencia moral luego de dos guerras mundiales y del ascenso de la memoria de la Shoah hacia finales de los ochenta²²⁹, hacen de la historiografía del siglo XX heredera de un nuevo paradigma que, como explica François Hartog, tiene como núcleo el ascenso del testigo y la ampliación de las fuentes documentales para la construcción historiográfica, lo llama el “paradigma de la huella”²³⁰. En esta misma línea, la noción de huella es presentada por Ricoeur en *Tiempo y narración* como uno de los tres conectores que posibilitan, junto con el uso del calendario y la sucesión de generaciones, el *tiempo histórico*, ya hemos detenido en ello. En sus palabras “la única manera de cómo la historia responde a las aporías de la fenomenología del tiempo es en la elaboración de un tercer tiempo –el tiempo propiamente histórico– que media entre el tiempo vivido y el tiempo cósmico”²³¹.

Con la publicación de *La memoria, la historia, el olvido* Ricoeur retoma la noción de huella, ya no desde la filosofía del lenguaje para la comprensión del tiempo, sino desde una fenomenología de la memoria y desde la epistemología de la historia. Las múltiples posibilidades de huellas atestiguan el “haber estado allí” y se transforman en condiciones de posibilidades para el historiador desde la memoria: “en efecto, la noción de huella puede considerarse como la raíz común al testimonio y al indicio”²³².

Por aquellos años, parecía se había resquebrajado la cientificidad decimonónica de nuestra disciplina, configurando una diáspora de posiciones y hasta teorías para la explicación histórica, es lo que Fernando Betancourt ha definido como la pérdida de la centralidad teórica (pérdida de evidencia para

²²⁹ Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Barcelona, Taurus, 2006, pp. 1145-1183. En especial “Desde la casa de los muertos. Un ensayo sobre la memoria europea contemporánea”, ensayo que sella de manera magistral su gran obra, y donde prueba que la preocupación por la memoria herida post segunda guerra mundial no fue un fenómeno que sobrevino con su término, sino que muy posterior en los años ochenta.

²³⁰ Hartog, *Évidence de l'histoire*, p. 264.

²³¹ Ricoeur, *Temps et récit III*, p.181.

²³² Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 222.

Hartog), lo que significó una reconversión en sus planteamientos epistémicos y metódicos²³³. Uno de estos fenómenos es por cierto el pensamiento postmoderno y con ello, la problemática de la representación, donde la voz de Chartier y Ricoeur (junto con las de Carlo Ginzburg²³⁴ y otros) son obligadas desde la confrontación con los planteamientos postmodernos de White, Ankersmit y compañía.

La “presencia del pasado en el presente” es una problemática trabajada reiteradamente por Chartier. Recursos de Ricoeur, pero también del sociólogo Pierre Bourdieu, del historiador de la literatura Stephen Greenblatt, de Michel Foucault y Louis Marin, son empleados por nuestro autor para reflexionar sobre la disciplina y sus formas de representación. Esta presencia del pasado en la contemporaneidad está directamente relacionada con lo arriba mencionado, de la mano de Hartog, ante el nuevo paradigma de la huella (la vuelta al acontecimiento y la memoria en Traverso), en especial cuando la entendemos desde la proliferación de la herramienta del testimonio como fuente (la mal llamada historia oral) y los usos que de ese pasado se hace en el espacio público. Historia del tiempo presente, lugares de memoria y el historiador como testigo son algunos de los cambios que ha venido sacudiendo a la disciplina, lo que obliga comprender sus repercusiones. Una de ellas es la problemática de la representación bajo este nuevo paradigma del testigo, de la huella, de la historia entendida no como totalidad, sino como un paradigma indiciario, hasta conjetural. Quizás estas palabras de Pierre Nora, allá por 1978, ejemplifiquen bien este proceso que, por cierto, ya es una realidad que complejiza la representación historiadora hoy en día, donde tanto Chartier como Ricoeur han entregado herramientas para su formulación: “hacer que la memoria colectiva juegue para la historia contemporánea el papel que jugó para la historia moderna la llamada historia de

²³³ Fernando Betancourt, “La fundamentación del saber histórico en el siglo XX”, p. 112.

²³⁴ No es coincidencia que Ginzburg sea uno de los pocos historiadores invitados como conferencista en las clases de Chartier en el College de France, específicamente en la conferencia titulada “La longue durée, à la loupe”, los días 4, 11, 18 y 26 de mayo del año 2015. Así también, Ginzburg es central para Ricoeur desde su propuesta del paradigma indiciario.

las mentalidades”²³⁵. Pongamos ahora en el centro al llamado filósofo de la escucha, sin dejar de lado al historiador del College de France.

El problema de la representación del pasado, lo hemos dicho, es el gran conector entre Chartier y Ricoeur. Como corolario y en defensa de la cientificidad del trabajo historiador, la *verdad*, se ha expuesto, no ha sido ajena a ninguno de los intelectuales. Hemos dicho que los autores se alejan de las posiciones narrativistas y/o postmodernas por entender, incluso de manera coordinada (por citas entre ambos) el trabajo historiador como una ciencia social desde la correspondencia verídica entre discurso historiador y pasado, ante lo cual el trabajo epistemológico se vuelve un imperativo, asunto evidente tanto en el Ricoeur de MHO²³⁶, como en los textos de Chartier acerca de la disciplina, quien expresó: “Mi tarea consistía en volver a aquello que estaba completamente olvidado por los Annales, la dimensión de la epistemología histórica”²³⁷. En este sentido, en esta segunda parte de este apartado, ahondaremos de la mano de Ricoeur en las nociones representación y verdad, haciendo notar la estrecha relación existente con los postulados de Roger Chartier. La línea argumentativa que sustenta y sigue esta parte de nuestra investigación guarda relación con la necesidad de fundamentar de maneras sistemática que bajo la idea de correspondencia indirecta (epistemología débil) la escritura de la historia no puede desprenderse del problema de la verdad del pasado. Con esto, tomará fuerza aquello del “pacto de verdad” que luego trasladaremos al trabajo del historiador del tiempo presente.

Como ya expresamos, la idea de representación es doble, implica una mixtura, misma cualidad que obliga a establecer la importancia de Louis Marin en las reflexiones de Ricoeur y Chartier con respecto a la problemática. Ambos dan cuenta de la doble dimensión de la teoría de la representación evocando el Diccionario Universal de Antoine Furetière (1727), herramienta utilizada en primer

²³⁵ Pierre Nora, “Mémoire collective”, en Le Goff, J., Chartier, R., Revel, J., *La nouvelle histoire*. París, Retz, 1978, p. 401.

²³⁶ Ricoeur, *La mémoire, l’histoire, l’oubli*, p 167-369.

²³⁷ Chartier, *La historia o la lectura del tiempo*, p. 27.

momento por Marin, donde la representación se presenta desde dos polos: a) la representación-objeto (presentificación del ausente, objeto de estudio del historiador) y b) la representación-operación (autopresentación que instituye al sujeto de mirada en el efecto y el sentido)²³⁸. Esta doble dimensión, la representación del vínculo social y la representación escrituraria, es trabajada largamente por Ricoeur en MHO, en particular al afirmar:

Se puede afirmar en primer lugar que el historiador intenta representarse el pasado de la misma manera en que los agentes sociales se representan el vínculo social y su contribución a este vínculo, haciéndose así implícitamente lectores de su ser y de su actuar en sociedad y, en este sentido, de su tiempo presente²³⁹

Ricoeur, al igual que Chartier, no estaba convencido de que la noción de mentalidad fuera la adecuada para englobar el trabajo sobre el pasado. Vinculada a la larga duración braudeliana y a los excesos del estructuralismo de los años cincuenta en adelante, así como a una serie de ambigüedades y debilidades analíticas desarrolladas por Ricoeur²⁴⁰, la idea de mentalidad no alcanzaba para determinar juegos de escalas diferentes, ni la impronta del acontecimiento como herramienta determinante en la narración histórica, menos aún la capacidad del sujeto de acción en la historicidad social. Ricoeur en este sentido, coincide con Chartier en la necesidad de relevar al sujeto de la historia en detrimento de las estructuras. Al respecto, y a favor de la utilización del concepto de representación, explica el filósofo: “Mejor articulada a la práctica o a las prácticas sociales, la idea de representación va a revelar recursos dialécticos que no dejaba ver la de mentalidad”²⁴¹, en este sentido, representación indica de mejor manera “la plurivocidad, la diferenciación y la múltiple temporalización de los fenómenos

²³⁸ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, pp. 299-301; Chartier, *Escribir las prácticas*, p. 78.

²³⁹ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 300

²⁴⁰ Para el lector interesado en los argumentos de Ricoeur para preferir la noción de representación a la de mentalidad, ver *Ibid.*, pp.277-301.

²⁴¹ *Ibid.*, p. 280.

sociales”²⁴². Siguiendo a Bernard Lepetit, Ricoeur fundamenta que el término representación entrega una visión que no separa, como sí lo hacía la de mentalidad, las representaciones de los sujetos de las prácticas sociales, que, al fin y al cabo, son generadoras de identidades sociales y vínculos cargados de historicidad.

El pasado intelectual ricoeuriano, del lado de la filosofía del lenguaje lo obligaron a tomar posición frente a las tesis narrativistas de la historia, las cuales fijan en la retórica histórica la problemática de la referencia, o como hemos explicado, fijan una representación por sustitución y no por correspondencia (recordemos la célebre frase de Barthes: “el hecho nunca tiene sólo una existencia lingüística”²⁴³); en oposición, para Ricoeur y Chartier, la aspiración científica de la historia se sitúa en un tipo de representación, que, si bien narrativa por su estructura escrituraria, apela a la veracidad del pasado y con esto a la correspondencia de la mano de la operación historiográfica y la prueba documental. Ricoeur es enfático: “Si esta fase (...) merece el nombre de representación, es porque, en ese momento de la expresión literaria, el discurso historiador declara su ambición, su reivindicación, su pretensión, la de representar *de verdad* el pasado”²⁴⁴. De este modo, Ricoeur desplaza el problema desde la narración a la representación (objeto y escritura), dotando a los historiadores de un sustento epistemológico fuerte ante los vientos postmodernos. La salida la encuentra Ricoeur en la misma operación historiográfica evocada años antes por De Certeau: documentos y huellas, la explicación/comprensión (ante la pregunta por qué) y la escritura de la historia:

Quedaría por explicar la especificidad de la referencialidad en el régimen historiográfico. Mi tesis es que ésta no puede discernirse únicamente en el plano del funcionamiento de las figuras asumidas

²⁴² Luis Vergara, *La producción textual del pasado III. Una lectura crítica de la teoría de la historia de Paul Ricoeur. Implicaciones filosóficas y estético-políticas*. México, Universidad Iberoamericana, 2011, p. 70

²⁴³ Roland Barthes, “El discurso de la historia”. No es de sorprender, como nota certeramente Jablonka, que veinte años después la cita de Barthes fuera usada como epígrafe por Hayden White en su obra *El contenido de la forma*, en Jablonka, *La historia es una literatura*, p. 114.

²⁴⁴ Ricoeur, *La mémoire, l’histoire, l’oubli*, p. 294.

por el discurso histórico, sino que debe pasar a través de la prueba documental, la explicación causal/final y la configuración literaria. Este triple entramado sigue siendo el secreto del conocimiento histórico²⁴⁵

De esta manera, Ricoeur debe ser leído lejos del *panpoetismo* – según la expresión reciente de Jablonka – que establece que la historiografía no posee un régimen cognitivo propio²⁴⁶, y donde los historiadores parecieran estar presos del lenguaje desde una visión en exceso pragmática del estudio del pasado.

Por otro lado, cincuenta años antes de la publicación de MHO, Ricoeur discutió el problema de la verdad con respecto a la reconstrucción del pasado. En las “Jornadas pedagógicas de coordinación entre la enseñanza de la filosofía y de la historia” (1952) mostraba la doble epistemología historiadora: entre objetividad y subjetividad. Hacía allí un llamado, de la mano de Marc Bloch, a cierta “calidad de subjetividad” dentro de un trabajo que se espera objetivo dentro de los marcos que le permite su condición indirecta, límites de objetividad que separan el estudio humano de las ciencias naturales. Objetividad historiadora siempre incompleta a razón de que la reconstrucción del pasado es en base a un trabajo de recolección de “huellas” – la noción será profundizada en MHO al relacionarla con la de “indicio”, en directa relación a Ginzburg²⁴⁷ – y a la implicación subjetiva del historiador, quien siempre habla en presente. Su visión del trabajo historiador, apunta a la reconstrucción del pasado. En sus palabras: “La historia no tiene la intención de hacer *revivir*, sino de re-componer, re-construir, es decir, de componer, de construir un encadenamiento retrospectivo”²⁴⁸.

Discurso subjetivo, por cierto, porque la historia es siempre un producto situado, histórico, lo cual no significa confundir las reflexiones sobre la historia en Ricoeur del lado del pensamiento postmoderno. Ricoeur asume la epistemología y el trabajo metodológico como imperativos imprescindibles, evidencia que se

²⁴⁵ *Ibid.*, p. 297.

²⁴⁶ Jablonka, *La historia es una literatura*, p. 113.

²⁴⁷ “en efecto, la noción de huella puede considerarse como la raíz común al testimonio y al indicio”, en Ricoeur, *La mémoire, l’histoire, l’oubli*, p. 224.

²⁴⁸ Paul Ricoeur, *Historia y verdad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015, p. 32.

observa en el segundo momento de su gran obra HMO, dedicado en exclusiva a la epistemología de la historia. Chartier por su parte, va por el mismo camino.

La verdad es en Ricoeur irrenunciable para el conocimiento histórico. Su recorrido comienza desde la narración como vehículo de temporalidad (los tres tomos de *Tiempo y narración*) para luego centrar su problemática en la representación del pasado (MHO) (fidelidad de la memoria y veracidad en la historia), donde la no separación analítica entre memoria e historia conduciría, estima Ricoeur, a un obstáculo insalvable para el momento epistemológico más relevante de la operación historiográfica, el de la explicación/comprensión: “Es en el nivel de la explicación/comprensión donde la autonomía de la historia respecto a la memoria se afirma con más fuerza en el plano epistemológico”²⁴⁹. Existe un desplazamiento desde la narración hacia el problema de la representación en la obra de Ricoeur²⁵⁰. En MHO, la escritura y la narración son desplazadas por la representación como concepto articulador. Es por eso que el Ricoeur de *Tiempo y narración* se esfuerza por hacer inteligible la temporalidad desde la narración como vehículo de la mimesis, desde narraciones verídicas y ficticias, asunto en el que nos hemos detenido con profundidad, baste recordar la tesis que guía esa empresa, y que da sustento a nuestra investigación al proyectarla luego bajo la sombra de los regímenes de historicidad:

entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de necesidad transcultural. Con otras palabras: el tiempo se hace tiempo humano en la medida que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal²⁵¹

Ahora bien, en *La memoria, la historia, el olvido*, nuestro filósofo da por finalizada la relación entre temporalidad y narración, y se aboca por escudriñar las diferencias que trazan cierta distancia entre memoria e historia. Matriz de la

²⁴⁹ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 233.

²⁵⁰ Esteban Lythgoe, “Paul Ricoeur y la representación histórica”, *Revista Internacional de Fenomenología y Hermenéutica*, N°8, 2010, pp. 29-76.

²⁵¹ Ricoeur, *Temps et récit I*, p. 105.

historia, la memoria es fundamentada por Ricoeur desde una fenomenología de la fidelidad del recuerdo, sabiendo que la memoria, individual y social, está sujeta a una serie de carencias y hasta manipulaciones. La historia (su escritura), empero, conlleva a otro parámetro, también de naturaleza veritativa, pero como condición. Si la memoria social está siempre sujeta al individuo, desde su intersubjetividad comunicativa hacia grupos humanos, la historia es tarea profesional de los historiadores. A ellos es que Ricoeur, pocos meses antes de la publicación de MHO, se dirigió en la XII Conferencia Marc Bloch del año dos mil, donde en las primeras líneas se observa a un filósofo lejano a las posturas escépticas y relativistas del conocimiento del pasado:

El problema de la representación del pasado por los historiadores puede enunciarse en términos de un pacto tácito que se establece entre el lector del texto histórico y el autor. El primero espera que se le proponga un “relato verdadero” y no una ficción. El segundo tiene entre manos el problema de saber si la escritura de la historia puede respetar ese pacto, cómo puede hacerlo y hasta qué punto²⁵².

Si en los años ochenta Ricoeur concentró su trabajo en una filosofía del lenguaje que diera respuestas a las aporías de la temporalidad expuestas en Aristóteles y Kant (el tiempo como problema cosmológico, trascendental), así como en San Agustín y Husserl (el tiempo fenómeno íntimo, fenomenológico), desde la década de los noventa se hace parte del fenómeno memorial en las ciencias sociales y con ello – desde una fenomenología de la memoria, una epistemología de la historia y una ontología de la condición histórica del ser humano – entrega herramientas fundamentales para la reflexión epistemológica de la disciplina histórica.

Ya en *Tiempo y narración* se nos muestra que el relato es portador de la “síntesis de lo heterogéneo” (la *puesta en intriga* de relatos ficticios o históricos), ella es, para la historia, uno de sus recursos epistemológicos más potentes. En esa obra, la narración histórica corresponde a un “tercer tiempo”, fruto de las conexiones entre calendario, generaciones y huellas: es la puesta en intriga del

²⁵² Ricoeur, “L’écriture d’histoire et la représentation du passé”, p. 734.

tiempo. El fenómeno memorial que Ricoeur observa en las discusiones intelectuales y el espacio público de los años ochenta y noventa, lo empujan a superar la perspectiva fenomenológica del tiempo para desarrollar un puente entre la fenomenología de la memoria hacia la epistemología de la historia, la herramienta para tal empresa es la representación del pasado, la diferenciación entre la fidelidad de la memoria y la veracidad del conocimiento histórico. Dicho en sus palabras: “la transición de la memoria viva a la posición extrínseca del conocimiento histórico”²⁵³. Visto así, el conocimiento histórico debe apuntar, desde la posición de Ricoeur, a la “comprensión” social del pasado hacia el presente en la figura del ciudadano, del sujeto. Y cuando decimos comprensión decimos con Ricoeur “La comprensión no remite a alguna subjetividad en posición de dominio, sino a la inserción en el proceso de la trasmisión. El proyecto hermenéutico asume la ambición de instituir este entre-dos entre familiaridad y carácter ajeno que constituye la tradición”²⁵⁴. Una dialéctica del explicar y comprender para la vida, problema que data incluso del Ricoeur que problematiza el estructuralismo en los años sesenta²⁵⁵.

¿Cuál es la relación del sustento epistemológico del trabajo historiador y el problema de la memoria social? Al respecto, Ricoeur hace un aporte fundamental en tiempos del cambio paradigmático más arriba mencionado. Junto con Ginzburg y su paradigma indiciario, Ricoeur suma el de la huella memorial. En su exposición, fundamenta tres tipos de huellas memoriales: corticales, psíquicas y materiales. Son estas últimas las que hacen del documento histórico una huella memorial, donde la escritura de la historia produce el quiebre con el nivel memorial, dotando la epistemología de la historia el carácter de ciencia al estudio del pasado.

²⁵³ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 195.

²⁵⁴ Citado en Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 517.

²⁵⁵ Viene bien, creemos, volver a reproducir una cita que nos parece clave: “¿qué le sucede a una epistemología de la interpretación, surgida de una reflexión sobre la exégesis, sobre el método de la historia, sobre el psicoanálisis y la fenomenología de la religión, etcétera, cuando es alcanzada, animada y, si se me permite decir, aspirada por una ontología de la comprensión?”, en Ricoeur, *El conflicto de las interpretaciones*, p. 12.

Con todo, la epistemología de la historia no es capaz de agotar, explica Ricoeur, la capacidad de hacer de lo ausente o *ya sido*, algo presente. Para ello es necesario una posición ontológica que concuerda con su desarrollo de la condición histórica del sujeto y por extensión del vínculo social. Esa “imagen presente de una cosa ausente” queda manifiesta en su propuesta del escrito histórico como *representancia*. En MHO, Ricoeur acude a Chartier para sustentar la tesis de que la representación historiadora, hija de una operación metodológica que aspira a representar el pasado en base a la crítica documental, debe entenderse como “lugarteniente” del presente por el pasado, problema que conlleva a la vez una carga ontológica ineludible. El asunto sigue teniendo como sustrato la pretensión de verdad del discurso histórico, en palabras del filósofo francés:

la variación terminológica propuesta (de representación a representancia) subraya no sólo el carácter activo de la operación histórica, sino el objetivo intencional que hace de la historia la heredera erudita de la memoria y de su aporía fundadora. Así se recalcará con fuerza el hecho de que la representación en el plano histórico (...) constituye una operación de pleno derecho que tiene el privilegio de hacer emerger el objetivo referencial del discurso histórico²⁵⁶.

Con esto el filósofo francés estableció la reconstrucción historiográfica como un *cara a cara*, lo que es explicado por Dosse: “Ricoeur quiere decir que el carácter pasado de una observación no es por sí mismo observable, sino sólo memorable”²⁵⁷. El carácter memorable adhiere al escrito histórico la condición de “deuda” con los muertos el pasado, por eso la representancia conlleva al de lugartenencia: “reconocimiento de alteridad”²⁵⁸. Chartier valida la posición ontológica expresada en la noción de representancia²⁵⁹, dando lugar a una revalorización de su mismo trabajo en torno al problema de la representación-objeto.

²⁵⁶ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 304.

²⁵⁷ Dosse, *Paul Ricoeur*, p. 521.

²⁵⁸ Ricoeur, *Temps et récit III*, p. 228.

²⁵⁹ Chartier, “Le sens de la représentation”.

Ricoeur no se cansa de expresar en MHO que la pretensión de verdad por parte del discurso histórico no es reductible solamente al escrito, sino en relación con las otras dos fases de la operación historiográficas: la prueba documental y la explicación/comprensión. Esta problemática se enmarca dentro de la discusión del estatuto de veracidad del trabajo historiador, en este sentido, Ricoeur hace suyas las críticas de Chartier a White, a las cuales nos hemos detenido anteriormente. Abogando por un “realismo crítico”, Ricoeur vuelve sobre la honestidad del trabajo sobre el pasado, desechando a la vez las miradas semiológicas que ponen en duda la fiabilidad de los testimonios, de las huellas. El filósofo toma de Chartier la confianza en la honestidad y objetividad del historiador al citarlo: “Hacer la historia de la historia, ¿no es comprender cómo, en cada configuración histórica dada, los historiadores emplean técnicas de investigación y procedimientos críticos que, justamente, dan a su discurso, de manera desigual, esa honestidad y esa objetividad?”²⁶⁰.

Como hemos visto, la referencialidad del discurso histórico es, tanto en Ricoeur como en Chartier, una matriz que no está puesta en duda, alejándolos a la vez de las posiciones narrativistas de White y Ankersmit. En estos últimos “el registro del historiador no es fundamentalmente diferente del de la ficción en el plano de su estructura narrativa. La historia sería entonces en primer lugar escritura, artificio literario”²⁶¹. Ricoeur está lejos de intentar minimizar los aportes de White, pero es enfático al expresar:

deploro* el callejón sin salida en el que se ha metido H. White al tratar las operaciones de la construcción de la trama como modelos explicativos, considerados, en el mejor de los casos, como indiferentes a los procedimientos científicos del saber histórico, y en el peor, como sustituibles por estos últimos (...) Hay que articular pacientemente los modos de la representación con los de la explicación/comprensión y, a través de éstos, con el momento documental y su matriz de presunta verdad, a saber, el testimonio de los que declaran haberse encontrado allí donde ocurrieron las cosas.

²⁶⁰ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 363, (nota nº 71).

²⁶¹ Dosse, *Paul Ricoeur*, p. 524.

Jamás se encontrará en la forma narrativa en cuanto tal la razón de esta búsqueda de referencialidad²⁶².

Visto así, estamos en condición de afirmar que hemos repasado, por un lado, las argumentaciones que nos han hecho establecer un vínculo analítico real entre historiador y filósofo en vías de la representación verídica del pasado; toda vez que esta relación permite posicionar ambos intelectuales desde una vereda distinta del pensamiento postmoderno o narrativista de la historia. Una posición defensiva y actualizada del carácter científico de una disciplina de las ciencias humanas, como lo es el estudio del pasado. Como queda de manifiesto en un texto reciente de Roger Chartier, la posibilidad de establecer el carácter veritativo y hasta verificable del trabajo historiador encuentra en la figura de Ricoeur una fuente inagotable de recursos en contra de posiciones que especulan con un saber reducido a un régimen estético del saber histórico, en otras palabras, a la preeminencia del escrito histórico por sobre el pasado. Escritura de la historia, prueba documental y explicación/comprensión, resultan cimientos poderosos para tal empresa, en este sentido, y luego de afirmar su posición desde el Ricoeur de la MHO, Chartier afirma categóricamente:

El concepto de representación, en sus múltiples significados, es uno de los que permite comprender con mayor agudeza y rigor cómo se construyen las divisiones y jerarquías del mundo social. Aceptar que el discurso histórico es y no puede ser más que una representación del pasado no supone destruir su científicidad, sino más bien fundarla²⁶³.

²⁶² Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 300. * Lamentamos que en la traducción al español de Agustín Neira para el Fondo de Cultura Económica se tradujera el verbo *deplorar* por el de lamentar. Creemos no hace justicia al rechazo de Ricoeur de la posición narrativista de White. Aun así, el trabajo de traducción de la obra resulta contundente.

²⁶³ Chartier, "Le sens de la représentation".

4. El historiador/a del tiempo presente: entre individuo (sujeto) y estructura (historicidad)

¿Hacia dónde queremos llegar desde la árida teoría historiográfica? Pensar sistemáticamente las condiciones de posibilidad de escribir la historia es, ante todo, un trabajo situado históricamente, por tanto, lo atraviesa un problema temporal. Toda contingencia es siempre una respuesta a un sin número de variables, todas ellas atravesadas por cómo interpretamos el tiempo, y cuando decimos tiempo nos referimos a las nociones de pasado, presente y futuro. La escritura de la historia, lo hemos visto desde Ricoeur, es expresión de temporalidad: el tiempo histórico es una construcción narrativa, que apela a la correspondencia entre presente y pasado mediante el método historiográfico de interpretación de huellas documentales.

La teoría historiográfica a la luz de los aportes de nombres como Koselleck y Ricoeur nos ha permitido posicionar el carácter temporal de la experiencia, y valorizar el sujeto de la acción, el *hombre capaz* y falible, en su justa medida. Nos mueve la siguiente idea en esta etapa de esta investigación: toda experiencia es personal, única, de cada sujeto; pero la existencia de memorias colectivas nos permite a los científicos sociales, pensar el vínculo social sin denostar la impronta del sujeto. Es cierto que el estructuralismo y el giro lingüístico hicieron mucho por hacer avanzar el conocimiento, pero igual de cierto es que, si toda forma de experiencia se proyecta al mundo desde sujetos, cada uno con sus expectativas y experiencias, son las representaciones sociales las que nos permiten concretizar sistemas de pensamiento que den lógica al comportamiento sin borrar con ello la experiencia que siempre es intersubjetiva: inter-sujetos. La escritura de la historia no escapa a ello. Ella es en sí misma un acontecimiento revelador de experiencias y representaciones del mundo. Es la puesta en escena de esa *diferencia* expuesta por De Certeau, esa capacidad instrumental de representar la *otredad* bajo una lógica de

voluntad de objetividad. El espacio que organiza es a la vez dividido y jerarquizado. Incluye “lo mismo” (el presente de una práctica) y “lo otro” (un pasado estudiado). Esta frontera atraviesa, por un lado, la práctica, donde el aparato de la investigación se distingue del material tratado y, por otro lado, la puesta en escena escriturística, donde el discurso del saber interpretativo domina el pasado representado, citado, sabido²⁶⁴.

Con De Certeau sabemos que la producción historiográfica siempre es localizada, y por esta misma razón abierta a la necesidad de su propia historización. Lo que nos interesa destacar es la ambivalencia del trabajo historiográfico evocado por De Certeau, fenómeno eminentemente temporal, propio de la operación historiográfica: “el lugar que labra el pasado es al mismo tiempo una manera de *abrir el paso a un porvenir*”²⁶⁵. De esta manera, De Certeau explora caminos no resueltos por aquellos años – *La escritura de la historia* se publica en 1975 – por la historiografía francesa, todavía muy apegada a la objetividad científica del vínculo social tan fuerte desde 1929, año paradigmático para la Escuela de los Annales liderado por lo que Dosse llamó el “dúo de Estrasburgo”.

Con De Certeau, la escritura de la historia se presenta como *narratividad* pero también *performativa*, escapa entonces a la visión moderna del sujeto trascendental tan propio de la filosofía de la conciencia desde Descartes hasta mediados del siglo XX, esa mirada donde el observador podía dar cuenta objetiva del pasado. Lo que tampoco significa que el historiador jesuita sea postmoderno²⁶⁶.

²⁶⁴ Michel De Certeau, *Historia y Psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2011, p. 24.

²⁶⁵ Michel De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 100.

²⁶⁶ Esta puesta en juego de la intersubjetividad del trabajo historiador no es suficiente para presentar a De Certeau como un autor propiamente *postmoderno*, como sí expresan Valderrama y De Mussy. Esto nos parece un error, pues no considera las diferencias sustanciales –a las que nos hemos referido desde la relación Chartier-Ricoeur – que presenta la puesta en marcha de un constructivismo que, si bien expone la precariedad de la representación historiadora por su carácter indirecto (indiciario en palabras de Ginzburg), nunca cae en un constructivismo radical a la manera de los seguidos de White, Ankersmit y compañía. Ver Luis De Mussy y Miguel Valderrama,

El historiador piensa el tiempo, lo representa desde sus operaciones, pero también le imprime historicidad, puesto que su propia experiencia la lleva – consiente o no – al papel.

Del *qué* al *cómo*, esa ha sido la apuesta de síntesis de los cambios que ha ofrecido el análisis teórico del pensamiento historiográfico de los últimos años, no para dar cuenta de algún tipo de “novedad”, más bien para posicionarnos teóricamente dentro de un marco mayor de la filosofía de la ciencia y desde allí pensar la ciencia histórica. Todavía parece vigente la visión de las ciencias en general como un conjunto acumulado de respuestas a fenómenos naturales y humanos de forma ascendente y permanente, una especie de teleología del pensamiento científico que proviene, por cierto, de la tradición Ilustrada del siglo XVIII y de la confianza desmesurada del progreso humano. La visión histórica y situada del pensamiento científico hace de esa visión una problemática superada. Para efectos de esta investigación, existen en los últimos años nuevas preguntas y cuestionamientos dentro del ámbito historiográfico acerca del tiempo histórico. Al ser asumido desde la teoría historiográfica como un fenómeno humano –y no como un constructo metafísico como herramienta para las ciencias – el tiempo se ha transformado en posibilidad de historización y condición de posibilidad de la escritura historiográfica.

Para efectos de este trabajo, ambos fenómenos tienen respuesta en la propia vivencia y experiencia social, sobre todo de la segunda mitad del siglo XX en adelante, lo cual ha permitido visitar viejos problemas desde una óptica distinta. Al respecto, tres son las categorías que permiten el análisis (teórico e histórico): pasado, presente y futuro, las tres categorías de la conciencia que muy recientemente están siendo problematizadas desde los historiadores, y desde ella, en diálogo con la filosofía, en especial desde la hermenéutica en Gadamer y Ricoeur²⁶⁷. En este punto volvemos a posicionar el lugar que ocupa Ricoeur, el

Historiografía postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2010 pp. 145-148.

²⁶⁷ Como se verá más adelante, Ricoeur toma de Gadamer una estructura de la conciencia que es vital para nuestro análisis: “el ser afectado por el pasado”.

filósofo que desde los años cincuenta y en particular desde la publicación de *Tiempo y narración* ha posicionado el lenguaje humano como vehículo de la experiencia en los dos tipos de narración: verídicos (ocurridos) y ficticios (imaginados), en otras palabras, por posicionar el tiempo como problema social, primero desde la filosofía del lenguaje y luego desde las operaciones de la memoria y la historiografía entendida como ciencia. Una publicación reciente editada por dos teóricos de la historiografía viene a confirmar este momento intelectual, lanzando una pregunta fundamental: “¿La distinción entre pasado, presente y futuro es una acción pasiva, un simple reconocimiento de lo que está dado y es natural?, o en cambio, involucra instancias activas en que los actores sociales crean y recrean estas divisiones”²⁶⁸.

Por cierto, que la distinción y socialización de las tres categorías temporales son constitutivas de experiencia, por tanto, también de constructos intelectuales. Eso es lo que esperamos dilucidar en el capítulo que sigue, toda vez que todo historiador, como sujeto único e irrepetible, construye su discurso – la HTP no es la excepción – en base a dispositivos culturales que lo rodean. Las universidades son en estos tiempos la mayor parte de ellas. Pero no es allí donde apuntamos la mirada desde la idea de estructura, sin por ello desconocer los dispositivos de poder o *Habitus* que le dan vida. Lo hacemos desde la interpretación social del tiempo, en particular desde la herramienta heurística de ciertos “tipos ideales” que Hartog denomina *regímenes de historicidad*, los cuales son a la vez generadores de distintas formas de comprender y llevar a cabo la escritura de la historia. No es un tema menor ni una especie de extravagancia intelectual. Si tanto creemos en la máxima expresada por Marc Bloch de que la historia es el estudio de las sociedades en el tiempo, tenía que llegar el momento de pensar sistemáticamente la temporalidad más allá de lo cronología histórica.

La dialéctica entre estructura y sujeto nos está dada por los conceptos metateóricos ya descritos a partir de Koselleck: “campo de experiencia” y “horizonte de expectativas”. Categorías universales de la experiencia humana, por

²⁶⁸ Bevernage y Lorenz, *Breaking up Time*, p. 9-10.

ello su impronta metateórica, en palabras del autor alemán: “nuestras dos categorías indican la condición humana universal; así se quiere, remiten a un dato antropológico previo, sin el cual la historia no es posible, ni siquiera concesible”²⁶⁹. Sea cual sea el contexto histórico a estudiar, todo sujeto presenta un pasado que se hace presente (experiencia) y un imaginario, a partir de la experiencia, que se proyecta hacia lo todavía *no sido*, que puede ser un futuro de minutos y horas, o un porvenir pensado en años.

Koselleck encuentra entonces en experiencia y expectativas “las categorías adecuadas para descubrir el tiempo histórico”²⁷⁰, ese que Ricoeur –como hemos visto ya, de la mano de Koselleck –establece desde la narración como “guardián del tiempo” desde el calendario, las generaciones y las huellas históricas: trípode central de toda investigación historiográfica que siempre escruta contextos sociales desde la cronología (tiempo corto, mediano o larga duración: “la sucesión cualquiera de momentos discretos” en palabras de Ricoeur²⁷¹) del calendario, desde la interacción de sujetos que siempre interactúan desde una generación con otras, y desde los documentos, esas huellas materiales que le permiten al historiador representar –siempre fragmentariamente – el pasado.

En esta etapa de nuestra investigación nos convoca posicionar nuestro análisis fuera del estructuralismo y del subjetivismo extremo para posicionar al historiador como sujeto de estudio: el sujeto historiador posicionado desde una visión que intenta dar cuenta tanto de las estructuras culturales que empujan situaciones y con ello, el accionar del sujeto de acción dentro de una trama interconectada con otros sujetos. El sujeto historiador en nuestro caso, no desde su red de interconexiones sociales – lo que debería ser investigado desde la historia intelectual, problema que no es objeto de esta investigación – sino desde la narración que ejecuta, comprendida – lo hemos dicho – como constructor de tiempo histórico.

²⁶⁹ Koselleck, *Futuro pasado*, p. 336.

²⁷⁰ *Ibid.*, p. 337.

²⁷¹ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 454.

El recorrido filosófico de Ricoeur y su profundo diálogo con la historiografía nos parece la herramienta más idónea como ya hemos visto, pero no la única. Nos mueve la convicción, ya lo hemos dicho, que todo historiador imprime historicidad en su interpretación del pasado, sin por eso quitar estatuto científico en la búsqueda de objetividad y veracidad. Su propia condición histórica debe ser parte del análisis de la escritura histórica, en eso se esfuerza esta parte de nuestro trabajo, al fin y al cabo De Certeau apuntó en la dirección correcta al expresar que “la historia forma parte de la “realidad” de la que se trata”²⁷². A nuestro parecer, las escuelas historiográficas que se sustentan en el tiempo, unas más otras menos, pueden ser entendidas como *identidades narrativas* dentro del contexto social en la que se desarrollan, lo cual no excluye interpretarlas a la vez como expresiones de capital social simbólico referido, preferentemente, al ámbito académico en donde se desarrollan desde procesos de pugnas de poderes e influencias.

El sujeto para Ricoeur – el historiador para este trabajo – es el punto de encuentro entre la construcción del *sí mismo* con la estructura social que lo acoge y que, si sumamos los aportes de Bourdieu²⁷³, corresponde a la suma de los *campos* donde el sujeto se desenvuelve. Para nuestro objetivo, el *campo historiográfico* configura una serie de relaciones sociales en donde se produce el capital social por excelencia del académico historiador: el texto histórico publicado para la lectura (pública) y crítica de sus pares, la posesión y producción de éstos entrega el *capital cultural* que genera distinción frente a otro y que identifica al historiador exitoso, en conjunto con otros tópicos como proyectos de investigación, grados académicos, etc.

El historiador y su acción intelectual representa un tipo de *habitus* que organiza una serie de prácticas con la correspondiente percepción de las mismas, si seguimos la definición que nos entrega Bourdieu:

²⁷² De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 68.

²⁷³ Si pudiésemos hacerle una crítica a Ricoeur, es en la desconfianza que tuvo de la sociología. Al final de sus años, en particular en *La memoria, la historia, el olvido*, reconoció el peso intelectual de los aportes de Bourdieu, de manera muy pasajera, pero lo hizo, sobre todo su teoría del habitus. Esta investigación, más adelante será evidente, se apoya en la sociología de manera directa.

estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas, el *habitus* es también estructura estructurada: el mismo principio de divisiones en clases lógicas que organiza la percepción del mundo social es el producto de la incorporación de la división en clases sociales²⁷⁴.

El poder simbólico del historiador que logra pertenecer a una escuela o movimiento intelectual por sobre otros según la medida de la influencia y poder que genere por sobre otros grupos, representa el segundo de los capitales por excelencia según Bourdieu: el capital cultural, junto al capital económico. La búsqueda de identidades historiográficas o de regímenes historiográficos (Mudrovic) está así unida ineluctablemente a las características relaciones de sujetos que se posicionan en un estilo de vida unitario referido, en la esfera intelectual, a las prácticas: el llamado *habitus*²⁷⁵.

La supuesta existencia de *identidades narrativas* en la historiografía supone la posibilidad de encontrar cierto orden a expresiones temporales del tiempo histórico. Recordemos que nos mueve la idea ricoeuriana según la cual “es en el relato donde algo del tiempo es llevado al lenguaje”²⁷⁶. Ricoeur nos empuja salir de la ilusión (dilema) de pensar la identidad como espejo “idéntico” y como “ilusión” de sujetos y comunidades:

el dilema desaparece si la identidad entendida en el sentido de un mismo (*idem*), se sustituye por la identidad entendida en el sentido de un sí-mismo (*ipse*); la diferencia entre *idem* e *ipse* no es otra que la diferencia entre una identidad sustancial o formal y la identidad narrativa (...) El sí-mismo puede así decirse refigurado por la aplicación reflexiva de las configuraciones narrativas (...) La noción de identidad narrativa muestra también su fecundidad en el hecho de que se aplica tanto a la comunidad como al individuo. Se puede hablar de la ipseidad de una comunidad (...) individuo y comunidad se constituyen en su identidad al recibir tales relatos –el autor refiere a lo que llama “las obras de la cultura” – que se convierten (...) en su historia efectiva²⁷⁷.

²⁷⁴ Pierre Bourdieu, *La distinción, crítica social del juicio*, París, Minuit, 1979, p. 191.

²⁷⁵ Pierre Bourdieu, *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*, París, Seuil, 1994, p. 23.

²⁷⁶ Paul Ricoeur, expresión del filósofo francés en entrevista en programa radial Océaniques, 27 de enero de 1991, citado por Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos...*, p. 513.

²⁷⁷ Ricoeur, *Temps et récit III*, pp. 442-443.

Esta concepción siempre abierta del accionar humano nos resulta funcional a nuestro modo de entender la escritura de la historia, toda vez que se ajusta a la mirada histórica y situada en que siempre debemos comprender la historiografía y sus cambios, sin que por ello olvidemos su aspiración objetiva dentro del contexto de una ciencia indirecta. Dosse es claro al ubicar la idea de identidad narrativa: “Paul Ricoeur ubica pues el discurso histórico entre una tensión que le es propia, entre identidad narrativa y ambición de verdad”²⁷⁸.

Ambas problemáticas hemos entrelazado para sustentar una teoría historiográfica para la Historia de Tiempo Presente. La idea que nos guiará luego será *la afección del pasado en el presente*, pero falta para eso. Lo que interesa en este momento de la investigación es posicionar la ipseidad, atribuida a los vaivenes del sujeto historiador – siempre en pugna y colaboración con sus pares – que termina posicionando identidades narrativas configurativas de interpretación del tiempo histórico, por tanto, hacedoras de conciencia histórica. Esta posición epistémica nos permitirá posicionar el lenguaje del historiador como algo más que un constructo intelectual, toda vez que incide desde algún grado la vida social, sobre todo desde los aportes de la historiografía a los sistemas educativos, llámense éstos programas educacionales o libros de lectura escolar, entre otros.

La historicidad del sujeto historiador no podría ser presentada como una estructura que imposibilidades la libertad del individuo, pero tampoco como una idea volátil de la cual le es fácil desprenderse. Si la conciencia de todo sujeto está determinada – a lo menos la conciencia para no entrar en la discusión psicoanalítica de la cual no podemos hacernos parte en este momento – por las tres estructuras temporales pasado/presente/futuro, es menester para la teoría historiográfica tomarle el peso a este fenómeno y tratar de presentarlo de forma lógica a sus pares.

²⁷⁸ Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida...*, p. 520.

CAPÍTULO II

Regímenes de historicidad y escritura de la Historia del Tiempo Presente

*La temporalidad constituye
la precondición existencial de la referencia
a la memoria y la historia del pasado.*
Paul Ricoeur

El “progreso” no representa ninguna cualidad de la historia
Zygmunt Bauman

*Lo que no deja lugar a dudas, es la transformación de nuestras experiencias
del tiempo durante los últimos treinta o cuarenta años. Su signo anunciador
es el retroceso del futuro (...) el del régimen moderno de historicidad,
que fue el carbón de la locomotora de la Historia.*
François Hartog

De acá en adelante nos proponemos indagar la relación existente entre la construcción del tiempo histórico – asunto que ya hemos zanjado desde el Ricoeur de *Tiempo y narración* – con la propia escritura de la historia, en particular la que nace a partir de la memoria social que deviene, bajo la mirada crítica del historiador que aspira a representar la verdad del pasado (desde huellas e indicios), en la HTP. La propuesta de esta relación entre tiempo y escritura de la historia no es nuestra, hemos dicho en la primera parte de esta investigación que la debemos en particular a los trabajos de Koselleck, Hartog y Mudrovic, en especial esta última plantea la estrecha correlación entre las formas de comprender el tiempo y las orientaciones que hacen los historiadores con respecto a su trabajo, en particular la distinción entre “pasado histórico” y “pasado presente”²⁷⁹. Este último, resultado de una operación historiográfica que comenzó a tomar posición en los años setenta del siglo XX, y que se consolidó desde los años ochenta en Europa y noventa en Latinoamérica, en un primer momento en Argentina. La emergencia de lo que Henry Rousso ha planteado como esos “pasados que no pasan” – el estudio de la memoria colectiva se sitúa para el autor como una “ruptura epistemológica” al refundar historiográficamente la noción de

²⁷⁹ Mudrovic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado reciente”.

“acontecimiento”²⁸⁰ – estaría fuertemente relacionado con un nuevo marco de historicidad que François Hartog denomina “presentismo”, una mutación de la historicidad moderna decimonónica anclada en los proyectos de futuro, ahora comprendida desde un presente que pareciera fagocitar tanto pasado como futuro. Todos asuntos que desarrollaremos en detalle.

La idea central para esta parte de la investigación sigue siendo de orden teórica. Si hemos dicho con Ricoeur que el tiempo histórico es aquel “tercer tiempo” que nos permite distinguarnos tanto del orden de la naturaleza como de la fenomenología del tiempo íntimo (la conciencia personal), es momento de relevar el tiempo histórico – propio de la memoria social, del reconocimiento de que nos pensamos en más de una persona gramatical: no sólo en el yo, también en el nosotros²⁸¹ – a sus relaciones con la *conciencia histórica*. Es por tanto la “condición histórica” de los sujetos de acción (historiador) la que constituye las distintas formas en que la conciencia histórica se nos muestra, especialmente para efectos de esta investigación, bajo la forma del “presentismo”. Como veremos, la teoría de la historia permite comprender estos fenómenos desde la idea de *sentido histórico*, lo cual nos conducirá a finalizar nuestra investigación.

Los historiadores no somos los únicos que construimos tiempo histórico, pero sí estamos llamados a pensarlo, a comprenderlo, por más que esto no haya sido de gran interés por largo tiempo en la disciplina. La idea fuerza que atraviesa toda esta última parte es que la escritura de la historia no se queda sólo en la narración, por lo menos desde el punto de vista de la teoría de la historia. Si desde la metodología se aspira a representar un pasado desde huellas documentales, desde el trabajo teórico se proyecta la comprensión de lo que es propiamente histórico, lo que según Rüsen “quiere decir que en relación con la experiencia, se interpreta el pasado por medio de la simbolización específica de una “historia” y

²⁸⁰ Henry Rousso, “Pour une histoire de la mémoire collective: L’après – Vichy”, en Denis Peschanski, Michael Pollak, Henry Rousso (Dir.), *Histoire Politique et Sciences Sociales*, París, Complexe, 1991, pp. 248-249.

²⁸¹ Asunto que Ricoeur elabora en la primera parte de *La memoria, la historia, el olvido*.

que esta interpretación adquiere una *función orientadora* en la cultura del presente ”²⁸². Representación de la historia y sentido, son entonces dos marcos que la teoría de la historia debe reflexionar para ensanchar la propia historicidad de la disciplina.

La condición histórica está dada entonces por la interpretación del pasado y su proyección. Por tanto, si este trabajo de teoría de la historia espera dar cuenta de la HTP, no podemos contentarnos con su comprensión paradigmática (trabajo de historiografía). Será necesario también, y acá nuestro aporte, establecer una teoría de la historia para la HTP que, desde su propia historicidad, entregue mayor inteligibilidad a su operatividad. La noción ricoeuriana de “estar afectado por el pasado” nos ayudará en esta tarea, pero no la termina. Es el primer eslabón para establecer las pautas de cómo pensar la conciencia histórica de los historiadores del tiempo presente. Planteamos que estamos ante una verdadera paradoja: la HTP se enmarca y es fruto del “presentismo”, pero traiciona sus bases y se presenta como generadora de sentido histórico.

1. La temporalidad como marco general

Hemos establecido desde una lectura sistemática de la obra de Ricoeur que el tiempo histórico es aquel que construimos socialmente a partir de la concatenación del tiempo de la naturaleza expresado en los calendarios, desde las sucesiones de generaciones y desde la interpretación de huellas pasadas, asunto éste último de vital importancia para el trabajo historiador. Desde una circularidad hermenéutica donde sujeto y estructura siempre se están articulando una y otra vez, vamos reconstruyendo la idea de tiempo. Esta fenomenología del tiempo en Ricoeur (de orden filosófica) puede ser útil en la medida que se articule de manera metódica. La irrupción de la herramienta heurística que François Hartog denomina “regímenes de historicidad” nos permite articular la propuesta

²⁸² Rüsén, *Tiempo en ruptura*, p. 147. La cursiva es nuestra.

ricoeuriana bajo la noción de *conciencia histórica*, entendida esta última como la expresión social de las categorías pasado, presente y futuro. En otras palabras, la conciencia histórica la entenderemos desde tres fenómenos: historicidad, condición histórica y sentido histórico. Todas ellas problematizadas, desde la teoría de la historia, para dar inteligibilidad al trabajo historiador del tiempo presente.

Lo que Hartog denomina “régimen de historicidad”²⁸³ debe entenderse entonces como una herramienta de análisis, en ningún caso como una realidad histórica. Su autor espera que la herramienta:

contribuya a aprehender mejor no al tiempo, ni todos los tiempos, ni el todo del tiempo, sino, principalmente, momentos de crisis del tiempo, aquí y allá, justo cuando las articulaciones entre el pasado, el presente y el futuro dejan de parecer obvias (...) el régimen de historicidad se presenta como un instrumento para interrogar las diferentes experiencias del tiempo, las crisis del tiempo (...) Vamos a entender por regímenes de historicidad las modalidades de articulación de las categorías pasado, presente futuro²⁸⁴.

Su articulación tiene como fundamento pensar las categorías kosellequianas ya comentadas de espacio de experiencia y horizonte de expectativas²⁸⁵. Es necesario recordar al lector que los tres regímenes comentados no son realidades que se suceden, menos aún de forma mecánica y cronológica en el tiempo. Esto debe ser una primera crítica al trabajo de Hartog (más adelante haremos otra), en quien pareciera existir la idea de que, tanto la circularidad del tiempo histórico en la noción de historia *magistra vitae* como la apertura y confianza en el futuro del

²⁸³ Para el desarrollo de la noción que ve la luz de forma sistemática el 2003, pero que se gestó desde reflexiones anteriores, ver de Hartog: “Marshall Sahlins et l’anthropologie de l’histoire” *Annales* N°6, 1983, pp. 1219-1236; “Régimes d’historicité” en A. Dutu y N. Dodille, *L’état des lieux en sciences sociales*, París, L’Harmattan, 1993; “Temps et histoire. Comment écrire l’histoire de France?” *Annales*, N°50, 1995, *Régimes d’historicité. Présentisme et expérience du temps*, París, Seuil, 2003; “Historicité / régime d’historicité” C. Delacroix, F. Dosse, P. García & N. Offenstadt (Dir.) *Historiographies, II. Concepts et débats*, París, Gallimard, 2010. Se ha escrito una excelente síntesis y crítica del recorrido (y uso) de la noción que resulta obligatoria para su cabal comprensión: ver Christian Delacroix “Genealogía de una noción”, en C. Delacroix, F. Dosse, P. García *Historicidades*, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2010.

²⁸⁴ Hartog, “Historicité / régimes d’historicité”, p. 766.

²⁸⁵ “El espacio de experiencia remite a un tejido del pasado y del presente en función de múltiples trayectorias. De la misma manera, el horizonte de expectativa remite a un futuro también hecho presente”, en Dosse, “Reinhard Koselleck entre semántica histórica y hermenéutica crítica”, p 127.

régimen moderno de historicidad, habrían desaparecido desde la irrupción del presentismo. Esta investigación asume teóricamente la circulación de los tres registros, coincidiendo por cierto que existe una preponderancia contemporánea desde el presentismo, asunto que no está puesto en cuestión. Si nos adelantamos al final de esta segunda parte de esta investigación, tendremos que decir que la paradoja de la HTP con respecto al presentismo es que en su búsqueda por algún tipo de “justicia” con respecto a la catástrofe que la vio nacer, traiciona la idea del presente por el presente al orientar el sentido histórico hacia un futuro en donde su narración se torna pedagógica, lo que en nada se diferencia del sentido histórico de la noción ciceroniana de “historia magistra vitae”.

Así las cosas, desde esta relación indisoluble entre tiempo y lenguaje, entenderemos por régimen de historicidad, en palabras de Hartog:

En cuanto se trata del tiempo, nunca tenemos acceso a nada que no sean experiencias del tiempo, de las cuales, a decir verdad, todo en una cultura, siempre que la interroguemos desde este ángulo, puede suministrar un indicio o testimonio: desde la producción intelectual más elaborada, hasta el objeto más ordinario de la vida cotidiana, pasando por mil sutilezas reflexivas. A partir de las experiencias nos elevamos a las formas y los modos de las temporalidades, que son elaboraciones, generadas por los propios contemporáneos para orientarse en el tiempo, en su tiempo: para comprenderlo y decirlo, con sus palabras y sus conceptos, sus imágenes y sus relatos, en suma, movilizándolo todos los recursos de su cultura pasada y presente (...) Entre las referencias, en primer lugar están las categorías del pasado, del presente y del futuro, cuyos contenidos así como las maneras de articularlos –es decir, sus fronteras – han variado, según las épocas y lugares²⁸⁶.

La configuración de una forma particular de estudiar el pasado, para nuestro caso la HTP, podría ser objeto de su relación con la temporalidad si seguimos la palabra de Hartog. Más aun cuando Ricoeur argumenta convincentemente que el tiempo nos es dado en la medida que narramos historias, sean éstas verídicas o de ficción. Por cierto, que la HTP la entendemos

²⁸⁶ Hartog, “El régimen moderno de historicidad...”, p.51.

del lado de las primeras, siempre desde ese “pacto de verdad” al que ya nos hemos referido.

El régimen de historicidad, sin dejar de entenderlo como una herramienta para la interpretación histórica, se convierte también en puente de comprensión para la misma escritura de la historia. Volveremos sobre ello. Primero detengámonos un momento en esas diferentes articulaciones del tiempo histórico, todas las cuales son el resultado de las distintas tensiones entre los distintos campos de experiencias (pasado en el presente) y horizonte de expectativas. Esto es central para lo que sigue: las “relaciones con el pasado” (Paul) que sustentan los historiadores nos permiten dar cuenta de qué tipos de conexiones o tensiones expresan sus escrituras con relación al tiempo, lo cual quiere decir que la teoría de la historia preocupada del tiempo no se queda en una cuestión puramente abstracta. La relación tiempo histórico y escritura puede ser rastreada y es menester a la teoría de la historia, lugar de esta investigación, pero también de la historia intelectual.

Ahora bien, decía Blumenberg que “el paraíso había podido ser tal porque allí no había escases de tiempo”²⁸⁷, a lo que podríamos sumar, porque la presencia de Dios en medio de los hombres (Adán y Eva antes del pecado original y la posterior expulsión) hacía todavía innecesario la existencia de lo pretérito y lo futuro, en consideración que bajo la creencia judeo-cristiana estar en la presencia de Dios era/es estar en plenitud total del tiempo. La imaginación, en este caso del pensamiento mitológico, viene en nuestra ayuda, expliquémoslo. Bajo esta figura de representación religiosa, “campo de experiencia y horizonte de expectativas parecen estar fundidos en la singularidad única de lo eterno y la plenitud existencial. Como bien sabemos, lo representado más arriba no corresponde a nuestra realidad global, pero sí nos sirve en la medida que podamos vislumbrar que las categorías mencionadas nos son útiles para la argumentación. Lo que interesa resaltar es que las relaciones (y tensiones) entre experiencias (pasado

²⁸⁷ Hans Blumenberg, *Tiempo de la vida y tiempo del mundo*, Madrid, Pre-textos, 2007, p. 64.

presente) y expectativas (futuro pasado) son productoras de tiempo histórico²⁸⁸. A decir de Ricoeur, la propuesta kosellequiana nos ayuda a dirigir la mirada hacia el tiempo de la historia²⁸⁹ que, si bien resulta algo difícil de resolver, establece la prioridad del problema temporal. Al respecto Ricoeur es categórico: “la temporalidad constituye la precondition existencial de la referencia de la memoria y de la historia del pasado”²⁹⁰, cita con la cual ya podemos ir adelantando que la relación entre el pasado y su trabajo en el historiador del tiempo presente es una problemática entre lo que entendemos por historia y su escritura y su propia memoria. Volveremos sobre ello.

Como explica María Inés Mudrovic, el nacimiento de la ciencia histórica en el siglo XVIII muestra un denominador común, a saber, la existencia de un “pasado histórico”²⁹¹ en la comprensión social de pasado, presente y futuro. Ese pasado constituye un quiebre con respecto a todos los pasados anteriores, toda vez que comienza a materializarse la idea kosellequiana de historia como “singular colectivo”. A Koselleck debemos esta noción, como explica:

De repente hemos hablado de la historia, de la “historia misma”, en un singular de difícil significación sin un sujeto ni un objeto coordinados. Esta locución única, completamente usual para nosotros, procede también de la segunda mitad del siglo XVIII. En la medida en que la expresión “historia” se imponía a la de *Histoire*, la historia adquirió otro carácter. Para apostrofar el nuevo significado se habló de historia en y para sí, de la historia en absoluto, de la historia misma – simplemente de la historia –. Droysen resumió este proceso diciendo: “por encima de las historias está la historia”²⁹²

Todo el análisis que de aquí en adelante se haga con respecto a los cambios en las maneras de comprender el tiempo histórico estarán sujetos a este punto de inflexión que imprime la modernidad europea desde finales del XVIII. Los saltos en el tiempo hacia el pasado clásico y el futuro, llámese siglo XIX a la

²⁸⁸ Koselleck, *Futuro pasado*, p. 342.

²⁸⁹ Ricoeur, *La mémoire, la histoire, l'oubli*, pp. 388-389

²⁹⁰ *Ibidem*, p. 465.

²⁹¹ Mudrovic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográfico”, pp. 11-31.

²⁹² Koselleck, *Futuro pasado...*, p. 52.

actualidad, están mediados por los cambios que instalaron al futuro como agente de cambio. La sustitución semántica del plural *historie* por el singular *geschichte an sich* es el acontecimiento fundador de una serie de cambios que son propios de nuestra disciplina y que no podemos dejar de lado para pensar la historiografía del tiempo presente. Nos referimos a la fusión de los dos registros que, para el pasado de la modernidad, estaban separados: historia como *res gestae* e historia como *rerum gestarum*. A decir de Dosse, este concepto moderno de historia es fruto de una discontinuidad manifiesta y radical. Explica que en Koselleck la modernidad y su idea de historia llevan aparejadas la acción social y el porvenir, ya no sólo de grupos sino que de la humanidad a partir de un pasado ahora separado del presente por una especie de “discontinuidad infranqueable”²⁹³.

La visión teleológica de la razón histórica, tan propia del proyecto de la Ilustración, configuró ese “pasado histórico” desde la confianza en el *progreso* y otros ideales de la mano del Estado-Nación. Es lo que Hartog denomina “régimen moderno de historicidad”, una apertura hacia el futuro: si es que algo se puede aprender del devenir humano eso será asunto del futuro, ya no del pasado, explica Hartog²⁹⁴.

Desde los albores de la modernidad, tanto experiencia como expectativas se distanciaron configurando la condición de posibilidad de la aceleración del tiempo, explica Koselleck. El tiempo como actor y agente, y la distancia entre el recuerdo y la esperanza²⁹⁵ cuajaron en una historicidad europea que, luego de la conexión del mundo que empezaba a globalizarse, se extendió (con sus matices propios) hacia otras latitudes. Es en este contexto en que nace la disciplina histórica con ansias de ciencia al alero de un fenómeno semántico-social: la conjunción en un solo concepto de historia a partir de estas dos nociones que, anteriores a 1750 según la tesis de Koselleck, se habían mantenido en esferas distintas.

²⁹³ Dosse, *La marcha de las ideas*, p. 257

²⁹⁴ Hartog, *Régimes d'historicité*, p. 107-117.

²⁹⁵ François Hartog, *Croire en l'histoire*, p. 14.

Hartog, siguiendo a Koselleck, diferencia tipologías de la experiencia social del tiempo. El “régimen moderno de historicidad”, configurado desde la Revolución Francesa hasta la caída de la Unión Soviética (1789-1989²⁹⁶), presenta experiencias que desde el siglo XVIII representan símbolos culturales plasmados en las filosofías de la historia confiadas de un futuro promisorio o en la confianza en el progreso (pensemos en Comte, Marx y otros). Bauman lo ha mostrado, desde la sociología, al asociar modernidad con la idea de *emancipación*, el *telos* del cambio histórico²⁹⁷. Es el tiempo en que nace la historia como ciencia. Sirva de ejemplo una cita ocupada por el mismo Hartog:

En su *Grand Dictionnaire*, publicado entre 1866 y 1876, Pierre Larousse declaraba, cual fervoroso profeta: El movimiento histórico inaugurado en el siglo XVII por Bossuet, continuado en el XVIII por Vico, Herder, Condorcet, y desarrollado por tantos otros espíritus notables de nuestro siglo XIX, seguirá acentuándose cada vez más en un futuro próximo. Hoy en día, la historia se ha vuelto, por decirlo de algún modo, una religión universal. Reemplaza, en todas las almas, las creencias extintas y quebrantadas; se ha vuelto el hogar y la instancia reguladora de las ciencias morales, cuya ausencia suple. El derecho, la política, la filosofía le piden prestadas sus luces. Está destinada, a llegar a ser, en medio de la civilización moderna, lo que fue la Teología en la Edad Media y la Antigüedad: reina y moderadora de las conciencias²⁹⁸.

Distinta y anterior en el tiempo es la máxima de Cicerón de la historia como *magistra vitae*, título de uno de los ensayos más comentados de Koselleck, y que Hartog denomina “régimen antiguo de historicidad”. Noción ampliable al sentido social de la temporalidad en la cultura greco-romana, cristiana²⁹⁹ y hasta

²⁹⁶ El autor es claro en señalar que tanto la Revolución Francesa como la caída del Socialismo representan figuras simbólicas de la experiencia temporal, lejos está la idea de una cronología. Es más, los distintos regímenes de historicidad pueden convivir en pugna y no representan estadios objetivos.

²⁹⁷ Zygmunt, Bauman *Modernidad líquida*, México, FCE, 2015, pp. 21-58.

²⁹⁸ Citado por Hartog, *Croire en l'histoire*, 10.

²⁹⁹ El pensamiento cristiano sí introdujo un cambio: el sentido del pasado en el presente se proyectó linealmente desde un sentido escatológico del tiempo histórico en espera de la segunda venida de Jesús, momento esperado por los creyentes a modo de redención, la llamada parusía. Eso no quitó, como explica Balmaceda, la creencia de la historia como *magistra vitae*, ahora comprendida como *magistra vitae aeternae*, en Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Sosa, *Comprender el pasado*, p. 64.

Renacentista, tal y como lo demuestra la historiadora italiana Gabriella Albanese³⁰⁰, nos referimos a esa visión ejemplar del pasado, del cual pedagógicamente se aprendía para el presente. Habitaba sumergida en ella, la idea de repetibilidad³⁰¹, una especie de filosofía e historia de la moral desde donde no existe una apertura temporal del sentido del futuro tal y como devino después de la primera modernidad.

Sirve, y mucho, el ejemplo del pasado como un espejo donde los sujetos actúan y esperan ser mejor. Plutarco y Cicerón le sirven a Hartog para mostrar el paso de la ciudad al Imperio, pero donde no ha dejado de funcionar el pasado como la “escuela común del género humano”³⁰². El pasado desde el pensamiento mitológico griego – pensemos en Hesíodo y su esperanza de justicia en el valor humano del trabajo (proveniente de Zeus y puesta en duda por los actos de su hermano) o la fuerza de la idea del *pater familia* desde la Roma arcaica –, proyectan de alguna manera en los siglos venideros, la noción de pasado como memoria ejemplar, muy lejos aún del “pasado histórico” propio de la modernidad. El *ethos* tradicional de la familia, del pueblo, de la polis, del reino es una memoria para cada presente³⁰³ pero no un “pasado histórico”. La noción es propiamente moderna. Lo que parece diferenciar las relaciones sociales con el pasado, presente y futuro entre la modernidad y las épocas que le precedieron, es la impronta que, a la hora de evaluar su relación con el pasado, disponía no del presente para su configuración, sino que del futuro. Desde el punto de vista del pensamiento ideológico, recuerda el filósofo chileno Carlos Peña, es Voegelin quien ha mostrado que todas las ideologías llamadas modernas insisten en esta relación con el futuro, como buenas herederas del milenarismo o del mesianismo judío³⁰⁴.

³⁰⁰ Gabriella Albanese, “*De historia conscribenda*. Las raíces clásicas de la teoría historiográfica del Medioevo y del Renacimiento”, *Semanas de Estudios Romanos*, N° XV, 2010, pp. 45- 102

³⁰¹ Koselleck *Futuro pasado*, pp. 41-66.

³⁰² Hartog, *Évidence de l'histoire*, pp. 208-211.

³⁰³ Agradezco profundamente las aclaraciones del medievalista Ángel Gordo a este respecto.

³⁰⁴ Carlos Peña, “La política de la memoria”, p. 38.

¿Qué es lo moderno? Pregunta que nos llevaría quizás, a un callejón sin salida. Decir, por lo poco, que la palabra asume una historia. Asociado a las ideas de lo “novedoso” (actualidad, cambio, transformación, etc.) desde el siglo XVIII asume una fuerza original. Aun así, la palabra latina *modernus* fue usada mucho antes, en principio desde el siglo V, para denominar la instauración del cristianismo en oposición a todo lo que se creía pagano. Luego, desde los siglos XVI y XVII comienzan una serie de cambios sociales que la historiografía ha enmarcado en un nuevo tiempo histórico distinto del mundo medieval. Es lo que para desde mediados del siglo XVIII Marcel Gauchet denomina la abertura de un nuevo pasaje: de la “condición política a la condición histórica”³⁰⁵, coincidente con ese “pasado histórico” en Mudrovic. Con todo, y a decir de Habermas, lo moderno expresa cierta conciencia de época donde aquello que se alza como novedoso se apone a lo antiguo, de allí ese quiebre con el pasado más arriba mencionado. Expresa el filósofo alemán:

Como el nuevo mundo, el mundo moderno, se distingue del antiguo por estar *abierto al futuro*, el inicio que es la nueva época se repite y perpetúa con cada momento de la actualidad que produce de sí algo nuevo. A la conciencia histórica de la modernidad pertenece, por tanto, el deslinde entre lo novísimo y lo moderno: la actualidad como historia del presente dentro del horizonte de la Edad Moderna, pasa a ocupar un lugar prominente³⁰⁶.

El “siglo de las luces” establece el proyecto de la modernidad que tiene como sustento un optimismo en las capacidades del ser humano de proyectar progreso y cambiar la realidad. Mirada lineal de la historia que conlleva, como sabemos, la idea de futuro asociada a un devenir, muy distinta al de historia *magistra vitae*. Linealidad del devenir que se opone a la circularidad. El estudio de la Ilustración después de Koselleck, viene a entenderse como la producción sistemática de una serie de nuevos conceptos, todos con orientación hacia el futuro. Como explica Fernández Sebastián, a diferencia de las nociones

³⁰⁵ Hartog, *Croire*, p. 229.

³⁰⁶ Habermas, *El proyecto filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1993, p. 17.

tradicionales que eran de carácter retrospectivo (conceptos de registro de experiencia), muchos de los nuevos conceptos usados por la Ilustración se orientan hacia el futuro, por lo que se entienden como conceptos que provocan o generan la búsqueda de nuevas experiencias, es el caso de los llamados *ismos*: patriotismo, republicanism, progresismo, democratismo, etc.³⁰⁷. La modernidad no solo trajo cambios geopolíticos, también desde el ámbito lingüístico-conceptual-temporal. Pensemos nada más en la llamada era de las revoluciones que transformaron los imaginarios políticos establecidos por siglos más allá del Atlántico con la carga de sentido nuevo que trajo la sola palabra “revolución”³⁰⁸.

La confianza del dominio de la naturaleza – asunto que hoy ha sido echado por tierra con la sola idea de una nueva edad geológica donde la acción humana por vez primera ha comenzado a cambiar, en su mayoría para mal, los millones de vínculos entre especies y hábitats del planeta: el *Antropoceno*³⁰⁹ –y la idea de sociedades moralmente más justas y equitativas estaban dentro del horizonte de expectativas de hombres y mujeres (una elite por cierto) que ponían su confianza en el conocimiento, la ciencia y el poder de sus acciones. Una verdadera utopía iluminista que comenzó a mostrar sus contradicciones en la degradación de la vida humana, y donde luego variados pensadores dieron cuenta de una preocupante realidad (Marx, Spengler, Ortega y Gasset, Montaldo, Benjamin)³¹⁰. El concepto fuerza era sin dudas el de progreso. Es el tiempo del historicismo. Es el futuro, en el régimen moderno de historicidad, el nudo de la historiografía moderna. Si antes las lecciones venían de los ejemplos que daba el pasado, ahora los entregaba el futuro³¹¹. Como argumenta Mudrovic, existió una estrecha relación entre historia,

³⁰⁷Javier Fernández Sebastián, “Historia, historiografía, historicidad. Conciencia histórica y cambio conceptual”, p. 48-49.

³⁰⁸ Guillermo Zermeño “Revolución: entre el tiempo histórico y tiempo mítico”, p. 66 y siguientes.

³⁰⁹Desde una mirada historiográfica ver D. Chakrabarty “The Climate of History: Four Theses”.

³¹⁰ David Wallace, *El modernismo arruinado. Ensayos sobre literatura hispanoamericana en el (bi) centenario de la modernidad*, p. 21.

³¹¹ Hartog, *Régimes d’historicité...*107-117.

política y tiempo. Relación que vista en perspectiva, condujo las condiciones de posibilidad (epistemología) de la nueva ciencia histórica³¹².

El concepto modernidad esconde el problema de la experiencia, y con ello, del tiempo. Como explica Guillermo Zermeño, la noción de modernidad se relaciona con la experiencia en la medida que trata de una categoría histórico cualitativa y no solamente cronológica. La configuración de nuevos espacios de experiencia fundados en la proyección de futuros deseables asume también un problema temporal. Un sentido del tiempo desde la idea de la aceleración que se independizó de la concepción del tiempo escatológico desde el cristianismo, y que debe ser comprendido como fenómeno global desde metrópolis hasta provincias imperiales³¹³. Como problema global, en línea con el uso heurístico de los regímenes de historicidad que pide Hartog, y que en nada imposibilita su uso fuera de Europa, toda vez que los cambios sociales que se viven en América guardan directa relación con esta apertura de futuro.

Desde la sociología, Bauman es enfático en señalar en su clásica tesis sobre nuestra modernidad “líquida”, que la idea de progreso debe ser asociada a la confianza que comenzó a generarse en los individuos a partir de la fuerza del trabajo:

La confianza en uno mismo propia de la modernidad le dio a la eterna curiosidad humana acerca del futuro un cariz totalmente nuevo (...) El futuro era visto como un producto más de una sociedad de productores: algo que debía ser pensado meticulosamente, diseñado, y cuyo proceso de producción debía ser seguido al detalle. El futuro era una creación del trabajo, y el trabajo era fuente de toda creación³¹⁴.

Ese control del presente es el que se observa en la historia del capitalismo y del crecimiento económico triunfante desde mediados del siglo XIX, fenómeno que no

³¹² María Inés Mudrovcic “La Nación, el Tiempo Histórico y la Modernidad: la historia como síntoma”, *Revista de la Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades*, 17, 2012, pp. 25-38.

³¹³ Guillermo Zermeño, “Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850”, en Javier Fernández Sebastián (Dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, tomo I, Madrid, CEPC, 2009, pp. 551.

³¹⁴ Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, p. 140.

ha dejado de reconfigurar sus modalidades, hoy con muchas más dudas, pero igual de pujante. Una buena lectura de Bauman podrá dar cuenta de que esa confianza guarda directa relación con una conciencia temporal, que nuestro autor señala bajo dos parámetros precisos: los sujetos hacen que las cosas sucedan (allí la confianza) y que “el tiempo está de nuestra parte”³¹⁵. La modernidad se alza como una estructura histórica diferente de su propio pasado precisamente en esa confianza en el tiempo, allí la pertinencia de que se presente – desde Hartog – como un régimen de historicidad como tal.

Desde la filosofía, quizás haya sido Nietzsche el primero en prender las alertas al historicismo decimonónico cuando publicaba sus *Consideraciones intempestivas*. Es precisamente el no-valor en una historia superflua vista como “artículo de lujo” que no ayuda en la conformación de una vida plena. Lo que el filósofo criticó de la sociedad que observaba era que el hombre se fue convirtiendo en una suerte de gran libro del saber, pero al que le faltaba sentido, un verdadero “manual de formación interior para bárbaros exteriores”³¹⁶. Algo parecido había hecho Hegel varios años antes al establecer en 1806 el “fin del arte”, aduciendo que las sociedades burguesas mutaron el valor del arte hacia un producto de consumo, arruinado su originalidad desde tiempos remotos. El valor cultural era arrebatado por su valor mercantil. Sabemos con Karl Löwith que la teleología de la historia decimonónica derivó de la escatología cristiana: “Por consecuencia de la conciencia cristiana, nosotros poseemos una conciencia histórica, tan cristiana por derivación como no cristiana como consecuencia”³¹⁷.

Son los años en que la historiografía se alza como ciencia social a la par de las ciencias de la naturaleza. Desde la confianza del historicismo decimonónico en mostrarnos el pasado “como fue” al estilo de Ranke – con el cual hay que ser justos al expresar sus distancia de Hegel y su idea de la historia como progreso

³¹⁵ *Ibid*, p. 141.

³¹⁶ Friedrich Nietzsche, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II intempestiva)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1990, p. 70

³¹⁷ Rodrigo Díaz, *El historicismo idealista: Hegel y Collingwood. Ensayo en torno al significado del discurso histórico*, México, UNAM, 2010, p. 50-51.

del espíritu, no así de la idea de Historia Universal³¹⁸ –, pasando por la fuerza de la Historia Universal y de las Civilizaciones (aspirada por las filosofías de la historia teleológicas) y los vaivenes de la historia social y económica francesa e inglesa; se dio paso, por allá y por acá, al resquebrajamiento de la idea de totalidad practicada desde la sociología de Durkheim. En palabras de François Hartog, el régimen moderno de historicidad – el cual en su esencia es futurista – conforme llegó el siglo XX se fue “deshilachando”, y con ello, se fue “desmigajando” (a decir de François Dosse) la misma historiografía en una suerte de desconfianza ante la comprensión del devenir. La historia no está para enseñar nada, dicen muchos historiadores. Al respecto expresa Hartog:

Esta deshiladura de su evidencia, hasta hace poco indiscutida, es el objeto de estas páginas. La historia, la del régimen moderno de historicidad, con una gran H o con una pequeña h, tenía fe en el progreso, se encaminaba hacia el futuro y volvía a enviar con seguridad el pasado al pasado. No podía más que pasar. Esto ha acabado, nos hemos encontrado frente a frente con la memoria y únicamente con el presente³¹⁹.

La confianza en el progreso que la historiografía moderna estableció desde el valor científico de las representaciones del “pasado histórico” comenzó, sobre todo desde mitad del siglo XX, a vivir tiempos de incertidumbre. Comienza a producirse la paradoja del progresivo aumento de estudios históricos en miles de escuelas repartidas por todo el mundo, de la mano de una desconfianza ante la voz del historiador para ayudarnos a comprender el mundo que nos rodea. Es lo que Armitage y Guldi vislumbran en la caída del historiador en los medios de comunicación a manos del alza del economista como verdadero agente de explicación del mundo en radio y televisión³²⁰. Marcelo Carmagnani apunta en esta dirección al establecer que bajo el influjo de la actual globalización “la historia está ausente” en el debate público.

³¹⁸ Hartog, *Croire en l'histoire* p. 229.

³¹⁹ *Ibid.*, p. 72

³²⁰ Armitage y Guldi, *Manifiesto por la Historia*.

Es lo que Fernando Betancourt ha denominado una “pérdida de centralidad teórica” para la historiografía del siglo XX, lo que trajo como consecuencia una diáspora de posibilidades metodológicas, y donde la HTP es quizás de las últimas invitadas a la mesa. El historicismo perdió legitimidad a tal punto que fue reemplazado casi a cabalidad por una serie de nuevas tendencias, donde la Historia Social fue sólo el comienzo del cambio³²¹.

El paso de una ciencia heterorreferencial a una que asume de forma reflexiva y sistemática sus propias condiciones de posibilidad de conocimiento (matriz disciplinar en Jörn Rüsen), ha mostrado ese paso de la ciencia del pasado a la ciencia del presente, visto no como un mero romanticismo, sino como los fundamentos últimos de una disciplina hermenéutica que asume sus operaciones de observación en un *entre dos*, al modo que Michel de Certeau lo entendió cuando no muchos lo escucharon: como una producción del saber situada en un presente que determina operaciones hacia un pasado de otros: “la operación histórica se refiere a la combinación de un lugar social, de prácticas científicas y de una escritura”³²². Lo explicó también al exponer que ambos se avocan sobre el espacio de la memoria:

El espacio que organiza (refiriéndose al análisis historiográfico) es a la vez dividido y jerarquizado. Incluye “lo mismo” (el presente de una práctica) y “lo otro” (un pasado estudiado). Esta frontera atraviesa, por un lado, la práctica, donde el aparato de la investigación se distingue del material tratado y, por otro lado, la puesta en escena escriturística, donde el discurso del saber interpretativo domina el pasado representado, citado, citado, sabido³²³.

Walter Benjamin es el intelectual más idóneo para ejemplificar este proceso desde la confianza en la idea de progreso, y con ello, con la historicidad propiamente moderna que comienza una crisis con la llegada de la segunda mitad del siglo XX. Conocida y más que comentada ha sido, y con razón, su desilusión

³²¹Fernando Betancourt “La fundamentación del saber histórico en el siglo XX: investigación social, metodología y racionalidad operativa”, p. 92-93.

³²² Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 68. Sólo el primer entre paréntesis es nuestro.

³²³ De Certeau, *Historia y Psicoanálisis*, p. 24.

del progreso humano desde la figura del Ángel de la Historia. Nada podríamos sumar a lo ya dicho por intelectuales como Michael Lowy, Ricoeur, Reyes Mate y el mismo Hartog, quien le dedica, este último, algunas líneas en su libro *Croire en l'histoire*. Sólo recalcar con Lowy, que la serie de argumentos desarrollados en la obra *Sobre el concepto de la historia* (1947), constituye una de las críticas más radicales y contundentes a la concepción del tiempo histórico mecánico, entendido desde una homogeneidad³²⁴.

La modernidad “sólida” evocada por Zygmunt Bauman, apunta al centro del asunto: la modernidad clásica (sólida), la constructora de ese “pasado histórico” desde el siglo XVIII y el XIX, canceló el tiempo como condición de posibilidad

En cierto sentido, los sólidos cancelan el tiempo; para los líquidos, por el contrario, lo que importa es el tiempo. En la descripción de los sólidos, es posible ignorar completamente el tiempo; en la descripción de los fluidos, se cometería un error grave si el tiempo se dejara de lado³²⁵.

Bauman desliza el cambio del sentido del tiempo en la época contemporánea. Producto de los vaivenes del devenir (crisis de la idea de futuro, globalización económica y de la información, pérdida de confianza en el progreso, etc.), esa modernidad sólida sufrió un proceso de transformación y diferenciación que trajo como resultado la posibilidad heurística de establecer patrones sociales en dirección de establecer el denominado *presentismo*. Dos son las razones que esgrime el sociólogo polaco ante la debilidad de una confianza en el progreso actual: la ausencia de un *agente* “capaz de mover el mundo hacia adelante”, donde el debilitamiento del Estado moderno lo evidencia; y la poca claridad de “qué es lo que se agente – cualquiera que sea – debería hacer para mejorar la situación del mundo en el supuesto caso de que tenga el poder para hacerlo”. El resultado de este fenómeno es el siguiente, nos dice Bauman: “si la idea de progreso en su forma actual nos resulta tan poco familiar que uno se pregunta si

³²⁴ Michael Löwy, “Temps messianique et Historicité chez Walter Benjamin”, *Vingtième Siècle, revue d'histoire*, N° 117, 2013 p. 112.

³²⁵ Bauman, *Modernidad líquida*, p. 8.

aún está entre nosotros, es porque el progreso, como tantos otros parámetros de la vida moderna, ha sido “individualizado, *desregulado y privatizado*”. Esta nueva experiencia histórica, arguye Bauman, ha sido captada por la ciencia, la cual ha desembocado en una serie de indeterminismos alejados de la vieja idea de que “Dios no juega a los dados”. El caos y la catástrofe son ahora parte de las condiciones de posibilidad de la naturaleza y la acción social³²⁶. Dejemos por ahora la idea de catástrofe, pero retengámosla para cuando llegemos al uso que hace uno de los referentes de la HTP hoy, nos referimos a Henry Rousso y sus tesis acerca de la proliferación en el mundo de la historización del presente.

Es en clave temporal desde donde debemos entender el paso de ese “pasado histórico” a lo que nos aqueja: la contemporaneidad de lo no contemporáneo (aquellos “pasados que no pasan” a decir de Henry Rousso), lugar éste último, donde se origina, a nuestro entender, la HTP. Nos detendremos en ello en el apartado siguiente. Lo que interesa adelantar es que la historiografía propiamente moderna enviaba el pasado estudiado al mismo pasado, pues se posicionaba desde un quiebre temporal o distancia temporal infranqueable. La HTP hace otra cosa, se posiciona desde una historicidad mutua entre pasado y presente, entre observador y objeto de estudio. Estos últimos se tocan, se mezclan irremediabilmente sin que por esto pierda estatus de ciencia. Es por esta razón que la teoría de la historia puede dar cuenta de la historicidad propia de esta manera de escribir la historia, toda vez que el historiador del tiempo presente no deja de ser un sujeto histórico. Es su propia condición histórica, como se verá, aquello que le permite escuchar la voz del testigo y hacer un trabajo de memoria desde su propia operación historiográfica.

2. Presentismo

³²⁶ *Ibid*, p. 142-144. Las comillas y cursivas son del autor.

Entonces: ¿pueden los cambios producidos en la manera en que los historiadores escrutan el pasado responder a la relación que tienen éstos con el tiempo? En otras palabras, ¿es escrita la historia en relación al orden de historicidad en que los historiadores miran el pasado? Al respecto, desde la publicación entre 1983-1985 de los tres tomos de *Tiempo y narración* de Paul Ricoeur, los historiadores no podemos objetar carencia en la reflexión acerca del tiempo, en eso hemos concentrado esfuerzos la primera parte de esta investigación. Si en algo podemos acceder al tiempo, es en la narración, lo que en palabras simples significa pensar el cómo nos contamos historias. Si a esto sumamos que es la narración historiadora genera, junto con otros discursos, ese tercer tiempo –el tiempo histórico – en base al pacto de verdad entre lector e historiador, podemos ahora sumergirnos en la forma en que sujeto historiador y estructura temporal (régimenes de historicidad) orientan ciertas escrituras de la historia. Sigue ahora rastrear la relación que los sujetos hacen con el tiempo, en especial nuestro sujeto historiador del tiempo presente. Sujeto *afectado por el pasado*, provisto de una condición histórica que le permite a la teoría de la historia dar cuenta de su operación historiográfica en fondo y forma.

Llegados a este punto, hemos dicho también, que intentaremos establecer la relación entre escritura de la historia del tiempo presente y régimen de historicidad presentista de la mano de quien ya ha establecido ciertos parámetros para su elucubración, la filósofa María Inés Mudrovcic, quien ha desarrollado argumentos para sostener que la historización del pasado reciente – tal y como ha venido sosteniéndose hace al menos treinta años – se entiende desde cierto reflejo entre interpretación del tiempo y escritura de la historia, asunto que también ha sido desarrollado por el mismo Hartog³²⁷, lo que da cuenta de que es una problemática

³²⁷ María Inés Mudrovcic, “Cuando la historia se encuentra con el presente o lo que queda del pasado histórico”, en María Inés Mudrovcic y Nora Rabotnikof, *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria*, México, UNAM/Silgo XXI, 2013, pp. 66-87. Cabe notar que en el libro escribe el mismo Hartog en un ejercicio de puesta a prueba de su hipótesis: “El régimen moderno de historicidad puesto a prueba con las dos guerras mundiales” María Inés Mudrovcic y Nora Rabotnikof *En busca del pasado perdido*...51-65. De la misma autora –siguiendo con la tesis arriba citada – ver “Régimenes de historicidad y régimenes historiográficos: del pasado histórico al

que recién está tejiendo sus primeras propuestas. Si bien es cierto que nos sumamos a la tesis de que el régimen de historicidad dominante se convierte en el receptáculo de un determinado “régimen historiográfico” (en particular el presentismo como paraguas de la HTP), plantearemos nuestros reparos a la hora de cierta tendencia a un planteamiento causa-efecto según nuestra lectura de Mudrovic. Así también, esta tesis espera poder complejizar la idea de presentismo en Hartog desde una mirada complementarias y una crítica necesaria.

Entonces, ¿qué es el presentismo y cuál es su relación con la HTP? Hemos visto que son tres los regímenes desde la antigüedad hasta el siglo XXI y tres las relaciones de éstos con el pasado: régimen antiguo de historicidad, donde la historia es entendida como *magistra vitae* (pasadista, tiempo cíclico); régimen moderno de historicidad, desde el siglo XVIII hasta mediados del XX caracterizado por la relación del pasado como herramienta de triunfo en el futuro (futurista); y el presentismo, desde finales del siglo XX (1989 como año símbolo), relación social del tiempo marcado por una sobre aceleración de la vida y una relación del pasado (desde la memoria social) y el futuro desde presente. Un presente omnipresente, por eso su nombre. La gran característica de este régimen de historicidad expresado en la escritura de la historia es que coincide con el llamado “boom de la memoria”³²⁸, lugar intelectual donde el “pasado histórico” deja de estar separado del presente para sumergirse en la contemporaneidad del sujeto observador, siendo él, muchas de las veces, partícipe directo o indirecto del problema histórico en cuestión.

Hartog se preguntaba hace unos diez años qué lugar ocupa hoy el historiador entre esta obsesión por la memoria (y la historia) dentro de un marco mayor de crisis del tiempo. El historiador francés mostraba cómo ciertos historiadores iconos de la disciplina parecen no reflejar los nuevos tiempos. Sin culpa, ellos

pasado presente”, *Historiografías, revista de historia y teoría*, 5, 2013, pp. 11-31. También Hartog se sumerge en esta posibilidad en su libro acerca del tiempo y la historia: Hartog, *Croire en l'histoire*.

³²⁸ Winter, “The generation of memory”.

responderían a otros regímenes de historicidad: Michelet, historiador como profeta del pasado; Monod, como historiador como pontífice y maestro; Fustel de Coulanges, como el historiador que sumó esfuerzos por olvidar su presente; y Marc Boch, como el historiador “cuidadoso” de moverse del pasado al presente y del presente al pasado³²⁹. Sin entrar en la problemática de la historia reciente en su *Apología*, Bloch, lo sabemos, vivía en carne propia el peso de la historia, sufriendo en carne viva lo que otros luego iban a intentar explicar. El nuevo régimen de historicidad, dubitativo frente al futuro a diferencia del régimen moderno, se encuentra con respecto al pasado en una disyuntiva: no logra salir de ciertos pasados recientes que vuelven una y otra vez al espacio público desde la memoria colectiva, en palabras de Hartog:

La Memoria es esa palabra maestra que permite decir más: ella es un derecho, un deber, un arma. Duelo, *trauma*, *catarsis*, trabajo de memoria y piedad le hacen compañía (...) Ella es claramente una alternativa a una historia que ha fallado, que ha muerto: una historia de vencedores y no de víctimas, de olvidados, de dominados, de minorías y de colonizados. Una historia encerrada en la nación (...) Participa además de una configuración más vasta al lado de Patrimonio, Conmemoración e Identidad. Estas otras palabras maestras, tan diferentes ya sea por sus historias, sus registros y sus usos anteriores, se conectan unas a las otras y hacen de ahí en adelante un sistema. Tienen por rasgo común partir de un malestar del presente y traducir, bien que mal, nuevas relaciones temporales. Eso que he llamado (a título de hipótesis) *presentismo*, es ese momento de un presente omnipresente, marcado por la clausura del futuro y por un pasado que no pasa³³⁰

Eso que Hartog denomina “las palabras del presente” – memoria, patrimonio, identidad, testigo y otras – tienen el rasgo común de dar cuenta de una nueva relación del discurso histórico con el tiempo. Todas ellas han generado una “avalancha de libros, artículos y dossiers, pero también un frenesí de declaraciones, decisiones y leyes”³³¹. La historización del tiempo presente – que no es un movimiento historiográfico que le concierne sólo a Francia o a Europa,

³²⁹ François Hartog, “Historia, memoria y crisis del tiempo”, *Historia y Grafía*, N° 33, 2009, p. 116.

³³⁰ *Ibid*, pp. 128-129. Las cursivas son del autor.

³³¹ Hartog, *Croire en l'histoire*, p. 50.

bien lo sabemos en el América Latina donde su producción ha ido escalonadamente en alza desde los años noventa – debe ser asumida por la teoría de la historia preocupada de la historicidad, como un elemento distinto del estudio del pasado histórico clásico, ese alejado del presente por la distancia temporal entre sujeto observador y problema de estudio.

Conceptualmente la idea de historia, configurada desde la antigüedad como *magistra vitae* (el pasado como pedagogía para el presente moral y político tal como explicó Koselleck), absorbida por la nueva historicidad moderna que se abre al futuro (primero lo hizo la tradición judeo-cristiana estableciendo una temporalidad lineal y teleológica) es ahora, hacia finales del siglo XX, puesta a prueba desde la óptica de la memoria, y con ella, desde la HTP³³². Allí radica su importancia para una teoría de la historia preocupada de la historicidad, tal como lo hemos expuesto en la primera parte de esta investigación.

Puesto a prueba, ahora bajo las formas de escritura de la historia, los regímenes de historicidad proyectados en “regímenes historiográficos”³³³, podrían entregarnos luces acerca de cómo los historiadores llevan a cabo la operación historiográfica desde la misma comprensión de lo que entienden por el concepto de *historia*, no sólo para dar cuenta de ello, sino en vías de su comprensión, entendiendo que el trabajo historiador es también parte de un entramado social que exige ser evaluado históricamente. Como lo ha propuesto María Inés Mudrovic, las distintas modalidades temporales deberían –sin tener una correlación mecánica – un lazo común entre experiencias del tiempo y escritura de la historia³³⁴.

Tomado de Koselleck las nociones de “campo de experiencia” (el pasado en el presente) y “horizonte de expectativas” (el futuro en el presente), el nuevo

³³² Esta investigación se posiciona desde la relación régimen de historicidad presentista y escritura de la historia del tiempo presente en la historiografía, pero está al tanto de que los llamados “estudios culturales” sobrepasan la disciplina histórica. Éstos, son un ejemplo más de lo amplio y complejo que es el estudio de la memoria social.

³³³ Mudrovic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”.

³³⁴ *Ibid.*, p. 12.

régimen de historicidad denominado presentismo se caracteriza por una especie de fusión entre estas dos ideas metahistóricas. Si desde el siglo XIX las sociedades comprendían su historicidad entre experiencia y horizonte como fenómenos complementados (y separados), en el presentismo el horizonte de expectativas entra en una especie de nebulosa. Se quiebra lo que antes se complementaba. Esta idea está ligada a fenómenos globales de gran importancia, como lo son la globalización de la economía neoliberal (con sus respectivas crisis económicas mundiales), el debilitamiento del Estado, la creciente inseguridad de la vida material, etc. Si la confianza en el futuro estaba supeditada en la primera modernidad en el Estado y el crecimiento económico, hoy el mundo vive una relación con el futuro algo distinta.

La idea de “crisis del futuro” evocada por Krzysztof Pomian en 1989 tiene todavía vigencia³³⁵. Como acertadamente expone Mudrovic: “Carecemos de la confianza en el progreso, *topoi* común de la época moderna. Se pasó de una promesa de progreso y una creencia en futuros promisorios a un mundo caracterizado por la precariedad y la inseguridad. Tenemos un déficit de futuro”³³⁶. A este respecto, Manuel Cruz aduce con respecto a las múltiples movilizaciones sociales en contra de las políticas de Estados que parecen no poder contrarrestar el malestar social: “han sido despojadas de todo futuro y las únicas opciones que les quedan es impugnar el presente, agrietar la asfixiante realidad”³³⁷.

Este mundo presentista, en el cual el presente se ha transformado en la categoría fuerza, presenta una posibilidad de autorreflexión disciplinar, sobre todo si hacemos caso de lo que significa vivir bajo una historicidad como ella:

vivimos inmersos en acontecimientos que vienen unos tras otros pero que no tienen relación entre ellos, y lo único que se puede hacer es actuar rápido, reaccionar. Detrás de ello está la certeza de que hemos entrado en una era de catástrofes (...) Y lo único que esperamos de los políticos es la rapidez de su reacción, no sus

³³⁵ Krzysztof Pomian, “La crise de l’avenir”, *Le Débat*: 7, 1989, pp. 5-17.

³³⁶ María Inés Mudrovic, “Crisis del futuro: política y tiempo” *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 4, 2015, pp.100.

³³⁷ Manuel Cruz, *Adiós historia adiós: el abandono del pasado en el mundo actual*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2012, p. 235

propuestas ni capacidad de hacer. De modo que cuando acaba la catástrofe, esperamos de inmediato la catástrofe que vendrá. Así se vive el tiempo en un régimen de historicidad presentista³³⁸.

Como argumentan una serie de intelectuales, vivimos en tiempos en que el presente – por el efecto social de la relación que tienen las sociedades entre el pasado y futuro: la *historicidad* – parece expandirse mirando hacia el pasado de la memoria y temiendo al futuro. Este nuevo régimen de historicidad viene a ser una herramienta heurística para la comprensión de nuestras sociedades y por ende de cómo los historiadores de hoy escriben y miran hacia el pasado: por tanto, una herramienta útil de autorreflexión disciplinar.

La sociología también orienta este posicionamiento de las diferencias temporales entre la primera modernidad y la segunda, ésta última, lugar que abriga el presentismo. Anthony Giddens explica que la gran diferencia entre la primera y segunda modernidad está supeditada por el dinamismo y la globalización, este último punto de suma importancia para lo que plantearemos al final este apartado: una condición histórica presentista tributaria de la globalización actual. El dinamismo que esgrime Giddens, explica Martuccelli, está vinculado a tres grandes procesos:

- a) La separación y la recombinación del espacio y del tiempo: en las sociedades tradicionales ambos registros estaban arraigados desde lo local; a diferencia de la modernidad tardía donde espacio y tiempo están desarticulados.
- b) La deslocalización de las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción, tales como eran las relaciones de parentesco adscritas a identidades locales arraigadas en la tradición.
- c) Y el saber generado sobre el mundo social y la reflexividad que ello implica, tiene como resultado la “rapidez del cambio”³³⁹.

³³⁸ Pablo Aravena Núñez, “François Hartog: la historia en un tiempo catastrófico” (entrevista), *Cuadernos de Historia*, 41, 2014, p. 230.

³³⁹ Danilo Martuccelli, *Sociologías de la modernidad. Itinerario del siglo XX*, Santiago, LOM, 2013, pp. 438-439.

Desde la sociología crítica de Harmut Rosa, los historiadores tenemos a mano una serie de herramientas para pensar la modernidad como el fundamento de esta idea de aceleración. Rosa distingue tres grandes fenómenos de aceleración: tecnológica, del cambio social y de los ritmos de vida. La primera da cuenta de la velocidad dirigida a un objeto, tales como el transporte, la comunicación y la producción. Todos ellos tienden a problematizar el espacio geográfico (los “no lugares” de Marc Augé es uno de los ejemplos que emplea). El cambio social es también acelerado, según Rosa, corresponde a un nivel más estructural de la aceleración que se observa en la producción y reproducción de las instituciones como la familia, el Estado y las organizaciones que dan empleo, entre otras, donde todas ellas tienden al cambio de una manera más rápida, ya que sus lógicas tradicionales tienden a no permanecer (como el puesto de trabajo para toda la vida). Por último, la aceleración de la vida, es explicada por Rosa desde una valoración subjetiva y objetiva de la experiencia. A diferencia de la tecnológica, que se orienta a objetos o servicios (mercancías bajo la antropología de Appadurai), esta mirada asume una mayor cantidad de experiencias por secuencia temporal, lo que lleva a las personas a creer, entre otras cosas, que tienen menos tiempo para realizar sus actividades³⁴⁰.

La importancia para esta investigación de este aporte desde la sociología crítica alemana, apunta a la orientación del tiempo histórico que hacemos en esta segunda modernidad tardía, eso que Rosa denomina un “presente suspendido” ligado ahora a la idea de posthistoria, porque la aceleración del tiempo contemporáneo (últimos treinta a cuarenta años) ha hecho del pasado y el futuro dos fenómenos extraños:

Esta experiencia de crisis cultural en la percepción de la historia está vinculada a la desaparición concomitante de un pasado hecho referencia y de un futuro de referencia. Sin ellos, no podemos

³⁴⁰ Harmut Rosa, *Social Acceleration. A New Theory of Modernity*. New York. Columbia University, 2013, pp. 71-70.

verdaderamente caracterizar nuestro presente, de tal suerte que la posthistoria constata “no el fin del mundo, pero el fin del sentido”³⁴¹ La sobre aceleración de nuestra contemporaneidad hace del presentismo un marco de historicidad que rompe con la búsqueda del sentido propio de otros tiempos históricos. Como veremos al finalizar, la HTP como parte integrante de esta temporalidad escapa a la vez de esta lógica.

Tanto la recombinación del espacio/tiempo como la deslocalización que genera la globalización en las relaciones humanas cada vez más aceleradas, explicadas en Giddens, se expresan en la creciente individualización de las sociedades tardomodernas. Bauman, lector de Giddens, expresa una consecuencia peligrosa de este proceso:

la desaparición de la política tal y como la conocemos – la Política con mayúsculas, la actividad encargada de traducir los problemas privados en temas públicos (y viceversa) –. En la actualidad, el esfuerzo que implica esa traducción ha empezado a disiparse. Los problemas privados no se convierten en temas públicos (...). La pregunta tradicional de la política democrática (...) ha caído por la borda, llevándose con ella el interés público por la buena sociedad, la justicia pública o la responsabilidad colectiva por el bienestar individual³⁴².

La socióloga italiana Carmen Leccardi apunta en la misma dirección cuando establece una relación directa entre la aceleración el tiempo y crisis de la política: “La centralidad de la velocidad en la vida social contemporánea, en un contexto caracterizado por un fuerte énfasis en el aquí y ahora, se refleja en el mundo de la política de acuerdo con diferentes modalidades”³⁴³. Ese énfasis en el “aquí y ahora” es el presentismo desarrollado por Hartog, y en modo similar por

³⁴¹ Hartmut Rosa, “Mouvement historique et histoire suspendue. Le rapport du changement social et de l’expérience de l’histoire”, *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, N° 117, 2013, pp. 99-100. Para una reflexión holística acerca de la historicidad del siglo XX, este número de la prestigiosa revista francesa resulta de gran utilidad. Mayor aun para esta investigación, donde la mayoría de los se apoyan en las tesis de Koselleck y Hartog. Es más, Hartog es quien expone un cierre del número con sus “conclusiones”.

³⁴² Bauman, *Modernidad líquida*, p. 76. El desarrollo del problema de la individualidad en nuestras sociedades globales en pp. 59-97.

³⁴³ Carmen Leccardi, “Accélération du temps, crise du futur, crise de la politique”, *Temporalités*, N° 13, 2011 URL : <http://journals.openedition.org/temporalites/1506> (consultado el 4 de julio del 2018)

Gumbrecht. La idea que cruza estas miradas sociológicas a las que hemos acudido de manera superficial, es a que una de las características más notables de nuestros tiempos (segunda modernidad altamente globalizada) es un presente que absorbe tanto el pasado como el futuro: un presente acelerado.

En este contexto, no es coincidencia que Eric Hobsbawm, cuando quiso explicar sintéticamente el mundo actual, lo hiciera en base a tres características, todas ellas movidas por la idea de aceleración:

- a) La enorme fuerza y ritmo acelerado de nuestra capacidad de producción que puede cambiar la faz del planeta, proceso que continúa y continuará.
- b) La globalización acelerada por la revolución de los transportes y las comunicaciones.
- c) El cambio reciente, pero acelerado, en la distribución de la riqueza, el poder y la cultura respecto de la pauta establecida en el período 1750-1970, aunque la nueva pauta aún permanece indeterminada³⁴⁴.

El historiador contemporáneo se mueve dentro de este marco social donde la interpretación del tiempo, la historicidad, se juega desde y para el presente. Su trabajo, ya lo hemos dicho, es propio de su tiempo. Es en este contenido donde se presenta la HTP, y donde esta investigación quiere dar cuenta de su singularidad desde la teoría de la historia.

Ahora bien, la idea de los regímenes de historicidad viene a dar cuenta, para la explicación histórica, de la temporalidad como posibilidad necesaria para dar cuenta del cambio social. Hartog toma de tres autores ideas-fuerza que sustentan su tesis, bien viene explicitarlas:

a) De Koselleck toma los conceptos meta-históricos de *campo de experiencia* y *horizonte de expectativas* (horizonte de espera según la traducción), en el autor alemán no sólo encuentra una teoría de la temporalidad, también una revisión a la importancia del lenguaje como campo central de depósito y configuración de la

³⁴⁴ Eric Hobsbawm, "Después del siglo XX: un mundo en transición", en Ricardo Lagos (comp.) *América Latina: ¿Integración o Fragmentación?*, Buenos Aires, Edhasa, 2008, pp. 29-47.

experiencia. En la configuración de la experiencia y la expectativa, Hartog encuentra el hilo que va tejiendo las distintas experiencias del tiempo o los regímenes de historicidad.

b) En el antropólogo norteamericano M. Sahlins, Hartog ve una salida de escape al estructuralismo ahistórico que no detiene en el sujeto de la acción social y menos en la historicidad (estructuralismo etnológico). Sahlins, al estudiar la cultura maorí, propuso un doble juego que denominó la “estructura de la coyuntura” en base a los distintos niveles de las lógicas temporales desde la práctica y la estructura. Una suerte de antropología histórica³⁴⁵ (“un estructuralismo revisitado a la luz de los aportes de la pragmática del lenguaje, con el objetivo de alcanzar el éxito final de la bodas de la historia y del método estructural”³⁴⁶); importa sobre todo la propuesta del antropólogo de indagar en las categorías culturales desde los agentes sociales y no solamente en la estructura

c) Por último, en Paul Ricoeur, Hartog tiene la llave para salir de las aporías del tiempo y más especialmente reconvertir la problemática temporal de los últimos años en un problema de la memoria, y con ello de la historicidad contemporánea de fines del XX.

El autor viene de publicar un tercer libro titulado *Croire en l'histoire* (Crear en la Historia³⁴⁷). Cabe señalar algunos asuntos atinentes a nuestro trabajo. Hartog es enfático: “Con el final del siglo XX, la historia parece haber pasado de la omnipotencia a la impotencia”³⁴⁸. La cita enmarca una idea que recorre todo el andamiaje del texto: la historia, esa idea moderna que Koselleck denominó como singular colectivo, la *Historia* (que apareciera en el siglo XVIII y que fuera el motor entre pasado y futuro), parece fundirse en la incertidumbre: la historicidad de hoy

³⁴⁵ Marshall Sahlins, *Islas de la historia. La muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1988.

³⁴⁶ Hartog, *Régimes d'historicité*, 44.

³⁴⁷ Existe traducción al castellano por Ediciones Universidad Finis Terrae, Chile (2014).

³⁴⁸ Hartog *Croire en l'histoire*, p. 29. Cabe destacar para los objetivos de nuestro trabajo el detenimiento que hace Hartog en este libro de la filosofía en Ricoeur, en especial los aportes a la disciplina historiográfica en *Tiempo y narración* y *La memoria, la historia, el olvido*, todo, bajo el alero de la idea de que la historia tiene, evocando a Ricoeur, una “inquietante extrañeza”. Ver pp. 123-150.

está lejos de esa Historia *magistra vitae* propia del régimen antiguo de historicidad (lejos también de su hermana cristiana *magistra vitae aeternae*) o de la idea de progreso ligada al régimen moderno de historicidad. Dicho fenómeno tiene respuestas, entre ellas destacamos el ascenso de la *memoria* y con ella, la recuperación del testimonio y el acontecimiento en la configuración de la operación historiográfica.

Ha cambiado el sentido del tiempo. Esa es la sentencia que establece Beatriz Sarlo en su ensayo sobre el cambio cultural contemporáneo. Para la escritora argentina, la velocidad define el cambio cultural desde los años ochenta en una serie de fenómenos que han mutado también el sentido de la memoria³⁴⁹. Si hay un rasgo característico de nuestra forma de comprender el tiempo desde la última parte del siglo XX es precisamente una nueva relación con el pasado, por ende, con las formas de comprender el tiempo histórico. A juicio de una serie de intelectuales contemporáneos, preocupados por comprender sus propios presentes, el problema de la memoria y su configuración en las tramas del pasado corresponde a un eje ineludible del fenómeno. Aceptando tal asunto, se hace evidente que la HTP se nos presenta como el conector principal entre memoria e historiografía, donde el presentismo como herramienta heurística cobra vitalidad.

En un ensayo premiado con la distinción internacional Ensayo Jovellanos 2012, el filósofo catalán Manuel Cruz examina este fenómeno que entiende para el mundo actual, preguntándose: “¿Acaso no constituye uno de los rasgos más característicos del hombre contemporáneo el sentirse, en todos los aspectos de su vida, extremadamente vulnerable ante la incertidumbre? Para Cruz, la historia ya no ilumina nuestro presente y por ende no orienta el futuro³⁵⁰. Hace eco de la clausura del futuro esgrimida por Hartog de manera directa, dando por válida la tesis del presentismo, y asociando las vueltas al pasado tan típicos de las sociedades adictas a la memoria como maneras de entender un presente

³⁴⁹ Beatriz Sarlo, *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, p. 95.

³⁵⁰ Cruz, *Adiós, historia, adiós*, p. 9-12.

“incomprensible, una realidad inconcebible, un mundo naturalizado, (que) solo acepta viajar al pasado de *visita*”³⁵¹.

¿Dónde se ha ido el futuro? es la pregunta que, bajo esta lógica, se ha hecho Marc Augé (llama la atención que siendo francés no ocupe referencias a Hartog). El antropólogo francés asume el aceleramiento del devenir en una ideología del presente en directa relación con las sociedades de consumo. Ataca lo que llama “falsas ideologías del presente” apoyándose en Pierre Nora desde la imprevisibilidad del futuro que se muestra infinitamente abierto a posibilidades pero sin porvenir, volviendo al presente la única categoría para la comprensión³⁵². Lo llama cultura de la inmanencia.

Si el futuro se ha nublado, la memoria como fenómeno intelectual y social se ha fortalecido. Ya hemos hecho alusión al llamado *boom de la memoria*, acrisolado al amparo de la sociología de la memoria desde Bergson y Halbwachs desde la segunda mitad del siglo XX en adelante. Con Halbwachs sabemos que la memoria colectiva no opone una diferencia tajante con el pasado, y con Ricoeur, que la memoria (matriz del trabajo crítico de la Historia) responde a todas las personas gramaticales en una dialéctica entre memoria, historia y olvido. Importa resaltar que no acudíamos a la memoria, como historiadores, para establecer ese “pasado histórico” tan propio de la historiografía del siglo XIX.

La historicidad del siglo XX trajo consigo una vuelta al acontecimiento histórico³⁵³. La nueva valoración del acontecimiento desde trabajos como los de Nora en sus *Lugares de memoria* – lo cuales apuntan más a la simbolización de lo ocurrido que al hecho mismo, a la historización de la *rerum gestarum* –, la valoración de esos “pasados que no pasan” (Rousso), y propuestas como la memoria social entendida desde la metáfora de una “caja” que muchas veces abrimos pero otras tantas cerramos (Steve Stern), son indicios de una nueva relación con la temporalidad en las sociedades contemporáneas.

³⁵¹ *Ibid*, p. 240-241.

³⁵² Marc Augé, *¿Qué pasó con la confianza en el progreso?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 94.

³⁵³ François Dosse, “El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix”, *Historia y grafía*, N° 41, 2013, pp. 13-42.

Volviendo al problema del futuro, Lucian Hölscher muestra una mirada escéptica del uso del concepto en la actualidad, a diferencia de lo que demuestra para la primera modernidad. Su posición asume la historicidad del concepto, su sociabilización, no desde un sentido aritmético (horas, años, siglos). Argumenta que actualmente ponemos en tela de juicio el futuro, lo cual lo lleva a diferenciar su uso contemporáneo del que se le dio al comenzar los tiempos modernos, en base a tres puntos: el quiebre del “tiempo unitario” (que podemos relacionar con la idea de progreso), la puesta en duda de un horizonte que abraza un futuro abierto y la caída del dogma espacio-temporal³⁵⁴. Todas hipótesis vuelcan sobre nosotros el problema de un futuro distinto al heredado de la primera modernidad: una desconfianza del futuro.

En un plano social y global, el triunfo de las democracias liberales ha traído consigo el imperio del capital financiero, sin banderas ni Estados. La lógica del capital global ha reducido la fuerza de las Naciones, las mismas que otrora dieran vigor y sentido a la misma historiografía naciente del siglo XVIII. ¿Qué relación hay en la opacidad del futuro y el Estado como estructura política? Como ha desarrollado de manera sugerente María Inés Mudrovcic en un artículo reciente, el futuro abierto y prometedor propio de esa primera modernidad – en donde los Estados eran los hacedores de esa confianza en el porvenir – ha sido puesto en duda por el proceso de globalización, fenómeno que ha debilitado al Estado-Nación, a la vez que ha dado muestra de una ruptura entre un espacio de experiencias nacional y horizontes de expectativas globales³⁵⁵. Suma a la tesis de Mudrovcic, la todavía vigente crítica despiadada de Viviane Forrester hacia la deshumanización del sistema capitalista mundial, y en particular a esa debilidad de los Estado-Nación frente a las potencias privadas. Sin entrar en el fenómeno de la historicidad, Forrester desliza el problema:

Hoy se puede medir la amplitud de la expansión de las potencias privadas, debida en gran medida a las prodigiosas redes de comunicación, de transacciones instantáneas, a los factores de

³⁵⁴ Lucian Hölscher, *El descubrimiento del futuro*, Madrid, Siglo XXI, 2014, pp. 222-226.

³⁵⁵ María Inés Mudrovcic, “Crisis del Futuro: Política y Tiempo”, p. 101.

ubicuidad que derivan de ellos y que aquéllas supieron ser las primeras en explotar, aboliendo la distancia espacio-tiempo – ¡lo que nos tocó! – en beneficio propio³⁵⁶.

Para Hartog, ubicuidad e instantaneidad son las consignas de la globalización, y está última, para nosotros, la posibilidad de expresarla como una condición global. Desligada de las amarras del espacio y de tiempo (coincide en esto con Hölscher sin haber diálogo entre ambos) parece desplegarse un “presente permanente”³⁵⁷. Esa lógica del capital mundial primero, y nacional después, es la organizadora de toda economía, a decir de Bernard Aspe: “la economía es la invención propia del capitalismo, esa es la singularidad que lo define (...) la economía es una política en la medida en que su objeto es borrar la posibilidad misma de la política (...) en la medida que es capaz de monopolizar sin resto la forma de elección”³⁵⁸. Es la mirada de los hombres como consumidores, esa ideología del presente (Augé) que naturaliza los grupos humanos ahora como “recursos humanos”. Es lo que Frédéric Neyrat llama desde la filosofía un “imperativo de consumo”: “consume, consume todo lo que tú quieres, tu vida y tu ser, tus relaciones si quieres, elige tu mundo de consumición, pero no toques la propiedad privada”³⁵⁹. Bajo la lógica del consumo no parece haber ni pasado ni futuro.

La persistencia de la contemporaneidad de aquello que no es precisamente contemporáneo es prueba del cambio social bajo el alero intelectual. La memoria de las víctimas para un “nunca más” es parte de ese proceso propio de los últimos treinta años del siglo XX. No es coincidencia el alzamiento de lo contemporáneo en la historiografía, los hechos lo demuestran. Se fundan centros de investigación dedicados al presente, el más citado por lejos el Instituto de Historia del Tiempo Presente fundado en París en 1978³⁶⁰. Dos años después K. Pomian publica un

³⁵⁶ Viviane Forrester, *El horror económico*, p. 34.

³⁵⁷ Hartog, *Croire en l'histoire*, p. 271.

³⁵⁸ Valentina Buló, “Entre naturaleza y técnica: una cuestión de tacto”, *Revista de Filosofía*, N° 68, 2012, p. 59.

³⁵⁹ *Ibid.*

³⁶⁰ Puede el lector revisar la página del Instituto y verificar la gran cantidad de producción que tienen desde su fundación www.ihtp.cnrs.fr/

artículo bisagra: “La crise de l’avenir”. Comenzaba la argumentación de la *crisis de futuro*, hoy compartida por una serie de intelectuales en el mundo.

En 1980 Annales publicaba el dossier “Archives orales: une autre histoire?” asumiendo el debate disciplinario de lo contemporáneo bajo la huella de la oralidad como documento. El mismo año Jacques Le Goff escribía una monografía titulada “La mémoire” (que después en 1991 ocuparía un lugar en su libro *El orden de la memoria*); luego entre 1984 y 1992 Pierre Nora publicaba los tres tomos y siete volúmenes de *Les lieux de la mémoire* (no todos traducidos al español); en 1989 Peter Burke escribió “History as social memory”; y en 1987 Eric Hobsbawm reflexionaba ante la impronta de las fuentes orales: “cuanto los historiadores intentan estudiar un período del cual quedan testigos vivientes se enfrentan, y en el mejor de los casos se complementan, dos conceptos diferentes de la historia: el erudito y el existencial, los archivos y la memoria personal”³⁶¹.

Se reivindicaba el presente como una posibilidad más de investigación histórica. De este modo, la memoria se confundía con la disciplina que ostentaba el “pasado histórico”. Traverso explica el fenómeno como la entrada del siglo XX en la disciplina histórica,

Tomamos conciencia de que el siglo XX dejó el presente e ingresó en la historia (...) susceptible de ser pensado históricamente, como algo separado del presente, como algo que se puede historizar. Pero se trata de un pasado reciente, un pasado que muchos contemporáneos vivieron, cuyas huellas habitan las sociedades, las culturas y la memoria. Entonces un pasado vivido, con toda la subjetividad que eso implica, que interfiere permanentemente con este trabajo de historización³⁶².

³⁶¹ Eric Hobsbawm, *La era del Imperio (1875-1914)*, p. 8.

³⁶² Enzo Traverso, “Historiografía y memoria: interpretar el siglo XX”, p. 2. Otra respuesta al auge de la memoria, del mismo texto, la entrega Traverso invocando a Benjamin con sus conceptos de *experiencia transmitida* y *experiencia vivida*. Para la primera, propia de las sociedades tradicionales, la experiencia se va forjando y transmitiendo de generación en generación de manera espontánea, formando a la vez identidades de grupos y sociedades en larga duración; la segunda, propio de la modernidad, corresponde a una experiencia volátil, efímera y frágil, típica de las sociedades individualistas. Para Traverso la obsesión por la memoria sería explicada en la caída de la experiencia transmitida

Ahora bien, los últimos argumentos de Andreas Huyssen nos parecen convincentes. Asumiendo el problema de la modernidad vinculado al de la globalización y distanciándose de aquellos que piensan esta última como un estadio más del progreso humano, el autor plantea un escenario nuevo con respecto a la misma conciencia histórica: “el pasado se ha convertido en parte del presente, de una forma que simplemente no se podía imaginar en siglos anteriores”³⁶³. Esto lo lleva a plantear el problema de la memoria y la historia como algo fundamentalmente anclado en nuestra mirada del futuro:

Pero el interés principal de los Estado-Nación en el siglo XIX era movilizar y monumentalizar los pasados nacionales universales, para así legitimar y dar sentido al presente y vislumbrar el futuro cultural, política y socialmente. Este modelo ya no funciona. Cualquiera que pueda ser el contenido concreto de los muchos debates sobre la historia y la memoria, por debajo de ellos existe una alteración fundamental (...) de la propia historia y la misma idea de sus promesas. En el actual debate sobre la historia y la memoria está en juego no sólo un cambio de las ideas del pasado, sino una crisis esencial de lo que podamos imaginar sobre futuros alternativos³⁶⁴.

Esa alteración fundamental es un problema temporal (el mismo que aquejó a Nora en su empresa de los *Lugares de memoria*), pues al ser la conciencia histórica un problema de relaciones con el pasado, el presente y el futuro, establece la problemática memoria/historia una estructura temporal ineludible. Huyssen en eso es claro y no se confunde, lo expresa de manera clara:

nuestras obsesiones actuales por la memoria en el presente pueden ser perfectamente un indicio de que nuestra forma de pensar y vivir la propia temporalidad está experimentando un cambio importante (...) el aspecto más interesante del debate es que posiblemente presagie la necesidad urgente de un nuevo paradigma para la reflexión sobre el tiempo y el espacio, la historia y la geografía en el siglo XXI³⁶⁵.

Hartog también ha deslizado la necesidad de establecer un nuevo paradigma para la comprensión de las Ciencias Sociales, lo ha hecho hace poco, al alero de

³⁶³ Andreas Huyssen, *Modernismo después de la postmodernidad*, Barcelona, Gedisa, 2010, p. 13.

³⁶⁴ *Ibid*, p. 14.

³⁶⁵ *Ibid*, p. 16-17.

un dossier de la revista *Vingtième Siècle* dedicado al fenómeno de la historicidad del siglo XX publicado el año 2013. No está demás recalcar la importancia que tiene en el medio académico francés y europeo la revista en sí, por lo que el encargo de los responsables del número (Ludivine Bantigny y Quentin Deluermoz) para redactar las conclusiones del texto en las manos de Hartog nos parece relevante, sobre todo por destacar en el número nombres como Marc Abélès, Hartmut Rosa, François Dosse y Michael Löwy, entre otros. Llama nuestra atención lo que Hartog desliza después de agradecer y pasar revista de los textos publicados: “Me pregunto si el conflicto de las temporalidades podría devenir en un “lugar común” de preguntas para las ciencias sociales, un punto de encuentro, como lo pudo ser la larga duración, cuando Fernand Braudel llamara, en 1958, a la apertura de una marcha común de las ciencias sociales”³⁶⁶.

Por otro lado, y desde Inglaterra, ha sucedido digno de mención. El año 2014 la Universidad de Cambridge publicó en acceso abierto el libro *The History Manifesto* de los autores Jo Guldi y David Armitage, texto precedido por alabanzas intelectuales de Thomas Piketty, Daniel Woolf, Georg Iggers y Dipesh Chakrabarty. ¿Qué relación guarda esta publicación con lo que se ha planteado? Critican que la ciencia, la política y por extensión la historiografía contemporánea se sumerja en problemas de corto plazo, perdiendo el foco de los problemas más agudos que aquejan a las sociedades. Critican que no miran al futuro, que la historiografía ha perdido su antigua función social (entre tanto que abogan por la vuelta de la larga duración braudeliiana). El texto causó revuelo incluso en *Annales*, donde se dedicó el número dos del año 2015 titulado “La larga duración en debate – Historia de las ciencias”.

Visto así, no podemos intentar comprender la emergencia de la HTP sin establecer algunas cuestiones acerca del problema de la *memoria*, pues el

³⁶⁶Hartog, “Conclusion”, p. 117. Más recientemente la revista electrónica *L’atelier*, del Centro de Investigaciones Históricas, ha publicado un número dedicado al libro *Creer en la Historia*, en donde escribe entre otros Roger Chartier y donde Hartog responde algunas preguntas planteadas por los mismos con respecto al uso de los regímenes de historicidad. Junto con esto, la revista *Ecrire L’histoire* en su número doce dedica el ejemplar al problema del “presente” dando lugar de privilegio a las tesis de Hartog.

llamado boom memorial es signo de esta nueva historicidad. Sólo una cosa antes: bien podría pensar el lector que esta investigación es una apología al uso de los aportes de Hartog. No es tal. La noción de presentismo merece una crítica que intentaremos sostener rápidamente, sabiendo que hacerlo en profundidad escaparía a los objetivos de esta investigación.

Nuestra crítica al uso del concepto de presentismo guarda relación con cierto matiz al llamado “cierre de futuro”. En primer lugar, porque como hemos visto desde la conformación de la conciencia, las expectativas que genera lo venidero son constitutivas al tiempo histórico. No podría existir tiempo histórico sin la noción de futuro. La noción misma de historicidad hace alusión a que toda experiencia está supeditada por algún tipo de ponderación de pasado y futuro. En segundo lugar, la opacidad del futuro que hace mención Hartog parece anclarse desde una perspectiva ideológica y política, pero esto no cierra todos los planos del accionar social.

Esta es una crítica que tomamos de un joven teórico de la historia como es Zoltán Simon. Nuestro autor, establece una idea que parece muy interesante para matizar la idea de presentismo: la de asociar principalmente la clausura de futuro con la orientación temporal que han provocado los avances tecnológicos. Simon establece una analogía desde el concepto de historia como “singular colectivo” en Koselleck – noción eje de la idea de modernidad en el historiador alemán –, argumentando que nuestra historicidad acelerada corresponde a un registro distinto: lo llama “singular disruptivo”, donde la idea fuerza es que la tecnología tardo moderna ha instaurado una temporalidad que Simon entiende desde la idea de “cambios sin precedentes”³⁶⁷. Desde los usos de la tecnología el pasado no sirve de mucho, y habrá que agregar, que el futuro lejano tampoco, pues parece cada vez más próximo. Si le preguntamos a un niño de 10 años por su *PS4* y lo que espera de su uso en los próximos meses, seguramente nos responderá que espera la consola siguiente, pues sabe que en poco tiempo estará a la venta. Lo

³⁶⁷ Zoltán Simon, “History Begins in the Future: On Historical Sensibility in the Age of Technology”, en Stefan Helgesson y Jayne Svenungsson (eds.). *The Ethos of History: Time and Responsibility*. New York: Berghahn, 2018, pp. 200-203.

mismo pasa con los *smathphones*. La llamada clausura del futuro no camina de la mano de la tecnología –allí el futuro está muy presente, tanto que se confunde con el acontecer –, más bien lo hace, lo hemos dicho ya, en el campo de la política: nada hace pensar que un nuevo sistema político-económico se factible – por más que muchos lo queramos – en el corto y mediano plazo³⁶⁸.

A esto habrá que agregar otro tópico que no se observa en la literatura: el futuro es inherente a la conciencia de muerte, es lo que ha sido catalogada como conciencia de una escatología personal: no somos eternos. Si vamos a pensar la posición del futuro con respecto a la conciencia histórica contemporánea, tendremos que dar cuenta de las ideas que las sociedades actuales tienen con respecto a la muerte, pero esto sería alejarnos de nuestro propósito, aunque es un problema al cual hemos dedicado reflexión³⁶⁹. Es interesante resaltar que en toda la literatura a la que hemos acudido en esta investigación, el tema de la muerte sólo es considerado por filósofos. Está ausente de la reflexión de Hartog, Gumbrecht y los sociólogos del presentismo.

Por último, Hartog hace alusión en reiteradas ocasiones al signo de la globalización y sus relaciones con esta nueva historicidad³⁷⁰ ¿Qué hace del presentismo algo global?, es un cuestionamiento que parece no estar resuelto en su trilogía desde la publicación en el año 2003 de *Regímenes de historicidad*, aunque para ser justos, es algo que ha intentado resolver en una de sus últimas publicaciones³⁷¹. Rápidamente intentaremos sumar a su esfuerzo en la convicción de que cuando hablamos de presentismo lo hacemos desde una idea de globalidad contemporánea.

Si bien una discusión sistemática de la globalización escaparía a los objetivos de esta investigación, presentismo y globalización están vinculados desde lo que Appadurai expresa como “condición global”, ya que todas las relaciones de la vida

³⁶⁸ Mudrovcic, “Crisis del futuro: política y tiempo”.

³⁶⁹ Daniel Ovalle, “Muerte y larga duración histórica. Hacia el sentido de la muerte en el siglo XXI. Una propuesta teórica para su estudio historiográfico”, *Revista de Historia y Geografía*, N° 38, 2018, pp. 215-230

³⁷⁰ Hartog, *Croire en l’histoire*, p. 271-285.

³⁷¹ Hartog, “Vers une nouvelle condition historique”, pp. 169-180.

de los distintos grupos humanos del mundo actual están sujetas al “flujo de bienes, personas, imágenes e ideologías”³⁷². Cual más cual menos, todas ellas están de alguna manera vinculadas con las ya dichas ideas de aceleración y sentido del tiempo histórico, ambas atadas heurísticamente desde la idea de presentismo. Cuando hacíamos eco de la teoría de la historia en Simon, decíamos la directa relación entre tecnología y presentismo. En esta línea, Hartog enlaza presentismo y mundo digital:

existe el presentismo contemporáneo, el de lo instantáneo y simultáneo, el que da forma a nuestra nueva "condición digital". Es el corazón y el motor de la globalización, como lo fuera el futurismo de la Historia. Al igual que esa Historia (con mayúscula H), la globalización (con mayúscula G) ahora es obvia: es indiscutible. "No hay alternativa" es el lema³⁷³.

Ha sido un filósofo chileno quien ha dedicado esfuerzos por comprender esta globalización. Desde una ontología crítica del fenómeno, nos explica algo que está en directa conexión con el presentismo:

La estructura fundamental de la globalización es omniabarcante y omnipresente; una estructura técnica, informática, interconectada y simultánea que reduce la intelección del tiempo y el espacio a su mínima expresión, relegando todas las distancias al olvido, y sobrevalorando lo sin-tiempo y sin-distancia. La globalización es el último fruto del racionalismo cartesiano y del sueño ilustrado, que sitúan al sujeto en un sistema de autocomprensión autárquico y emancipado que le permite conocer todos los entes del mundo, incluido él mismo³⁷⁴.

El sin-tiempo es propio de la aceleración del mundo de la vida, de esta idea que todo se juega en el presente. A fin de cuentas, es esta “condición global” entendida como “actitud existencial” lo que ha permitido sostener, en palabras del

³⁷² Arjun Appadurai, *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*, Buenos Aires, FCE, 2015, p. 16.

³⁷³ Hartog, “Vers une nouvelle condition historique”, p. 183.

³⁷⁴ Erick Valdés, “Ética para la globalización. Hacia una fundamentación ontológica del *ethos* actual”. Tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía, Universidad de Chile, 2008, p. 16.

historiador italiano Agostino Giovagnoli: “que un rasgo del mundo actual consiste en que se ha vuelto más contemporáneo y menos occidental”³⁷⁵.

Filósofos actuales que están pensando nuestra contemporaneidad como Byung-Chul Han y Manuel Cruz coinciden en esta “atomización del tiempo”, problema más cercano al presentismo de Hartog. El fenómeno sugiere que el intervalo entre un instante y el siguiente es siempre corto. El futuro es siempre presente. Un ejemplo de que el tiempo carece de orientación, de sentido, según la filosofía de Han³⁷⁶. Manuel Cruz nos habla en su último libro del “estupor constituyente”, lo que pareciera definir a hombres y mujeres contemporáneos. El rumbo de la historia que nos viene desde el siglo XVIII, ese entramado de relaciones entre pasado, presente y futuro que de alguna manera nos permitía entender lo que nos iba pasando (campo de experiencia) y lo que el futuro nos deparaba (horizonte de expectativas) ya no es tal, ha mutado, ha cambiado y se ha transformado en una idea del tiempo histórico eminentemente contingente, atrapado siempre en un presente asfixiante³⁷⁷. El influjo de internet y la revolución de la información en el llamado *big data* han hecho del tiempo algo perpetuamente simultáneo, signo inequívoco del presentismo que también podemos ver en las redes sociales. El ahora y el instante comandan las “tendencias”. La tecnología, y el consumo habrá que agregar, nos empujan al presente sin mirar el pasado ni el futuro, al mismo tiempo que desconfiamos del porvenir y silenciamos la muerte.

Ahora bien, dejemos esta somera crítica al presentismo y, sin dejar de tomarnos de uso teórico, volvamos al problema de la memoria como signo intelectual de este nuevo régimen historiográfico.

3. Historia del Tiempo Presente en un contexto presentista

³⁷⁵ Citado por Hugo Fazio y Luciana Fazio, “La historia global y la globalidad histórica contemporánea”, *Historia Crítica*, N° 69, 2018, p. 17.

³⁷⁶ Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Barcelona, Herder, 2015, p. 10.

³⁷⁷ Manuel Cruz, *La flecha (sin blanco) de la historia*, Barcelona, Anagrama, 2017, p. 93.

Algunos de los cambios que ha experimentado la disciplina de la HTP con respecto al a generación que inicia el proceso de institucionalización en los años setenta y ochenta se pueden resumir en los seis puntos que muestra Pieter Lagrou:

- a. La muerte de la historia nacional (ascenso de la historia global)
- b. El fin del movimiento europeo de derechos cívicos
- c. La explosión de las temporalidades
- d. La nueva omnipresencia de un marco referencial de arbitraje
- e. La cuestión de la transparencia en la era digital (con respecto a los archivos)
- f. El compromiso de una nueva generación de historiadores³⁷⁸

Si bien el marco referencial del trabajo de Lagrou es europeo, sirve su propuesta en la medida que dos de sus seis puntos guardan relación con los argumentos de esta tesis. En particular, lo que llama la explosión de las temporalidades. Lamentablemente no ahonda en ninguno de los seis puntos, solamente hace referencias rápidas que no profundizan la problemática, lo cual no quita que sea un artículo que abre posibilidades de conocimiento. Para nosotros, su diagnóstico apunta hacia la relación entre regímenes de historicidad y la posibilidad de escribir la historia, por tanto, del pensamiento histórico y la conciencia histórica. El ascenso de la historia global tiene un correlato en el tiempo con la caída en la confianza de la historia universal, además, la explosión de temporalidades apunta precisamente hacia la impronta de la interpretación social del tiempo como herramienta para entender la HTP, donde el presentismo se muestra como categoría axial.

³⁷⁸ Pieter Lagrou, "De l'histoire du temps présent à l'histoire des autres. Comment une discipline critique devint complaisante", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, N°118, 2013, p. 111.

Con todo, la caída de las historias nacionales tiene un correlato, siguiendo a Hartog, con el descenso del régimen moderno de historicidad. Para el historiador galo, la llamada historia universal practicada con efervescencia hasta la década del veinte del siglo XX, es signo inequívoco de la confianza en el progreso, en las civilizaciones y el futuro:

El descubrimiento y la puesta en marcha de la historia, proceso regido por el progreso, correspondió al dichoso tiempo, seguro de sí mismo y triunfante de las filosofías de la historia, de las historias universales o de la civilización³⁷⁹.

Hartog muestra en los conceptos de progreso y revolución lo que llama la “versión fuerte y optimista del régimen moderno de historicidad”, recordando que para Marx “las revoluciones son los motores de la historia”³⁸⁰. Conforme el mundo occidental se rehabilitó de dos guerras mundiales y se acomoda a la lógica de la guerra fría, Hartog ve en la insistencia por el método, la crítica de fuentes y la separación tajante entre pasado y presente, alguno de los rasgos característicos de la pérdida de fuerza del régimen moderno de historicidad en la disciplina histórica. Esto es importante en la medida que la HTP y su llegada años después, vendrá a imponer una nueva relación entre pasado y presente, por lo que ya no podrá ser comprendida bajo una lógica disciplinar clásica heredera del historicismo del siglo XIX.

Nuestro autor acude a Paul Valéry para ejemplificar el sentir de esos años, donde el futuro comienza a mostrar fisuras y la desconfianza toma lugar: “El profeta está en el mismo saco que el historiador. Dejémoslo ahí”³⁸¹. También Toynbee y Spengler le sirven en este marco. El tiempo en estos autores se transforma en una lógica del destino, una “filosofía del destino”. Walter Benjamin es quizás, para Hartog, uno de los pensadores más evidentes en la crítica mordaz a la confianza del régimen moderno de historicidad. En estos años los historiadores están menos preocupados del futuro que del pasado.

³⁷⁹ Hartog, *Croire*, p. 228.

³⁸⁰ *Ibid.*, p. 233.

³⁸¹ *Ibid.*, p. 240-241.

Corren los tiempos en que se lucha por la historia desde los números y la cuantificación, haciendo eco de la joven sociología impulsada por François Simiand (discípulo de Durkheim), quien publicara en 1903 un texto bisagra para los fundadores de *Annales* (texto republicado en *Annales* en 1960): “Méthode historique et science social”. Hartog muestra cómo estos mismos historiadores aborrecen de las filosofías de la historia al estilo Toynbee, mostrando con ello una preponderancia hacia la ciencia de la historia con un compromiso por la interdisciplinariedad y los problemas de presente, lo que en ningún caso se traduce en una confluencia entre pasado y presente desde el punto de vista metódico, más bien responde a una toma de posición como sujetos políticos. No ha llegado el tiempo aun de una historia del presente, “Si los puntos de partida de Febvre y Braudel difieren en lo que respecta al tiempo de la historia, están de acuerdo en la evitación del pasado reciente y coinciden en la idea de que un mundo nuevo requiere una historia nueva”³⁸².

En su recorrido por la historiografía occidental Hartog llega al presente, se pregunta por las nociones que los historiadores acuñaron y que, según su propuesta, son expresiones de la interpretación social del tiempo. Una muestra de ello es el paso de la “larga duración” al “acontecimiento”, y de la “historia universal” a la “historia global”.

Sabemos que la llamada “vuelta al acontecimiento” guarda relación con la baja que experimentó el estructuralismo y el auge del problema memorial. Algo hemos dicho al respecto. Lo que nos interesa en este punto es mostrar los cambios en la disciplina con respecto al advenimiento del presentismo, en dirección de lo que más arriba citábamos del trabajo de Lagrou: la HTP, luego de su primer momento generacional-disciplinar (70´ y 80´) se ha problematizado a lo menos desde dos aspectos relativos a esta investigación: la caída de las historias nacionales y la explosión de la temporalidad.

³⁸² *Ibid.*, p. 258.

Conforme a esto, el auge de la historia global nos sirve de ejemplo, donde la noción de globalización es central: la globalización conjuga en su desarrollo y repercusión historiográfica tanto la caída de las historias nacionales (la historia global) como el fenómeno temporal, este último, responde a una nueva “condición histórica”, la de vivir ya no en un marco temporal moderno, sino presentista. Esta nueva condición, que no es otra cosa que otro modelo de pensar la conciencia histórica presenta algunas características, para Hartog:

Esta transformación de nuestra relación con el tiempo ha llegado a dibujar una nueva configuración: la que llamé "presentismo". Como si el presente, el del capitalismo financiero, de la revolución de la información, de Internet, de la globalización, pero también de la crisis abierta en 2008, absorbiera en él las categorías (más o menos obsoletas) del pasado y el futuro. Como si, habiéndose convertido en su propio horizonte, se estuviera convirtiendo en un presente perpetuo. Con él llegaron estas palabras públicas, que también son consignas, prácticas y que se traducen en políticas: memoria, patrimonio, conmemoración, identidad, etc. (...) Además, este presentismo está rodeado por toda una procesión de conceptos, más o menos descuidados: la modernidad, el posmodernismo, pero también la globalización e incluso la crisis³⁸³.

En términos historiográficos corrían los años setenta y el paradigma de la Historia Social basado en la científicidad de las estructuras económicas y sociales – tributarias de la sociología de comienzos de siglo XX – daba paso a una serie de interrogantes y nuevas posibilidades de interpretación asociadas ahora a la independencia de los sujetos ante las estructuras, el lenguaje y con ello a la cultura. Ya nos hemos referido al llamado *giro lingüístico* y sus diferencias con el postmodernismo en historiografía. Comenzaba a posicionarse una serie de ataques y desconfianzas al modelo causalista social clásico³⁸⁴. Es la misma noción de “sociedad”, recuerda Traverso, la que ha sido puesta en duda entre los

³⁸³ François Hartog, “Vers une nouvelle condition historique”, *Le Débat*, 2016, 1, N° 188, p. 171-172.

³⁸⁴ Cabrera, “Presentación: más allá de la Historia Social”, p. 12-17.

años sesenta y ochenta³⁸⁵. Todas cuestiones que están muy bien comentadas en decenas de textos, al lector en español se recomienda el *dossier* “Más allá de la historia social” de la revista *Ayer* en su número 62 del año 2007, y el clásico en que se ha convertido el texto de Gérard Noiriel *Sobre la crisis de la historia*, por nombrar solo algunos, asunto que ya hemos tratado en nuestro apartado sobre la relación analítica entre Ricoeur y Chartier. En este último libro, el de Noiriel, resulta llamativo un dato revelador acerca del lugar ocupado por el libro *Apología de la Historia* de Marc Bloch –entendido éste como un paraguas del paradigma de la historia social (a la francesa) de primera mitad del siglo XX – entre sus colegas franceses de los años setenta:

Publicados en la misma época, los libros de Paul Veyne y Michel de Certeau sobre la “epistemología de la historia” no hacen referencia a la *Apología*. La obra no es mencionada por ninguno de los historiadores que han colaborado en los tres volúmenes de *Hacer la Historia*, en los que se presenta las nuevas tendencias de la investigación histórica³⁸⁶.

La cita es quizás un indicio de los aires de cambio que corrían por esos años, vistos en perspectiva, desde un alejamiento de la historia de las mentalidades, lo cual también nos hemos referido con anterioridad. Tal como Peter Burke y Jaume Aurell han desarrollado hace poco, el llamado postmodernismo y la llamada crisis de la historia de los años setenta – tiempo en el que el cuantitativismo, marxismo y estructuralismo perdieron terreno ante nuevos influjos intelectuales – es el amplio lugar desde donde podemos comprender esta variedad historiográfica a la que hemos llegado hoy (nueva historia política, historia conceptual, historia de género, historia global, etc.), aunque hemos tenido el reparo en el primer capítulo de nuestra investigación, de ser más precisos y asociar el postmodernismo en historiografía en obras y autores delimitados. Llama la atención que los autores aludidos comienzan la sección denominada “La ruptura postmoderna” con la siguiente sentencia: “El postmodernismo abandona el pensamiento único de la

³⁸⁵ Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 19.

³⁸⁶ Noiriel, *Sur la “crise” de l’histoire*, p. 116.

modernidad y el progreso y considera la historia desde un punto de vista poliédrico”, asumiendo de buena manera, nos parece, la complejidad de comprender lo postmoderno desde la unidad, pues lo entienden como un “conjunto de epistemologías y metodologías”³⁸⁷.

Lo interesante es destacar la ruptura que comienza a generarse en cierta parte de la historiografía, en especial la francesa, la cual toma nota de los cambios, considerando que es un marco de influencia que se proyecta en los sobre otras partes del mundo, bien lo sabemos en Chile, donde la mirada estructuralista de Annales marcó buena parte de la historiografía chilena hasta entrados los noventa. Como se ha dicho en reiteradas ocasiones, la publicación de libros íconos como lo fueron *Faire de l'histoire* en 1974, libro dirigido por Le Goff y Pierre Nora, y *La nouvelle histoire*, dirigida por Le Goff, son muestras de un cambio disciplinar. En particular interesa mostrar cómo Nora (en conjunto con otros historiadores como René Rémond) – quien escribe en ambos libros – está por esos años pujando por un cambio en la importancia del presente para el trabajo historiador. Ideas como la “vuelta al acontecimiento” y “acontecimiento monstruo” fueron posicionándose en la escena historiográfica renovando la hasta ese momento llamada historia contemporánea. Ésta, tributaria del historicismo del siglo XIX, contemplaba en su propuesta la simple “restitución del contexto pasado” en el presente, a diferencia de las ideas que irrumpen en figuras como Rémond, Nora, Bédarida y otros, donde lo acontecido se muestra en un “sentido siempre abierto por el presente, partiendo de la idea de una circularidad entre una historicidad recuperada por las fluctuaciones de la memoria y una memoria sometida a la prueba de las reglas de la andadura histórica”³⁸⁸. La hasta ese momento (años setenta) naciente HTP se distingue de la historia contemporánea en su aspecto fundador: no es tanto la cercanía de lo acontecido, sino su fuerza fundadora y los múltiples ecos que va generando en otros presentes. Son los recuerdos en la voz de los testigos los que una y otra vez impregnan la memoria

³⁸⁷ Aurell y Burke, “Las tendencias recientes: del giro lingüístico a las historias alternativas”, p. 288.

³⁸⁸ Dosse, *La marcha de las ideas*, p.128.

social, aspecto que la antigua historia contemporánea no detentaba. El dolor causado por las guerras mundiales, la herencia colonial, el Apartheid y las dictaduras latinoamericanas enmarcan los problemas de estudio que desafiaron la posición de la disciplina frente a la memoria social. Fenómeno que, como explica Rousso,

podría haber disminuido a medida que nos distanciábamos del acontecimiento. Sin embargo, se produjo todo lo contrario (...) En los últimos treinta años el “presente” se convirtió en el régimen de historicidad dominante (...) Las imágenes de las catástrofes acaecidas después de 1914 son exhibidas una y otra vez en nuestras pantallas y son un elemento determinante del imaginario contemporáneo³⁸⁹

Al contrario de la realidad disciplinaria de esos años, historiadores como Rémond y Nora están alegando en favor de una renovación de la idea de acontecimiento. El acontecimiento “cambia de naturaleza (...) por su número y repetición, son portadores de múltiples sentidos”³⁹⁰. Ya no se trata solamente de un pasado por el presente y un presente por el pasado, según la clásica propuesta de Bloch. La naciente “historia del presente” – como le llamó Nora a su novedosa cátedra una vez comenzada su labor en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS, París) en 1975 – consideraba la compleja “contemporaneidad de lo no contemporáneo”. Lo que el mismo Nora llamó el “retorno del acontecimiento” es precisamente la capacidad de posicionar el presente como eje de análisis: “desearía estudiar el peso del pasado sobre el presente por medio del inventario relativo de diferentes herencias históricas, según los tipos de sociedades contemporáneas”³⁹¹.

Como ha notado acertadamente Dosse en el marco de este nuevo régimen de historicidad, el acontecimiento ha “retornado” a la escena historiográfica con dos rostros: como enigma (Esfinge) y reinterpretación constante (Fénix), dando muestras de su clara adscripción a la filosofía hermenéutica de la historia en

³⁸⁹ Rousso, *La última catástrofe*, p. 141.

³⁹⁰ *Ibid*, p. 172.

³⁹¹ Nora, “Le retour de l'événement”, en *Ibid*, p. 174.

Ricoeur. Nos explica que pensar el acontecimiento en estas sociedades mediatizadas supone dos fenómenos diferentes: primero, una conmoción, un *trauma*; segundo, los acontecimientos históricos –usando la expresión de Nietzsche – llegan “en las patas de una paloma, o como una enfermedad mortal que infiltra sigilosamente el cuerpo”³⁹². Como veremos en el próximo apartado, la valoración personal del acontecimiento en el sujeto historiador del tiempo presente expresa esta doble articulación.

Si el acontecimiento vuelve una y otra vez es porque la rememoración actúa, y es acá cuando la teoría de la historia del tiempo presente debe dejar en claro la pertinencia de una diferenciación no rastreada en la bibliografía especializada: hecho histórico y acontecimiento son cosas distintas. Siguiendo al Ricoeur de la *fase documental* de la “operación historiográfica”, lo que aspira *probar* el historiador y su oficio – allí su pertinencia como cientista social – son “hechos susceptibles de ser enunciados en proposiciones singulares, discretas, que incluyen, la mayoría de las veces, mención de fechas, de lugares, de nombres propios, de verbos de acción o de estado”. En este aspecto metodológico, Ricoeur observa la posibilidad de una confusión: “la confusión entre hechos probados y acontecimientos sobrevenidos”. El hecho histórico, observa nuestro filósofo, no es el acontecimiento. Corresponde al “contenido de un enunciado que intenta representarlo”. De esta manera, “el acontecimiento puede figurar en el discurso histórico por su carácter de referente último. Responde a la siguiente pregunta: ¿de qué se habla cuando se dice que algo aconteció?”, a lo que Ricoeur contesta de forma clara: “distingo el hecho en cuando “la cosa dicha”, ese qué del discurso histórico, del acontecimiento en cuanto “la cosa de la que se habla”, el “a propósito de qué” del discurso histórico”³⁹³.

Esta diferenciación es fundamental a la hora de pensar la HTP, toda vez que nace a partir de esa *última catástrofe*, pero se yergue sobre la base de múltiples memorias en pugna de la verdad histórica. La preeminencia del presente

³⁹² Dosse, “El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix”, p. 40.

³⁹³ Ricoeur, *La mémoire, l’histoire, l’oubli*, p. 226-227.

en la operación historiográfica del historiador que escruta un “pasado-presente” radica en la valoración del acontecimiento que siempre está en movimiento. Adelantémonos y digamos que es por esta razón que Rousso califica la HTP como una “historia en movimiento”³⁹⁴.

En Ricoeur hemos expuesto que todo relato está siempre significado en un presente. Si bien el pasado y el futuro le son necesarios para configurar una teoría del tiempo (de allí su apoyo en Koselleck), lo que intenta es dar sentido al presente. El *ser-ahí*, ese sujeto que se relata (que se narra) en el presente es abordable hermenéuticamente por su carácter práctico: el lenguaje remite a múltiples acciones que pueden resultar voluntarias o involuntarias (el problema de su tesis doctoral y el diálogo con el psicoanálisis de Freud). Aquí están los dos objetivos que Ricoeur se plantea en las investigaciones de los años ochenta: “contribuir a una reflexión filosófica sobre el lugar y la significación del presente – presente personal y presente histórico – en la arquitectura del tiempo (...) y subrayar y desarrollar el lado práctico, a saber la relación con la acción, con sus prolongaciones éticas y políticas”³⁹⁵. Como veremos, pensar la idea de presente y sus repercusiones con respecto a la escritura de la historia resulta de una importancia vital a la hora de pensar la HTP. Para efectos de esta investigación, pensar el presente desde una teoría de la historia orientada a dar inteligibilidad a esta forma de representación historiográfica, corresponde a un ejercicio necesario que irremediablemente nos conduce al problema del tiempo y del sentido. Dosse es muy claro al respecto. La escritura de la historia refiere a dos discursos:

un discurso cerrado que es su modo de inteligibilidad y una práctica que remite a una realidad. Esta misma se ve ella misma desplegada en dos niveles: lo real como lo *conocido*, es decir, como lo que el historiador comprende de lo que fue el pasado y lo real como lo *implicado* en la operación historiográfica misma, es decir, lo que remite a una práctica de sentido³⁹⁶.

³⁹⁴ Rousso, *La última catástrofe*, p. 153.

³⁹⁵ Alfredo Martínez, “Tiempo, historia y acción. Condiciones prácticas de la réplica de Paul Ricoeur a las aporías de la temporalidad”, p. 128.

³⁹⁶ Dosse, *El giro reflexivo...*, p. 25.

Esta investigación se enmarca en este esfuerzo sistemático por dar comprensión a la escritura de la historia, en particular la HTP, entendida como una práctica de sentido. El sentido histórico, por tanto, no es un constructo sólo para los filósofos, es un objeto teórico de estudio para la historiografía en tanto que permite penetrar en los espacios más profundos del hacer historia: en la ontología del ser histórico con ropaje de historiador. El historiador no deja de ser humano, ciudadano, padre, hermano, hijo, etc., cuando escribe la historia.

Llegados a este punto, toca el momento de establecer bajo qué parámetros estableceremos la relación escritura y tiempo para la HTP. Ya hemos esgrimido que desde la interpretación del tiempo. Pero no es todo. Fundamental para ello es dejar en claro que, si la narración historiográfica (reproductora de temporalidad) pertenece al discurso de lo verídico – a partir del pacto de veracidad entre historiador y lector³⁹⁷ – debemos entender por tanto que su lógica escritural da cuenta de una lógica temporal alejada de la ficción³⁹⁸.

Este punto nos hizo, en el primer capítulo de esta investigación, separar aguas con el postmodernismo en historiografía, y en especial posicionar la “relación epistemológica” como la piedra angular de su operación historiográfica. Como veremos más adelante, los sujetos y también los historiadores establecen tipos de relaciones con el pasado, asunto que desarrollaremos desde la teoría de la historia en Herman Paul. El establecimiento de la verdad fáctica de los acontecimientos resulta de primer orden para pensar la historia del tiempo presente, pero no la única. Antes de eso será necesario establecer sus relaciones con el régimen contemporáneo de historicidad, ese que no se comprende desde la

³⁹⁷ “El problema de la representación del pasado por los historiadores puede enunciarse en términos de un pacto tácito que se establece entre el lector del texto histórico y el autor. El primero espera que se le proponga un “relato verdadero” y no una ficción. El segundo tiene entre manos el problema de saber si la escritura de la historia puede respetar ese pacto, cómo puede hacerlo y hasta qué punto”, Paul Ricoeur, “L`écriture d` histoire et la représentation du passé”, p. 734.

³⁹⁸ “Con Tiempo y narración, Ricoeur opone a las lógicas puramente sincrónicas del tiempo inmóvil, de la temporalidad fría, de los análisis estructurales la consustancialidad de todo relato con sus lógicas temporales, diacrónicas”, François Dosse, Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida (1913-2005), p. 512

circularidad del tiempo histórico ni desde las teleologías cristianas y secularizadas del progreso.

Fruto del régimen moderno de historicidad, el presentismo viene a configurar una mutación de la experiencia social del tiempo desde y para el presente, confinando al pasado y al futuro a meros espectadores de la aceleración social actual, desde una conciencia histórica que no se proyecta sobre un *telos* tal como lo hiciera la primera modernidad. Es en este contexto, como veremos, donde nace y se desarrolla la HTP. Si el “pasado histórico” se erigió sobre la base de la representación del pasado alejado generacionalmente de la experiencia del historiador, los “pasados presentes” (primos hermanos de los “lugares de memoria”), corresponden a otra experiencia temporal. Cambios históricos son parte del proceso: guerras mundiales, totalitarismos y genocidios, dictaduras latinoamericanas llenas de sangre derramada, caída del socialismo a nivel global, el avance portentoso del capital financiero a escala global (fin de la Guerra Fría) con su corolario en sociedades del consumo³⁹⁹ y la aceleración del cambio social⁴⁰⁰, pérdida de poder de los Estados, etc., todos procesos que la tendencia a la confianza en el futuro se tornara difusa: desde la política el futuro no parece ser confiable, tampoco desde el cambio climático. Al respecto de este último punto, la ciencia ya ha convenido en el uso de la noción de “Antropoceno”. La tecnología, por su parte, hace del futuro un ahora, no un mañana.

La configuración de esta forma de escribir la historia desde el presente, es parte del proceso que Nora llamó el “desmoronamiento de la historia como mito portador del destino nacional”, lo que en sus palabras:

operó en etapas sucesivas, a lo largo del siglo, bajo el efecto de las guerras cuya salda minó tres veces un elemento central: en 1918, la Europa devastada; en 1945, la falsa victoria; en 1962, el fin de la proyección mundial. Pero también es fruto, sobre todo, de la

³⁹⁹ Imprescindible resulta la lectura de los dos libros que forman un clásico al respecto: Fredric Jameson *Ensayos sobre el postmodernismo* y Perry Anderson *Los orígenes de la postmodernidad*. Súmese para una actualización de esas discusiones Andreas Huyssen, *Modernismo después de la postmodernidad*, pp. 9-19.

⁴⁰⁰ Hartmut Rosa, “Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada”, pp. 9-29.

disociación progresiva de las dos nociones claves – nación y civilización –, que las Luces habían asociado estrechamente (...) De la unión de esas dos ideas centrales se desprende un silogismo bastante simple, pero de un formidable poder dinámico: la marcha de la humanidad hacia el progreso se opera por la conquista de la razón⁴⁰¹

La escritura de la historia y su “pérdida de evidencia”⁴⁰² en la concreción de verdades que cimienten un futuro que se avizora plausible y esperado (crisis del futuro), ha traído a la par el citado “boom de la memoria” en los esfuerzos historiográficos y con ello, lo hemos dicho, la emergencia de la HTP dentro de un contexto mayor que es el régimen contemporáneo de historicidad: el presentismo.

Pierre Nora es enfático en establecer esta relación del imaginario del tiempo con respecto a la escritura de la historia, en particular a lo que llamó con justa razón el “momento-memoria”, el cual no sólo trajo consigo una apertura al presente en la historiografía y con ello, un quiebre en la clásica visión de la distancia temporal con respecto a los pasados que le “estaban permitidos” estudiar a los historiadores. También asistimos a una serie de peligros en la interpretación de esas memorias en el espacio público, privado e intelectual, asunto que todavía no está resuelto ni parece estarlo. Ricoeur establece una pragmática de la memoria observando tres peligros: la memoria impedida, la memoria manipulada y la memoria forzada⁴⁰³. En plena discusión están las llamadas leyes memoriales en varias partes del mundo, muchas de las cuales parecen estar ejerciendo control sobre el recuerdo social. Es precisamente esta problemática la que inspiró a Ricoeur su monumental obra acerca de la memoria como matriz de la escritura de la historia, y el olvido, como parte esencial de la memoria social.

Con todo, y volviendo a Nora, es ese desmoronamiento de la historia como portavoz del progreso – al mismo tiempo en que se duda de su “evidencia” por la

⁴⁰¹ Pierre Nora, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, Santiago, LOM, 2009, p. 194

⁴⁰² Hartog, *Évidence de l'histoire*.

⁴⁰³ Ricoeur, “Histoire et Mémoire. L'écriture de l'histoire et la représentation du passé”.

arremetida del pensamiento postmoderno – el eje central de la caída en las expectativas del futuro. La fuerza del presente bajo el régimen de historicidad presentista no configura un olvido del pasado. Muchos intelectuales coinciden en que los últimos decenios este mundo global vive una fascinación por la historia. Lynn Hunt lo califica en su último libro como una verdadera “obsesión por la historia”, cuestión que va acompañada – según la historiadora norteamericana – por una ansiedad por la verdad histórica⁴⁰⁴. Sin entrar en una reflexión por la HTP, el comentario de Hunt acerca de la sensibilidad social con respecto a la historia es congruente con el diagnóstico del presentismo. La cuestión quizás más compleja para la teoría de la historia, incluso para la filosofía de la historia, es saber – como se aventura a sostener Manuel Cruz – el sentido de esa obsesión. Como ya hemos dicho, para el filósofo catalán, tal cantidad de preocupación por la historia parece más un acto de consumo que búsqueda de sentido. El consumo es siempre presente, no lleva una proyección de sentido.

De esta manera, el punto al cual queremos llegar es que “La solidaridad del pasado con el futuro fue sustituida por la solidaridad del presente con la memoria”⁴⁰⁵. El presente entró de lleno en las preocupaciones historiográficas de la mano con una renovación en las maneras de comprender su oficio. La historia en “segundo grado” evocada por Nora apunta en esta dirección: ya no tanto en lo “conocido” del discurso historiador: el pasado mismo (referido en la cita más arriba del texto de Dosse), sino más bien a los sucesivos repliegues de esos pasados en otros presentes, ya no desde ese futuro idealizado.

El mismo fenómeno es explicado por François Dosse – palabra respetada mundialmente a la hora de referirnos a los cambios intelectuales en Francia – de la siguiente manera:

⁴⁰⁴ Lynn Hunt, *History: Why it Matters*, Cambridge, Polity, 2018. Libro en formato google books (sin referencias de páginas), consultado con fecha 1 de abril del 2018, https://books.google.cl/books/about/History.html?id=2vRYDwAAQBAJ&redir_esc=y

⁴⁰⁵ Nora, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, p. 196.

Se puede emir la hipótesis de un nuevo cambio de historicidad a fines del siglo XX, que se deduce en lo esencial, de las decepciones engendradas por las esperas escatológicas y sus efectos funestos. La idea de un tiempo nuevo alrededor de una ruptura radical con el pasado se vuelve sospechosa. O bien se encuentra ligada con la idea de la ilusión de los orígenes, o bien ella está comprometida en tragedias inhumanas. Esto produce en una crisis de futuro que se traduce en un porvenir imposible, proscrito, opacidad que repercute en nuestro espacio de experiencia, explicando lo que François Hartog califica de presentismo⁴⁰⁶.

Prueba de este diagnóstico de nuestra contemporaneidad global y su relación con la escritura de la historia, es la relación directa que ha establecido recientemente Henry Rousso en su libro *La última catástrofe* (original del año 2012) entre HTP y presentismo, relación de la cual hacemos eco. Libro reflexivo de uno de los historiadores más representativos de la HTP, cabeza del Instituto de Historia del Tiempo Presente de París (fundado en 1978), presidido en primera instancia por F. Bédarida. La idea de Rousso, de asociar la emergencia de la HTP desde la noción de “última catástrofe” nos indica su operatividad desde el uso heurístico de los regímenes de historicidad, en particular del presentismo, asunto que para el historiador francés es evidente. No por azar dedica un capítulo completo a la problemática, titulado “Tiempo presente y presentismo”⁴⁰⁷.

Como explica nuestro autor, la propuesta “se inscribe en una visión discontinua de la historia en ruptura con la lógica de la modernidad revolucionaria que más bien descansó en la idea de una continuidad, de una linealidad, de una consumación, particularmente hacia el Progreso”⁴⁰⁸. Pierre Nora explicaba mucho antes esto mismo: “Entre la opresiva imprevisibilidad de un futuro infinitamente abierto y sin embargo sin porvenir, y la abrumadora multiplicidad de un pasado

⁴⁰⁶ François Dosse, “De l'usage raisonné de l'anachronisme”, *Espaces Temps*, N° 87-88, 2005, p. 169

⁴⁰⁷ Rousso, *La última catástrofe*, pp. 185-195.

⁴⁰⁸ *Ibid*, p. 25.

devuelto a su opacidad, el presente se ha convertido en la categoría de nuestra comprensión de nosotros mismos”⁴⁰⁹.

Como nos hemos referido ya, la idea del constante progreso de la humanidad, esa idea ilustrada y moderna propia del siglo XVIII y XIX europeo se ve rota por la propia historicidad del siglo XX, en particular su segunda mitad. Tal configuración no significa una apología del horror, del pesimismo. Rousso es enfático al recalcar que si bien para Europa, la Segunda Guerra Mundial marcó un quiebre en la contemporaneidad – así como para Latino América lo fueron esos tiempos oscuros de las dictaduras y el uso de la fuerza militar indiscriminado contra la población civil –, esto no significa que el HTP tenga como objetivo un mero discurso complaciente de las víctimas, su objetivo es la comprensión histórica asumiendo una nueva o a lo menos distinta historicidad en comparación con el régimen moderno de historicidad, en sus palabras, la HTP no se posiciona para:

acompañar esta visión obsesiva, traumática del pasado, sino ayudar a comprenderla, a ponerla en perspectiva, a pesar de lo dúctil que es la pregnancia de la memoria (...) nuestro régimen de historicidad se define, en gran parte, por la dificultad de superar el recuerdo de las recientes grandes catástrofes, y por ende de restablecer una cierta continuidad histórica de una más larga duración⁴¹⁰.

La imposibilidad de superar ciertos recuerdos que están marcados por la catástrofe no cierra la posibilidad para la teoría de la historia de pensar el futuro. Reflexivamente, el futuro no deja de habitar en las experiencias – ya lo hemos dicho desde Koselleck y Simon –, y es tarea de la teoría de la historia dar cuenta de ese otro aspecto de la escritura de la historia en tiempos donde el futuro parece cerrado.

Como tendremos ocasión de desarrollar en profundidad, esta investigación toma el problema del trauma histórico visto en perspectiva de nuestro sujeto

⁴⁰⁹ Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, Tomo III, p. 24. Citado por Marc Auge, *¿Qué pasó con la confianza en el futuro?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 94,

⁴¹⁰ *Ibid*, p. 26.

historiador que asume la tarea de escrutar históricamente su propio presente – visto en perspectiva generacional – porque está *afectado por ese pasado*. Bien porque lo ha experimentado en primera persona, o porque establece parámetros de empatía.

Por otro lado, la presencia constante de los “lugares de memoria” en un marco de historicidad presentista nos hace prescindir de grandes narrativas – la caída de los meta-relatos en la filosofía de Lyotard⁴¹¹ –, transformando la problemática de historia/memoria como un síntoma de un régimen moribundo de historicidad, en el cual el único referente es el presente, ya no tanto el futuro, como sí lo fuera para la historiografía moderna abierta al porvenir de la mano del Estado-Nación, la tecnología y el capitalismo⁴¹². Como señala Marc Auge evocando el trabajo de Nora, la preocupación por el presente en la historiografía denota que el objeto de la historia cambió: “La historia, hasta un pasado relativamente cercano se había escrito desde un punto de vista del porvenir, en función de lo que sería o debería ser el porvenir: restauración, progreso, revolución. El historiador se definía a la vez como un notario y como un profeta”⁴¹³. A Pierre Nora debemos los historiadores este cambio de rumbo hacia lo que llamó “historia en segundo grado”, mirada teórica que tuvo su correlato en lo que llamó “lugares de memoria”. Estos serían, en pocas palabras, lugares donde el lenguaje

⁴¹¹ J. F. Lyotard *La condición postmoderna*. Madrid. Cátedra, 1987. La tesis central del libro da cuenta de la situación del saber, del conocimiento como axial humano. A saber, que ya no se está en posición de dar crédito a los grandes metarrelatos que el pasado avaló. La postmodernidad – concepto ecléctico y de variadas interpretaciones hasta el día de hoy – corresponde a un momento del saber que para el autor invalida lo moderno, por tanto la búsqueda de una totalidad gnoseológica se derrumba. A juicio del autor son los discursos de legitimación los que se han quebrado, no sirven para un mejor entendimiento del mundo. Sea un relato de especulación o de emancipación han perdido toda credibilidad. El relato marxista, la escatología cristiana, la hermenéutica gadameriana o el positivismo sustentan metarrelatos deslegitimizados para Lyotard. La idea que sustenta la tesis es que el saber modifica su estatuto en la medida que las sociedades cambian. La era postindustrial da pie para que el autor sustente su relato. Así, el saber en ésta época cumple una función de consumo, con la implicancia epistemológica que eso conlleva: el saber ya no es liberador. De esta manera los múltiples relatos que la postmodernidad construye pueden ser entendidos como “juegos del lenguaje” (del segundo Wittgenstein), en donde las reglas no tienen legitimación por sí solas, sino que son validadas por los “jugadores”.

⁴¹² Jurandir Malerba, “Ejercicio de memoria: interfaces con la historia y la memoria”, p. 165.

⁴¹³ Marc Auge *¿Qué pasó con la confianza en el futuro?*, p. 94.

simbólico se incrusta en la realidad tangible y observable (incluso muchas de las veces de forma material). Tarea del historiador entonces es “distinguir las sedimentaciones” de esos estratos de memoria. Ya no ese pasado histórico inmóvil:

no los acontecimientos por sí mismos, sino su construcción en el tiempo, el apagamiento y la resurgencia de sus significados; no el pasado como tuvo lugar, sino sus reemplazos permanentes, sus usos y sus desusos, su pregnancia sobre los presentes sucesivos; no la tradición sino la manera en que se constituyó y se transmitió. En síntesis, ni resurrección, ni reconstrucción, ni aun representación; una rememoración. Memoria: no el recuerdo, sino la economía general y la administración del pasado en el presente⁴¹⁴

El cambio disciplinar en la mirada de Nora está dado en que la tarea del historiador es explicar el presente mismo: “partir del presente para volver a él, después de haber convocado y trabajado la memoria, pasándola por el cedazo del lugar de memoria”⁴¹⁵, explica Hartog; el mismo que cuando argumentaba en vías de la comprensión del presentismo, nos invitaba a pensarlo de la mano de los cambios paradigmáticos que en las ciencias sociales se estaban experimentando hacia fines del siglo XX. Precisamente la visión que establece Nora de la memoria es la que le sirve a Hartog para interpretarla como un “instrumento presentista”. En palabras de Nora (cita Hartog con respecto a qué se entiende por memoria): “ya no es la necesidad de retener el pasado para preparar el porvenir que se desea; es ella lo que da al presente el presente en sí mismo”⁴¹⁶. Cabe notar que esto responde a la proyección del régimen contemporáneo de historicidad llamado por Hartog *presentismo*, entendido como una herramienta heurística, por tanto, como modelo. Sabemos que la conciencia se estructura temporalmente, con ello es imposible borrar el asidero del futuro. Lo que se recalca es la “opacidad” de éste, una tendencia global a la inmediatez y desconfianza al porvenir en la degradación de la idea de progreso tal y como se entendió en la primera modernidad.

⁴¹⁴ Nora, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, p. 112-115.

⁴¹⁵ Hartog, *Croire en l'histoire*, p. 42.

⁴¹⁶ Hartog, *Regímenes de historicidad*, p. 153.

La voz del testigo⁴¹⁷ ha tomado un lugar inédito con respecto a formas antiguas de la escritura de la historia. Las vivencias de los campos de concentración y de los autoritarismos genocidas⁴¹⁸, nos impulsan en la búsqueda de memoria social que haga *justicia*⁴¹⁹ de esos “pasados que no pasan” precisamente por la ineficiencia de los grupos hegemónicos. En la *era del testigo* – que está lejos de ser sólo el testigo entendido como víctima: ¿acaso los perpetradores de violencia, directos e indirectos, no son testigos para esta manera de hacer historiografía? la historia como disciplina ha tenido el acceso de la memoria en el taller del historiador, provocando que sólidos paradigmas se hayan ido desmoronando⁴²⁰.

Como explica Mudrovcic, el giro de la historiografía al uso de ideas provenientes del psicoanálisis y la neurociencia han permitido trasladar la discusión del tiempo histórico a otro tipo de temporalidades, como lo son las del trauma a causa de vejámenes y vivencias extremas (ya sea desde un gobierno autoritario o totalitario). En este sentido, esta investigación –al hacer eco de la tesis de Rousso de que el germen de hacer historia del tiempo presente nace a partir de lo que llama la “última catástrofe” – se posiciona en un punto distinto a las discusiones de la historia política que discuten si es pertinente comparar sucesos tan disímiles como el genocidio nazi y el uso de la violencia política en las dictaduras latinoamericanas. El caso de Chile y la dictadura militar encabezada

⁴¹⁷ Annette Wieviorka, *L'ère du témoin*, Paris, Plon, 1998.

⁴¹⁸ Mudrovcic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”. A la memoria herida, poco le importa la discusión de historia política al lado del dolor y del trauma. Así, la idea de *trauma* nos permite saltar la discusión teórica de si es preferible hablar de totalitarismo (europeo) o autoritarismo (latinoamericano). Nos parece que, si bien es evidente las diferencias históricas de ambos procesos, también es válido el uso comparativo para la teoría de la historia.

⁴¹⁹ María Teresa Uribe “Esclarecimiento histórico y verdad jurídica: notas introductorias sobre los usos de la verdad”, en Camilla de Gamboa *Justicia transicional: teoría y praxis*, Bogotá, Universidad del Rosario, 2006, pp. 324-344.

⁴²⁰ Fina Birulés, “Entre el descrédito y la rehabilitación del yo”, en Manuel Cruz (editor) *Las personas del verbo filosófico*, Barcelona, Herder, 2011, p 18. Cabe mencionar acá, la gran cantidad de material colindante con la teoría de la historia que se ha publicado a partir del trabajo de Manuel Cruz y su equipo en torno a la cátedra de filosofía contemporánea de la Universidad de Barcelona.

por Pinochet son un buen ejemplo. Nos sumamos a la visión que establece el historiador norteamericano Steven Stern cuando expresa:

¿Qué le ha dado a la memoria de la crisis de 1973 en Chile – y de la violencia que desencadenó – un valor tan fuerte y asombroso? ¿Qué la ha convertido en una historia no sólo importante en sí y para su gente, sino también en un símbolo más allá de sus fronteras? (...) Entre muchas razones válidas, sin embargo, uno llega a lo esencial: Chile es el ejemplo latinoamericano del “problema alemán”. El Holocausto y la experiencia nazi legaron a la cultura contemporánea preguntas profundamente perturbadoras: ¿cómo un país capaz de realizaciones asombrosas en el dominio de las ciencias o de la cultura puede también albergar una capacidad asombrosa para la barbarie?⁴²¹

Si bien Stern es audaz en posicionar hechos históricos distintos, compartimos su posición desde la tesis de la última catástrofe, toda vez que lo que importa para una ontología de la escritura de la historia del tiempo presente no es tanto lo acontecido en sí, sino la re-interpretación del acontecimiento en el tiempo. El notable trabajo con respecto a la historia reciente chilena por parte del historiador norteamericano se nos presenta como el tercer eje de esta visión panóptica de cómo se ha pensado la historia del tiempo presente⁴²².

En su planteamiento teórico, Stern expone que su objetivo principal es el estudio de “cómo han luchado los chilenos para definir el significado del trauma colectivo que significó la acción militar del 11 de setiembre de 1973”⁴²³. Cuando dice “chilenos” se está refiriendo a las memorias de todos ellos, lo cual significa superar las miradas “desde arriba” (quienes ostentaban el poder) y “desde abajo” (quienes los sufrieron). Para Stern, “en esencia, las luchas de la memoria son luchas contra el olvido”⁴²⁴, posicionándose en un registro analítico que intenta desmarcarse de aquellas interpretaciones que ven la memoria y el olvido asuntos

⁴²¹ Steve Stern, *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998*, Santiago, Ediciones UDP, 2009, p. 28.

⁴²² Ya hemos dicho que no interesa a los objetivos de esta investigación hacer un repaso por todas las formas de comprender dicha escuela. Nora, Rousso y Stern nos parecen fundamentales, la bibliografía especializada así lo comprueba.

⁴²³ *Ibid*, p. 21.

⁴²⁴ *Ibid*, p. 30.

en todo momento dicotómicos. Lo hace desde el planteamiento de una metáfora sugerente: “una gigantesca caja de la memoria” entendida como un gran baúl fundacional donde los sujetos imaginan y recuerdan desde “remembranzas selectivas” que a la vez compiten entre ellas “para darle significado a una devastadora experiencia comunitaria, y a la vez construir una legitimidad sobre ella (...) Esta trilogía se pregunta cómo los chilenos construyeron “la caja de la memoria del Chile de Pinochet” y lucharon por ella, entendiendo la caja como poseedora de las verdades sobre un viraje traumático en su vida colectiva”⁴²⁵.

Es interesante notar en este rápido panorama de los acercamientos teóricos con respecto a las memorias colectivas, – al que hay que sumar el trabajo de Julio Aróstegui, nos detendremos en ello – la crítica que desliza Stern al uso de los “lugares de memoria” de Nora: “considero su marco teórico tramposo, por crear una dicotomía demasiado rígida entre los que son los ambientes de memoria viva (*milieux de mémoire*) y los sitios que cobran sentido como recuerdo histórico justamente porque la memoria ha muerto (*lieux de mémoire*)”⁴²⁶. Esta crítica es de suma importancia, nos permite establecer la diferencia fundamental que acercan mucho más los estudios del tiempo presente asociados al trauma al fenómeno del presentismo. No es que los lugares de memoria no sean parte de este nuevo régimen de historicidad, pero el uso que hace Nora y su equipo es también para el “pasado histórico”, incluso en larga duración, pues como se ha dicho, Nora intenta rastrear la identidad de la nación francesa, asunto que no puede ser buscada solamente en el pasado reciente. Donde sí debemos asociar los aportes de Nora con el presentismo es sin lugar a dudas cuando nos invita a pensar el presente desde eso que llamó “acontecimiento monstruo”, concepto “primo/hermano” de “última catástrofe” en Rousso.

⁴²⁵ *Ibid*, p. 30-31.

⁴²⁶ Steve Stern, “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico”, en Mario Garcés (comp.) *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, LOM, 2000, p. 31.

En este sentido, diferimos de los planteado recientemente por Peter Winn, quien observa en Nora y Halbwachs los dos paradigmas del estudio de la memoria colectiva. Winn no acude a los aportes de Rousso, asunto que parece extraño considerando que entrega preeminencia a dos franceses, el historiador (Nora) y el sociólogo (Halbwachs). Es más, en el libro que hacemos mención⁴²⁷ – texto editado por el propio Winn, Steve Stern, Federico Lorenz y Aldo Marchesi – no existe mención a los aportes que desde los años ochenta viene haciendo la cabeza visible desde hace años del Instituto de Historia del Tiempo Presente de París (sí lo hace Stern en otros textos, lo hemos dicho). Esto es menester recalcar, toda vez que las visiones de Nora y Rousso, si bien complementarias, tienen matices distintos.

Los “lugares de memoria” y las “memorias traumáticas” son dos marcos de comprensión para la HTP que se valen de los aportes de Halbwachs, Ricoeur y otros tantos intelectuales. Nora se posiciona claramente – es su creador – en este primer marco, Rousso en el segundo. Los lugares de memoria designan los espacios geográficos y delimitados donde se cristaliza y muchas veces se refugian las memorias colectivas, así como donde se simbolizan en el lenguaje la sedimentación de esos recuerdos. En esos lugares, como explica Eugenia Allier, “se cortan diferentes caminos de la memoria como su capacidad para perdurar y ser incesantemente remodelado, reelaborado y revisitado”⁴²⁸. Allí el análisis bien puede ser desde la larga duración histórica, sobre todo porque está pensada en un primer momento para la comprensión del sentir nacional. Lo interesante, ya lo hemos dicho, es que renueva la visión de la interpretación histórica desde eso que Nora llamó “historia en segundo grado”. Por otro lado, la HTP que se alza desde lo traumático, asume cierta negatividad en la presencia del pasado en el presente, tal como lo expone Rousso: “se trata de una historia esencialmente confrontada con

⁴²⁷ Peter Winn, “Prefacio: La batalla por la memoria histórica”, en Peter Winn, Steve Stern, Federico Lorenz y Aldo Marchesi, *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*, Santiago, LOM, 2014, p. 11-17.

⁴²⁸ Eugenia Allier, “Les lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria”, *Historia y Grafía*, N° 31, 2008, p. 167.

el duelo, la pérdida, el resentimiento, la imposible separación”⁴²⁹. Ambas visiones asumen una viabilidad para pensar la HTP, sobre todo porque se posicionan desde una epistemología donde las condiciones de comprensión están vinculadas a la contemporaneidad de aquello que no lo es. Esto dicho, y si es que hay que hacer una valoración con respecto al régimen de historicidad presentista, es la “presencia de ciertos pasados en el presente”, esos acontecimientos traumáticos que vuelven una y otra vez a generar significados diversos, los que designan un vínculo con esta forma distinta de historicidad como lo es el presentismo que hemos desarrollado desde Hartog. Por esta misma razón, los planteamientos de Stern nos parecen muchos más cercanos a Rousso que a los lugares de memoria de Nora, asunto que por lo demás el autor norteamericano deja en evidencia cuando invita al estudio de las “memorias vivas” recomendando a Rousso y su libro sobre Vichy, como un texto “más útil” que el marco conceptual de Nora⁴³⁰. Para efectos de esta investigación, los parámetros esgrimidos tanto por Nora, Rousso y Stern a la hora de comprender los vaivenes de la memoria histórica y su interpretación historiográfica, nos sirven de orientación para lo que desarrollaremos en el próximo apartado. Antes será necesario un rápido repaso por esta forma de *hacer historia* bajo la operación historiográfica de la HTP.

Como explica Enzo Traverso, son tres las transformaciones más importantes que ha tenido la disciplina historiográfica a partir de 1989,: la historia global, la vuelta al acontecimiento y el auge de la memoria⁴³¹. Como hemos explicado, los dos últimos están íntimamente relacionados. Sabido es que después del estudio sobre la sociología de la memoria de Maurice Halbwachs (*Les Cadres sociaux de la mémoire* en 1925 y su obra póstuma de 1950 *La Mémoire collective*) el problema de la memoria en las ciencias sociales se posicionó para quedarse.⁴³² Desde sus trabajos se dinamizó la hipótesis de que no sólo

⁴²⁹ Rousso, *La última catástrofe*, p. 242-243.

⁴³⁰ Stern, “De la memoria suelta a la memoria emblemática”, p. 31.

⁴³¹ Traverso, *La historia como campo de batalla*.

⁴³² En Marie-Claire Lavabre “Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria”, Anne Pérotin-Dumon *Historizar el pasado vivo en América Latina.*, <http://www.historizarelpasadovivo.cl/>

recordamos desde una primera persona, también existe un recuerdo que común. Como explica Paul Ricoeur al respecto: “la memoria individual toma posesión de sí misma precisamente a partir del sutil análisis sobre las enseñanzas de los otros (...) en otras palabras, uno no recuerda solo”⁴³³. Los aportes hechos por Halbwachs⁴³⁴ evocan a los historiadores la historicidad del recuerdo y la representación del pasado: el recuerdo no se conserva, se reconstruye a partir del presente. Hay en su propuesta, la idea de que la suma de recuerdos de un hecho o proceso histórico se cruzan con el presente de la investigación y le dan forma a un pasado vivo en el presente. Según Marie-Claire Lavabre, en *Les cadres sociaux de la mémoire* Halbwachs expone tres ideas fundamentales: a) el pasado no se conserva, se reconstruye a partir del presente; b) la memoria del pasado sólo es posible por obra de los marcos sociales de referencia con que cuentan los individuos. La memoria individual sólo tiene realidad en cuanto participa de la memoria colectiva; c) la existencia de una función social de la memoria

A medida que Pierre Nora publicaba sus voluminosos *Lieux de mémoire* (1984-1992), se ponía en práctica algo que para la ortodoxia historiadora no era costumbre: ocupar la memoria social como herramienta para explicar la historia, en este caso de Francia. Para el autor, el siglo XX propicia una historicidad que termina inundando irremediamente la tarea del historiador: las múltiples memorias de miles de sujetos que llevan marcado un “pasado que no pasa”, estableciendo una nueva relación historia/memoria no apreciada por los rescates orales de historiografías pasadas. El análisis propuesto por Nora, mirada diacrónica puesta sobre los efectos más que en los orígenes (que llamó en “segundo grado”) trajo a colación una nueva “conciencia historiográfica”⁴³⁵, generadora de pugnas y disputas entre historia y memoria.

(revisado con fecha 25-05-2017). También llamada *social memory* en el mundo anglosajón o *Geschichtskultur* para los alemanes. Según Rüsen, ésta se define por las consecuencias prácticas de la conciencia histórica en la vida de una sociedad: sus manifestaciones competen a tres dimensiones, estética, política y cognitiva.

⁴³³ Ricoeur, *La mémoire, la histoire, l'oubli*, pp. 147-148.

⁴³⁴ Marie-Claire Lavabre, “Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria”, p. 8.

⁴³⁵ Nora, *Pierre Nora en Les Lieux de mémoire*, p. 21.

Cincuenta años después de Halbwachs, Paul Ricoeur en su gran obra *La mémoire, la histoire, l'oubli* (2000) condensó una fenomenología de la memoria, una epistemología de la historia y una hermenéutica de la condición humana⁴³⁶ en vías de un trabajo de la memoria bajo la lupa de la operación historiográfica. Ricoeur parte de una hipótesis complementaria a la de Halbwachs: la atribución múltiple de la memoria. Ante la pregunta ¿quién recuerda?, Ricoeur contesta yo, tu, nosotros y todas las personas gramaticales⁴³⁷. Fundaba así una pragmática de la memoria (memoria justa) en una doble articulación: el regreso del recuerdo y la búsqueda de memoria, con la articulación de la memoria individual y la memoria colectiva. En el filósofo francés, la operación historiográfica introduce justicia a la memoria colectiva. Como expresa Dosse: “La memoria (para Ricoeur) es ese lugar a medias individual, a medias colectivo, cuya distinción con la noción de historia hace indispensable la existencia de una mediación, de un conector que será representado por el relato”⁴³⁸.

Según el historiador español Santos Juliá, la problemática de la memoria desde finales del siglo XX es una de las principales derivaciones de la “crisis de la historia”. La memoria, para Juliá, se alza como producto de los llamados estudios culturales: giros hacia el sujeto y hacia la impronta del lenguaje (giro lingüístico⁴³⁹), asuntos que han llevado a ciertas improntas: producción de identidades colectivas (con la activa participación de los Estados), la arremetida valórica de la justicia en los procesos históricos, sobre todos los de crímenes contra la humanidad y hasta la relación de éstos con los estudios postmodernos⁴⁴⁰. Para Ignacio Peiró, los agitados climas de opinión creados desde las conmemoraciones y procesos judiciales por los crímenes contra la humanidad en Francia, Alemania, Israel e Italia (al autor le falta nombrar una serie de procesos similares en Latino América) y la consolidación institucional de la HTP, han editado un alud de textos y libros

⁴³⁶ Dosse y Goldenstein, *Paul Ricoeur: penser la mémoire*, p. 9.

⁴³⁷ Ricoeur, *La mémoire, la histoire, l'oubli*, p. 734.

⁴³⁸ Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 698.

⁴³⁹ Gabriel Spiegel “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico” *Ayer*, N° 62, 2006, pp. 19-50.

⁴⁴⁰ Juliá, *Elogio de Historia en tiempos de memoria*, pp. 132-133.

que historizan la memoria en la “era de la catástrofe”⁴⁴¹. Otra respuesta al auge de la memoria en nuestros tiempos nos la entrega Enzo Traverso invocando a Walter Benjamin en los conceptos de *experiencia transmitida* y *experiencia vivida*. La primera, propia de las sociedades tradicionales, la experiencia se va forjando y transmitiendo de generación en generación de manera espontánea, formando a la vez identidades de grupos y sociedades en larga duración; la segunda, propia de la modernidad, corresponde a una experiencia volátil, efímera y frágil, típica de las sociedades individualistas. Para Traverso, la obsesión por la memoria sería explicada en la crisis de la experiencia transmitida⁴⁴².

Es en este contexto, el de la memoria como problema histórico, donde se inscribe la reflexión por la HTP. Su propia representación del pasado corresponde a un tipo de acontecimiento que es menester comprender. Tal como lo ha planteado Jaume Aurell “los textos históricos, al fin y al cabo, pueden constituirse en sí mismos como testimonios y manifestaciones de una cultura determinada”⁴⁴³. Sabemos que la historiografía, a escala global, ha experimentado una serie de transformaciones a lo largo del siglo XX que ha devenido en una diáspora de posibilidades de comprensión del pasado. En lo que respecta a este trabajo, nos interesa resaltar un cambio fundamental, a saber, que no podemos pasar por alto el estatus del presente en su forma operativa, la fuerza de lo contemporáneo, en particular su historicidad o relaciones sociales del tiempo.

Resulta ejemplificador parte del discurso inaugural de A. Dupront en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas realizado en Estocolmo en el año 1960: “la memoria colectiva es la materia misma de la historia. ¿Pero no es significativo de una mentalidad, la nuestra llamada moderna, que nosotros aun no

⁴⁴¹ Ignacio Peiró, “La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea”, *Ayer*, N° 52, 2004, pp.198.

⁴⁴² Enzo Traverso, “Historia y memoria. Notas para un debate”, en Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires. Paidós, 2007, pp. 68-69.

⁴⁴³ Jaume Aurell, *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universidad de Valencia, 2005, p. 21.

la hayamos diferenciado casi como materia de estudio?”⁴⁴⁴. Dos cosas al respecto. Los intelectuales fundadores del problema de la memoria en las Ciencias Sociales contemporáneas son Bergson y Halbwachs, si bien son anteriores a 1960, no parecen haber tenido eco en la historiografía de aquellos años; también, que las palabras de Dupront parecen mostrar una disciplina que aún se esforzaba por las mentalidades, por el “pasado histórico”, no por el pasado en el presente. Será desde los años ochenta que el problema de la memoria entrará de lleno en la historiografía de la mano de los textos fundadores, autores arriba citados, jalonados por la misma historicidad del siglo XX, en particular por las huellas dolorosas de las guerras mundiales y en especial del exterminio judío a manos de los nazis. Bastante se ha dicho sobre eso. Con todo, son los diversos cambios desde el *giro lingüístico* y su corolario en el llamado *giro histórico* los que han venido produciendo una atención especial sobre el individuo, la acción del sujeto y por tanto en el problema de la experiencia, lo que en palabra recientes (publicación de la EHESS en homenaje a Jacques Revel) de G. Spiegel, ha permitido la integración de la memoria en el estudio del pasado⁴⁴⁵.

Solo agregar con Paolo Virno la dificultad que parecen presentar las sociedades actuales acerca de la vivencia de la experiencia del pasado. Nos hemos transformado en una especie de espectadores del presente, no actores principales con algún grado de responsabilidad ante nuestros propios actos, problema que aqueja por cierto a un desencanto con la idea de futuro, como expresa, “la historia se detiene porque la memoria deviene hipertrófica, la hipertrofia de la memoria, que inhibe el actuar histórico”⁴⁴⁶.

La HTP presenta una serie de problemáticas para su definición, tal como lo expresara Koselleck al mostrar su incongruencia semántica argumentando, entre otras cosas, que toda historia tuvo un presente fáctico⁴⁴⁷. No pretendemos dar la

⁴⁴⁴ Citado por Josefina Cuesta Bustillo, “Memoria e Historia. Un estado de la cuestión”, p. 203.

⁴⁴⁵ Gabrielle Spiegel, “L’expérience entre histoire et mémoire”.

⁴⁴⁶ Paolo Virno, *El recuerdo del presente. Ensayo sobre el tiempo histórico*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 54.

⁴⁴⁷ Koselleck, *Los estratos del tiempo, estudios sobre la historia*, pp. 115-134.

nuestra, sí establecer un marco desde donde comprenderla. Nacida desde los años setenta y consolidada en Europa desde los ochenta (para el caso chileno y latinoamericano desde los noventa) la HTP busca establecer las relaciones históricas entre el presente y un pasado que no está cerrado precisamente, porque dialoga y se nutre desde la memoria de sujetos y grupos que significan sus pasados. En este sentido, la famosa frase de los “pasados que no pasan” de Rousso sigue teniendo relevancia. Cuando el reconocido historiador francés –hoy director de investigación del Instituto de Historia del Tiempo Presente de París – establecía las relaciones de la HTP y la filosofía de Paul Ricoeur, expresaba que la HTP corresponde a un fenómeno inacabado, pues corresponde a toda HTP confrontarse permanentemente con la memoria, no de manera matriarcal, sino simultánea. Para Rousso, historia y memoria se funden en la HTP, y lo que expresa así: “la narración científica y la narración de la experiencia se expresan en un mismo lugar, un mismo tiempo y en una situación de relativa igualdad social”⁴⁴⁸.

Debemos también al fundador del Instituto de Historia del Tiempo Presente –François Bédarida –la relación vinculante entre historicidad e HTP. Luego de años de publicaciones y reflexión disciplinar con respecto a lo que nos aqueja, Bédarida estructura y entiende la HTP en base a tres niveles: la abertura de un campo historiográfico que había estado vedado: lo contemporáneo; un nuevo “taller de la historia” con herramientas como el testimonio oral, el video, el cine, etc.; y un giro epistemológico configurado en una comprensión del tiempo que se entiende desde el binomio objeto-pasado/historiador-presente⁴⁴⁹

⁴⁴⁸ Henry Rousso, “La datte non acquittée. Paul Ricoeur, la mémoire et le présent”, p. 44-45.

⁴⁴⁹ François Bédarida “Le temps présent et l’historiographie contemporaine”, p. 155. Hugo Fazio ha desarrollado ideas a fines al asociar el estatuto del presente en la construcción historiográfica actual en relación a la modernidad-mundo. Establece que la HTP es, ante todo, una nueva forma del estudio del pasado que da cuenta de un nuevo régimen de historicidad, estableciendo la relación indisociable entre HTP e historicidad, problema del cual nos hacemos parte con entusiasmo, en Hugo Fazio, “La historia del tiempo presente y la modernidad mundo”. Llama la atención que en esta primera reflexión del año 2007 el autor use el concepto de “régimen de historicidad” sin mayor profundidad y sin establecer relación con la teoría de Hartog. En un segundo momento, ahonda en la problemática y sí acude al historiador francés, ver *La historia y el presente en el espejo de la globalización* (2008).

Julio Aróstegui explica que la HTP⁴⁵⁰ corresponde a un enfoque historiográfico comprendido desde el concepto de “historia vivida”⁴⁵¹. Aróstegui hizo énfasis en el análisis histórico de la realidad social y cultural asociado a la coetaneidad entre vivencia e historia, aquella que se puede escuchar de los testigos, asumiendo el problema generacional de la memoria como uno de sus puntos más importantes. Podemos sumar a su planteamiento, creemos, aduciendo la existencia de dos tesis que refuerzan el argumento del historiador español. Por un lado lo ya dicho, la HTP comienza, según Henry Rousso, con la “última catástrofe”, con la fuerza del hecho histórico que por su impacto deviene en acontecimiento que una y otra vez vuelve sobre el presente desde múltiples representaciones⁴⁵²; por otro, que la escritura de la historia se inscribe desde un paradigma que engloba la muerte como problema de distancia y deuda⁴⁵³, asunto que guarda directa relación con el problema de la verdad en historiografía, pues imprime un trabajo de responsabilidad del historiador con los muertos narrados y más aún – habrá que agregar – con los testigos oculares y vivenciales que desde

⁴⁵⁰ No desarrollaremos uno a uno el qué se ha escrito con respecto a la HTP, ya nos hemos detenido desde tres referencias esenciales: Nora, Rousso y Stern. Aun así, las referencias obligadas para comprender la HTP son, a nuestro juicio: *Cuadernos de historia contemporánea* N° 20, 1998 y revista *Ayer* N° 32, 1998. En particular: Josefina Cuesta Bustillo, “Memoria e historia: un estado de la cuestión” *Ayer*, N° 32, 1998, pp. 203-246; Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; François Bédarida “Le temps présent et l’historiographie contemporaine” *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, N° 69, 2001, pp. 153-160; Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza, 2004; Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007; Hugo Fazio, *La historia y el presente en el espejo de la globalización*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2008; Juan Andrés Bresciano (comp.), *El tiempo presente como campo historiográfico. Ensayos teóricos y estudios de casos*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur, 2010; Gerardo Necochea y Antonio Torres (comp.), *Caminos de historia y memoria en América Latina*, Buenos Aires, RELAHO, 2011; Peter Winn, Steve Stern, Federico Lorenz y Aldo Marchesi *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*, Santiago, LOM, 2013, Philippe Joutard, *Histoire et mémoires, conflits et Alliance*, Paris, La Découverte, 2013; Patricia Flier (comp.) *Dilemas, apuestas y reflexiones teórico-metodológicas para los abordajes en Historia Reciente*, Argentina, Universidad Nacional de la Plata, 2014; Eugenia Allier y Emilio Crenzel (coord.) *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política*, México, Universidad Autónoma de México, 2015.

⁴⁵¹ Aróstegui, *La historia vivida*, 52-102. También Gonzalo Pasamar *La historia contemporánea. Aspecto teóricos e historiográficos*, Madrid, Síntesis, 2000; François Dosse “El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix”.

⁴⁵² Henry Rousso, *La última catástrofe*.

⁴⁵³ Paul Ricoeur, “La distancia temporal y la muerte en historia” en Delacroix, Dosse y García (Dir.) *Historicidades*, pp. 15-30.

el testimonio se presentan como herramientas para dar *sentido histórico* a la memoria, el caso de la HTP. Los tres autores coinciden en que es la coetaneidad entre historiador y testimonios lo que asigna nuevo valor a esta forma de escribir la historia.⁴⁵⁴

Siguiendo el argumento de Rousso, debemos apuntar a que la fuerza del recordar hechos pasados en la memoria social, y con ello en el trabajo historiográfico, corresponde a lógicas relacionadas con la representación de acontecimientos límites: matanzas, dictaduras, genocidios y otros fenómenos sociales que asociamos, directa o indirectamente, a la experiencia del *trauma*⁴⁵⁵. Ambos problemas conjugan en trabajos y deberes de memoria y justicia. El siglo XX es sin lugar a dudas un tiempo en el que se vieron sucedidos una serie de acontecimiento violentos generadores de este tipo de realidades, donde el Holocausto⁴⁵⁶ ha tomado la bandera representativa para buena parte de las narraciones (sean históricas o literarias), aunque no debemos olvidar con Tony Judt, que la memoria del Holocausto no se presenta en los años posteriores a 1945, es un fenómeno que germina en los años ochenta y que es posterior a 1989⁴⁵⁷ cuando arremete con fuerza en la historiografía, año que no es menester presentar, y que coincide con lo que Hartog denomina el año iniciador, simbólicamente por cierto, del *presentismo*.

⁴⁵⁴ Es preciso hablar de *fuentes orales* y no de una historia oral, concepto que lleva a mal entendidos. Ver Paul Thompson, *The voice of the past. Oral History*, New York, Oxford, 1988. En especial ver capítulos 2,3,4 y 5.

⁴⁵⁵ Para una revisión crítica del concepto freudiano y del trauma en la historiografía ver Silvana Veto "El Holocausto como acontecimiento traumático. Acerca de la incorporación del concepto freudiano de trauma en la historiografía del Holocausto" *Revista de Psicología*, Nº 20, vol. 1, 2011, pp. 127-152

⁴⁵⁶ Una visión crítica de la utilización del Holocausto como bandera de lucha lo hace el filósofo español Manuel Cruz. Evocando la metáfora de Peter Novick del Holocausto como religión civil del mundo occidental, Cruz señala: "una religión que culmina la operación, iniciada por el pensamiento conservador en la segunda mitad del siglo XX, de vaciar de todo contenido el presente y liquidar el futuro, dejando como único ámbito de referencia el pasado, a cuya horrorizada contemplación (...) deberíamos dedicarnos en exclusiva", en Manuel Cruz, "El pasado, caballo de Troya del futuro" en Mudrovic y Rabotnikof, *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria*, p. 181

⁴⁵⁷ Tony Judt, "Desde la casa de los muertos. Sobre la memoria europea moderna", en *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 1145-1183.

Como expresa el mismo Rousso, debemos asociar el problema de la memoria en una escala global del trabajo del recuerdo hacia fenómenos dolorosos y criminales en vías de la reparación, justicia y lucha contra el olvido, en donde el lugar de la víctima y el testigo juegan un papel principal⁴⁵⁸. Siguiendo esta línea argumentativa, Hartog denomina ciertas palabras o ideas fuerza de nuestro presente, todos ellos conceptos según el autor, ineludibles para la comprensión de lo contemporáneo, del *presentismo*: memoria, conmemoración, patrimonio, identidad, crímenes contra la humanidad, víctima y testigo⁴⁵⁹. La sola evocación de ellas nos invita a pensar la HTP desde la memoria y el dolor⁴⁶⁰, desde huellas de memorias heridas, *afectadas* por el pasado.

4. El historiador del tiempo presente: un sujeto *afectado* por el pasado

Bajo la lógica que hemos seguido, el historiador del tiempo presente se ha posicionado tanto, testigo de su época como marcado, afectado por los acontecimientos que, o bien ha vivido directamente, o lo han determinado por un asunto generacional de proximidad y empatía ante ciertos momentos históricos⁴⁶¹. A estas marcas del pasado próximo se refería Hobsbawm cuando argumentaba, en la introducción al tercer tomo de su clásica trilogía, la diferencia en la “relación con el pasado” entre las generaciones que sucedieron 1914 con generaciones remotas. El historiador británico, sin entrar en detalle, adelanta algo crucial para nuestra investigación, la relación “emocional” con el pasado, lugar que abriga nuestro eso del “estar afectado”. Expresaba,

⁴⁵⁸ Henry Rousso, “Hacia una globalización de la memoria” *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, Puesto en línea el 18 septiembre 2015, (consultado el 14 diciembre 2017). <http://nuevomundo.revues.org/68429>

⁴⁵⁹ Hartog, *Croire en l'histoire*, 49.

⁴⁶⁰ Somos conscientes de una discusión que todavía no está zanjada: ¿debe la HTP ser asociada solamente a pasados traumáticos? Es una pregunta por resolver. Para efectos de este trabajo se circunscribe HTP en relación a pasados traumáticos.

⁴⁶¹ Dominick LaCapra designa el papel del historiador, bajo esta perspectiva, como “testigo secundario”, en *Historia y memoria después de Auschwitz*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 35.

no pretendo afirmar que el pasado más remoto carezca de significación para nosotros, sino que nuestra relación con ese pasado es diferente. Cuando se trata de épocas remotas sabemos que nos situamos ante ellas como individuos extraños y ajenos (...) Cuando esas épocas son cronológicas, geográficas o emocionalmente lo bastante remotas, sólo pueden sobrevivir a través de los restos inanimados de los muertos: palabras y símbolos escritos, impresos o grabados; objetos materiales o imágenes⁴⁶².

De esta manera, el historiador del tiempo presente entra en la crítica histórica y el análisis de construcción del conocimiento del pasado que él mismo proyecta transformándose en lo que Rousso expresa como un verdadero “vector de memoria”⁴⁶³. Esta idea nos seguirá hasta finalizar nuestra investigación, toda vez que asume un sujeto de acción que orienta el tiempo histórico y le da sentido.

La HTP es heredera del cambio paradigmático en la valoración del acontecimiento histórico y la devaluación de la historia netamente estructuralista que había borrado al sujeto y el acontecimiento. Es la revaloración de éstos los que permiten una serie de construcciones que van más allá del mismo, y que son por tanto generadores de sentido histórico en el tiempo. Es acá donde, creemos, nuestra propuesta cobra relevancia. Con el objetivo de escrutar reflexivamente nuestra matriz disciplinar en la figura de la HTP, se propone pensar – junto con la relación escritura/historicidad en la tensión régimen de historicidad y régimen historiográfico – el *sentido histórico* de la HTP, donde los aportes teóricos de Paul Ricoeur y Jörn Rüsen nos resultan fundamentales

¿Qué vamos a entender por sentido histórico? El historiador alemán Jörn Rüsen nos orienta: “el sentido histórico es tiempo interpretado, integrado en la orientación y la motivación de las acciones humanas, y puesto de relieve en la manera y la medida del sufrimiento humano”⁴⁶⁴. El sentido histórico para Rüsen es la configuración de tres componentes: percepción, interpretación y orientación,

⁴⁶² Eric Hobsbawm, *La era del Imperio 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 12.

⁴⁶³ Henry Rousso, “La trayectoria de un historiador del tiempo presente”, en Anne Pérotin-Dumon *Historizar el pasado vivo en América Latina*, www.historizarelpasadovivo.cl (consultado 25-6-2017).

⁴⁶⁴ Jörn Rüsen, *Tiempo en ruptura*, 66.

categorías que permiten, si son puestas bajo el alero de la operación historiográfica de la HTP, establecer que necesitan del futuro como posibilidad abierta, pues no está exento el sentido histórico de la dimensión funcional que el autor alemán vincula a la interpretación del tiempo para la orientación de la acción, la cual agregamos, no es solamente la acción intelectual del historiador, sino también la del lector.

Encontramos en la propuesta de Rüsen un símil con lo expuesto a mediados de los ochenta por Ricoeur, cuando finalizaba el tomo tres de *Tiempo y narración*. Ricoeur nos muestra un sujeto de la acción (voluntaria e involuntaria: sujeto capaz de alcanzar la “sabiduría práctica”) que nos remite a lo que llamó *cogito herido* –alejándose así de la excesiva confianza ilustrada desde Descartes –, postura filosófica del sujeto falible que siente, actúa y también sufre⁴⁶⁵. La historiografía entendida como una práctica social generadora de sentido puede entonces ser vista como una forma de interpretar el tiempo (el tiempo histórico según Ricoeur), donde sus motivaciones y orientaciones parten – para el caso de la HTP – desde acontecimientos generadores de dolor, trauma y conflictos; estos conforman un entramado social de pugnas y luchas por memoria, justicia y verdad, donde la figura del testigo y su palabra posibilita, junto con una batería metodológica, la llamada HTP. El historiador es parte así de la producción de sentido histórico, con la salvedad, que juega un rol generacional (de contemporaneidad) en la estructuración en el tiempo de acontecimientos que se interpretan constantemente. Al poner en práctica la teoría generacional de Karl Mannheim⁴⁶⁶, diremos que el historiador del tiempo presente ocupa una “posición generacional” que implica espacios y formas socio-históricas compartidas con otros sujetos (más allá de las fechas de nacimiento), y es partícipe de una “conexión generacional” en la participación de un proyecto común denominado

⁴⁶⁵ “contrariamente a la tradición del cogito y a la pretensión del sujeto de conocerse a sí mismo por una intuición inmediata, sostengo que no nos comprendemos más que por el gran rodeo de los signos de la humanidad depositados en las obras de la cultura” Paul Ricoeur, *Del Texto a la acción. Ensayos de hermenéutica* II, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 95-108

⁴⁶⁶ Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, *Reis*, N° 62, 1993, pp. 193-242.

HTP, una identidad narrativa. Al empujar hacia la historización, ciertos acontecimientos dolorosos –como el caso de las dictaduras latinoamericanas y los vejámenes que llevaron a cabo o la Shoah para el caso europeo – han provocado que el sujeto historiador trabaje por la necesidad de aportar “más verdad a la justicia” (Ricoeur), estableciendo el trabajo memorial como parte de sus posibilidades.

Mencionábamos más arriba la deuda del historiador del tiempo presente con los testigos, problema de una ética de la historiografía, sobre todo ante el carácter genealógico de la HTP con la llamada “última catástrofe” o la memoria del trauma del cual, hemos dicho, es parte desde la “posición generacional” de su accionar en el mundo con el pasado que estudia. Hay que enfatizar que eso responde, desde el plano teórico, a la relación y tensión entre pasado y presente. La corta distancia temporal que hay entre escritura de la HTP y acontecimiento fundador corresponde a un intervalo vivo de experiencia que transmite y genera sentido histórico gracias a la marca del pasado con el sujeto observador, el historiador. Ricoeur extrae de la experiencia ontológica del padecer y sufrir, una estructura primitiva: *ser-afectado-por-el-pasado*⁴⁶⁷. Al tomar por herramienta esta elucubración filosófica, la operación historiográfica del tiempo presente se entiende desde la vivencia e historicidad de sujeto historiador con respecto del pasado que intenta escrutar, relación distinta del historiador de tiempos remotos, quien no puede acceder a un tipo de memoria quizás más directa (llámese su propia experiencia o el registro oral de otros). La experiencia del tiempo personal y colectivo se inscribe bajo la óptica del observador que experimentó la “última catástrofe” o bien ha desarrollado un sentimiento de empatía con respecto al acontecimiento. Conformada como escuela historiográfica en su asentamiento a nivel global, la HTP se nos presenta a la vez como un fenómeno de identidad narrativa.

La HTP se muestra bajo esta lógica como experiencia del tiempo, como narración del tiempo bajo la lógica ricoeuriana. Si vamos a poner en práctica su

⁴⁶⁷ Ricoeur, *Temps et récit III*, 391.

concepto *representancia*, tendremos que decir que el historiador del tiempo presente adhiere historicidad a su trabajo precisamente porque hace interpretación del tiempo, la orienta en un proyecto historiográfico y representa un pasado. Volveremos sobre ello.

No es coincidencia que Rousso acudiera a la figura de Pierre Vidal-Naquet para argumentar su larga distinción de la HTP como campo historiográfico. Historiador de la antigüedad, Vidal-Naquet fue un intelectual comprometido con su tiempo. Rousso aclara que fue “hijo de deportados” para luego exponer que en los años ochenta el historiador francés dedicó esfuerzos por establecer una memoria de la Shoah⁴⁶⁸. Pero habría que agregar algo más, información que de seguro Rousso da por sabida para el lector francés, pero que no está demás recalcar. Vidal-Naquet quedó huérfano de padres poco antes de terminada la Segunda Guerra Mundial, sus progenitores Lucien y Margot (campesinos judíos) terminarán sus días en Auschwitz ¿Por qué Rousso ocupa el ejemplo del gran historiador de la Antigüedad? A nuestro juicio, a lo menos por dos razones: una está textual en su escritura, la segunda no, ambas están indisolublemente ligadas a la noción de HTP. La primera es la relación evidente en esta historiografía con el trabajo de la “verdad” y el sentido que hacemos de ella desde el trabajo historiográfico. Lo realmente ocurrido en el pasado no puede quedar bajo un manto de dudas, es tal la impronta de miles de memorias europeas marcadas por el régimen nazi, que como Vidal-Naquet, no pueden sino aspirar al establecimiento de la verdad. Es un acto de justicia ante la “catástrofe”:

Esta actitud, muy extendida en la escritura reciente de la Historia del Tiempo Presente, demuestra hasta qué punto al enfrentar la herencia a corto o mediano plazo de una catástrofe o una gran convulsión el historiador de lo contemporáneo debe enfrentar desafíos que sobrepasan por mucho el simple ejercicio intelectual y académico. Estos desafíos tienen por objeto la búsqueda de la verdad, la consideración de todos los sufrimientos vividos, la urgencia de zanjar entre el bien y el mal, la necesidad a menudo tensa y angustiada de

⁴⁶⁸ *Ibid*, p. 60.

una narración, incluso imperfecta, que haga sentido con posterioridad al acontecimiento⁴⁶⁹.

Ya lo hemos adelantado: el problema de la verdad se nos presenta como un nudo central para la HTP, Rousso en este caso viene a consolidar toda una variada y nutrida lista de historiografía del tiempo presente que ha detenido en aquello, que la verdad del acontecimiento motiva una suerte de aspiración de justicia ineludible para el historiador del tiempo presente. No decimos nada nuevo. Nuestro aporte a la discusión viene en la interpretación que hacemos del uso de Vidal-Naquet. Nuestra lectura del texto de Rousso observa también, como segundo punto, que se ocupa su ejemplo porque representa aquel historiador que no puede deshacerse del pasado personal que lleva inscrito ¿Acaso Vidal-Naquet puede desprenderse de su pasado y olvidar que sus padres fueron asesinados en el campo de concentración al momento de pensar su presente histórico?, ¿acaso su vida no quedó marcada, *afectada*, por ese pasado que nunca dejó de pensar al estimar que un hecho así de doloroso no se olvida? Resulta interesante el uso que hace nuestro autor del historiador citado, toda vez que, si bien no fue un historiador del tiempo presente, le sirve a Rousso para dar cuenta de la afiliación política – y con esto no queremos decir “partido político” – del sujeto en cuestión con su pasado.

Es evidente que Vidal-Naquet fue un sujeto *afectado por su pasado*, y si bien Rousso no es enfático en decirlo ni menos en desarrollarlo – no es su objetivo, digámoslo claro – constituye una herramienta fundamental pensar la HTP y su operatividad en base a esta noción ontológica que hemos rescatado de Ricoeur. Si a esto sumamos que la HTP no se queda en la primera generación de sujetos que, de alguna manera, experimentaron esa catástrofe de forma directa, podremos comprender mejor esta irrupción del tiempo presente en la historiografía que sobrepasa la experiencia directa y nos obliga a pensar el problema generacional en la construcción de este campo del saber histórico. En este punto, siguiendo a Ricoeur y su estar *afectado por el pasado*, acudiremos al ya

⁴⁶⁹ *Ibidem*, p. 62-63.

comentado Mannheim y por cierto al fenómeno de la transmisión de esa catástrofe: la *postmemoria*. La “posición generacional” del historiador del tiempo presente también se puede aplicar para aquel sujeto que no vivió directamente los acontecimientos traumáticos, como es el caso de historiadores chilenos que hoy estudian el 11 de setiembre y/o sus repercusiones, o que de alguna u otra manera estudian el Chile reciente pero que no pueden eludir las repercusiones de 17 años de dictadura en la vida social. Si bien aplica en contextos distintos, desde un punto de vista teórico, la postmemoria aplicada a la historiografía del tiempo presente y bajo la tesis de Rousso, nos sirve de aliciente para comprender que el estar *afectado* por un pasado no puede quedar solamente bajo el sujeto contemporáneo del acontecimiento fundador. Como no es difícil inferir, el problema de la catástrofe nos lleva al fenómeno del trauma.

Al respecto resulta esclarecedor acudir a los aportes teóricos del historiador norteamericano Dominique LaCapra desde el uso que hace de conceptos como trauma y transferencia, tópicos psicoanalíticos que ligamos a las repercusiones en la vivencia de acontecimientos límite, a la idea de víctima, al testigo y por consiguiente a la HTP dentro de un régimen de historicidad que ya no corresponde al pasado histórico como tal, sino al pasado presente. Lo que nos interesa recalcar es que la relación con el pasado que presenta el historiador e historiadora del tiempo presente, desde el estar *afectado* por el pasado, no es más que una propia pugna entre memoria e historia personal, donde la empatía con respecto al trauma y la catástrofe le hacen establecer un trabajo operativo desde la memoria hacia la historiografía, en su caso, la HTP.

No estamos en condiciones de dar cuenta de un juicio teórico de los aportes del psicoanálisis con respecto a los efectos del trauma a nivel social. Para ello aplaudimos los aportes de LaCapra⁴⁷⁰, Fernando Betancourt⁴⁷¹ y Silvana Vetö⁴⁷²,

⁴⁷⁰ Dominique LaCapra, *Historia en tránsito: experiencia, identidad y teoría crítica*, Buenos Aires, FCE, 2006.

⁴⁷¹ Fernando Betancourt, “Intersubjetividad, cognición y sistema: acercamientos epistemológicos al psicoanálisis freudiano y a la disciplina histórica”, *Historia y Grafía*, N° 40, 2013, pp. 193-225.

entre otros, quienes han incursionado en los beneficios que el estudio de la práctica y teoría psicoanalítica puede entregar a la interpretación histórica.

Ya en 1970 Michel de Certeau criticaba la poca sistematización de los historiadores y científicos sociales con respecto a los usos de nociones provenientes del psicoanálisis para sus interpretaciones:

Tal vez esta nota sea también una reacción contra cierta manera de *servirse* del psicoanálisis. Un buen número de etnología e historia demuestran que el uso de los conceptos psicoanalíticos corre el riesgo de convertirse en una nueva retórica, de transformarlos en figuras de estilo. El recurso a la muerte del Padre, a Edipo o la transferencia, sirve para todo. Como se supone que estos conceptos freudianos pueden utilizarse para cualquier cosa, no es raro que las introduzcan en las regiones oscuras de la historia. Desgraciadamente, sólo son objetos decorativos si su único fin es señalar o cubrir públicamente lo que el historiador no comprende (...) dan testimonio de una ignorancia⁴⁷³.

Lo que nos interesa recalcar es la posición epistemológica con respecto a la escritura de la historia que LaCapra presenta desde su lectura del psicoanálisis, posicionándose en una vereda distinta tanto del positivismo historiográfico – que llama “modelo de investigación autosuficiente” – y el constructivismo radical (que ya hemos puesto en discusión desde la relación Ricoeur-Chartier). Critica las posiciones de White y Ankersmit con respecto al estudio del trauma, explicando con respecto al paradigma constructivista radical:

para el cual las aseveraciones que entrañan una reivindicación de verdad incumben en el mejor de los casos a los acontecimientos y tienen una importancia limitada, incluso marginal. Por el contrario, lo esencial son los factores performativos, figurativos, estéticos, retóricos ideológicos y políticos que “construyen” las estructuras – relatos, tramas, argumentaciones, interpretaciones, explicaciones –

⁴⁷² Silvana Vetö, “El Holocausto como acontecimiento traumático. Acerca de la incorporación del concepto freudiano de trauma en la historiografía del Holocausto”, *Revista de Psicología*, Vol. 20 N°1, 2011, pp. 127-152.

⁴⁷³ De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 274.

en las cuales las aseveraciones están incluidas y de las cuales extraen su sentido e importancia⁴⁷⁴.

LaCapra intenta desmarcarse de ambos paradigmas en vías de poder analizar y entregar un marco de comprensión plausible al problema del trauma, centro neurálgico del impulso de la escritura de la historia del presente y sus debates con respecto al problema memorial, sobre todo si hacemos el enlace con la tesis de Rousso y la centralidad de la “última catástrofe”. No olvidemos que esto es uno de los aspectos esenciales que hacen en Hartog caracterizar un nuevo régimen de historicidad, el comentado presentismo, donde el pasado ya no es solamente lo ajeno (ese pasado histórico al que hace mención Mudrovic), sino que parte de él – donde el historiador pertenece generacionalmente – se presenta como ese “pasado que no pasa”, precisamente por su evocación traumática a partir de crímenes, genocidios e injusticias sociales que marcaron un antes y un después a comunidades enteras. Al respecto, Rousso señala:

El régimen de la imprescriptibilidad aplicado de manera efectiva a crímenes de naturaleza política no sólo tiene que ver con la existencia desde una categoría que ha existido siempre en ciertos sistemas jurídicos (...) sino también con un régimen de historicidad particular. Este elimina la distancia entre el pasado y el presente, y nos vuelve (...) artificialmente contemporáneos de sufrimientos soportados no sólo por algunos, sino por toda una colectividad⁴⁷⁵.

Entonces el presentismo es la estructura temporal que, como veremos más adelante, configura de algún modo la *condición histórica* propia del sujeto que escruta el tiempo presente. Antes de eso, cabe mencionar que el hecho de hacer historia del tiempo presente compartiendo una posición generacional con respecto al propio objeto de estudio, conlleva un grado de intersubjetividad que es menester problematizar. En este sentido, al igual que en Ricoeur, LaCapra entiende que la memoria es complementaria al discurso historiador. Distingue dos modos de ordenar los acontecimientos que de la experiencia saltan a la memoria, dos

⁴⁷⁴ Dominique LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, p. 27.

⁴⁷⁵ Rousso, *La última catástrofe*, p. 186.

registros que se complementan y dan sentido al pasado en el presente, los llama memoria primaria y secundaria. Al respecto señala:

La primera es la de una persona que ha pasado por acontecimientos y los recuerda de una manera determinada (...). La memoria secundaria es resultado de un trabajo crítico con la memoria primaria, ya sea a cargo de la persona que pasó por las experiencias relevantes o, lo que es más habitual, por un analista, observador o testigo secundario como el historiador. El participante y el observador-participante se encuentran en el terreno de la memoria secundaria..⁴⁷⁶

Como se puede inferir, la historia sirve para someter a prueba la memoria. En esto no hay mayor relevancia, se ha expuesto en innumerables ocasiones por parte de los comentaristas de las disputas entre memoria e historia. Lo que interesa a esta investigación es someter este fenómeno al sujeto mismo que hace HTP. Esto no implica pensar, es importante recalcar, que todo historiador e historiadora del tiempo presente es a la vez testigo y/o víctima del acontecimiento límite, esto sería minimizar la problemática. Nos interesa apuntar al tipo de relación que establece con el pasado que intenta explicar, asunto que desarrollaremos a continuación. Antes, volvamos a lo que el psicoanálisis nos puede entregar para dar inteligibilidad del *sujeto afectado por el pasado*.

Sabemos que el motor de la historia del tiempo presente está en la capacidad de acceder a la memoria primaria mediante la escucha de la voz de los testigos. Es la elaboración del recuerdo el eje que atraviesa toda práctica crítica de la memoria puesta bajo la operación historiográfica del tiempo presente. El testimonio es aquello que permite en términos psicoanalíticos la posibilidad de transferencia, entendida como la condición de posibilidad para el tratamiento y la interpretación psicoanalítica. La captura del lenguaje del inconsciente en el discurso del sujeto es el trabajo clínico en sí, y aunque no pretendemos establecer una relación entre historiador y psicoanalista, sí nos interesa establecer que la elaboración del recuerdo es un acto de transferencia que implica una observación

⁴⁷⁶ LaCapra, *Historia y memoria después de Auschwitz*, p. 35.

de segundo grado por la empatía entre observador y acontecimiento traumático, lugar donde habita el recuerdo del testigo. Al respecto expresa LaCapra:

El testimonio es una fuente fundamental para la historia. Y es más que una fuente. Le plantea a la historia desafíos diferentes. Pues pone en evidencia que los historiadores u otros analistas se convierten en testigos secundarios, que allí hay una relación trasferencial y que debe elaborarse una posición subjetiva adecuada respecto del testigo en su testimonio. Aquí la transferencia implica la tendencia a quedar emocionalmente involucrado con el testigo y su testimonio...⁴⁷⁷.

Ahora bien, LaCapra no distingue con exactitud por qué razones el observador queda “emocionalmente involucrado” con el testigo. Si bien es razonable imaginar grados de empatía con respecto a quien observa el discurso traumático y doloroso, no por esto se explica tal involucramiento. Esto radica en el tipo de relación que tiene el observador con respecto al pasado que espera explicar, y cuando decimos al tipo de relación nos referimos a los grados de concatenación temporal existentes entre el pasado y el presente. No olvidemos que el estar *afectado por el pasado* es – en el Ricoeur de *Tiempo y narración* III – la condición de posibilidad para pensar la conciencia histórica, asunto que también trataremos. El problema por ahora radica en orientar al lector a que considere que al “relacionarnos” con el pasado, no solamente estamos estableciendo una dialéctica presente-pasado, también puede darse la relación pasado-futuro.

El sujeto historiador que hace HTP está *afectado* por ese pasado precisamente porque espera darle una coherencia narrativa y explicativa proyectando en su escritura algún tipo de acción. Si bien la empatía es parte constituyente de su narración histórica – ya que como explica el mismo LaCapra en un texto anterior “la empatía es una suerte de vivencia virtual, viaria (...) en la cual la respuesta emocional va acompañada de respeto por el otro y la conciencia de que la vivencia del otro no es propia”⁴⁷⁸ – la implicancia emocional del sujeto

⁴⁷⁷ Dominique LaCapra, *Historia y memoria después de Auschwitz*, p. 25.

⁴⁷⁸ LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, p. 62.

observador con respecto al pasado no radica en ese *otro* sin más, sino en ese *otro* con respecto al observador mismo. Ambos esperan que ese pasado sea generador de acción para el futuro. Esto distingue de manera radical el pasado histórico con el pasado presente, y hace de esta forma de hacer historia un problema para la teoría de la historia que esta investigación intenta problematizar para su comprensión.

Es la vivencia virtual que se comprende desde la empatía por el dolor de *otros* la que ha permitido que otra generación de sujetos historiadores continúe haciendo historia de la experiencia memorial no siendo contemporáneos directos con los testigos ni con la experiencia de historiadores más cercanos a los acontecimientos estudiados. Esta cuestión intelectual y teórica no deja de tener relación con los comentarios hechos en el capítulo anterior con respecto del problema generacional que rescatamos del trabajo de Mannheim. La comentada “posición generacional” implica la voluntad de compartir visiones del mundo más allá de las fechas de nacimiento. Nos habla de hacer común algo que podría no haber vivido nunca el sujeto en cuestión. Esto es lo que le pasa al historiador del presente que no ha sido contemporáneo de vivencias traumáticas o dolorosas, pero que desde la empatía asume una “conexión generacional” con las víctimas, ya que comparte la necesidad de proyección de acción en la no repetición de hechos como los que se ha vivido.

El fenómeno reciente llamado postmemoria guarda relación con lo que hemos comentado, toda vez que hoy existen sujetos que, estudiando desde la historia del tiempo presente acontecimientos que no le han sido contemporáneos, se sumergen desde una posición generacional y empática en la comprensión de dichos sucesos. La postmemoria, explica Marianne Kirsch, “describe la relación de la generación del después con el trauma personal, colectivo y cultural de la generación anterior, es decir, su relación con las experiencias que recuerdan a

través de los relatos, imágenes y comportamientos en medio de los que crecieron”⁴⁷⁹.

Como se podrá observar el problema central de esta tesis doctoral sigue siendo la tensión entre memoria e historia, pero en una perspectiva del sujeto que mira el pasado reciente con vocación de historiador, sin que por esto se pueda desligar tal problemática de los cimientos estructurales, los cuales para esta investigación son de orden temporal: régimen de historicidad proyectado en régimen historiográfico.

Ya sabemos que el fenómeno de las desavenencias entre historia y memoria ha sido largamente tratado por la historiografía–, pero faltaba una mirada teórica centrada en el por qué de esa producción. En este sentido, la propuesta apunta a un conflicto emocional del sujeto con respecto a su propia memoria intergeneracional, tal como lo expusiera Lacapra. Si bien nos parece fundamental apoyarnos en la propuesta de Rousso con respecto a que la HTP nace de la última catástrofe, falta en esa propuesta – y en toda la literatura que ha tratado de dar inteligibilidad al fenómeno – una mirada a la profundidad psico-social del historiador/a que intenta dar cuenta del pasado reciente.

El *ser afectado por el pasado* es una herramienta ontológica que no se queda sólo en el plano filosófico, sirve para complejizar la disciplina que ha roto con la clásica mirada de la distancia temporal con respecto al objeto histórico. No es sólo el “acontecimiento monstruo” (así lo propuso Pierre Nora mucho antes de Rousso) o la “última catástrofe” la generadora de esta nueva relación con el tiempo que ha devenido en esos “pasados que no pasan”, sino más bien el efecto de ese acontecimiento sobre los sujetos. El acontecimiento es el impulso evocador, pero son las marcas del pasado en la memoria personal y colectiva – tipo de relación material del presente con el pasado vista en la perspectiva de Herman Paul – las generadoras de una posición historiográfica renovada que ha

⁴⁷⁹ Marianne Hirsch, *La generación de la postmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*, Madrid, Carpe Noctem, 2015, p. 19.

roto con la postura clásica de la distancia temporal para una “objetiva” representación historiadora.

La literatura clásica con respecto al problema de la memoria en nuestras sociedades contemporáneas asume lo que una de sus portavoces más autorizadas esgrime como la búsqueda de sentido en el acto de rememoración, ya sea del sujeto o del grupo social. Elizabeth Jelin – en un esclarecedor prólogo en la segunda edición de su gran obra – establece que “las memorias son procesos subjetivos e intersubjetivos, anclados en experiencias, en “marcas” materiales y simbólicas y en marcos institucionales”⁴⁸⁰. La noción de estar *afectado* por el pasado viene a problematizar esas “marcas” en la medida que conllevan un acto de la acción, la de tomar decisiones con respecto a esa relación con el pasado.

La línea que divide la memoria de la historia es tan débil como conflictiva, pero existe. Jelin establece que esta difusa separación incluso lleva conflictos entre estudios de memoria y la disciplina historiográfica. Su formulación nos sirve para nuestra argumentación:

quizás lo normal de la memoria es que sea abierta, sujeta siempre a debates sin líneas finales, constantemente en procesos de revisión (...) Es esta característica abierta de los trabajos de la memoria lo que la hace creativa y productiva, por lo cual se convierte en un objeto de disputa y en objeto de estudio, inclusive de la propia disciplina de la Historia⁴⁸¹.

Disputa y objeto de estudio para la disciplina histórica que de la mano de Paul Ricoeur hemos cerrado en la idea que expresa que la memoria es matriz de la historia, pero a la vez una de sus regiones. Es la noción de huella la conectora fundamental entre dos registros complementarios pero distintos. El acto de escritura de la historia conlleva entonces una “relación epistémica”, la puesta a prueba de la veracidad en base a testigos y documentos; pero también una de tipo

⁴⁸⁰ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2012 (primera edición 2002), p. 25.

⁴⁸¹ Elizabeth Jelin, “La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado”, en Marina Franco y Florencia Levin, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 337.

de su propia condición humana, relación con el pasado que trabajaremos desde la idea de *representancia*.

La historiografía está sujeta a una operación metódica con bases epistemológicas, cuestión que no genera mayor problema para cuando el problema de estudio es el pasado lejano, al cual la mayor de las veces no le exigimos nada porque no tenemos con él ningún tipo de cuenta pendiente. No pasa lo mismo con el pasado próximo, pues el sujeto historiador lo escruta desde una relación directa o generacional de proximidad. Esta es la razón fundamental que hizo que Aróstegui la llamara *historia vivida*. En ambos casos, en el pasado histórico y el pasado de los “pasados que no pasan”, la noción de huella asociada a un escrutinio crítico establece la separación entre memoria e historia.

El Ricoeur de *La memoria, la historia, el olvido* rescata la noción de *estar afectado* por el pasado, esgrimida quince años antes, como sustento fenomenológico de la noción de huella: “la noción de huella – distinta de la condición material, corporal, cortical de la impronta – se construye sobre la base de *ser-afectado* por el acontecimiento del que se da testimonio por narración, tras la modificación de las experiencias pasadas en función de las nuevas”⁴⁸².

La huella es el germen de todo análisis para pensar el documento histórico según nuestra adscripción a la filosofía crítica de la historia en Ricoeur, registro fundamental que le permite al filósofo galo pasar de la fenomenología de la memoria (matriz de la historia) a la epistemología de nuestra disciplina. La huella es parte constitutiva, ya lo hemos dicho, de uno de los tres conectores que dan inteligibilidad al tiempo humano (histórico): calendario, generaciones y huellas documentales. Su uso crítico, en dirección de establecer verdades sobre el pasado reciente, la sumerge en ese otro registro, ya no sólo de la memoria – sus trabajos y deberes – sino del discurso historiador. Este habita en un espacio distinto, Ricoeur lo expresa con el vocablo “extrínseco” para denotar su diferencia

⁴⁸² Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 79-80.

con el de la “memoria viva”⁴⁸³, aquel conjunto de recuerdos que desde la memoria colectiva – no está de más recordar que en Ricoeur todas las personas gramaticales rememoran – emanan a raíz de realidades específicas o del mismo trabajo de memoria.

Esta distinción podría llevar a la tentación de pensar que la sola vocación veritativa del discurso historiográfico la diferencia de la memoria, lo cual sería un error. Digámoslo claro: el esfuerzo original por esclarecer verdades del pasado proviene de la memoria: “A la memoria se le vincula una ambición, una pretensión, la de ser fiel al pasado”⁴⁸⁴. El problema no radica allí, sino más bien en las dificultades que tiene por sí sola – la memoria – para establecer esta veracidad, sobre todo si se toman en cuenta sus patologías (como el trauma, individual y/o social) y las manipulaciones que hacen de ésta los grupos humanos. Es lo que Ricoeur centra en los llamados “falsos testimonios”, que pueden ser conscientes o inconscientes / voluntarios e involuntarios. Estos:

solo pueden ser desenmascarados por un procedimiento crítico que nada puede hacer mejor que oponer testimonios considerados más fiables a los que están bajo sospecha. Ahora bien, como demostraremos entonces, el testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre memoria e historia⁴⁸⁵.

Esta relación complementaria entre memoria e historia bajo el régimen de veracidad, lejana por tanto al de la literatura que establece narraciones del pasado en base a la ficción (no volveremos a referirnos a esto), Ricoeur la expresa bajo la noción de “memoria archivada”.

La noción que propone Ricoeur no es azarosa, la memoria archivada denota la capacidad filosófica de conceptualizar una realidad intelectual, a la vez que permite establecer la ya comentada separación analítica entre memoria e historia. Junto con su denuncia al imperativo “se debe recordar”, del cual nuestro filósofo no es parte, Ricoeur explica: “Decir “tú te acordarás” es decir también “no

⁴⁸³ *Ibid.*, p. 191.

⁴⁸⁴ *Ibid.*, p. 26.

⁴⁸⁵ *Ibid.*

te olvidarás”. Es posible que el deber de memoria constituya a la vez la cima del buen uso y la del abuso en el ejercicio de la memoria”⁴⁸⁶. Ricoeur no es parte de una especie de imposición del recordar. Como buen hermeneuta, prefiere argumentar las condiciones de posibilidad para que ello se genere, siempre dejando la posibilidad de que los sujetos tomen otras decisiones.

Pero, ¿está Ricoeur a favor del olvido indiscriminado, incluso en aquellos acontecimientos como el genocidio llevado a cabo por el régimen nazi, piedra de toque de la HTP en Europa? La respuesta debe ser un no contundente. Todo acontecimiento que sea generador de una búsqueda de justicia implicará que ese trabajo de memoria cobre sentido. Ricoeur no deja al azar los peligros que pudiese causar el olvido de acontecimientos relevantes como lo son estas “últimas catástrofes”. Si bien se vale del psicoanálisis para desarrollar sus ideas, no cree que el historiador sea una especie de terapeuta. Es más, como explica Dosse, tampoco entiende la operación historiográfica como un trabajo crítico que se posiciona entre el bien y el mal (aquí Dosse establece una diferencia entre la posición de Ricoeur con y los trabajos de Todorov). La distinción fundamental de la crítica documental (falseabilidad de la memoria) radica en lo que Dosse expresa como el trabajo historiador, entendido como la suma de operaciones capaces de

introducir *más verdad en la justicia*, contribuyendo así a un trabajo de duelo colectivo haciendo valer su trabajo veritativo en el espacio público (...) La justicia es la verdadera categoría organizadora que reúne el trabajo de verdad bajo tres formas imbricadas, que son la voluntad de hacer justicia a otro, la idea de deuda y la prioridad moral otorgada a las víctimas⁴⁸⁷.

Más verdad en la justicia. La verdad como hemos dicho, no puede dejar de ser la piedra angular en toda discusión sobre teoría de la historia, tampoco en la referida a la HTP. Ricoeur propone un concepto para explicitar la tarea historiadora, el de *representancia*, que entiende desde su lectura del historiador Michel De Certeau como una metáfora de sepultura. La escritura de la historia es entonces el acto de

⁴⁸⁶ *Ibid*, p. 106.

⁴⁸⁷ Dosse, *Los sentidos de una vida*, p. 705. La cursiva es nuestra.

dar sepultura a los muertos mediante un acto de duelo, pues honra su pasado “ya sido” mediante el gesto de la búsqueda incansable por lo realmente sucedido. Corresponde a un acto de respeto por el *otro*, desde el rol performativo la historiografía que permite situarse frente a los otros del pasado como semejantes⁴⁸⁸.

Esta visión del trabajo historiador, si bien funcional para nuestra investigación, necesita ser re-pensada bajo el paraguas de la HTP. El acto de escritura de una historia todavía en curso por la sola razón de que sus actores todavía están en vida – lo que se suma a la participación intergeneracional del mismo sujeto historiador – implica asumir que este gesto de sepultura no es tal, todavía. La funcionalidad radica para, a nuestro juicio, bajo el paso de una posición epistemológica a otra ontológica, lo cual implica pasar del problema de la verdad al de la condición histórica, y con ello, al de la conciencia histórica.

Representancia es un concepto lanzado por Ricoeur mucho antes de la publicación de MHO, lugar donde lo desarrolla en profundidad para sustentar el paso de la epistemología de la historia al de la condición histórica, asunto central para nuestros objetivos. En el tercer tomo de *Tiempo y narración* nuestro autor lanza un tipo de relación con el pasado propia del historiador e historiadora, quien mediante la crítica de huellas y documentos ancla lo que ya se ha ido, el pasado, a su presente. Este acto lo llama *representancia* en la medida que su narración, constructora de ese tercer tiempo llamado histórico, es una especie de lugarteniente, problema del cual ya nos hemos hecho cargo tangencialmente cuando contrastamos su filosofía con el pensamiento histórico de Chartier. Ahora bien, la representancia del pasado es un problema del historiador, toda vez que no sólo representa, sino que también su trabajo implica una deuda con otros. Así lo explicaba en 1985:

⁴⁸⁸ Dosse, *El giro reflexivo de la historia*, p. 25.

Una firme convicción anima aquí al historiador: por más que se diga del carácter selectivo de la recogida, de la conservación y de la consulta de los documentos, de su relación con las cuestiones planteadas por el historiador, incluso de las implicaciones ideológicas de todas estas operaciones – el recurso a los documentos señala una línea divisoria entre historia y ficción: a diferencia de la novela, las construcciones del historiador tienden a ser *reconstrucciones* del pasado. A través del documento y por medio de la prueba documental, el historiador está sometido *a lo que, un día, fue*. Tiene una deuda con el pasado, una deuda de reconocimiento con los muertos, que hace de él un deudor insolvente⁴⁸⁹.

Quince años después, una vez que Ricoeur asume la fenomenología de la memoria como matriz de la historia, centra sus preocupaciones en poder establecer la fidelidad de la memoria a la verdad y la consiguiente fidelidad del discurso historiográfico con la memoria, problema que enmarca de manera lúcida y hasta imaginativa usando a su manera el mito de Fedro de Platón. Como ya hemos dicho, en esa obra Ricoeur separa aguas definitivamente con el pensamiento postmoderno que veía en la historiografía la imposibilidad parcial de representar el pasado, asunto que ya comentamos para el caso de White y Ankersmit. El paso de la memoria a la ontología de la condición histórica está mediado en Ricoeur por la relación de tipo epistemológica que la disciplina histórica tiene con el pasado. No es la única, pero sí es la más relevante a la hora de establecer la veracidad del pasado en el presente. Cuando Ricoeur se refiere a la referencialidad del discurso historiador, pega el golpe sobre la mesa y es claro ante una mala lectura de sus postulados con respecto a la narración y la historia, como explica,

(la referencialidad) no puede discernirse únicamente en el plano del funcionamiento de las figuras asumidas por el discurso histórico, sino que debe pasar a través de la prueba documental, la explicación causal/final y la configuración literaria. Este triple entramado sigue siendo el secreto del conocimiento histórico⁴⁹⁰

⁴⁸⁹ Ricoeur, *Temps et récit* III, p. 123.

⁴⁹⁰ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 323.

Entonces, la noción de representancia será complementada en el trascurso de su libro, ya no como parte de las aporías de la temporalidad (el problema central en su trilogía de los años ochenta), sino como condición de la relación epistémica y ontológica entre sujeto historiador y pasado. Como es sabido Ricoeur asume el uso de la palabra representación como la mejor de las opciones para referirse al trabajo historiador. La representación entendida como suplencia de lo que ya se ha ido, es quizás la mejor manera de salvaguardar el estatus científico de una ciencia que a todas luces es indirecta con respecto a sus objetos. La cuestión es acá resaltar el uso del concepto en vías de lo que más adelante consideraremos esencial para el tratamiento de la relación HTP y conciencia histórica. La escritura de la historia como “lugarteniente o vigía del pasado”⁴⁹¹ – representancia – es una figura inteligible para pensar la historia del presente, en la medida que nos obliga a relacionar el acto de escritura y la condición histórica de los sujetos que la llevan cabo, relación axial para pensar la conciencia histórica.

Habíamos dicho la repetida frase “más verdad y justicia”. Asociada a la HTP, dijimos que la verdad es irrenunciable para efectos de dar sentido al acontecimiento fundador. Hasta acá hemos usado la frase “relación/es con el pasado” sin mayor escrutinio. Es hora de hacerlo.

La relación con el pasado que establece el historiador del tiempo presente es sumamente distinta del que lo hace con respecto a un pasado que se ha ido, al cual puede “dar sepultura”. La HTP es una historia contemporánea al sujeto historiador. Nace de él la necesidad de comprensión bajo un tipo de relación con ese pasado que opera por el estar *afectado*. En este sentido, el problema de la verdad y la justicia deben ser asociados al tipo de “relaciones con el pasado” que el historiador del tiempo presente establece, problema que sustentamos desde la teoría de la historia propuesta por Herman Paul. En particular, la pretensión de verdad y justicia nacen, antes que todo, de la relación de deuda y dependencia que el sujeto experimenta con el pasado, allí radica el estar *afectado por el*

⁴⁹¹ *Ibid*, p. 367.

pasado. De todos los tipos de relaciones con el pasado que el historiador holandés propone (ver cuadro), la llamada “relación material” es aquella que, al no ser una relación de tipo teleológica, se configura no desde un telos, sino que desde aquello que le reclamamos al pasado, como explica Paul: desde la “deuda y dependencia”⁴⁹².

Relaciones con el pasado: una tipología ⁴⁹³	
Relación	Propósitos/apunta a...
Epistémica	Conocimiento, comprensión
Moral	Bien, justicia
Política	Ejercicio de poder, toma de decisiones
Estética	Belleza coherencia
Material	

De la mano de los aportes de Rüsen y Mark Day, Paul construye una tipología de relaciones con el pasado donde hace notar que la sola relación en búsqueda de conocimiento no basta para dar cuenta de la pluralidad de fenómenos que se pueden observar dentro del pensamiento histórico, el cual, digámoslo en voz alta, no corresponde ni es un campo exclusivo de la disciplina. El aporte de Paul es dar cuenta de manera clara que la multiplicidad de relaciones con el pasado que establecen los sujetos se pueden centrar en estas cinco relaciones: epistémica, moral, política, estética, y material. Tal como se describe en el cuadro expuesto, la relación epistémica corresponde a un problema de conocimiento.

⁴⁹² Paul, *Key Issues in Historical Theory*, p. 34.

⁴⁹³ Cuadro presentado en Herman Paul, *Key Issues in Historical Theory*, p. 34

Paul no centra su análisis bajo la órbita de la historia del presente ni sus desavenencias y diálogos con la memoria, no es ese su objetivo. Como hemos dicho en la primera parte de esta tesis, lo que espera es dar cuenta de una gran teoría de la historia factible de aplicar a cualquier teoría de objetos. Coincidimos con el autor en que la relación de tipo material es la más problemática. Y esto debe ser explicado desde un punto de vista que Paul desliza, pero no profundiza: que las relaciones con el pasado son un conjunto de problemas temporales, y están regidas por tanto bajo la tensión entre lo que le pedimos y/ exigimos al pasado en conjunto con lo que esperamos del futuro. Donde no podríamos estar en desacuerdo es en que, según nuestro autor, “la relación material precede a todas las demás”, ya que “gira en torno a lo que el pasado hace a las personas y no a lo que las personas hacen con el pasado”⁴⁹⁴. Esto es relevante para nuestra investigación: el estar afectado por el pasado es, hemos dicho con Ricoeur, la condición de posibilidad de comprender la conciencia histórica. De allí en más, hemos sumado nosotros, la llave para dar inteligibilidad desde la teoría de la historia al fenómeno de la HTP. El estar afectado por el pasado sobre pasa la búsqueda de conocimiento (relación epistémica) y se posiciona, desde un plano antológico, bajo la órbita de la deuda y dependencia, lo que Paul llama relación de tipo material.

Si bien el texto comentado es una herramienta orientadora, la teoría de la historia en Paul debe ser complementada por los aportes de Rüsen, en la medida que encontramos en el pensador alemán las bases sistemáticas que nos permiten pensar esas “relaciones con el pasado”. Allí radica una diferencia sustancial entre ambos teóricos: Paul se esfuerza por demostrar cierta distancia de las tesis más radicales en White y Ankersmit – a nuestro juicio asunto que no logra, lo que se observa en la valoración de las relaciones estéticas por sobre las epistémicas –, mientras que Rüsen se posiciona en una vereda distinta, mucho más cercana a la posición del Ricoeur, en la perspectiva de una confianza en la teoría de

⁴⁹⁴ *Idem.*

correspondencia de la representación historiadora. Dicho de otro modo, en la perspectiva de Paul el problema del sentido y orientación del pasado hacia el futuro parece no ser tan importante como para Rüsen.

Como la verdad y su problema epistemológico, la justicia se inscribe en este contexto de relaciones con el pasado, una relación de tipo moral, lo que constituye un problema indudablemente complejo para la HTP. Hay que dejar claro que la mayoría de los comentarios disciplinares con respecto a esta forma de hacer historia no confunden el rol del historiador con el del juez. La pretensión por la verdad histórica y la justicia que de ello se podrá o no desprender corresponde a uno de los nudos principales donde se debe comprender la historiografía del tiempo presente, pero el acto de presentar las fuentes, contrastarlas e interpretarlas no es en sí un acontecimiento generador de justicia social. El acontecimiento catastrófico es impulsor de la llamada “justicia transicional”, sintetizada por la International Center for Transitional Justice como “una respuesta a las violaciones sistemáticas o generalizadas de los derechos humanos. Su objetivo es reconocer a las víctimas y promover iniciativas de paz, reconciliación y democracia”⁴⁹⁵.

Resulta imperioso resaltar esta búsqueda de justicia por parte del historiador del tiempo presente, ya que, aunque su trabajo no asegura el desarrollo de un justo proceso judicial, sí contribuye a poner la facticidad del pasado sobre la mesa. Lo central para esta parte de la argumentación es lo que hemos venido sosteniendo: sea cual sea la relación que tenga el historiador con respecto a su contemporaneidad, es el “pacto implícito de verdad” que tiene con sus lectores aquello que lo empuja a salir del ámbito de la memoria y entrar en la operación historiográfica, asunto que a la vez es una búsqueda del sentido histórico.

El testimonio y el indicio son entonces el puente que permiten establecer las relaciones entre memoria e historia. Es por esta razón que Ricoeur prefiere la

⁴⁹⁵ Citado por Jelin, *Los trabajos de la memoria*, p. 18.

noción de “trabajo de memoria” antes que el “deber de memoria”. El deber de memoria es una expresión que el autor comparte desde una visión de establecer la veracidad con respecto al pasado reciente, pero no cuando está asociada a los vaivenes de la manipulación del pasado para cualquier tipo de efectos. Por esta razón prefiere el “trabajo de memoria”, ya que la acción de ir al pasado desde un presente es siempre una búsqueda, un acto de reconocimiento en la puesta en marcha de las herramientas para la rememoración, allí se declara la exigencia de verdad⁴⁹⁶.

El lector de esta tesis podría estar tentado en relacionar nuestra posición frente a la HTP – y sus evidentes relaciones con el tiempo, la memoria y lo contemporáneo– con la tesis que esboza Hayden White en uno de sus últimos ensayos antes de morir, *The practical past* (2014), a saber, que existiría una diferencia fundamental entre lo que llama “pasado histórico” y “pasado práctico”⁴⁹⁷.

Siguiendo su propia huella trazada desde la publicación de *Metahistoria* acerca del pensamiento histórico y del problema de la representación por sustitución (no por correspondencia), White distingue dos tipos de pasados: el pasado creado por los historiadores en sus textos e investigaciones, lo llama “pasado histórico”, lejano a la experiencia, y el “pasado práctico”, que responde a la pregunta formulada por Kant del ¿qué debo hacer? Este último no apela a una cuestión epistemológica, sino más bien a la acción y los valores. Es el pasado de la memoria individual y colectiva, que White asocia a la propuesta kosellequiana de “espacio de experiencia”, por eso su apelación a Michel de Certeau en la idea que el pasado histórico borró la ficción y lo imagino como motores del mundo de la vida⁴⁹⁸. La distinción del pasado práctico del histórico White la utiliza

⁴⁹⁶ Daniel Ovalle, “L’*travail de la mémoire* en Paul Ricoeur: la significación como aporte epistemológico para el estudio de la historia”, *Historia* 396, Vol. 1 N° 2, 2011, pp. 265-280.

⁴⁹⁷ Hayden White, *The Practical Past*, Illinois, Northwestern University Press, 2014. Si bien este libro es del 2014, la tesis del pasado práctico White la viene sosteniendo desde el año 2000, ver *History and Theory* N°44 (3) 2005.

⁴⁹⁸ *Ibid.*, p. 12.

para diferenciar entre el acercamiento de los historiadores profesionales modernos al estudio del pasado y las formas en que el común de las personas y los profesionales de otras disciplinas evocan, recuerdan o intentan utilizar “el pasado” como un espacio de experiencia (Koselleck) que sirva de base para producir juicios y toma de decisiones en la vida cotidiana. El pasado práctico está hecho de esos recuerdos, ilusiones, fragmentos de información vaga, actitudes y valores que el individuo o el grupo reúnen como mejor pueden para justificar, magnificar, excusar, encubrir o explicar las acciones a tomar en el proceso de un proyecto de vida⁴⁹⁹

Es difícil no estar de acuerdo con White en lo que podríamos llamar el fondo del problema, no así en la forma. El fondo es que, como esta tesis sostiene, es necesario volver a replantear la problemática de la función social del trabajo historiador, toda vez que asentimos con Rüsen en que una parte de la matriz disciplinar es el aprendizaje histórico y cultural desde la experiencia, la interpretación y la orientación⁵⁰⁰. Nos preguntamos con Cris Lorenz –en un texto donde éste evidencia las ambigüedades de White referidas a dicha separación – si acaso ese “pasado histórico” ¿no puede ser también “práctica” en sí misma?⁵⁰¹ En otras palabras, ¿acaso el pasado de los historiadores no puede ser generador de sentido y prácticas de orientación? Esta cuestión es de suma importancia para nuestra investigación, y nos obliga a tomar distancia de la propuesta de White otra vez bajo la tesis que recorre toda esta investigación: el pacto de verdad entre historiador y lector, ese pacto implícito que obliga a tomar en serio el problema de la verdad y con ello el de la epistemología de la historia.

⁴⁹⁹ Hayden White, “El pasado práctico”, en Verónica Tozzi y Julio Bentivoglio (Comp.), *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, Sáenz Peña, EDUNTREF, 2012, p. 31.

⁵⁰⁰ Rüsen, *Tiempo en ruptura*, p. 266.

⁵⁰¹ Chris Lorenz, “Hacen falta tres para bailar un tango. Historia entre el “Pasado Práctico” y el “Pasado Histórico”, en Verónica Tozzi y Julio Bentivoglio (Comp.), *Hayden White: cuarenta años de Metahistoria. Del “pasado histórico” al “pasado práctico”*, Buenos Aires, Prometeo, 2016, p. 53.

5. La condición histórica: historicidad y conciencia histórica

Nuestra posición acerca de la conciencia histórica espera servir a la HTP como herramienta. Se trata de la articulación del tiempo, de las tres categorías antropológicas de la temporalidad: pasado, presente y futuro. Conocidas son los aportes de Reinhart Koselleck al respecto (nos hemos detenido en ello), pero no es el único. Desde la filosofía de la historia, Arthur Danto se refería a la fenomenología de la conciencia histórica en un ensayo seminal que contiene gran parte de sus aportes en el clásico *Analytical Philosophy of History* (1965), nos referimos al artículo de 1982 “narración y conocimiento”, el cual comienza de esta manera:

Con este artículo busco identificar ciertas estructuras que definen, en mi opinión, parte de la fenomenología de la conciencia histórica, y por lo tanto, de la existencia histórica, entendida esta última como existente en la conciencia de que uno está en la historia⁵⁰²

Para Danto, el estar en la historia y ser consciente de ello es un asunto temporal. Para ello acude a la frase de Nietzsche de que uno “existe ciegamente entre las paredes del pasado y del futuro”. Para ello le sirve la idea “conciencia animal”, nos dice:

lo único con lo cual contrasta la conciencia animal es la conciencia de la temporalidad; y el presente histórico es más que un momento del cual uno es consciente de que es simultáneo con la propia conciencia de él. Reconocer el presente como histórico implica percibirlo y percibir la propia conciencia de él como algo cuyo significado sólo será dado en el futuro, y en retrospectiva histórica; porque se reconoce que tiene la estructura de lo que será un momento histórico pasado (...) la conciencia histórica es una cuestión de estructurar nuestro presente en cuanto a nuestro futuro y el pasado de ellos⁵⁰³

⁵⁰² Arthur Danto, “Narración y conocimiento”, en *Narración y conocimiento*. Incluye el texto íntegro de *Filosofía Analítica de la Historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2014, p. 429.

⁵⁰³ *Ibid.*, p. 429-430.

Cabe hacer una aclaración. No es precisamente la noción de conciencia histórica trabajada por White en su obra *Metahistoria* a la que apuntamos. Allí el historiador norteamericano se propuso develar la conciencia histórica de filósofos de la historia e historiadores decimonónicos como resultado ideológico, a partir de la desconfianza en la noción desde la Europa continental en pensadores franceses como Foucault, Lévi-Strauss, Heidegger, Sartre y de filósofos ingleses anglófonos, en especial Louis Mink. En sus palabras:

la impresión de que la conciencia histórica de que el hombre occidental se ha enorgullecido desde comienzos del siglo XIX podría no ser mucho más que una base teórica para la posición ideológica desde la cual la civilización occidental contempla su relación no sólo con las culturas y civilizaciones que la precedieron sino con las que son sus contemporáneas en el tiempo y contiguas en el espacio. En suma, es posible ver la conciencia histórica como un prejuicio específicamente occidental por medio del cual se puede fundamentar en forma retroactiva la presunta superioridad de la sociedad industrial moderna⁵⁰⁴

No vamos a culpar a White, pues no tenía las herramientas que hoy disponemos para teorizar acerca de la conciencia histórica. En 1973 no disponíamos de la herramienta de los regímenes de historicidad ni algo parecido. Más bien, lo que White hizo de la conciencia histórica es un problema – en lo que concierne a su propuesta de *Metahistoria* – para la historia intelectual del pensamiento histórico de filósofos e historiadores del siglo XIX. White apuntó hacia el régimen moderno de historicidad, donde la categoría de futuro daba sentido al devenir ¿Acaso ese prejuicio del cual nos habló, no apunta a la confianza excesiva en el progreso, por tanto, a la visión futurista de ese orden temporal? En este sentido, esa obra de White sigue siendo poco valorada.

Tampoco estamos de acuerdo de la visión de la conciencia histórica que presenta recientemente Kalle Pihlainen. El profesor de la Universidad de Turku (Finlandia) argumenta desde una posición muy al constructivismo de White, que la conciencia histórica no debe ser asociada al problema de la verdad, asociándola

⁵⁰⁴ White, *Metahistoria. La imaginación histórica*, p. 13-14.

como fenómeno siempre a un presente cambiante. Para él, la conciencia histórica sería siempre un fenómeno del presente, por tanto, no podría ser objeto del pasado. Desechando la relación entre epistemología de la historia y conciencia histórica, nuestro autor prefiere posicionar el problema desde el fenómeno de la “presencia” del pasado, aplaudiendo por cierto la posición de Ankersmit y su “experiencia sublime”⁵⁰⁵.

La conciencia histórica es, volviendo a Danto, un estar implicado en la historia, una conciencia de pasado y proyección de futuro, ya lo adelantamos desde Rüsén. La visión de Danto es complementaria al trabajo que desde *Tiempo y narración* efectuó Ricoeur. El filósofo galo, en diálogo con Gadamer, estableció que la categoría principal de la conciencia histórica es, lo hemos dicho, el estar “afectado por el pasado”, entendida como una estructura antropológica, la cual no podría operar sólo desde presente y pasado. Existe en su planteamiento una proyección que implica el futuro. Las categorías kosellequianas de experiencia y expectativas le permiten a Ricoeur complementar una teoría de la conciencia histórica que no oculta el futuro como categoría de la experiencia, y que debe comprenderse más allá de un presente entendido solamente como el curso de lo acontecido.

Ricoeur escribe desde una filosofía del “hombre capaz”, por lo que viene bien recordar que su hermenéutica de la condición histórica está anclada desde la idea de “presente vivo”, entendido desde el ideal de iniciativa, esa capacidad de intervenir en el curso de las cosas. Un presente visto desde una objetividad “afectiva y práctica”, en sus palabras: “El presente es también el del gozar y sufrir y, de modo más significativo para la investigación sobre el conocimiento histórico, presente de iniciativa”⁵⁰⁶. La conciencia histórica no debe ser confundida con la herramienta de los regímenes de historicidad. Ella asume tres directrices: la historicidad; la idea de “presente vivo”, que otorga a los sujetos el cambio del

⁵⁰⁵ Kalle Pihlainen, "On historical consciousness and popular pasts", *História da Historiografia*, N° 15, 2014, pp. 19-21.

⁵⁰⁶ Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 40.

curso de la historia (iniciativa política); y, por último, apunta a la orientación del tiempo, a la significación del tiempo histórico en la presencia de *sentido histórico*⁵⁰⁷.

Como se podrá observar, esta mirada acerca de la conciencia histórica asume el doble propósito planteado por Rüsén acerca de los niveles donde trabaja la teoría de la historia, ya los hemos dicho: el de los principios del conocimiento histórico y el de los cambios históricos propiamente tales. El estar “afectado por el pasado” es el problema ontológico que hace coincidir, para efectos del análisis, la herramienta heurística con el nivel teórico. Estas “marcas” del pasado en el presente hace posible los problemas diacrónicos y sincrónicos de las llamadas “relaciones con el pasado”, donde la relación epistémica se mezcla y confunde con una de tipo política y moral en la configuración de la HTP. Un estar afectado por el pasado (relación que implica deuda) y una serie de supuestos teleológicos como la justicia y la verdad.

El problema del *sentido histórico* nos parece el aspecto esencial para pensar la conciencia histórica. Rüsén señala que el sentido histórico “es tiempo interpretado, integrado en la orientación y la motivación de las acciones humanas, y puesto de relieve en la manera y la medida del sufrimiento humano”. El sentido histórico es presentado por Rüsén como la configuración de tres componentes: percepción, interpretación y orientación⁵⁰⁸, categorías que permiten establecer que necesitan del futuro como posibilidad abierta, pues no está exento el sentido histórico de la dimensión funcional que el autor alemán vincula a la interpretación del tiempo para la orientación de la acción, ese “presente vivo” desde la iniciativa en Ricoeur:

La conciencia humana también ejerce la función de generación de sentido con respecto de sí misma. En esta relación (...) se funda el yo, el nosotros y la representación de los otros en sus diferencias (...) El sentido intermedia entre el tiempo del yo y el tiempo del mundo. El sentido centra el transcurso del tiempo en la relación

⁵⁰⁷ Paul Ricoeur, “La crise de conscience historique et l’Europe”. Simposio Internacional: *Ética e o Futuro da Democracia*. Lisboa: Edições Colibri, 1998, p. 29.

⁵⁰⁸ Rüsén, *Tiempo en ruptura*, p. 66.

autorreferencial del yo de la conciencia humana, en la subjetividad del ser humano que actúa o es pasivo (...) Entre estas mediatizaciones entre la subjetividad y la situación temporal móvil de las prácticas vivenciales se construye la identidad⁵⁰⁹.

El problema de la conciencia histórica en Rösen nos obliga por tanto a comprender la orientación del tiempo pasado hacia el futuro. Como expresa: “La conciencia histórica evoca el pasado como un espejo de la experiencia (...) haciendo que lo actual sea inteligible al mismo tiempo que forma una perspectiva de futuro”⁵¹⁰.

Bajo la óptica de una perspectiva teórica con respecto a su propia escritura, la HTP se nos presenta como un fenómeno historiográfico que da cuenta de un problema estructural, a saber, una orientación del tiempo bajo los parámetros del presentismo, fenómeno que produce un constante volver sobre el pasado (pasados que no pasan). Pero a la vez nos obliga a pensar la orientación de esa temporalidad, la que puesta en orden bajo el tipo de relaciones que establece el historiador del tiempo presente – epistémica, moral y política – nos muestra que irreductible necesidad de pensar el futuro de su escritura.

Entonces, luego de todo lo dicho, ¿qué sentido histórico presenta la conciencia histórica actual? El presentismo y sus matices permite platear, a lo menos, la desorientación de las tres categorías temporales, toda vez que el tiempo contemporáneo centra su lógica desde y para el presente, desarticulando la orientación del tiempo histórico entre pasado y futuro. Esto explicaría, en parte, por qué la acción política a largo plazo está de capa caída en el mundo que nos rodea. Entonces, la conciencia histórica actual tiene atrofiada su idea de futuro, ligada más a los cambios tecnológicos que a la orientación de sentido histórico. Si este es el resultado de la percepción y construcción del tiempo, el sentido

⁵⁰⁹ *Ibid*, p. 67.

⁵¹⁰ Jörn Rösen, “Historical Consciousness: Narrative Structure, Moral Function, and Ontogenetic Development”, en Peter Seixas (Ed.). *Theorizing Historical Consciousness*. Toronto, University of Toronto Press, 2004, p. 67.

adquiere su funcionalidad cuando la acción se orienta al futuro. Si nuestro presente se articula en base a “cambios sin precedentes” (Simon) y desde un temor del futuro, es posible comprender que nuestra conciencia histórica no entregue pistas de un sentido histórico como tal.

Llegado a este punto, dos preguntas se nos presentan ¿Existe novedad, para la operación historiográfica del tiempo presente, en el rol del testimonio (memoria del testigo, de la víctima) en comparación con otros regímenes historiográficos? Lo mismo para el caso del historiador, ¿tiene éste y su trabajo un nuevo rol dentro del régimen presentista? Novedad en el uso del testimonio no, considérese que ésta ha sido una herramienta ocupada desde el nacimiento de la disciplina desde griegos en adelante⁵¹¹, sí desde la idea siguiente: no es la noción del testimonio la novedosa, sino su uso en el contexto de una nueva relación social de las categorías temporales pasado-presente-futuro. Si griegos, romanos, hebreos, egipcios, medievales y hasta humanistas del siglo XV⁵¹² usaron los vestigios memoriales para construir representaciones históricas, lo hicieron en base a una relación con el pasado y el devenir donde la memoria era herramienta para la vida, ésta aseguraba cierto futuro posible (terrenal o celestial), pero pensada siempre para el presente moral y político; luego devino en confianza en el progreso y la libertad, para el caso moderno desde el siglo XVIII, asumiendo el futuro otro carisma. Si consideramos que nuestro presente da cuenta de una nueva relación con esas categorías, la memoria a la que se acude es ahora producto de nuestra “marca del pasado doloroso”. Hemos dicho que la HTP debe ser vinculada a grupos de historiadores que han sido parte generacional de acontecimientos límites, todos ellos motores de un sentido histórico nuevo que

⁵¹¹ Gonzalo Pasamar, “Orígenes de la historia del presente. El modelo de los *historiae ipsius temporis* en los siglos XVI y XVII”, *Tiempos Modernos*, N° 19, 2009, pp. 1-32. Cabe notar que, para Heródoto, Tucídides y otros, el estudio del pasado se basaba preferentemente en base al registro oral.

⁵¹² Gabriella Albanese, “*De historia conscribenda*. Las raíces clásicas de la teoría historiográfica del Medioevo y del Renacimiento”, *Semanas de Estudios Romanos*, PUCV, Vol. XV, 2010, pp. 45-102.

pareciera estar en pugna, o a lo menos en discordancia, con lo que vive la sociedad presentista, cual es una fascinación por el pasado pero desde el consumo de éste, donde el patrimonio y los museos toman el papel relevante⁵¹³, no desde un sentido que albergue pasado para el presente y futuro.

La HTP podría pensarse como herramienta para un sentido histórico no solo de las víctimas, incluso como apertura de la opacidad del futuro a la que nos hemos referido. Si ella asume esta historicidad presentista, donde el voraz capitalismo financiero y su globalización triunfan de manera acelerada en todo el orbe (dejando millones de damnificados y otros tantos muertos cada día), al historiar el tiempo presente desde la voz del testigo y la crítica documental, podría ser útil para el desarrollo de una “conciencia histórica”⁵¹⁴ dentro de un cuadro interpretativo del pasado que camina en dirección opuesta, desde la carencia de sentido del pasado para el presente (el consumo del pasado: identidad, patrimonio, memoria, víctima, etc.).

Si aceptamos con Ricoeur que la memoria es matriz de la historia, y que todo documento es a fin de cuentas testimonio de memorias, sabremos que la historiografía bajo el régimen moderno de historicidad – y entiéndase bien, ésta puede y debe comprenderse en pugna y contemporánea también a la HTP y presentismo – entendió el testimonio del pasado desde una separación tajante con el presente del historiador, por tanto, con su misma experiencia. La HTP apunta a una relación temporal que une pasado y presente, fenómeno que permite a fin de cuentas establecer la posibilidad de una función social del historiador, asunto que la historiografía del régimen moderno negaba.

Con respecto al segundo problema y ligado a lo anterior, el rol del historiador del tiempo presente en un mundo presentista cobra vital relevancia y nos lleva a una pregunta compleja: ¿no deberíamos re-pensar nuestro trabajo como *historia magistra vitae*? La pregunta es pertinente pero compleja de

⁵¹³ Cruz, *Adiós historia adiós*.

⁵¹⁴ “La conciencia histórica es la suma de las operaciones mentales por medio de las cuales se construye sentido histórico”, Jörn Rüsen, *Tiempo en ruptura*, 156.

responder, obliga a una reflexión mayor que escapa estas líneas. Lo que sí estamos en condiciones de afirmar, es que, al considerar al historiador del tiempo presente *afectado por el pasado*, su función social cobra nuevo matiz. Si la función de la conciencia histórica es caminar hacia la comprensión del sentido del pasado (dentro del cuadro interpretativo pasado/presente/futuro), el rol del historiador del tiempo presente debe, a lo menos, construir sentido histórico para el presente y también para el futuro, yendo en dirección contraria a la aceleración del cambio social (presente extendido), tal como se ha presentado desde la teoría crítica de Harmut Rosa, fenómeno indisociable del presentismo en Hartog, Cruz y otros.

EPÍLOGO

*he podido ir comprobando hasta qué punto, en efecto,
el discurso de la historia y el discurso de la acción remiten
el uno al otro, en qué medida no hay inteligibilidad del pasado
sin una clara percepción del propio proyecto de futuro,
en qué grado, en fin, ambos discursos constituyen
inseparables caras de una misma moneda*

Manuel Cruz

Uno de los aspectos más trabajados por los teóricos de la historia en la actualidad es la relevancia que ha tomado el problema de la temporalidad humana, y con esto nos referimos a que la relación de los sujetos en el mundo – la experiencia intersubjetiva – es comprendida también desde la articulación de las tres categorías de la conciencia: pasado, presente y futuro. Los recientes trabajos mancomunados de Stefan Helgesson y Jayne Svenungsson (*The Ethos of History. Time and Responsibility*, 2018); Pablo Aravena (*Representación histórica y nueva experiencia del tiempo*, 2018); Norma Durán (*Epistemología Histórica e Historiografía*, 2017); Berber Bevernage y Chris Lorenz (*Breaking up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, 2013); María Inés Mudrovcic y Nota Rabortnikof (*En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria*, 2013) así lo ratifican⁵¹⁵. Esta tesis doctoral se enmarca dentro de este contexto disciplinar, donde la historicidad es de primer orden a la hora de dar cuenta de una teoría de la historia que sirva de marco de comprensión para la disciplina, pues como hemos argumentado, la historicidad es la construcción social de la existencia temporal de los sujetos en el mundo.

⁵¹⁵ Lugar de encuentro de una serie de textos de autores obligados para esta tesis doctoral, tales como Frank Ankersmit, François Hartog, Lucian Hölscher, Manuel Cruz, Lynn Hunt, Zoltán Simon, Fernando Betancourt, Guillermo Zermeño y otros.

Expresamos en la introducción de esta investigación que la teoría de la historia no pretende probar sus postulados, entendiéndose por esto el proceso popperiano en la búsqueda de lo verificable y refutable, problema que sí es parte de la operación historiográfica desde la prueba documental y la conformación de la epistemología de la historia, entendida como las condiciones de posibilidad para la construcción del conocimiento del pasado. Desde un plano cercano, la teoría de la historia reflexiona sistemáticamente acerca de los distintos matices sociales desde donde los sujetos se relacionan con el pasado, por tanto, abarca una mirada más amplia que la epistemología. En esta línea, esta investigación no ha hecho más que seguir la huella trazada por Jörn Rüsen y, en menor medida, por Herman Paul. La teoría de la historia que esta tesis ha desarrollado, se enmarca en la organización de marcos sistemáticos – desde la interdisciplinariedad de las ciencias sociales – que estén al servicio de la escritura de la historia, precisamente porque asume la propia historicidad de sus lógicas de socialización. Esto, hemos dicho, posiciona este campo del pensamiento historiográfico en un diálogo exigente con la teoría crítica, la filosofía, la sociología y la antropología, desafío que le permite articular la comprensión de su disciplina, sus recorridos, cambios y horizontes de acción.

Esta investigación ha tomado recaudos en los peligros de rechazar el potencial teórico de la escritura de la historia. Al asumir los variados tipos de “relaciones con el pasado”, hemos entregado un valor principal al orden epistemológico, allí nuestra detención en ese “pacto de verdad” que nos ha hecho tomar distancia respecto de la obra de los narrativistas desde White al mismo Paul, tomando posición con respecto de proposiciones teóricas que asumen la escritura de la historia desde un constructivismo radical y conllevan el peligro que “puedan hacerse vigentes como factores de la formación de sentido retórico-poético, y con ello, (desestabilizar) el estatus científico de las ciencias de la historia”⁵¹⁶.

⁵¹⁶ Rüsen, *Tiempo en ruptura*, p. 98.

La posición teórica que esta investigación ha tomado para intentar establecer una teoría de la historia para la HTP ha sido desde la piedra angular del “pacto de verdad entre historiador y lector” que hemos rescatado de la filosofía crítica de la historia en Ricoeur, expresando a su vez, que esta articulación da comienzo al problema, no lo termina. Si bien es la base de sus postulados, no se podría comprender si no es articulando una teoría complementaria del sujeto historiador que representa ese pasado próximo. De orden ontológico, la figura del sujeto que está “afectado por el pasado” – sujeto falible desde una lectura aguda de la filosofía de Ricoeur – que intenta escrutar y representar un pasado que le es contemporáneo, nos ha permitido conciliar estructura y singularidad cognitiva en lo que Lacapra expone como “transferencia”. Sin ella no es posible entrar en la discusión de la postmemoria y los problemas generacionales en la construcción discursiva de la historiografía del tiempo presente.

Las nociones claves para la articulación de la conciencia histórica con respecto a la construcción de la HTP han sido, a nuestro juicio el problema de la temporalidad (historicidad), la condición histórica del sujeto observador, la conciencia histórica y el sentido histórico de esas representaciones. Por historicidad hemos entendido una realidad antropológica, el de articular la conciencia en los términos temporales pasado, presente y futuro. La condición histórica ha sido explicada como un estar implicado en el pasado, una condición de posibilidad que se mostró como rango ontológico y de proyección de sentido. En este aspecto, la clásica teoría kosellequiana del espacio de experiencia y horizonte de expectativas como precondition de cualquier historia ha tenido la valoración que se merece. La conciencia histórica, de esta manera, se ha expresado como la locución cultural que los sujetos articulan intersubjetivamente desde las tensiones entre pasado y futuro. La condición histórica, desde la inevitable historicidad, así lo permite. La conciencia histórica es entonces la expresión social de la condición histórica de los sujetos. Proyección cultural que obliga a pensar el futuro. El sentido histórico, que es la “percepción y construcción”

del tiempo desde la perspectiva de las orientaciones (Rüsen), permite articular aquello que Koselleck denominó horizontes de expectativas: el futuro como generador de experiencias. Problema que no puede ser ajeno a la construcción de conocimiento histórico.

La HTP se ha comprendido como un régimen historiográfico que responde a la distinción que Mudrovic hace entre “pasado histórico” y “pasado presente”, pensada desde la teoría de la historia y no desde un análisis historiográfico. Ese pasado presente desde la noción de los “pasados que no pasan” ha sido asociado a lo que Hartog ha denominado presentismo, la forma contemporánea de relacionarnos como sociedades globalizadas y aceleradas (Rosa) con nuestro pasado y futuro. Como herramienta de análisis, su uso nos ha permitido transitar por la teoría de la historia bajo la hipótesis que entiende el presentismo como un tipo de condición histórica característica de las sociedades tardo modernas, lo que se traduce en una notoria carencia de conciencia histórica. Una carencia, no su ausencia. Además, esta es la razón por la que el lector no podría confundir la herramienta heurística de los regímenes de historicidad con el fenómeno de la conciencia histórica. Si el presentismo es una fuerza estructural que establece “relaciones con el pasado” (Paul) – donde la relación material abriga nuestra propuesta del uso de la noción de estar afectado por el pasado en Ricoeur – y el futuro (Simon), esta investigación ha desarrollado tales presupuestos para complementar la función heurística de los regímenes de historicidad en la interpretación del sentido histórico del tiempo, bajo el alero de una representación del pasado en particular, aquella que acude a las memorias vivas.

Es en este marco donde hemos argumentado la existencia de la HTP, a la vez partícipe de un régimen de historicidad que se diferencia del historicismo moderno, pero que, por su vocación a la verdad y justicia, rompe con la orientación del sólo presente y entrega orientación de las prácticas. Nada distinto de la noción de historia *magistra vitae* que se puede observar en los llamados padres de la historiografía.

La noción ricoeuriana de *representancia* nos ha servido para argumentar la raíz ontológica del sujeto historiador del tiempo presente, así como su vocación por el esclarecimiento de la verdad del pasado reciente. Su articulación cumple la tarea evocada por De Certeau, la de no hacer oídos sordos al lugar y las formas de producción del conocimiento histórico. Esta investigación lo ha desarrollado desde el estar afectado por el pasado hasta la orientación de una práctica de investigación en un marco de historicidad ajeno. Esta tesis doctoral tiene la más profunda convicción de haber desarrollado una investigación inédita que esclarece, a lo menos desde una perspectiva hermenéutica, la problemática (no menor), planteada por el filósofo de la historia Manuel Cruz, ese convencimiento de que *La tarea de intentar explicitar el lugar desde el que hablamos, de aplicarnos a cuestionar la naturaleza de las preguntas que le dirigimos al pasado, es mucho más que una tarea perfectamente legítima, es una obligación teórica de todo punto insoslayable*⁵¹⁷.

*

Las vicisitudes de la vida nos hacen terminar la escritura de esta investigación doctoral en el marco de un contexto político nacional (Chile) donde el problema de las memorias colectivas de la historia reciente – claramente aun en pugna –, ha estado por unos días en el centro de la discusión pública. En particular, dos posiciones antagónicas con respecto a la violación de Derechos Humanos bajo la Dictadura Militar de Pinochet (1973-1989). Una, que apela a la necesidad imperiosa de explicar el contexto histórico que llevó a la “catástrofe” – dejando siempre una sensación de justificación de los horrores cometidos – y otra, que expresa que las violaciones a los DDHH no tienen explicación ni contexto alguno. Nos vemos obligado a incorporar la contingencia, toda vez que ella nos confirma cómo las memorias del Chile post Pinochet están vivas, dando cuenta de la

⁵¹⁷ Manuel Cruz, *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 149.

contemporaneidad de algo no contemporáneo como signo de sujetos *marcados por el pasado*.

El asunto expresado de manera sintética es el siguiente. El nombramiento de Mauricio Rojas Mullor como nuevo Ministro de la Cultura, el Arte y el Patrimonio por parte del Presidente de Chile Sebastián Piñera (agosto 2018) trajo a colación de manera casi automática – gracias redes sociales y medios de comunicación – declaraciones expresadas por éste años antes en una entrevista televisiva, y lo que es peor, en un libro de su autoría⁵¹⁸. Los dichos apuntan al *sentido histórico* del Museo de la Memoria⁵¹⁹: “más que un museo se trata de un montaje cuyo propósito que sin duda logra, es impactar al espectador, dejarlo atónito, impedirle razonar”, comentando además que tenía un “uso desvergonzado y mentiroso de una tragedia nacional que a tantos nos tocó tan dura y directamente”⁵²⁰.

Mucho se ha dicho y escrito en prensa en estos días al respecto, incluso el mismo Presidente de la República ha expresado su parecer ante las disputas entre memoria e historia del Chile reciente (diario *El Mercurio*, 11 septiembre 2018). Para nosotros, que hemos discutido la problemática de la representación histórica de la memoria como problema de la teoría de la historia, el asunto central ha sido sintetizado por el filósofo chileno Carlos Peña, quien se refiere a los comentarios del ahora ex ministro (la presión desatada por distintos grupos sociales hizo que su ministerio sólo durara unos días) en estas palabras:

se trata de expresiones injuriosas para todos quienes participaron del diseño del Museo, los que, en opinión del ahora ministro, elaboraron una artimaña, una mentira, una simple manipulación dolorosa de la historia (...) El reclamo del ministro (...) de contextualizar las violaciones a los derechos humanos es una forma de privar a esos

⁵¹⁸ Roberto Ampuero y Mauricio Rojas, *Diálogo de conversos*, Santiago, Sudamericana, 2015.

⁵¹⁹ “El Museo de la Memoria y los Derechos Humanos es un espacio destinado a dar visibilidad a las violaciones a los derechos humanos cometidas por el Estado de Chile entre 1973 y 1990; a dignificar a las víctimas y a sus familias; y a estimular la reflexión y el debate sobre la importancia del respeto y la tolerancia, para que estos hechos nunca más se repitan”, en www.museodelamemoria.cl (revisado con fecha 3 de septiembre de 2018)

⁵²⁰ Diario La Tercera, 11 agosto 2018 <https://www.latercera.com/reportajes/noticia/mauricio-rojas-polemica-dichos-museo-la-memoria-hoy-esta-lejos-lo-debo-quiero-decir/278746/>

derechos del carácter incondicional que poseen, su función de imperativo categórico de la sociedad contemporánea”⁵²¹

Las palabras del filósofo chileno tienen eco en esta investigación. Las memorias en pugna, fuente de testimonios y documentos del historiador del tiempo presente, ese “imperativo categórico” al que hace mención, son el rasgo distintivo de la diferencia entre ese pasado histórico – cerrado generacionalmente – con este “pasado que no pasa”. Pasado latente y presto a ocupar un presente que le es ajeno cada vez que ciertos acontecimientos vuelven a abrir la “caja de la memoria”, ocupando la noción de Stern. Reflejo inequívoco de que ciertos sujetos están *afectados* por ese pasado de la “última catástrofe” es la reacción ante los dichos del ex ministro, y de la cual el gremio de historiadores no se hizo esperar, tomando posición de uno y de otro lado en notas de prensa⁵²².

¿No son acaso marcas de ese pasado inacabado las que generan este tipo de acontecimientos? La teoría de la historia está atenta a este tipo de problemáticas. Sin tomar posición política ni ideológica, entrega marcos de comprensión donde lo sucedido hace algunas semanas en Chile, es ejemplo de lo que esta tesis doctoral ha desarrollado.

⁵²¹El Mercurio, 13 agosto 2018, sección Opinión

<http://impresa.elmercurio.com/Pages/NewsDetail.aspx?dt=2018-08-13&PaginaId=2&BodyID=1>

⁵²² Lucía Santa Cruz, Pablo Aravena, Alfredo Joselyn-Holt, Manuel Gárate y Alejandra Araya, son algunos de los historiadores que discutieron en la prensa nacional, algunos más otros menos, las posiciones de la memoria y la historia con respecto al pasado reciente chileno, en el contexto de los dichos del ex ministro.

BIBLIOGRAFÍA

Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, “De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica”, *Historia y Grafía*, N° 4, 1995.

Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*, 15, 2000.

Alfredo Martínez, “Tiempo, historia y acción. Condiciones prácticas de la réplica de Paul Ricoeur a las aporías de la temporalidad”, *Daimon*, vol. 18, 1999.

Alun Munslow y Keith Jenkins, *The Nature of History Reader*. Londres, Routledge, 2004.

Andreas Huyssen, *Modernismo después de la postmodernidad*, Barcelona, Gedisa, 2010.

Anne Pérotin-Dumon, “Liminar: Verdad y memoria. Escribir la historia de nuestro tiempo”, en www.historizarelpasadovivo.cl

Arjun Appadurai, *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*, Buenos Aires, FCE, 2015.

Arthur Danto, “Narración y conocimiento”, en *Narración y conocimiento*. Incluye el texto íntegro de *Filosofía Analítica de la Historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2014.

_____ *Narración y conocimiento*, Buenos Aires, Prometeo, 2014.

Aviezer Tucker, “Historical Truth”, en Vittorio Hösle, *Forms of Truth and the Unity of Knowledge*. Indiana, University of Notre Dame Press, 2014

_____ *Our Knowledge of the Past: A Philosophy of Historiography*. Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

Beatriz Sarlo, *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

Berber Bevernage y Chris Lorenz, *Breaking up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.

_____ “From Philosophy of History to Philosophy of Historicities”, *Low Countries Historical Review*, Vol. 127, N°4, 2012.

_____ Broos Delanote y Anton Froeyman, “Introduction: the future of the Theory and Philosophy of History”, *Journal of The Philosophy of History*, N°8, 2014.

_____ “Time, Presence, and Historical Injustice, *History and Theory* Vol. 47, 2008.

Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Barcelona, Herder, 2015.

Carla Cordua, “Tratando con el pasado” en Manuel Cruz y Daniel Brauer, *La comprensión del pasado. Escritos sobre filosofía de la historia*, Barcelona, Herder, 2005.

Carmen Leccardi, “Acélération du temps, crise du futur, crise de la politique”, *Temporalités*, N° 13, 2011 en <http://journals.openedition.org/temporalites/1506>

Chris Lorenz, “Hacen falta tres para bailar un tango. Historia entre el “Pasado Práctico” y el “Pasado Histórico”, en Verónica Tozzi y Julio Bentivoglio (Comp.), *Hayden White: cuarenta años de Metahistoria. Del “pasado histórico” al “pasado práctico”*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

_____ “The Times They Are a-Changin”, En Mario Carretero, Stefan Berger and María Grever (eds.), *Time, Space and Periodization in History* Palgrave Handbook of Research in Historical Culture and Education, Houndmills, Palgrave 2017.

Christian Delacroix “Genealogía de una noción”, en C. Delacroix, F. Dosse, P. García *Historicidades*, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2010.

_____ “La falaise et le rivage. Histoire du tournant critique” *Espaces temps*. Vol. 59. N° 1. 1995.

_____ “Les historiens français: une réception en trompe-l'œil?” En François Dosse y Catherine Goldesntein, *Paul Ricoeur: penser la mémoire*, Paris, Seuil. 2013.

Christian Delacroix, F. Dosse y P. García, *Les courants historiques en France, XIX-XX siècle*. París, Gallimard, 2007

Daniel Ovalle Pastén, “L’*travail de la mémoire* en Paul Ricoeur: la significación como aporte epistemológico para el estudio de la historia”, *Historia* 396, Vol. 1 N° 2, 2011.

_____ “Muerte y larga duración histórica. Hacia el sentido de la muerte en el siglo XXI. Una propuesta teórica para su estudio historiográfico”, *Revista de Historia y Geografía*, N° 38, 2018.

_____ “Narración, tiempo humano y muerte. Reflexión teórica para una historia hermenéutica de la muerte”, *Historia Autónoma*, vol. 2, 2013.

_____ “Paul Ricoeur y el pacto de verdad entre historiador y lector: epistemología y condición histórica” en Paola Corti José Luis Widow y Rodrigo Moreno, *La verdad en la historia. Inventio, creatio, imaginatio*. Santiago, RiL editores - Universidad Adolfo Ibáñez, 2017.

Danilo Martuccelli, *Sociologías de la modernidad. Itinerario del siglo XX*, Santiago, LOM, 2013.

Dominick LaCapra, *Historia y memoria después de Auschwitz*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

_____ *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.

_____ *Historia en tránsito: experiencia, identidad y teoría crítica*, Buenos Aires, FCE, 2006

Eduardo Cavieres, “Las incertidumbres del tiempo en presente y la recuperación de la conciencia de ser”, *Historia* 396, Vol. 6, N°1, 2016.

_____ “Reflexiones sobre la historia y la sociedad. Entre la conciencia del presente y el simple presentismo”. Prólogo a *Raíces de Expresión, Revista de los Estudiantes de Historia*, Universidad Católica de Valparaíso, Año 2, N°2, noviembre 2003.

_____ *La Historia en controversia. Reflexiones, análisis, propuestas*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2009.

Eduardo Silva, “Paul Ricoeur y los desplazamientos de la hermenéutica”, *Teología y vida*, vol. XLVI, 2005.

Edward Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1979.

Eelco Runia, “Presence”, *History and Theory*, Vol. 45, 2006

_____ *Moved by the past: discontinuity and historical mutation*, New York, Columbia University Press, 2014

Elizabeth Jelin, “La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado”, en Marina Franco y Florencia Levin, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

_____ *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Enzo Traverso, “Historia y memoria. Notas para un debate”, en Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires. Paidós, 2007.

_____ *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

Eric Conan y Henry Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Paris, Fayard, 1994.

Eric Hobsbawm, “Después del siglo XX: un mundo en transición”, en Ricardo Lagos (comp.) *América Latina: ¿Integración o Fragmentación?*, Buenos Aires, Edhasa, 2008.

Eric Hobsbawm, *La era del Imperio 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2003.

Erick Valdés, “Ética para la globalización. Hacia una fundamentación ontológica del *ethos* actual”. Tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía, Universidad de Chile, 2008.

Esteban Lythgoe, “Paul Ricoeur y la representación histórica”, *Revista Internacional de Fenomenología y Hermenéutica*, N°8, 2010.

Ethan Kleinberg, *Haunting History. For a Deconstructive Approach to the Past*, Stanford, Stanford University Press, 2017.

Eugenia Allier y Emilio Crenzel (coord.) *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política*, México, Universidad Autónoma de México, 2015.

Eugenia Allier, “Les lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria”, *Historia y Grafía*, N° 31, 2008.

Fernando Betancourt Martínez, “¿Por qué es necesaria la investigación en teoría de la historia?”, *Históricas*, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, N° 90, enero-abril 2011.

_____ “Intersubjetividad, cognición y sistema: acercamientos epistemológicos al psicoanálisis freudiano y a la disciplina histórica”, *Historia y Grafía*, N° 40, 2013

_____ “La fundamentación del saber histórico en el siglo XX: investigación social, metodológica y racionalidad operativa”, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, N° 40 julio-diciembre, 2010

_____ *Historia y Cognición. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas*, México, Universidad Autónoma de México, 2015.

Fina Birulés, “Entre el descrédito y la rehabilitación del yo”, en Manuel Cruz (editor) *Las personas del verbo filosófico*, Barcelona, Herder, 2011.

François Bédarida “Le temps présent et l’historiographie contemporaine” *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, N° 69, 2001.

François Dosse y Catherine Goldesntein, *Paul Ricoeur: penser la mémoire*, Paris, Seuil, 2013.

François Dosse, “De l’usage raisonné de l’anachronisme”, *Espaces Temps*, N° 87-88, 2005.

_____ “El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix”, *Historia y grafía*, N° 41, 2013.

_____ “Le moment Ricoeur de l’opération historiographique”, *Vingtième Siècle*, N° 69, 2001

_____ “Reinhart Koselleck entre semántica histórica y hermenéutica crítica”. En C. Delacroix, Dosse y García (Dir.) *Historicidades*, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2010.

_____ *El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2012.

_____ *L’histoire ou le temps réfléchi*, Paris, Poche, 1999.

_____ *L’histoire*, Armand Colin, Paris, 2000.

_____ *La historia en Migajas. De Anales a la “nueva historia”*, México, Universidad Iberoamericana, 2006.

_____ *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, PUV, 2006.

_____ *Paul Ricoeur y Michel de Certeau. La historia entre el decir y el hacer*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2009.

_____ *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida (1913-2005)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013.

François Hartog, “Órdenes del tiempo, regímenes de historicidad”, *Historia y Grafía*, 21, México, Universidad Iberoamericana, 2003.

_____ *Régimes d’historcité. Présentisme et experience du témps*, Paris, Seuil, 2003.

_____ “Historia, memoria y crisis del tiempo”, *Historia y Grafía*, N° 33, 2009.

_____ “Historicité / régime d’historicité” C. Delacroix, F. Dosse, P. García & N. Offenstadt (Dir.) *Historiographies, II. Concepts et débats*, Paris, Gallimard, 2010.

_____ “Marshall Sahlins et l’anthropologie de l’histoire” *Annales* N°6, 1983.

_____ “Régimes d’historicité” en A. Dutu y N. Dodille, *L’état des lieux en sciences sociales*, París, L’Harmattan, 1993.

_____ “Temps et histoire. Comment écrire l’histoire de France?” *Annales*, N°50, 1995

_____ “Vers une nouvelle condition historique”, *Le Débat*: N° 118, 2016.

_____ *Croire en l’histoire*, París, Flammarion, 2013.

_____ *Évidence de l’histoire. Ce que voient les historiens*, París, Ed. EHESS, 2005.

Frank Ankersmit, “Representación, “presencia” y experiencia sublime”, *Historia y Grafía*, N° 27, 2006.

_____ “Truth”, *Meaning, Truth and Reference in Historical Representation*, Leuven, Cornell University Press / Leuven University Press, 2012.

_____ *Historia y Tropología. Caída y ascenso de la metáfora*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

_____ *Narrativismo y teoría historiográfica*. Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2013.

_____ *Sublime Historical Experience*, Stanford, Stanford University Press, 2005

Gabriel Spiegel “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico” *Ayer*, N° 62, 2006.

Gabriella Albanese, “*De historia conscribenda*. Las raíces clásicas de la teoría historiográfica del Medioevo y del Renacimiento”, *Semanas de Estudios Romanos*, PUCV, Vol. XV, 2010

Gérard Noiriel, *Sur la crise de l’histoire*. París, Gallimard, 2005.

Gerardo Necochea y Antonio Torres (comp.), *Caminos de historia y memoria en América Latina*, Buenos Aires, RELAHO, 2011.

Gilles Deleuze y Felix Guattari *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 1991.

Guillermo Zermeño, “Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850”, en Javier Fernández Sebastián (Dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, tomo I, Madrid, CEPC, 2009.

Hans U. Gumbrecht, *Producción de presencia*, México, Universidad Iberoamericana, 2005.

_____ “Sobre la desintegración de la “Historia” y la vida del pasado”, *Historia y Grafía*, N° 21, 2003.

Harmut Rosa, *Social Acceleration. A New Theory of Modernity*. New York. Columbia University, 2013.

_____ “Mouvement historique et histoire suspendue. Le rapport du changement social et de l’expérience de l’histoire”, *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, N° 117, 2013.

Hayden White, “El pasado práctico”, en Verónica Tozzi y Julio Bentivoglio (Comp.), *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, Sáenz Peña, EDUNTREF, 2012.

_____ *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992

_____ *The Practical Past*, Illinois, Northwestern University Press, 2014.

Henry Rousso, “Hacia una globalización de la memoria” *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, Puesto en línea el 18 septiembre 2015, (consultado el 14 diciembre 2017). <http://nuevomundo.revues.org/68429>

_____ “La trayectoria de un historiador del tiempo presente”, en Anne Pérotin-Dumon *Historizar el pasado vivo en América Latina*, www.historizarelpasadovivo.cl

_____ “Pour una histoire de la mémoire collective: L’après – Vichy”, en Denis Peschanski, Michael Pollak, Henry Rousso (Dir.), *Histoire Politique et Sciences Sociales*, París, Complexe, 1991.

_____ *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo*, Santiago, Editorial Universitaria, 2018.

Herman Paul, *Key Issues in Historical Theory*. Routledge, New York, 2015.

Hugo Fazio y Luciana Fazio, “La historia global y la globalidad histórica contemporánea”, *Historia Crítica*, N° 69, 2018.

Hugo Fazio, *La historia y el presente en el espejo de la globalización*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2008.

Ignacio Peiró, “La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea”, *Ayer*, N° 52, 2004.

Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Soza, Felipe, *Comprender el pasado. Una historia de las escrituras y el pensamiento histórico*. Madrid, Akal, 2013.

Jaume Aurell *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2005.

Javier Fernández Sebastián, “Tradiciones electivas. Cambio, continuidad y ruptura en la historia intelectual”, *Almanack*, Guarulhos N° 7, 2014.

Jay Winter, “The generation of memory: Reflections on the “Memory boom” in contemporary historical studies”, *Canadian Military History*, Vol. 10, 3, 2001.

Jean F. Lyotard *La condición postmoderna*. Madrid. Cátedra, 1987.

Jean-Marie Schaeffer, “Historia y Hermenéutica”, *Oficio. Revista de Historia e Interdisciplina*, N° 6, 2018.

Jo Guldi y David Armitage, *The History Manifesto*, U.K, Cambridge University Press, 2014.

Jörn Rüsen, “Historical Consciousness: Narrative Structure, Moral Function, and Ontogenetic Development”, en Peter Seixas (Ed.). *Theorizing Historical Consciousness*. Toronto, University of Toronto Press, 2004.

_____ *Tiempo en ruptura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, 2013.

José Millán “Presentación: El contexto de la historia social crítica en la Alemania contemporánea”, en J. Kocka *Historia Social y Conciencia Histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002.

José Ruiz-Domènec, “Pensar la verdad de la Historia en el siglo XXI”, en Paola Corti José Luis Widow y Rodrigo Moreno, *La verdad en la historia. Inventio, creatio, imaginatio*. Santiago, RiL editores - Universidad Adolfo Ibáñez, 2017.

Josefina Cuesta Bustillo, “Memoria e historia: un estado de la cuestión” *Ayer*, N° 32, 1998.

Jouni-Matti Kuukkanen, *Postnarrativist. Philosophy of Historiography*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire, New York, Palgrave Macmillan, 2015.

Juan Andrés Bresciano (comp.), *El tiempo presente como campo historiográfico. Ensayos teóricos y estudios de casos*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur, 2010.

Juan Cáceres, Jaime Vito (Editores), *Pensar la Historia. Teoría, análisis y prácticas: homenaje a Eduardo Cavieres Figueroa*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2016.

Julio Aróstegui *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995.

_____ *La historia vivida. Sobre la historia del tiempo presente*, Madrid, Alianza, 2004.

Jürgen Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1990.

Justo Serna, y Anacleto Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Madrid, Akal, 2005.

Kalle Pihlainen, "On historical consciousness and popular pasts", *História da Historiografia*, N° 15, 2014.

_____ "The eternal return of reality: On constructivism and current historical desires". *Storia della Storiografia*, vol. 65, N° 1, 2014

Karl Löwith, *El sentido de la historia*, Madrid, Aguilar, 1968.

Karl Mannheim, "El problema de las generaciones" *Revista española de investigaciones sociológicas*, vol. 62, 1993.

Lawrence Stone, "The revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and present*, N°85, 1979.

Louis Althusser, "Ensayo y propósito sobre la subjetividad en la historia (carta a Paul Ricoeur)"

https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/159/22238_Ensayo%20y%20prop%C3%B3sito.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Lucian Hölscher, *El descubrimiento del futuro*, Madrid, Siglo XXI, 2014.

Luis De Mussy y Miguel Valderrama, *Historiografía postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2010.

Luis Vergara, "Nuevo Historicismo para el siglo XXI", *Historia y Grafía*, N° 40, 2013.

_____ *La producción textual del pasado III. Una lectura crítica de la teoría de la historia de Paul Ricoeur. Implicaciones filosóficas y estético-políticas*. México, Universidad Iberoamericana, 2011.

Lynn Hunt, *History: Why it Matters*, Cambridge, Polity, 2018.

Manuel Cruz, *Adiós, historia, adiós. El abandono del pasado en el mundo actual*, España, Ediciones Novel, 2012.

_____ *La flecha (sin blanco) de la historia*, Barcelona, Anagrama, 2017.

_____ *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*, Barcelona, Anagrama, 2005.

Marc Augé, *¿Qué pasó con la confianza en el progreso?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, Armand Colin, 1952.

Marek Tamm, "Truth, Objectivity and Evidence in History Writing". *Journal of the Philosophy of History*. Vol. 8. 2014

María Inés La Greca, "Entre la ironía y el romance: Pasado, presente y futuro de la filosofía de la historia narrativista", *Páginas de filosofía*, Año XIV, Nº17, 2013.

_____ *Historia, figuración y performatividad. Crítica y persistencia de la narración en la nueva Filosofía de la Historia*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2013.

María Inés Mudrovcic, "Crisis del futuro: política y tiempo" *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 4, 2015.

_____ "La Nación, el Tiempo Histórico y la Modernidad: la historia como síntoma", *Revista de la Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades*, Nº 17, 2012.

_____ "Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado reciente" *Historiografías*, Nº 5, 2013.

María Teresa Uribe, "Esclarecimiento histórico y verdad jurídica: notas introductorias sobre los usos de la verdad", en Camilla de Gamboa *Justicia transicional: teoría y praxis*, Bogotá, Universidad del Rosario, 2006.

Marianne Hirsch, *La generación de la postmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*, Madrid, Carpe Noctem, 2015.

Marie-Claire Lavabre "Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria", Anne Pérotin-Dumon *Historizar el pasado vivo en América Latina.*, <http://www.historizarelpasadovivo.cl/>

Marilene Valerio, *Estructuralismo y subjetividad en la obra de Paul Ricoeur: ¿un diálogo posible?*, Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 2005.

Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

Marshall Sahlins, *Islas de la historia. La muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1988.

Michaël Foessel, "Pensar lo social: entre fenomenología y hermenéutica", en C. Delacroix, F. Dosse y P. García, *Paul Ricoeur y las ciencias humanas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008.

Michel De Certeau, "L'opération historique", en Jaques Le Goff y Pierre Nora, *Faire de l'histoire*, Paris, Gallimard, 1974.

_____ *Historia y Psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2011

_____ *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2010.

Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1984.

Miguel Ángel Cabrera, "Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica", *Pasado y memoria. Revista de historia contemporánea*, N°4, 2005

Nancy Partner y Sarah Foot, *The SAGE Handbook of Historical Theory*. Los Ángeles, Sage, 2013.

Nicolás Lavagnino, "El retorno de la experiencia en la filosofía de la historia posgiro lingüístico", *Cuadernos de Filosofía*, N° 51, noviembre-diciembre de 2008.

Pablo Aravena (Ed.), *Representación histórica y nueva experiencia del tiempo*, Santiago, Ariadna Editores/Instituto de Historia y Ciencias Sociales, Universidad de Valparaíso, 2018.

_____ "François Hartog: la historia en un tiempo catastrófico" (entrevista), *Cuadernos de Historia*, 41, 2014.

Paolo Virno, *El recuerdo del presente. Ensayo sobre el tiempo histórico*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

Patricia Flier (comp.) *Dilemas, apuestas y reflexiones teórico-metodológicas para los abordajes en Historia Reciente*, Argentina, Universidad Nacional de la Plata, 2014.

Paul Ricoeur, "L'écriture d'histoire et la représentation du passé", *Annales*, 55, N°4, 2000.

_____ "La crise de conscience historique et l'Europe". Simposio Internacional: *Ética e o Futuro da Democracia*. Lisboa: Edições Colibri, 1998.

_____ "La función hermenéutica de la distanciamiento". En *Del Texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

_____ "Narratividad, fenomenología y hermenéutica", *Anàlisi*, vol. 25, 2000

_____ "Structure et herméneutique", *Esprit*, 598, París, 1963.

_____ *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1997.

_____ *Del Texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

_____ *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 2008.

_____ *Freud: una interpretación de la cultura*, México, Silgo XXI, 1990

_____ *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000.

_____ *Temps et récit I. L'intrigue et le récit historique*, París. Seuil, 1983.

_____ *Temps et récit II. La configuration dans le récit de fiction*, París, Seuil, 1984

_____ *Temps et récit III. Le temps raconté*, París, Seuil, 1985.

Paul Thompson, *The voice of the past. Oral History*, New York, Oxford, 1988

Peter Burke, *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona, Paidós, 2006.

Peter Winn, Steve Stern, Federico Lorenz y Aldo Marchesi, *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*, Santiago, LOM, 2014.

Philippe Poirrier, Preface, "L'histoire culturelle en France. Retour sur trois itinéraires: Alain Corbin,

Philippe Joutard, *Histoire et mémoires, conflits et Alliance*, París, La Découverte, 2013.

Pierre Bourdieu, *La distinction, critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979

_____ *Raisons pratique. Sur la théorie de l'action*, París, Seuil, 1994

Pierre Nora, "Mémoire collective", en Le Goff, J., Chartier, R., Revel, J., *La nouvelle histoire*. París, Retz, 1978.

_____ *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, Santiago, LOM, 2009.

Pieter Lagrou, "De l'histoire du temps présent à l'histoire des autres. Comment une discipline critique devint complaisante", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, N°118, 2013.

Pilar Gilardi, "La configuración del tiempo en la narración historiográfica según Paul Ricoeur", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 41, 2011.

Ranjan Ghosh y Ethan Kleinberg, *Presence. Philosophy, History, and Cultural Theory for the Twenty-First Century*, Ithaca, Cornell University Press, 2013.

Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

Richard Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 2001.

Rodrigo Díaz, *El historicismo idealista: Hegel y Collingwood. Ensayo en torno al significado del discurso histórico*, México, UNAM, 2011.

Roger Chartier y Jean-François Sirinelli". *Cahiers d'Histoire*. Vol. XXVI. N° 2. 2007.

Roger Chartier, "La historia entre representación y construcción", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 2, 1998.

_____ "Le passé au présent", *Le Débat*, N° 122, 2002.

_____ "Le sens de la représentation", en *La Vie des idées*, <http://www.laviedesidees.fr/Le-sens-de-la-representation.html>

_____ "L'histoire entre récit et connaissance", *MLN*. Vol. 109, N° 4, 1994.

_____ "Memoria y olvido. Leer con Ricoeur" en Delacroix, C., Dosse, F., García, P., *Paul Ricoeur y las ciencias humanas*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2008.

_____ "Philosophie et histoire: un dialogue" en François Bédarida, *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, París, Maison des Sciences de l'homme, 1995.

_____ *El mundo como representación: estudios de historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1992.

_____ *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, 2005.

_____ *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996

_____ *L'histoire entre certitudes et inquietudes*. París, Albin Michel, 1998.
Silvana Veto "El Holocausto como acontecimiento traumático. Acerca de la incorporación del concepto freudiano de trauma en la historiografía del Holocausto" *Revista de Psicología*, N° 20, vol. 1, 2011.

Steve Stern, "De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico", en Mario Garcés (comp.) *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, LOM, 2000.

_____ *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998*, Santiago, Ediciones UDP, 2009.

Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Barcelona, Taurus, 2006.

Valentina Buló, "Entre naturaleza y técnica: una cuestión de tacto", *Revista de Filosofía*, N° 68, 2012.

Verónica Tozzi, "Introducción", en Frank Ankersmit, *Giro lingüístico, teoría literaria y teoría histórica*, Buenos Aires, Prometeo, 2011.

Zoltán Boldizsár Simon, "History manifested: making sense of unprecedented change", *European Review of History* 22:5, 2015.

_____ "The expression of historical experience", *History and Theory*, N° 54, 2015.

_____ "History Begins in the Future: On Historical Sensibility in the Age of Technology", en Stefan Helgesson y Jayne Svenungsson (eds.). *The Ethos of History: Time and Responsibility*. New York: Berghahn, 2018

Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, México, FCE, 2015.

DANIEL OVALLE PASTÉN
Historiador

DOCTOR EN HISTORIA

Rut: 15.101.052-0

Casado

Nacionalidad: chilena

Nacido el 11 de octubre de 1982

Dirección: pasaje Monteallegro 1057. Villa Alemana

Región de Valparaíso. Chile

Contacto: (56-9) 63 01 59 85

ovalle.daniel@gmail.com

RESUMEN

Académico con experiencia en docencia universitaria (UNAB, UV, U. Talca y U. de Chile). He desarrollado distintos cursos para licenciaturas, pedagogías y carreras profesionales. Centro mis investigaciones desde la historicidad contemporánea global (desde la interdisciplinariedad), la historia de las actitudes ante la muerte (siglos XIX-XX) y la filosofía de la historia en Paul Ricoeur, publicando resultados de investigación en revistas indexadas y capítulos de libros.

